



La decisión de

Singer

Mia
Sheridan

Phoebe

MIA SHERIDAN

La decisión de
Stinger

Traducción de M^a José
Losada



Phoebe

Título original: *Stinger* Primera edición:
noviembre de 2016

Copyright © 2013 by Mia Sheridan This
work was negotiated by Bookcase
Literary Agency on behalf of Rebecca
Friedman Literary Agency © de la
traducción: M^a José Losada Rey, 2016

© de esta edición: 2016, Ediciones
Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-97-0

BIC: FRD

Fotografía: Shutterstock
Diseño de portada: Mia Sheridan
Maquetación y rótulos de portada: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

El escorpión

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

El águila

13

14

15

16

17

18

19

20

La paloma

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Epílogo

Agradecimientos

*Este libro está dedicado a mi hija,
Lila Anne.*

*Escucha siempre a tu corazón, rompe
las reglas de vez en cuando y siéntete
amada.*

*La vida es salvaje, nena, y así debe
ser.*

Escorpio es el único signo que tiene como símbolo tres animales diferentes. Cada uno de ellos representa una etapa diferente en la transformación de escorpio. En primer lugar, tenemos el escorpión, que simboliza la energía del signo. La picadura del escorpión es

defensiva, pura reacción, y, a menudo y debido a su naturaleza egoísta, completamente inconsciente de su poder e impacto. Cuando el escorpión aprende a controlar su mordedura y mantiene sus instintos a raya, se convierte en águila. El águila, aunque sigue siendo fría, tiene más perspectiva; vuela por encima del suelo, usando su poder de forma determinada y con un propósito. Por último, el águila se convierte en paloma. Este es un animal tranquilo, bien conocido como portador de la paz y digno de liderazgo. La paloma se convierte en paloma solo después de conseguir lo que más quiere en el mundo. Escorpio, a diferencia de todos los demás signos del zodiaco, tiene la

capacidad de transformar el veneno egoísta en amor universal.

EL ESCORPIÓN

Las Vegas, Nevada

Grace

Cuando entré en el lujoso hotel y casino Bellagio, estaba cansada y tenía la ropa arrugada tras el vuelo. Vi dos letreros que informaban a los clientes de los congresos que iban a celebrarse ese fin de semana en el hotel. El primero era al que yo iba a asistir: Congreso de la Asociación Internacional de Estudiantes de Derecho, y luego había otro, la Exposición de Entretenimiento para Adultos. Moví los ojos de un cartel al otro y fruncí el ceño. Bien..., eso era interesante. «Supongo que esto es Las

Vegas», pensé. Estudiantes de derecho, estrellas del porno, *aliens* de planetas lejanos... No me había llevado demasiado tiempo darme cuenta —en realidad, había sido suficiente atravesar el aeropuerto— de que en la ciudad del pecado las sorpresas eran prácticamente inexistentes.

Si no me lo hubiera imaginado al ver al hombre sin pantalones al que perseguía la policía por el aeropuerto a mi llegada, lo habría sabido cuando me bajé del autobús del hotel y vi pasar ante mí patinando a un imitador de Elvis en tanga.

—No estamos en Kansas, cariño. — El conductor del vehículo se había reído cuando giré la cabeza para observar el

balanceo cada vez más distante de aquel Elvis a medio vestir.

«Parece que no».

Mientras atravesaba el vestíbulo, miré el techo boquiabierta y con los ojos como platos. Allí arriba había las más impresionantes flores de vidrio que hubiera visto nunca, eran cientos y de todos los colores imaginables. Tracé un círculo con la cabeza echada hacia atrás, incapaz de apartar la vista de aquella preciosa obra de arte. ¿Cómo las habían puesto allí? Por fin, tras un minuto admirando la imagen, bajé la vista y me dirigí a recepción.

Estaba tan impresionada por las columnas de piedra, por los enormes jarrones de flores frescas y los globos

que flotaban tras el mostrador, que casi no escuché a la joven que me llamó. Giré la cabeza hacia la recepción y le sonreí.

—Grace Hamilton. Tengo una reserva —dije.

La recepcionista curvó los labios de forma educada.

—De acuerdo, déjeme mirar... Muy bien, aquí está. ¿Está aquí por el Congreso de Estudiantes de Derecho que se desarrollará a partir de mañana?

—Sí —asentí.

—¿A qué universidad va? —preguntó la joven mientras cogía mi tarjeta de crédito para pasarla por el datáfono.

—A la de Georgetown —repuse, cogiendo la tarjeta de nuevo.

—¡Oh! Es un lugar magnífico. Espero que disfrute estos días. Está alojada en la planta veintiséis, su estancia finalizará el lunes. Deberá dejar su habitación antes del mediodía. Aquí tiene una carpeta con el horario de las ponencias del congreso. Incluye también una etiqueta con su nombre y toda la información que puede necesitar este fin de semana. —Me entregó todo y volvió a sonreír mientras hacía una seña a la siguiente persona de la fila.

—Gracias —respondí, agarrando el asa de mi maleta y girando hacia los ascensores. Al doblar la esquina tropecé con un pecho duro y masculino—. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo siento mucho! —exclamé mientras levantaba la vista.

—No, soy yo quien lo siente... —
empezó a decir él al mismo tiempo.
Nuestros ojos se encontraron y los dos
nos quedamos en silencio. Parpadeé
mientras me sostenía agarrándome los
brazos con las dos manos.

Era un joven de mi edad con el pelo
color arena. Lo llevaba demasiado largo
y se le rizaba en las puntas, pero tenía
una de esas caras que se las arreglaban
para resultar a la vez masculina y
juvenil. Robusta y hermosa. Los ojos
color avellana estaban bordeados por
espesas pestañas oscuras, y me fijé en
que tenía la nariz recta y en cómo
curvaba los labios carnosos en una
sonrisa de medio lado.

Bajé la vista con rapidez y tomé nota

de su cuerpo, delgado pero musculoso. Iba vestido con vaqueros oscuros y una camisa blanca de corte clásico con las mangas enrolladas.

Se me quedó mirando un par de segundos y su expresión se suavizó cuando mis ojos volvieron a encontrarse con los suyos. Su sonrisa se hizo más grande, descubriendo un hoyuelo a la izquierda de su labio inferior. Me miró y luego se inclinó para recoger la tarjeta de la habitación, que se me había caído cuando chocamos.

Mientras lo observaba agacharse, se apoderó de mí una sensación extraña, casi un *déjà vu*, como si nos hubiéramos conocido antes. Fruncí el ceño ante aquel curioso efecto, preguntándome si

sería un estudiante de derecho con el que ya me había cruzado anteriormente por el campus. ¿Estaría allí para asistir al mismo congreso que yo?

Al enderezarse, cuadró los hombros y se volvió hacia mí de manera que quedamos uno frente a otro. Cuando me tendió la tarjeta, vi que llevaba una etiqueta que lo identificaba como asistente a uno de los congresos.

—¡Oh, estás aquí por el congreso! — exclamé—. Ya decía yo que me parecía que te conocía... —En ese momento leí la identificación: «Carson Stinger. Actor heterosexual. Exposición de Entretenimiento para Adultos».

Me quedé mirando fijamente las palabras durante unos segundos,

digiriéndolas, antes de volver a mirarlo. Ahora estaba sonriendo, pero sus ojos ya no tenían esa pizca de ternura que había percibido un minuto antes.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, siento no haber... no haber mirado por dónde iba... —Carraspeé antes de seguir hablando—. Espero que tengas una estancia agradable..., mmm..., que disfrutes... —señalé la etiqueta con su nombre— del espectáculo. O, mejor dicho, no del espectáculo, sino del... Bueno, que te lo pases bien este fin de semana.

«¿Qué leches me pasa? ¡Jamás me pongo nerviosa! Voy a ser abogada porque se me da bien encontrar las palabras más adecuadas cuando estoy

bajo presión. ¿Cómo es posible que una estrella del porno me haya impactado tanto que apenas logre formar una oración coherente?».

Entonces se echó a reír, haciendo que aquel pequeño hoyuelo en la comisura de su boca se hiciera más profundo.

—Lo haré, Botón de oro. Y disfruta tú también del fin de semana. Déjame adivinar: ¿vienes al congreso de estudiantes de derecho?

Había empezado a alejarme, pero me detuve al oír el apodo, claramente condescendiente, y la diversión en su voz.

—Sí, en efecto. ¿Pasa algo?

—No, no, en absoluto. Parece que los dos estamos aquí para aprender a ser los

mejores jodiendo a la gente.

Arqué las cejas.

—Bueno, esa es... una forma muy poco agradable de decirlo.

Se acercó a mí hasta que me vi obligada a dar un paso atrás.

—¿Por qué? Joder a la gente es una buena ocupación, Botón de oro. No te avergüences de hacerlo bien.

Tosí y entrecerré los ojos. «¡Agggg!». Ese hombre no me iba a convertir en una idiota balbuceante por segunda vez. Miré de nuevo su nombre en la etiqueta y le di unos golpecitos con el dedo índice.

—Hago muchas cosas bien, Carson, y no me avergüenzo de ninguna de ellas — presumí, apoyándome en él de tal forma

que tuvo que saber que no iba a dejarme intimidar por aquellas flagrantes insinuaciones sexuales.

Se me quedó mirando durante un instante, con aquel brillo divertido en sus ojos, y luego esbozó una sonrisa lenta y provocativa mientras bajaba la mirada a mi escote.

—Seguro... —Se apresó el labio inferior entre los dientes y volvió a subir la vista.

Lo miré fascinada y, por un segundo, sentí que se me endurecían los pezones debajo de la blusa blanca, algo que no me gustó. Ni un poquito. Iba a tener que llamar a mi cuerpo al orden, establecer unas rígidas normas. No debía excitarme por culpa de ninguna estrella porno que

estuviera tratando de intimidarme sin ninguna razón aparente. El hecho de haber respondido a él me irritaba sobremanera. Vi que volvía a bajar la vista: esta vez mis erizados pezones eran claramente visibles bajo la fina tela de la blusa, y su sonrisa se amplió. La humillación hizo que me sonrojara.

Solté un sonido de frustración y me alejé de Carson Stinger, actor heterosexual.

Subí a mi habitación y me di una ducha rápida, intentando tranquilizarme tras aquel encuentro en el vestíbulo. Cuando me sentí relajada de nuevo, salí y me puse mi nuevo bikini negro y un vestido

de croché blanco para ir a la piscina. El congreso no empezaba oficialmente hasta el día siguiente, así que tenía pensado pasar las siguientes horas tomando el sol, leyendo y descansando. La vida de una estudiante de derecho no deja tiempo libre para el ocio, por lo que iba a aprovechar hasta el último segundo.

Me llevó cerca de veinte minutos atravesar la zona de piscinas y decidir dónde quería sentarme. Había cinco piscinas con diversos ambientes, cabañas de lujo, sombrillas con asientos elegantes y multitud de salones, todo con el mismo diseño mediterráneo. Era impresionante, y me costó no estar con la boca abierta ante tamaña opulencia.

Nunca había visto nada así.

Mi padre era oficial de policía, y después de divorciarse de mi madre nos había criado él solo a mis dos hermanas y a mí. Nunca nos había faltado de nada, pero desde luego no habíamos tenido dinero para vacaciones. De hecho, hasta que me fui a la universidad, jamás había salido de Dayton, Ohio, el lugar donde había crecido.

Después de pedir una bebida en el bar, por fin me tendí en una tumbona donde había un poco de sombra y comencé a embadurnar mi pálida piel con protector solar. Era junio y pasábamos de los treinta grados, y yo había estado encerrada en bibliotecas y aulas durante meses, así que podía

quemarme si no tenía cuidado.

Me senté y saqué un libro. Solo me dio tiempo a leer un par de páginas antes de que sonara mi móvil. En la pantalla apareció el nombre de «Abby», así que respondí.

—Si vieras dónde estoy ahora, te morirías de envidia —dije con una sonrisa.

Ella se rio.

—Vaya... Hola. Si vieras dónde estoy yo, no sentirías ni pizca de envidia. No voy a hacer que lo adivines, estoy en el sofá, una visión de belleza aterradora. —Pobre Abby, había tocado una hiedra venenosa durante una excursión con su novio, Brian. «¡Vaya faena!»—. Y ahora ¿qué? ¿Hueles a coco y se escucha el

suave murmullo del agua? ¿Estás junto a la piscina con una copa en la mano?

Me reí.

—¡Bingo!

—Pero... ¡espera! ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que veo? ¿Un libro de texto entre tus manos en lugar de un tórrido romance? ¡Qué horror! Por favor, dime que me equivoco.

Bajé la mirada hacia el grueso libro que tenía en el regazo: *Conceptos y estadísticas del derecho administrativo*.

—¡Oh, basta! Sabes que tengo que estudiar este fin de semana si quiero aprobar este curso de verano. De todas formas, este lugar es alucinante, Abs, de verdad. Tenemos que venir aquí y estar

más de un fin de semana. Y que sea un fin de semana que no vamos a trabajar, ¿de acuerdo?

—Mmm... ¿Realmente estás dispuesta a no trabajar durante un fin de semana? No me lo creo. Sin embargo, soñar es gratis. Y lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas, ¿no es cierto? El paraíso del libertinaje y todo eso...

Me reí de nuevo.

—Cierto. Hablando de eso, hay otro congreso en el hotel. ¿A que no adivinas sobre qué es?

—¿Sobre qué? Dímelo.

Miré a mi alrededor con rapidez para asegurarme de que nadie escuchaba mi llamada y luego sacudí la cabeza

recriminándome mentalmente. Estaba en Las Vegas, nadie iba a extrañarse cuando dijera la palabra «porno». Aun así, bajé la voz hasta convertirla en un susurro.

—Una convención porno.

Abby soltó una carcajada.

—¡Oh, Dios mío, Grace! Tienes que conseguirme algunos autógrafos, ¡por favor!

—¿¡Qué!? ¿Qué autógrafo deseas exactamente?

—El de nadie en particular. Solo quiero poder decir que una estrella del porno me dedicó su firma.

Me reí.

—Lo cierto es que me he tropezado con uno en el vestíbulo del hotel. Y lo

digo literalmente. Era un capullo.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Uf... Me ha hecho algunas insinuaciones sexuales muy desagradables y luego me ha lanzado una mirada que me ha llevado directa a la ducha.

Abby volvió a reírse.

—¿Era tipo grasiento como Ron Jeremy?

Hice una pausa.

—En realidad no, era un capullo, sí, pero bueno... —bajé la voz—, estaba muy bueno. Jamás había pensado que un actor porno podía estar tan bueno. Supongo que creía que si hacía un trabajo así..., bien, no sé ni qué creía. Pero no tiene el aspecto que imaginaba

en una estrella porno.

—Grace..., ¿por qué te ruborizas?

—¡Oh, cállate! Si ni siquiera me ves.

—Te conozco, chica, y estás colorada. Ahora cuelga el teléfono y ve a dar una vuelta a ver si te tropiezas con esa estrella porno otra vez. Seguro que podría enseñarte algunos trucos esta noche en el dormitorio del hotel.

Gruñí.

—¡Oh, Dios! ¡Qué bruta eres, Abby! No pienso tocar a una estrella porno con ninguna parte de mi cuerpo. En especial a alguien que tiene tan pocas neuronas como él.

—No eres divertida.

—Cuando se trata de estrellas porno, no, no lo soy. —Me reí—. En serio.

¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Brian vendrá dentro de un rato y vamos a ver cómo podemos hacerlo usando solo nuestras partes privadas y los pies, es lo único que no me pica.

Solté una carcajada.

—¡Oh, Dios! ¿Eran necesarios tantos detalles? Venga, diviértete. Nos vemos el domingo, ¿vale?

—Vale, cariño. —Percibí la risa en su voz—. Hablaremos mañana.

—Adiós, Abs —respondí. Todavía sonreía cuando colgué el teléfono.

Pasé un par de horas más en la piscina, terminando las notas que debía estudiar

y ordenándolas de forma que pudiera revisarlas en el avión de vuelta. A pesar de que estaba preparando apuntes, el hecho de estar sentada en ese magnífico lugar resultaba lujoso y decadente. Nunca había hecho nada así. Me había obligado a estudiar como una loca durante los últimos cinco años y apenas había tenido tiempo para respirar... Menos todavía para sentarme una tarde en la piscina. Para empezar, había tenido la cabeza metida dentro de los libros durante los cuatro años de instituto, intentando graduarme con matrícula para obtener una beca en una de las facultades de derecho que tenía en mi lista. Una vez que lo logré y empecé a cursar estudios en Georgetown, volví a

ser exigente conmigo misma, solo que esta vez el objetivo era graduarme en dos años, pasar el examen al primer intento y ser reclutada por un bufete de abogados de Washington D. C. Ese era mi plan. Siempre había tenido un plan y nunca me apartaba de él. Nunca.

Mientras me tendía, pensé en Carson Stinger, actor heterosexual, varias veces. Todavía me molestaba que me hubiera tomado el pelo. ¡Y en solo dos minutos! ¿Qué había pasado? Nadie se burlaba de mí. Yo era la mejor. Me enorgullecía de ser fría, tranquila y comedida. Y de repente, una estrella porno me miraba lascivamente y yo empezaba a tartamudear, a balbucear y a intentar justificarme, ¿de verdad? Era más que

irritante. El hecho en sí era exasperante.

«En serio, Grace, ¿te das cuenta de lo desesperada que estás? Una estrella porno te susurra unas cuantas frases tan provocativas como carentes de respeto y mojas las bragas, ¿de verdad? ¡Dios!».

Me recliné en la tumbona, fruncí el ceño y entrecerré los ojos para mirar el cielo azul de Nevada. Me puse las gafas de sol y cerré los párpados.

Después de un rato, me levanté y empecé a recoger mis cosas. Mis hombros habían adquirido un tinte rosado, así que debía entrar y empezar a pensar en la cena. Decidí que era buena idea tomar un cóctel antes de ir a mi habitación. Solo había pedido una bebida cuando llegué a la piscina y tenía

sed y calor. Beber algo en el bar interior sonaba de miedo, así que me puse el vestido que llevaba en la bolsa y me dirigí al bar del hotel. Mientras atravesaba el casino por tercera vez en el día, no podía dejar de mirar a mi alrededor, maravillada por las diferentes mesas y máquinas de juego, las luces intermitentes y los números que parpadeaban por todas partes. Los sonidos de risas, golpes de máquinas, tintineos y pisadas me abrumaban. Era como estar en otro mundo.

Suspiré de placer cuando entré en el fresco, tranquilo y elegante salón. No estaba muy lleno para ser viernes por la tarde. Pero seguramente la gente todavía estaría en la piscina o preparándose

para la cena.

Tomé asiento en la barra. Cuando el camarero se acercó y puso una servilleta ante mí, pedí un margarita con hielo, sin sal. Respiré profundamente y entrelacé las manos apoyando los codos en la barra con una sonrisa de satisfacción.

—¿Sin sal? —dijo una voz dos taburetes más allá—. ¿A quién se le ocurre pedir un margarita sin sal?

La sonrisa desapareció de mi rostro cuando volví la cabeza y miré al hombre sentado a mi izquierda.

«¿En serio?».

—Vaya, vaya, si es Carson Stinger, actor heterosexual —dije, aunque gemí para mis adentros. «No, no, adelante, Grace. Tienes la oportunidad de curar tu

orgullo herido. De demostrarle que eres mejor que él, por así decirlo. Bah, ya empiezo a pensar como este tipo».

Él me miraba de forma extraña, como si esperara que dijera algo. Observé en su rostro que le hacía gracia, pero estaba expectante.

Arqueé una ceja.

—Si estás pensando en decirme que tienes algo agradable y salado para mí, por favor, contente. —Me volví cuando el camarero puso el margarita frente a mí. Tomé un buen trago.

Carson se rio entre dientes y, antes de que me diera cuenta, se cambió de taburete con la cerveza en la mano para sentarse a mi lado. Me di la vuelta para mirarle cuando empezó a hablar.

—Lo que iba a hacer, Botón de oro, era explicarte lo que te estás perdiendo al pedir un margarita sin sal. Se trata de lamer la sal del borde y luego sorber el líquido, más dulce, por la pajita. El contraste entre dulce y salado resulta muy agradable en la lengua. —Se inclinó más cerca mientras bajaba la voz —. Pruébalo una vez, solo una vez.

Bien, ahora él estaba intentando excitarme. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho yo a ese hombre? Entrecerré los ojos todavía más, cada vez más irritada por el hecho de que sus palabras estaban afectándome. A mi cuerpo traidor le gustaba su maldita voz, profunda y dulce, y sus palabras me resultaban excitantes. «¡Estúpido cuerpo!». Jamás

volvería a mantener relaciones sexuales, así castigaría sus irracionales reacciones.

—Voy a invitarte a uno —dijo, curvando las comisuras de los labios—. En serio. Bebe un trago a mi manera. Puedes probar y ver quién tiene razón. Mientras, podemos conocernos un poco mejor. —Me guiñó un ojo.

Giré todo mi cuerpo, quedando frente a él, y respiré hondo. Antes de que empezara a hablar, me sonrió con ternura.

—Carson, voy a explicártelo bien claro. Y la razón por la que voy a hacerlo es porque tengo la confianza absoluta de que te va a asustar tanto que me podré terminar mi copa en paz.

Luego nos separaremos como conocidos que, sencillamente, no tienen nada en común.

Él arqueó una ceja al ver que entrelazaba las manos en mi regazo. Ladeé la cabeza antes de continuar.

—Soy el tipo de chica que quiere casarse con un largo vestido blanco, uno que combine bien con las perlas de mi abuela. Quiero un marido que me ame y que me sea fiel. Quiero que regrese junto a mí cada noche, y no quiero tener que preocuparme por si él está trabajándose a su secretaria porque sea el tipo de hombre lo suficientemente canalla para hacerlo. Quiero esperar un año y luego tratar de tener dos hijos, a ser posible niño y niña, y cuando sean

un poco mayores, no quiero tener que mirar sus caritas un día y verme obligada a explicarles por qué su padre está en internet manteniendo relaciones con alguien de la hermandad de las Cougar, que lo persigue por su dinero. Quiero hacer fiestas de cumpleaños con temas de dibujos animados cuando mi hijo cumpla seis años, no aprovechar la ocasión para explicarle qué es una «inyección de dinero». Tengo la sensación de que tus objetivos en la vida son un poco diferentes a los míos, y al decir «algo», quiero decir que son total y completamente diferentes. ¿Explica eso por qué sería una pérdida de tiempo para los dos seguir estando juntos?

Él se quedó pensativo durante un

minuto, se giró de nuevo hacia la barra y tomó un trago de cerveza. Por fin, se volvió hacia mí.

—¿Cómo haríamos esos dos hijos?

Fruncí el ceño.

—Er..., quizá deberías replantearte tu carrera si no sabes cómo...

—Lo que quiero decir es ¿en qué postura hacemos nuestros dos hijos? ¿Perrito? ¿*Cowgirl* de espaldas? ¿Garfield? ¿Piruetas? ¿Mariposa? ¿Tabla lotus? ¿Rodilla doblada?

Abrí la boca y levanté la mano.

—¡Basta! —dije—. Bien, en primer lugar, no sé en qué consisten algunas, y no quiero saberlo. Y en segundo lugar, ¿a dónde quieres llegar?

—Oh, créeme... Quieres saberlas. Y

es importante porque posiblemente algún día, cuando la princesa esté gritando a las tres de la madrugada con el pañal sucio, o cuando Junior sea expulsado de la clase de preescolar por pegar a un compañero, quiero ser capaz de pensar en el momento en que los creamos, sonreír y recordar por qué fue el mejor polvo de mi vida, y cualquier mierda literal y figurada que venga después valdrá la pena.

Contra mi voluntad, lo miré boquiabierta.

—Eres repugnante.

—Eres tú la que quiere tener mi bebé.

Dos, en realidad.

—No lo hago, no quiero tener ningún hijo tuyo. Eso es lo que quería

demostrar.

—Entonces, ¿estás abandonando ya a princesa y a Junior? Menuda mamá.

Me levanté y lancé un billete de diez dólares sobre la barra.

—Listo. Disfruta de tu cerveza, Carson Stinger. No tengo ganas de volver a verte... nunca más.

Y dicho eso, agarré el bolso, me di la vuelta y comencé a alejarme. Él me llamó.

—Y además, nena, si me recibes como una secretaria provocativa cuando llegue a casa al final del día, no tendré necesidad alguna de buscarlo fuera.

Levanté el brazo y le mostré el dedo corazón. Oí su risa gutural, pero seguí caminando.

Carson

Escuché cómo se desvanecía el sonido de las pisadas de sus chanclas mientras tomaba otro sorbo de cerveza. Una mocosa estirada. Una mocosa muy guapa, pero también muy estirada. Conocía a las de ese tipo. Podía parecer indignada, levantar ese pequeño mentón altivo en el aire, decirme por qué era mejor que yo y luego alejarse, pero había visto cómo reaccionaba su cuerpo. Me deseaba. Como me deseaban la mayoría de las mujeres. Todo el mundo tenía un don; el mío era una sonrisa que hacía que las mujeres se quitaran las bragas y un cuerpo en consonancia. ¿Por

qué debía ser humilde al respecto? No era que no lo supiera, y además sabía cómo usar los dones que Dios me había dado. Sin embargo, aquella chica — Grace Hamilton, según la etiqueta de su equipaje— nunca se dejaría llevar, al menos sabiendo lo que yo hacía para ganarme la vida. Pero el mero hecho de que su cuerpo hubiera respondido debería ser suficiente para mí. Entonces, ¿por qué ese pensamiento no me hacía feliz? Por lo general con eso llegaba, ¿qué era diferente en este momento? Me terminé la cerveza y fruncí el ceño mirando la hilera de botellas detrás de la barra mientras trataba de resolver el enigma.

Había sido algo de lo más extraño.

Estaba dirigiéndome hacia recepción para dejar un mensaje a mi agente, que llegaría desde Los Ángeles a la mañana siguiente, cuando choqué contra una persona. Su cabeza rubia impactó contra mi pecho, justo debajo de mi barbilla, y la olí. Su cabello limpio, con aroma a flores, me hizo ser consciente de que era uno de esos instantes que quedan grabados en la memoria.

Cuando me miró, aturdida y sin aliento, yo mismo contuve la respiración ante la belleza de su cara en forma de corazón. Tenía los ojos enormes, los más azules que hubiera visto en mi vida, la nariz respingona y una boca exuberante, con los labios de color rosado y una forma muy marcada en el

superior. Sí, era guapa, incluso hermosa. Pero yo veía chicas bonitas a todas horas. ¿Por qué había sido mirar a esta y tratar de memorizar su cara como un adolescente enamorado? No tenía ni puta idea. En la pausa que tuvimos para recuperarnos, me fijé en su cuerpo delgado, marcado por una falda ceñida de seda negra, y en su blusa blanca. Me encantó su aspecto de maestra sexy. Ella me miró a la cara y noté una confusa calidez en sus brillantes ojos transparentes. Una mirada que casi me había hecho olvidar quién era yo. Casi. Y eso no pasaba nunca.

En ese momento, sus ojos se clavaron en aquella estúpida etiqueta identificativa que me había olvidado de

quitar, y vi cómo su expresión cambiaba por la decepción y los prejuicios. Así que la había hecho sentir incómoda a propósito, disfrutando de su mirada de disgusto y de la ira que inundó su preciosa cara. Había disfrutado de la forma en que se alejó de mí, meneando el culito. Y lo acababa de hacer también en el bar. Eso significaba que la victoria era mía, entonces, ¿por qué no me sentía ganador? ¿Por qué estaba allí sentado pensando en ello, en ella? Eso me cabreaba. Necesitaba hacer algo para deshacerme de esa jodida sensación, fuera cual fuera su causa. De la sensación que tenía desde que me había tropezado con ella en el vestíbulo. Lo mejor sería que fuera en busca de una

hembra dispuesta a acompañarme a mi habitación durante un par de horas. Sí, ese era un buen plan.

Me sonó el móvil mientras estaba pagando la cerveza y miré la pantalla.

—Hola, Courtney —respondí al tiempo que salía del bar.

—Hola, Carson, cariño. ¿Preparado para el lunes por la mañana? Ya tengo la dirección del rodaje y algunos detalles. Te lo enviaré todo por correo electrónico. ¿Puedes recibirlo en el móvil?

—Sí. Te enviaré un mensaje cuando lo reciba.

—Bien, bien... Es en el Four Seasons de Beverly Hills. Un polvo en un balcón, seguido por una escena de ducha.

Gruñí.

—¡Joder, Courtney! Solo he rodado cuatro películas y en dos hay escenas de ducha. Ya te dije la primera vez que las odiaba.

—¡Oh, por favor! ¿Tengo que sentir lástima por ti porque tienes que tirarte a Bambi Bennett en una ducha? Pobrecito. —El sarcasmo era patente en su voz.

—¡Joder, es incómodo! Y hay dos cámaras y un micrófono en ese espacio tan pequeño. Te aseguro que no es nada excitante. Además, ¿Bambi Bennett? ¿En serio? ¿Me voy a follar a un ciervo?

—Lo sé. Es un nombre estúpido. Es nueva en esto. Échale un vistazo, es preciosa. Suerte. Besos. Envíame un mensaje cuando te llegue la información.

—Y dicho eso, colgó.

Courtney era la dueña de la productora con la que yo había firmado recientemente un contrato: Artlove.com. Se suponía que hacía películas porno para mujeres, un mercado en auge. La mayoría de los polvos se desarrollaban en lugares exóticos, y nos indicaban que debía parecer que estábamos enamorados y esas cosas, algo muy diferente al pimpampum de la pornografía que les gustaba a los hombres. De hecho, mi primera escena fue rodada en Belice, en una ducha al aire libre, y a pesar de lo que pudiera parecer para el espectador, yo estaba deseando que acabara todo de una vez. Estar rodeado por un equipo de

filmación formado por un montón de tipos sudorosos haciendo su trabajo no era precisamente un sueño sexual hecho realidad, daba igual lo preciosa que fuera la chica.

Sin embargo, a pesar de las pocas películas que había rodado, tenía un pequeño grupo de seguidoras. Por ello mi agente había insistido en que hiciera una aparición este fin de semana. Así que me quedé en el rollo ese de la presentación todo el tiempo que pude resistirlo, luego me largué y me tropecé con la señorita estirada y sabionda. No era que no me gustaran mis fans... o más bien, supongo que no había pensado demasiado en ellas porque, seamos sinceros, me admiraban por razones que

me hacían pensar que era mejor no estrecharles la mano.

Me dirigí hacia los ascensores con intención de ir a mi habitación para cambiarme de ropa para ir a la piscina. Era el lugar más adecuado para ligarme a una chica, una a la que no le importara saber quién era ni qué había hecho, justo lo que yo quería de ella.

—Por favor, detenga el ascensor — pedí al ver que comenzaban a cerrarse las puertas de uno. Le enseñé mi llave al guardia de seguridad que había delante de los ascensores.

Una anciana movió su bolso y las puertas se volvieron a abrir. Me subí a toda prisa, le di las gracias y me coloqué mirando la parte delantera.

—El Señor está poniéndome a prueba —oí que susurraban por lo bajo. Miré a las dos personas que había a la izquierda para saber quién había murmurado aquellas palabras, y allí estaba Grace *Novia de Blanco* Hamilton. Figúrate. Incluso me reí por lo bajo al ver su expresión tensa al tener que compartir su espacio conmigo.

Me incliné hacia ella y sonreí. Supe que me miró de reojo por la forma en que enderezó la espalda, pero continuó con los ojos clavados al frente, a la puerta que teníamos delante.

La anciana que había junto a Grace se movió y me sonrió con expresión coqueta. Resultaba entrañable, así que curvé los labios y le devolví el gesto.

Grace giró la cabeza hacia mí y sus pupilas se dilataron cuando nuestros ojos se encontraron, por lo que seguí sonriendo. Luego, con la misma rapidez, volvió a mirar hacia delante.

El ascensor se detuvo en varios pisos y empezó a vaciarse. Al poco rato, solo quedábamos dentro Grace, la anciana y yo. Los tres permanecimos en silencio, mirando al frente.

En el siguiente piso, la mujer dio un paso adelante, así que Grace se desplazó hacia atrás de forma automática para dejarla pasar. Cuando la anciana salió por las puertas abiertas, se volvió y me guiñó un ojo, luego miró a Grace y repitió el gesto. Volví la cabeza hacia ella y vi que tenía la cabeza

inclinada. Una pequeña sonrisa curvaba sus labios rosados mientras las puertas se cerraban de nuevo.

Luego me miró y la sonrisa desapareció cuando frunció el ceño.

—¿Sabes que...? —Empecé a decir, pero mi voz se apagó cuando las luces destellaron y sentimos una fuerte sacudida. Grace dejó escapar un chillido.

—¡Mierda! —dije.

El ascensor se detuvo en seco con un chirrido y la luz volvió a parpadear. Miré al otro lado del pequeño espacio: ella tenía los ojos muy abiertos y aterrorizados. Acabábamos de quedarnos encerrados.

2

Grace

Al ver que el ascensor se detenía y que las luces parpadeaban una vez más, sentí que el miedo me atenazaba. No me gustan los espacios pequeños, no me gustan nada. Me trasladan de vuelta a algo..., algo en lo que no me gusta pensar. Respiré hondo y prácticamente me abalancé sobre el teléfono. Abrí bruscamente la pequeña puerta metálica y tiré del asa de donde colgaba el auricular. Marqué el cero y, mientras sonaba, clavé los ojos en Carson, que

estaba en una esquina, apoyado en la pared, mirándome con atención.

—Mantenimiento —respondió una voz ronca.

—¡Hola! ¿Hola? Sí, buenas, soy Grace Hamilton. Me alojo en el hotel este fin de semana. Nos hemos quedado encerrados en el ascensor. Se ha detenido de repente y... —Mis palabras murieron cuando escuché un crujido en la línea y luego se apagó. Emití un sonido de pánico y di tres grandes pasos hacia mi bolsa, que había abandonado en un rincón. Saqué mi móvil y miré las barras de la parte superior de la pantalla. No había cobertura. «¡Mierda!».

Volví la vista hacia Carson una vez

más. Él seguía mirándome sin moverse, observándome con aquella expresión indescifrable en su cara.

—¡No te quedes ahí parado! ¡Estamos encerrados! ¡Haz algo! —Comenzó a resultarme difícil respirar y sentí que el corazón me retumbaba en el pecho. Me llevé los dedos a la base del cuello y noté que tenía el pulso muy acelerado. Intenté tomar aire con una bocanada, pero era como si tuviera la garganta cerrada.

«¡Oh, Dios! No puedo respirar. ¡No puedo respirar!».

Di un paso atrás y tropecé contra la pared mientras miraba a Carson, que ahora tenía el ceño fruncido y se movía hacia mí. Me agarré a la barra que tenía

detrás; sabía que estaba a punto de morir asfixiada allí, en ese ascensor, que los últimos ojos que vería serían los de Carson Stinger, actor heterosexual.

«¡Oh, no! No, no, ¡no! ¡Así no!».

—Eh... Tranquila, Botón de oro —dijo con calma, agarrándome por los dos brazos igual que había hecho cuando chocamos en el vestíbulo del hotel—. Respira hondo, muy despacio. Estás bien. Nos sacarán de aquí, ¿vale? Solo respira despacio sin apartar los ojos de mí.

Parpadeé con rapidez mientras veía su rostro flotando ante mí. Jadeaba con brusquedad, tratando de tomar oxígeno.

—¡Joder, Botón de oro! ¡Venga! No vas a morirte en este ascensor. Respira

hondo.

Durante varios minutos los dos nos miramos a los ojos, y leí su profunda preocupación mientras me observaba luchar.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Aire! ¡Aire!».

Se apartó de mí y empezó a buscar algo en el ascensor, con los ojos muy abiertos, ahora presa del pánico, aunque no supe qué era. Voló hacia el teléfono y lo cogió; escuchó durante un segundo antes de volver a ponerlo en su caja y cerrar la puerta.

—¡Joder!

«Me estoy muriendo. ¡Oh, Dios! Por favor, ¡aire!».

Se volvió hacia mí mientras yo abría mucho los ojos, intentando hacer bajar

un poco de oxígeno por el estrecho pasaje en que se había convertido mi garganta. Estaba segura de que estaba poniéndome azul.

—*Sister Christian, oh the time has come!* —canturreó Carson de repente.

Incluso en mitad de mi ataque de pánico me sobresalté.

«¿Qué demonios...?».

—*And you know that you're the only one to say, okay.*

Dio un paso atrás y lo seguí con la mirada, todavía intentando pasar aire por mi hinchada garganta.

Me señaló.

—*Where you going, what you looking for?*

«¿Qué demonios hace? ¿Qué

demonios hace? ¡Oh! Un poco de aire. Eso es, Grace. Eso es...».

—*You know those boys don't want to play no more with you. It's true.* —En las últimas palabras de la estrofa, bajó la barbilla y me miró a los ojos.

«Mejor, mejor. Aire, bien. Estoy bien. Aire, por fin. ¿Por qué está cantando mientras yo estoy a punto de ahogarme? Tiene una buena voz, profunda y algo ronca. Era de imaginar que tendría una voz sexy. Ah..., aire. Bien, estoy bien».

Mi respiración se tranquilizó poco a poco y me di cuenta de que la versión instrumental de *Sister Christian* estaba sonando en el hilo musical. Carson cantaba la música del ascensor. Y no lo hacía mal.

«Para distraerme del ataque de pánico». Con buenos resultados.

Tomé una gran bocanada de aire y mi vista se aclaró mientras lo observaba. Carson estaba en medio del ascensor, y se acercaba lo que habría sido el solo del batería, así que comenzó a tocar en el aire con furia. Cerró los ojos al tiempo que movía la cabeza siguiendo el ritmo mientras se mordía el labio inferior.

—*You're motoring! What's your price for flight? In finding Mister Right? You'll be all right, tonight.*

No pude evitarlo, emití una risita. Cuando me oyó, abrió los ojos de golpe y me miró. Una expresión de alivio inundó sus rasgos antes de que sonriera.

Era la misma sonrisa que me había impactado cuando se la brindó a la anciana. ¡Era de verdad! Y algo en mi interior supo que eso era un hecho muy raro.

La sonrisa desapareció y se acercó a mí mientras cantaba por lo bajo.

—*Babe you know you're growing up so fast. And mama's worrying that you won't last to say, let's play.*

Cuando terminó la estrofa, se llevó el puño a la boca fingiendo que era un micrófono y luego lo puso delante de mí.

Parpadeé un instante, pero ahora la adrenalina recorría mi cuerpo con el dulce alivio del aire que fluía libremente en mis pulmones, así que hice algo que nunca habría hecho en

circunstancias normales. Agarré su puño y canté.

—*Sister Christian, there's so much in life. Don't you give it up before your time is due, it's true.* —Luego se inclinó y los dos cantamos al unísono—. *It's true, yeah!* —Dio un salto atrás y tocó otro redoble de tambores en el aire antes de brincar hacia delante y cantar conmigo en su puño—. *Motoring! What's your price for flight? You've got him in your sight. And driving through the night.*

Nuestras caras estaban ahora a solo unos centímetros de distancia y pude oler su aliento a menta mientras cantábamos.

—*Motoring! What's your price for*

flight? In finding Mister Right? You'll be all right tonight.

Se apartó de mí de nuevo y esta vez imitó el solo de la guitarra eléctrica, moviendo las caderas hacia delante con cada nota fingida, tocando los acordes mientras yo lo observaba, riéndome ahora en voz alta de sus ridículas travesuras.

Él me devolvió la sonrisa mientras continuaba tocando el estribillo un par de veces más. Entonces, cuando la canción se volvió más lenta, comenzó a acercarse a mí otra vez.

—Sister Christian, oh the time has come. And you know that you're the only one to say, okay. But you're motoring. You're motoring, yeah. —Se

interrumpió, ya que los dos nos quedamos mirándonos; su respiración era ahora más entrecortada que la mía después de todo aquel furioso despliegue. Yo estaba respirando con normalidad, e incluso me fijé en cómo su pecho subía y bajaba. Me di cuenta de la extraña naturaleza de la situación y me eché a reír; luego lo hizo él. Cuando nuestras risas comenzaron a desvanecerse, él ladeó la cabeza.

—Si querías oírme cantar, Botón de oro, hubiera bastado con que me lo pidieras.

Sonreí y asentí con la cabeza antes de mirarlo con seriedad.

—Gracias. ¿Quién iba a pensar que *Night Ranger* podía curar los ataques de

pánico? Ha funcionado. Gracias. —Cogí aire profundamente.

Él asintió con la cabeza con otra sonrisa.

A continuación, los dos volvimos la cabeza hacia el teléfono que había comenzado a sonar.

Carson cogió el receptor.

—¡Hola!

Lo miré fijamente, con los ojos abiertos como platos, mientras alguien le hablaba.

—¿Tanto tiempo? —se quejó después de escuchar a su interlocutor durante unos minutos—. ¿No hay manera de conseguirlo con más rapidez? —Prestó

atención durante un rato más—. Sí, está bien. Manténganos al corriente, ¿vale? —Luego colgó.

—¿Qué te han dicho? —exigí.

—Bien, la parte buena es que saben que estamos aquí, que conocen el problema y que la pieza que necesitan está en camino. La mala es que va a tardar unas dos horas en llegar.

—¿Dos horas? —chillé. Respiré hondo—. ¿Dos horas? —repetí con más calma—. ¿Vamos a tener que quedarnos aquí durante dos horas?

—Eso me temo —replicó al tiempo que iba hacia la pared para apoyar la espalda allí y deslizarse hasta el suelo. Cruzó los pies y apoyó los antebrazos en las rodillas.

Lo observé durante un rato antes de dirigirme al otro lado del ascensor. Me senté también en el suelo, pero doblé las rodillas hacia un lado mientras lo miraba. Tiré del vestido de croché para que me cubriera las piernas hasta los tobillos. Luego volví a subir la vista justo cuando él dejaba de estudiarme las piernas. Carson hizo una mueca antes de poner una expresión neutra y arquear las cejas, sonriendo de forma sugestiva.

—Se pueden hacer muchas cosas en dos horas, Botón de oro. ¿Se te ocurre algo?

«Él estaba de vuelta». Carson Stinger, actor heterosexual. Ladeé la cabeza y lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué haces eso? —pregunté.

Él se mordió el labio inferior con aire aburrido.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que te pones una máscara en plan «soy una máquina sexual».

Él se quedó mirándome, pensativo, durante un minuto.

—¿Una máscara? Si me pusiera una, implicaría que oculto algo debajo. ¿Qué escondería?

Miré a un lado y me encogí de hombros.

—¿Al tipo que acaba de hacer el ridículo cantando *Sister Christian* para ayudarme a superar una situación complicada?

Él se rio entre dientes.

—Solo he hecho lo necesario para

que no te murieras aquí. Si tengo que estar encerrado en un ascensor, prefiero que no sea con un cadáver. Puede que haga muchas locuras, pero la necrofilia no es una de ellas.

Fingí una arcada.

—Dios, eres realmente... —Me mordí el labio pensativa—. No, ¿sabes qué? No me lo creo. Vas de farol, Carson Stinger. Estás fingiendo. —Me estudié las uñas.

Él volvió a reírse como si estuviera divirtiéndose mucho.

—Bueno, ¿qué es lo que piensas que hago, Botón de oro? Ya que me conoces tan bien después de estar conmigo... —bajó la mirada a su muñeca— quince minutos.

Suspiré.

—Tienes razón. No sé nada de ti. Solo que eres un farsante, eso es todo. Digamos que es una primera impresión.

Estuvo mirándome un buen rato con los ojos entrecerrados y la mandíbula tensa. Luego estiró las largas y musculosas piernas y cruzó los tobillos sin dejar de mirarme fijamente.

—Lo que creo es que te gusto. Y que tratas de ver en mí al chico bueno y sensible que no soy, así cuando te arrastres por el ascensor para subirte a mi regazo, podrás justificarte de alguna manera ante ti misma.

Casi me atraganté con la risa antes de arrodillarme para mirarlo.

—¡Eres un idiota arrogante! Solo me

arrastraría hacia ti si mi vida dependiera de ello. —Lo miré antes de volver a sentarme de lado. Lo señalé—. Espera. Acabas de hacerlo otra vez. ¿Ves?, es esa máscara. Me provocas para que me olvide de lo que estábamos discutiendo, que es... que estás fingiendo.

Él se rio.

—¿Sigues insistiendo, mi querida entrevistadora? Vale, entonces, dime, ¿qué te pasa a ti, doña Princesa Perfecta? ¿Qué escondes detrás de ese moño tan tirante que está a punto de estrangularte y de esa actitud altiva y arrogante?

—¿Altiva y arrogante? —me burlé—. No soy altiva ni arrogante. Ni tampoco soy perfecta.

—Oh, no sé. Creo que eso es exactamente lo que eres: perfecta. ¿Por qué? ¿Por qué necesitas ser tan perfecta? ¿Por qué tienes que reprimirte tanto que ni siquiera puedes respirar? ¿Qué ocultas debajo de tu máscara?

Me reí en voz alta de una forma un tanto excesiva para demostrarle lo ridículo que me parecía.

—¿Mi máscara? Por favor. Estás inventándote cosas para distraerme. Lo que ves es lo que hay, Carson. No soy yo la que está usando una máscara...

Me estudió con una mirada reflexiva y desconfiada.

—Está bien, Botón de oro. Tengo una propuesta. ¿Qué te parece si hacemos un juego? Se llama «Un tanto por un

secreto». Total, tampoco tenemos mucho más que hacer aquí, sobre todo si sentarte en mi regazo no entra en tus planes.

—Ni entra ni va a entrar —gruñí—. ¿En qué consiste exactamente ese juego? Se incorporó.

—¿Llevas en el bolso algo parecido a una taza, un vaso o algo así?

Me reí y él arqueó una ceja.

—No, no suelo llevar ese tipo de cosas en mi bolso. —Abrí la bolsa de la piscina y examiné el interior—. Espera, ¿valdría la tapa de un bote de laca? — La saqué. Era de plástico y tenía el mismo tamaño, más o menos, que un vaso de papel. La sostuve ante Carson.

—Puede servir —me dijo,

arrancándomela de la mano. Se llevó una mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó una moneda de diez centavos que me enseñó. Luego puso la tapa de la laca en una esquina del ascensor y se colocó en el rincón contrario—. Las reglas son que si uno mete la moneda en la tapa, el otro tiene que revelar un secreto. Sin mentir. Sin escaquearse. Un secreto de verdad, algo que no le haya dicho nunca a nadie.

Crucé los brazos y me mordisqueé el labio. Miré la tapa en un rincón y a Carson en el otro.

—Es imposible encestar. Dada la distancia y el tamaño de la tapa... No es posible.

Él arqueó una ceja.

—¿Juegas o no?

Solté el aire.

—De acuerdo. Juego.

Carson hizo una pausa.

—Espera, ¿estás de acuerdo con las reglas?

—Sí. Un tanto por un secreto. Las acepto. —Sabía que era imposible, y ¿por qué no? Me apetecía jugar con él.

Levantó los diez centavos, apuntó, se movió un poco a la derecha con una expresión de pura concentración en su cara y lanzó al aire la moneda. Entró directamente en la tapa, sin ni siquiera rebotar. Un tanto limpio. ¿Qué... coño?

Lo miré.

—¡Has hecho trampa! No es posible hacer eso.

Carson se rio.

—¿He hecho trampa? ¿Cómo demonios iba a hacer trampa? De eso nada. No vas a escaquearte. Me debes un secreto, Botón de oro. Venga, quiero escucharlo. —Apoyó el hombro contra la pared del ascensor, cruzó los brazos y bajó la barbilla, mirándome expectante.

Lo estudié.

—Quería decir que no puede ser tan fácil. Y no tengo ningún secreto. —Levanté los brazos y los dejé caer.

Siguió mirándome sin decir palabra, ahora con gesto inexpresivo.

—Cuéntame por qué eres tan perfecta, Botón de oro.

Emití un sonido de disgusto y crucé los brazos otra vez mientras clavaba los

ojos en cualquier parte que no fuera él. Pensé en lo que me estaba preguntando.

«¿Realmente me ve así? ¿Perfecta?».

Me sentía tan lejos de ser perfecta como se podía estar. Siempre estaba tratando de no caer del barco... Tratando de ser lo bastante... Tratando de compensar...

—Mi padre ha sufrido muchas decepciones en su vida. Solo trato de no darle más —espeté.

Carson ladeó la cabeza con una mirada de... algo. Desvié la vista.

—De todas formas, eso es todo. Mi padre ha pasado muchos momentos difíciles. Quiero que esté orgulloso de mí. ¿Es tan raro?

—¿Qué decepciones ha sufrido tu

padre? —preguntó en voz baja.

Me quedé mirando la pared un rato antes de responder. De repente, de forma inexplicable, quería hablar.

—Cuando yo tenía once años, mi hermano pequeño murió de linfoma de Hodgkin. Era el único chico. Tengo dos hermanas más. —Me miré las uñas, estudiándolas—. Mi padre es policía... Un hombre «muy hombre», ¿sabes? Supongo que tanto mis hermanas como yo siempre nos hemos sentido como si...

—¿Como si cualquiera de vosotras fuera reemplazable por las otras? —preguntó Carson en voz baja.

Mis ojos se encontraron con los de él y nos sostuvimos la mirada durante unos segundos. Jamás había pensado en ello

de esa forma, pero...

—Tal vez, sí.

Él asintió con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos. Luego se acercó a la tapa en el rincón, recuperó la moneda de diez centavos y la sostuvo en alto.

—Es tu turno —dijo, tendiéndomela.

Carson

Se me había secado la boca, y había sentido un extraño hormigueo en la piel cuando Grace me habló de su hermano y su padre. No podía dejar de pensar en esa sensación. En realidad jamás había hablado de emociones con nadie que no fuera mi abuela. Pero ella había fallecido cuando yo tenía diecisiete años

y, desde entonces, no me había abierto a otra persona. Había sugerido el juego para hacer perder a Grace aquel aire arrogante. Sabía que podía meter la moneda dentro de la tapa a mucha más distancia que la diagonal de un ascensor. Tenía muchas horas de práctica. Era lo que había hecho para distraerme mientras esperaba a que mi madre acabara de hacer lo que fuera en su habitación.

Pero entonces ella había compartido aquello conmigo y ahora era yo el que había dejado de sentirse arrogante.

Le tendí la moneda y dio un paso atrás mientras me miraba. Se colocó en la esquina opuesta a la pequeña tapa y apuntó, bajando la mano.

La estudié mientras se concentraba. ¡Joder! Era una chica muy guapa. Atractiva, con una belleza clásica que me hacía querer observar la perfección de sus rasgos. Era delgada, pero tenía curvas en donde debía. Justo como me gustaba. Me di cuenta de que sería igual de guapa por la mañana al salir de la ducha, sin pizca de maquillaje. Noté la presión de los pantalones ante la imagen.

«¡Mierda, lo que me faltaba!».

Me mordí la lengua para distraerme y no pensar en Grace saliendo de la ducha. Justo en ese momento ella lanzó la moneda. Giré la cabeza para ver cómo caía dentro de la tapa con un golpe seco.

Solté una carcajada cuando ella lanzó un grito y movió los brazos en el aire en gesto de victoria. Un momento... ¡Joder! ... No era divertido. La mirada de emoción pura que vi en su cara me dio ganas de abrazarla contra mi cuerpo. Hasta que recordé que yo no abrazaba a nadie. Que nunca lo hacía.

Suspiré y traté de parecer tan aburrido como me era posible.

—Está bien... ¿Qué es lo que quieres saber de mí?

Ella inclinó la cabeza y entrecerró los ojos mientras se cogía el labio inferior con los dientes de una forma que hizo que me mordiera la lengua de nuevo.

Se dirigió de nuevo a su lado del ascensor y se deslizó hasta el suelo,

donde dobló las rodillas y se las cubrió con el vestido, como había hecho antes. Esperé.

—Un secreto que no le hayas contado a nadie, ¿verdad?

Asentí.

—Está bien, ¿por qué haces pelis porno?

Me reí.

—La respuesta a esa pregunta no es precisamente un secreto. Es divertido y me pagan muy bien.

Ella frunció sus delicadas cejas y me miró fijamente.

—¿Cuál es la verdadera razón de que hagas pelis porno, Carson? —preguntó ella.

Me reí de nuevo.

—No todo aquel que se dedica al porno tiene una infancia problemática o un pasado oscuro. La industria es muy diferente de lo que solía ser. Hay todo tipo de medidas de seguridad y...

Ella continuó mirándome en silencio.

Suspiré y me dejé caer al suelo. ¿De verdad? ¿Estaba pensando de verdad en seguir ese camino con esa extraña? ¿Con esa princesa? Me senté y me dediqué a estudiar la pared durante un par de minutos, y luego, casi contra mi voluntad, empecé a hablar.

—Mi madre fue una estrella del porno en los 80. Por lo que sé, no ocurre a menudo que una actriz se quede embarazada, y cuando pasa, se soluciona con bastante rapidez. Sin embargo, ella

decidió no arreglar el problema, así que soy el bastardo de cualquiera del centenar de pollas con las que rodó. ¿Qué te parece mi cuento de hadas, Botón de oro?

La vi abrir los ojos y cómo sus labios formaban una O silenciosa. Nos miramos durante un rato.

—Eso no explica por qué tú también lo haces.

Solté una risita.

—Se puede decir que he nacido para ello, nena. Creado en la lujuria y el pecado, destinado a hacer lo mismo.

—No es culpa tuya que fueran... — Que me maten si esos grandes ojos azules no estaban llenos de compasión. En mi interior, sentí una intensa presión

que no me gustó en absoluto.

—No, y no es culpa tuya tener una boca tan preciosa, pero quizá si te arrastraras hasta aquí, podríamos utilizar los dones que Dios nos ha dado para hacer que las próximas horas pasaran un poco más rápido. —Arqueé las cejas.

Ella me miró ruborizada.

—Por eso lo haces. Recurras a esa máscara de ligón para ocultar el hecho de que te avergüenzas de lo que eres.

Esta vez solté una carcajada.

—Si es de nuevo mi entrevistadora favorita... Dime, ¿dónde te sacaste el título de psicología? Oh, cierto..., en la Universidad de los Idiotas. Dime, Botón de oro, ¿se te da igual de bien analizarte

a ti misma? ¿Te das cuenta de que esa imagen de princesa perfecta es un intento de compensar el hecho de que crees que deberías haber muerto tú en lugar de tu hermano? Pero ¿sabes qué? Es tu hermano el que murió. Y toda esa mierda de la princesita perfecta no va a cambiar nada.

Ella soltó un fuerte jadeo y me miró con dolor. Al instante me sentí una mierda.

—¡Eres un bastardo! —insultó entre dientes, poniéndose de rodillas y avanzando sobre ellas hacia mí. La ira había reemplazado casi al instante al dolor que había visto destellar en sus ojos al principio.

Yo también me puse de rodillas. Que

me hubiera llamado «bastardo» me había hecho sentir una opresión en el pecho. Había usado mi propia palabra contra mí y no me gustaba lo que eso me hacía sentir.

—Mojigata —susurré.

—Prostituto.

—¡Oh, qué original, reina de las nieves!

Nos encontramos en el medio del ascensor, los dos de rodillas. Ella tenía el cuello inclinado para mirarme, con la rabia plasmada en sus rasgos. Sabía que mi expresión era muy similar.

—¡Pedazo de mierda!

—¡Hipócrita!

Ella apretó los puños y se enderezó con los dos brazos a los costados al

tiempo que soltaba un gruñido de irritada frustración. Me incliné un poco hacia ella, como desafiándola a pegarme.

Y, de repente, estábamos besándonos. Fue un beso brusco y airado mientras nuestras manos vagaban por todas partes a ciegas, intentando acaparar lo máximo posible del otro. Y, maldita fuera si no sabía a sol, a todo lo dulce y bueno que el mundo tiene para ofrecer.

3

Grace

Nos apretamos contra el cuerpo del otro, gimiendo y jadeando, prácticamente locos por la ira y la lujuria. ¿O era solo ira? No, no, la ira no era tan buena. Todo mi cuerpo estaba en llamas, cada una de mis terminaciones nerviosas se erizaba por la necesidad que tenía de que Carson me tocara.

«¡Oh, Dios! Estaba acariciándome Carson Stinger, actor heterosexual».

¡No! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Tres síes contra un no. Ganaba la mayoría. ¡Santo Dios! Su

sabor era increíble. Sabía a menta y a algo que era solo suyo. Después de una pequeña muestra, deseaba profundizar en su boca todo lo que pudiera, enredar mi lengua con la suya, muerta de hambre por él —¡por él!—, que parecía tan desesperado como yo. Me buscaba con la misma intensidad que lo buscaba yo. Me puso una mano en las nalgas y me apretó con fuerza contra su erección. ¡Oh, Dios! ¡Qué grande era! Sí, muy grande. Y yo me frotaba contra él como una gata en celo. Una gata en celo que ya no podía contenerse. Que se había vuelto loca. Esa era yo.

«¡Miau!».

De pronto me di cuenta de que Carson tiraba de mí para que me pusiera en pie

y yo lo seguí de buen grado, sin romper ni un momento el contacto con sus labios. Él nos llevó hacia atrás, hasta que mi espalda chocó contra la sólida superficie, y se apretó contra mi cuerpo con un gruñido. Solo entonces me soltó y oí cómo plantaba las dos manos a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome entre ellas. Siguió trabajando mi boca, lamiendo y chupando mi lengua mientras se apretaba contra mí otra vez, gimiendo en mis labios. Los sonidos que emitía y la sensación de la pared a mi espalda, inmovilizándome, despejaron un poco la niebla de la lujuria. ¡Oh, Dios! Era una locura. ¿Qué estaba haciendo? Un par de minutos antes, estábamos insultándonos y de repente..., ¿qué había ocurrido?

Seguro que lo que me hacía con su boca y su cuerpo era tan increíble porque era un profesional. ¡Oh, Dios! ¡Era un profesional! Se le daba bien eso porque lo hacía mucho. Mucho, muchísimo. Una vez más, ¿qué demonios estaba haciendo? Abrí los ojos y miré su cara a unos milímetros de la mía. Sus ojos cerrados y sus largas pestañas, que arrojaban sombras sobre sus mejillas, me devolvieron a la realidad. Emití un sonido gutural y aparté mi boca de la de él, girando la cabeza al tiempo que le ponía las manos sobre el pecho para empujarlo lejos de mí. Dio un paso atrás; parecía aturdido cuando nos miramos a los ojos, jadeantes.

—¡Joder! Lo siento —dijo,

finalmente.

—¿Qué es lo que lamentas? — pregunté con rabia—. ¿Los insultos o los besos?

—Los insultos. Los besos no los lamento nada.

Parpadeé. Y sí, a pesar de que seguía enfadada, ahora más conmigo misma que con él, una parte de mí quería volver a besarlo.

Sacudí la cabeza un poco, liberándome del último rastro de niebla. Estábamos en un ascensor. Él era una estrella porno. Habíamos intercambiado un secreto y luego lo habíamos utilizado como arma arrojadiza.

Solté una risita sin humor y clavé la mirada en el techo al tiempo que

respiraba hondo. Bajé los ojos hacia Carson, que me miraba con expresión de confusión. Lo vi arquear una ceja.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Me di la vuelta y me senté, dejando caer la cabeza contra la pared. Él se acercó y se apoyó en la pared del fondo del ascensor, justo a mi derecha, dobló las rodillas y apoyó en ellas los antebrazos.

—Nosotros —gruñí—. Somos horribles. Cada uno ha compartido un secreto y no hemos tardado ni cinco minutos en utilizarlo en contra del otro. —Negué con la cabeza mientras lo miraba—. Yo también lo siento.

Él respiró hondo y clavó la vista en el suelo durante un instante antes de volver

a mirarme con aquellos ojos color avellana.

—No, ha sido culpa mía. He puesto las reglas y luego te he atacado en lugar de seguir jugando. Soy un mal perdedor.

—Parecía realmente arrepentido.

Fruncí los labios al tiempo que inclinaba la cabeza, sorprendida por su respuesta. Volví a negar con la cabeza.

—Era un juego arriesgado. —Hice una pausa—. ¿Qué te parece si nos limitamos a hablar durante un rato?

Se extendió una sonrisa por su cara, dejando a la vista aquel pequeño hoyuelo, y su belleza me aturdió por un momento. Ladeé la cabeza.

—¿Por qué no eres modelo o algo así? Tienes el aspecto necesario.

Él se rio entre dientes.

—Lo sé.

—Y también la modestia, ¿no crees?

—No necesito ser modesto. No he hecho nada para tener esta cara. Simplemente me tocó.

Suspiré.

—Justo cuando estabas empezando a gustarme un poco...

—¿Te gusto lo suficiente como para traducirlo en más besos? —Volvió a curvar los labios, brindándome aquella devastadora sonrisa.

—No. Dime, ¿por qué no posas en vez de... hacer eso que haces?

—¿Te refieres a dejar que me vistan y me maquillen durante horas para luego dejar que me fotografien? Dios, suena

todavía peor que la pornografía. ¡Joder!

—¿Peor que la pornografía? Entonces, ¿no te gusta cómo te ganas la vida?

Me estudió durante un minuto con tanta intensidad que casi pude ver cómo funcionaban sus engranajes mentales. Aunque no supe qué era lo que estaba pensando.

—Si soy sincero, no —repuso finalmente—, no me gusta hacer porno.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja.

—Porque me gusta follar como quiero. No me gusta que me estén diciendo qué debo hacer o que se muevan a mi alrededor como si fuera una pieza de ajedrez en la cama. Lo más interesante del sexo para un hombre es

la persecución. En el porno no hay que esforzarse en ese sentido. Y antes de que te vuelvas loca, no estoy intentando darte pena ni nada. Solo soy sincero; no lo encuentro agradable, prefiero algo más...

—Ya —lo interrumpí—. El sexo es como la pizza y todo eso. —Lo estudié un instante—. ¿Cómo acabaste dedicándote a eso? —pregunté.

Él suspiró.

—Bueno, como ya te he dicho, podríamos decir que me crié en el negocio. Mi madre me llevaba con ella a los rodajes. No es que los viera. Me quedaba en el vestuario, pero sabía lo que estaba haciendo allí y me jodía. Sí, un juego de palabras. —Sonrió, pero yo

no lo hice. Me sentía triste.

Me miró y entrecerró los ojos brevemente. Pensé que no iba a continuar, pero comenzó a hablar de nuevo.

—De todas formas, mi madre siempre tuvo problemas con las drogas, y cuando yo tenía catorce años, se puso muy mal. Me fui a vivir con mi abuela a Massachusetts hasta que mi madre se recuperó, y luego regresé a Los Ángeles.

—¿Eres de allí?

—Sí. De la ciudad de los ángeles. —
Arqueó las cejas, aunque miró a lo lejos antes de continuar—. Una vez que cumplí dieciocho años, varios productores que conocía me empezaron a preguntar si quería hacer una película.

Me dijeron que podía ser un bombazo: El hijo de una de las grandes estrellas del porno haciendo películas. Me negué durante un tiempo; no me interesaba. Cuando mi abuela murió, me dejó un poco de dinero. No era mucho, pero fue suficiente para viajar por Europa durante un par de años. Al regresar, trabajé en algunas cuestiones menores; sin embargo, casi siempre estaba sin hacer nada, de fiesta en fiesta. Por fin, hace seis meses, firmé un contrato con uno de esos productores que tiene un sello de porno blando. Llegó un momento que pensé: «¿Por qué no?». ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que hacía cada fin de semana con mujeres que no conocía?

Me estremecí. Todo sonaba tan... vacío. Cuando lo miré, tenía la cabeza apoyada en la pared del ascensor y me estudiaba con atención.

—¿Eres virgen, Botón de oro?

Me reí. Estuve a punto de decirle que no era de su incumbencia, pero caí en la cuenta de que estaba contándome detalles íntimos de su vida. Si le decía eso, sería como darle un bofetón en la cara. Sin duda no era asunto suyo, pero tampoco era cosa mía lo que acababa de compartir y, sin embargo, lo había hecho. Dejé de reír y suspiré.

—No. He estado con una persona. Con mi novio en la universidad. Tengo pensado acostarme con otro hombre antes de casarme.

—Tienes pensado estar con uno más antes... ¿de qué?

—Vale, espera, lo que he dicho tiene sentido, te lo explico. Todavía tengo que acabar la práctica legal. Y luego tiene que contratarme un bufete de los buenos, donde trabajaré por lo menos un año. No tengo pensado casarme antes de los veintiocho, y nadie quiere casarse con una virgen de veintiocho años. Mi marido se preguntaría qué me pasa. Así que he pensado que debo estar al menos con dos hombres antes de casarme. Uno que me quite la virginidad, hecho, y otro que me enseñe lo suficiente como para ser una buena esposa en la cama, pendiente. —Sonreí, impresionada por mi propio razonamiento.

Me miró antes de echarse a reír.

—¡Joder! Eso es todavía menos romántico que lo mío. Sin duda.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es lo que no es romántico? Estoy pensando qué es lo mejor para el hombre con el que voy a pasar el resto de mi vida. Ya lo hago por él, y ni siquiera lo conozco.

—¿Y qué me dices del pobre idiota que elijas para ser tu pareja sexual número dos? Está destinado al ostracismo incluso antes de conocerlo.

—Por favor —me burlé—. ¿Qué hombre no está de acuerdo con tener un par de meses de sexo con una mujer antes de seguir su camino hacia la siguiente?

Sonrió.

—Bueno, eso es verdad. Sin embargo, ¿qué pasa si al final te enamoras de él? ¿Qué pasaría entonces con tu plan?

—¿Si me enamoro de él? No. Eso no sucederá porque no es parte de mi plan. Sin duda tiene que existir cierta química, pero...

—Botón de oro, yo podría ser el candidato perfecto. —Arqueó una ceja antes de brindarme su devastadora sonrisa.

—¿Tú? —Me reí y negué con la cabeza—. Eso es imposible, Carson. Para empezar, ni siquiera vivimos en la misma ciudad. Y mira, ¿cómo le voy a decir a mi marido que he estado con una estrella porno? No te ofendas. En serio.

Pero es que...

—¿Por qué tienes que contarle los detalles? Los hombres no quieren saber nada de las anteriores experiencias sexuales de sus mujeres.

—Creo que no. Pero aun así... ¡Eh, espera! ¿De verdad estamos discutiendo en serio sobre esto? Todavía faltan unos años para que ese tipo entre en el plan. No puedo olvidarme de todo lo que me enseñe antes de concentrarme en el único. Lo siento. No encajas en los tiempos marcados. —Le sonreí. Supuse que seguía jugando conmigo. Pero era cierto.

—Así que planeas no tener sexo en los próximos... ¿qué? ¿Cuatro años más o menos? ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés. Así que sí, todavía faltan unos cuatro años para que entre en mis planes. —Incliné la cabeza con una sonrisa.

—¿Vas a esperar cuatro años a mantener relaciones sexuales por culpa de un estúpido plan?

—¡No es un plan estúpido! Siempre lo he tenido. Me ayuda a centrarme. —Fruncí el ceño. Ahora que había explicado mi plan en voz alta, sonaba menos racional que cuando lo tenía en mente—. Y, de todas formas —continué—, va a ayudarme a alcanzar mis sueños.

Él elevó las cejas.

—¿Tus sueños? ¿Estás segura?

Suspiré.

—¿Quién es el que adopta ahora el papel del entrevistador?

Me observó.

—Está bien, tienes razón. Continuemos hablando de sexo. ¿Estás pensando en serio ser célibe durante cuatro años? ¿Es que no te gustó la primera vez?

Sentí que me ardían las mejillas y bajé la vista.

—Claro que me gustó, estuvo bien.

—¿Bien? Oh, oh... Cualquier hombre que consiga un «bien» de una mujer, da igual el tema, tiene serios problemas.

Respiré hondo.

—Escucha, estuvo bien, ¿vale? No fue espectacular, pero tampoco terrible. Solo bien. —Me encogí de hombros.

Me estudió durante un minuto.

—Botón de oro, ¿te corriste?

—¡Dios! No me puedo creer que estemos discutiendo sobre esto. No, no me corrí, ¿vale? Por lo que yo sé, no puedo correrme si hay otra persona en la habitación, ¿de acuerdo? ¿Por qué no me das tu correo electrónico y te aviso dentro de cuatro años? —Golpeé la pared del ascensor con la cabeza. Me sentía avergonzada de la dirección que estaba siguiendo la conversación, en especial si tenía en cuenta con quién estaba hablando. En realidad, me sentía desnuda de muchas formas. Y él estaba haciéndome preguntas sobre cosas que no se hablaban en voz alta. ¿Cómo había sucedido exactamente? ¿Por qué con

esta persona? Empecé a reírme y sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa? —se interesó.

Gruñí.

—No sé. Todo esto es... divertido.

Él asintió como si supiera perfectamente lo que quería decir.

—Sí, supongo que lo es. De todas formas, mi oferta sigue en pie. Podríamos tener al menos un fin de semana. Creo que tu futuro marido podría sentirse muy feliz si me dices que sí. —Me guiñó un ojo.

Lo estudié fijamente.

—Lo dices en serio, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Qué ganas tú con ello exactamente?

Él se limitó a arquear las cejas sin

decir una palabra.

Me reí por lo bajo.

—Es decir, que no tienes todavía suficiente sexo, ¿es eso?

—Mira, considéralo un reto para mí, ¿vale? Creo que podría darte algo que no te ha ofrecido nadie, y eso me excita muchísimo. Los dos conseguimos algo con ello y después iremos cada uno por su lado, como Botón de oro y el idiota número dos.

Abrí la boca para responder, pero fui interrumpida por el estridente sonido del teléfono del ascensor. Salvada por la campana una vez más.

Carson

El teléfono sonó por segunda vez y me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento mientras esperaba su respuesta. La razón para convertirme en el idiota número dos era acostarme con ella. No solo porque pensaba que podía hacer que se corriera, estaba seguro de que en eso tendría éxito: era por todo. La idea de ver su bello rostro transfigurado por una expresión de placer hacía que me apretaran los vaqueros, pero la verdadera razón por la que contenía la respiración aguardando su respuesta era porque no recordaba haber deseado nada tanto como la deseaba a ella. No solo su cuerpo, sino a ella. Quería ver cómo reaccionaba cuando la tocara, quería ver cómo decía

cualquier cosa divertida. Quería oír cómo justificaba ese estúpido plan suyo. Me gustaba. Y hacía mucho tiempo que no me gustaba una mujer. Me sentaba bien desear algo. Y me sorprendía mucho. No podía tenerla en la vida real, y tampoco era que quisiera. Pero sí deseaba pasar un par de días acostándome con Grace Hamilton en la habitación de un hotel. Y lo deseaba mucho.

Me levanté y cogí el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, soy de mantenimiento, solo quería informarle de las últimas noticias y asegurarme de que están bien. Ha llegado ya la pieza que necesitamos, vamos a instalarla ahora. No tardaremos

más de una hora.

—De acuerdo. Sí, estamos bien. Gracias por mantenernos al tanto. — Colgué y me volví hacia Grace.

—Parece que vas a tener que aguantarme al menos una hora.

—¿Al menos?

—Sí, al menos. Será algo más si accedieras a pasar el fin de semana conmigo. —Tenía la esperanza de que ella no se diera cuenta de lo que significaba para mí. Si me rechazaba, me molestaría mucho.

Abrió un poco los ojos y movió los labios como si fuera a responder. Sin embargo, los cerró de nuevo con una expresión confusa. En ese momento me gruñó el estómago. De una forma muy

sonora.

Grace sonrió e inclinó la cabeza.

—¿Tienes hambre? —Antes de que pudiera responderle, empezó a rebuscar en su bolso. Tras hurgar en el interior durante medio minuto, sacó una barrita energética.

—Su cena, milord. Espera, creo que también llevo algo para bajar la comida. —Volvió a meter la mano y sacó un botellín de agua.

Me senté en el suelo, junto a ella.

—Eres una diosa. Pásamelo. —Acababa de darme cuenta de que no había almorzado y era casi la hora de la cena. Tenía hambre. Grace me tendió la barrita, la abrí con los dientes y luego la rompí por la mitad. Le entregué una

parte, pero ella negó con la cabeza.

—Cómetela entera. No tengo hambre. Además, eres un chico en edad de crecer. —Me guiñó un ojo.

—Solo cuando te miro, nena. —Le devolví el guiño y ella se rio antes de darme un golpe en el hombro. Me comí la barrita y cuando me pasó el agua, después de dar ella un sorbo, tomé un largo trago.

—Será mejor que nos acabemos el agua. Si tenemos una llamada de la naturaleza, tendremos que utilizar esta botella.

Ella rio.

—Creo que aguantaré una hora. Pasé por el cuarto de baño al salir del bar.

Asentí.

—Creo que yo también aguantaré.

—Vale, otro juego —dije después de un rato en silencio—. Este se llama «Respuesta inmediata». Te haré una pregunta y me respondes la primera cosa que te pasa por la cabeza. Luego cambiamos.

Ella me miró con recelo.

—¿Este juego es otro de tus trucos para acabar besándonos en mitad del ascensor?

—Dios, espero que sí. —Me reí—. Pero, no, jugaremos por diversión, para pasar el rato. ¿Vale?

Ella asintió.

—Vale.

—Tu peli favorita.

—*Titanic*.

—No. Inténtalo de nuevo.

Ella se atragantó de risa.

—¿No? Mmm... Pensaba que tenía que decir mis respuestas.

—Y es así, pero no te puedo permitir decir una película tan chorra como *Titanic* sin hacer ningún comentario.

Se volvió hacia mí para mirarme.

—¿De verdad piensas que *Titanic* es una peli chorra? ¡Si es una historia de amor épica! ¡Es preciosa! ¿Por qué no te gusta?

Suspiré.

—Grace, al final de la película, en la puerta flotante había sitio de sobra. ¿De verdad vas a decirme que no te cabreó que después de todo lo que pasaron para sobrevivir no intentaran subir los dos a

ese trozo de madera? Era lo suficientemente grande para los dos, solo tenían que haberse esforzado un poco.

Ella se echó a reír.

—Espera..., esto es demasiado para pasarlo por alto. No te gusta *Titanic* porque su final no es lo suficientemente romántico para ti. Qué tierno... —Me miró batiendo las pestañas.

Fruncí el ceño.

—No, creo que no ha sido eso lo que he dicho. Lo que he querido decir es que me gusta que las películas sean realistas. Ese final fue una salida fácil porque el guionista pensaba que Jack Dawson debía hundirse en el fondo del océano.

Ella volvió a reírse.

—¿Has terminado ya?

—Sí. Siguiendo pregunta —pidió, haciendo un pobre intento de borrar la sonrisa de su cara.

—Color favorito.

—Azul huevo de petirrojo.

Puse una expresión de estupor y la miré a la cara.

—Bueno, voy a pasarlo por esta vez. Estación favorita.

—Otoño.

—Postre favorito.

—*Crème brûlée*.

—Postura sexual favorita.

Hizo una pausa y sus mejillas adquirieron un intenso color rosado.

—Mmm..., ¿misionero?

La miré fijamente durante al menos un

minuto.

—Así que con tu novio de la universidad, el que no consiguió que te corrieras, solo lo hiciste en la postura del misionero, ¿verdad? ¿Con qué clase de idiota te enrollaste?

—¡Alto! Era un tipo muy agradable. Muy..., mmm..., muy dulce y considerado.

Suspiré.

—Ya imagino. Está bien, empiezas a deprimirme. Es tu turno.

—Eres idiota. —Pero lo dijo con una pequeña sonrisa—. Película favorita.

—*El club de la lucha*.

—No la he visto.

—¿No has visto *El club de la lucha*? Eso es un crimen.

Ella se rio por lo bajo.

—Color favorito.

—Azul.

—¿Qué tono de azul?

—Solo un puto azul.

—Ese no es un tono.

—Sí que lo es.

—De acuerdo —se rio—. Tu estación favorita.

—Otoño.

—¡Tenemos algo en común! ¡Es un milagro!

Yo también me reí.

—¿Quién podía imaginarlo?

—Yo no. Postre favorito.

—Los plátanos estilo Foster que me hacía mi abuela.

Ella sonrió antes de mirarme.

—Bien, ha sido divertido.

—Espera, no me has hecho la última pregunta.

—No, no. No quiero saberlo. De verdad. Estoy segura que dirás una de la que nunca he oído hablar antes. Puedes guardártelo para ti.

—Gallina —me reí.

Sonrió con suficiencia y yo me quedé momentáneamente obnubilado por la belleza de su sonrisa. Me encantaban sus dientes. Me gustaba todo lo que estaba relacionado con su boca. Quería probarla de nuevo. Estiré las piernas al notar, de repente, que me apretaban los pantalones.

Los dos permanecemos en silencio durante un rato. Se me ocurrió que algo

había cambiado entre Grace y yo. Casi estábamos a gusto mientras permanecíamos allí sentados, escuchando el hilo musical del ascensor y bebiendo el agua que quedaba en el botellín. Pensé también que le había contado cosas de mí que nunca le había dicho a nadie. Había gente que sabía por qué hacía lo que hacía, pero nunca había compartido de buen grado cómo había sido mi niñez con nadie que no lo supiera ya por una razón u otra. El hecho era que ninguna otra mujer me había pedido que se lo contara. Y quizá fuera tan simple como eso. No podía recordar a ninguna que hubiera querido salir conmigo por mis chispeantes conversaciones. Quizá porque no era

una de mis habilidades. O tal vez porque nadie se había interesado en saber lo que hacía y por qué.

Seguimos allí sentados, en un cómodo silencio que, sin duda, no había comenzado así.

—Cuéntame por qué has tenido un ataque de pánico cuando te has dado cuenta de que estábamos encerrados —pedí por lo bajo, mirándola fijamente.

Me sostuvo la mirada. Tomó otro trago de agua y me estudió de forma pensativa, como si estuviera pensando si me iba a contestar o no.

—A mi hermano lo diagnosticaron cuando tenía ocho años —empezó después de un minuto—. Yo era un año mayor. Luchó durante dos años contra la

enfermedad, pero los médicos comunicaron finalmente a mis padres que estaba en fase terminal. Mi madre se volvió un poco loca, y mi padre asumió la carga que supuso planificar el funeral sin ella. Se había vuelto incapaz de hacerlo. —Se detuvo durante un buen rato y me pregunté si continuaría o no—. Mi padre tuvo que llevarnos a las tres a la funeraria con él un par de veces cuando fue a hablar con el director. Ni siquiera sé por qué, pero me metí en uno de los ataúdes mientras mis hermanas hacían otra cosa. Cerré la tapa y esta se quedó bloqueada. No podía abrirla. Me asusté y empecé a hiperventilar. No dejaba de pensar en que me estaba tocando la pierna un demonio o algo así.

—Soltó una risita al tiempo que sacudía la cabeza. Pero su expresión se volvió seria con rapidez—. Sin embargo, aquel lugar era tan tranquilo que me daba miedo gritar o hacer el ruido necesario para que alguien me sacara de allí. No quería avergonzar a mi padre. Ya estaba aguantando demasiado... Así que me quedé allí hasta que finalmente alguien lo abrió por su cuenta, buscándome.

—Dios, Grace. Debíó de ser aterrador —aseguré en voz baja.

Ella me miró.

—Sinceramente, hacía muchos años que no pensaba en ello. Pero no sé..., la idea de estar encerrada en un lugar tan pequeño supongo que me provocó la misma sensación.

—Tiene sentido, sí. —Estudié su preciosa cara y sonreí—. Además, esta vez tenías el horror añadido de saber que sí estabas encerrada con un demonio. —Abrí los ojos todo lo que pude y puse una expresión de loco asesino.

Ella soltó una carcajada y, al final, sonrió. Me sentí feliz de ver ese gesto tan alejado del dolor.

Un rato después, arqueó las cejas.

—Creo que acabas de descubrir otro de mis secretos sin tener que encestar en la tapa de laca.

Sonreí.

—Es cierto. Está bien, lo justo es justo, así que te toca saber algo a ti también.

—¿Por qué me llamas Botón de oro?
—preguntó.

Volví la cabeza al mismo tiempo que ella me miraba. Nuestras caras quedaron a solo unos centímetros de distancia.

Me encogí de hombros sin dejar de mirarla a los ojos. Ya le había dicho un montón de cosas personales, pero, por alguna razón, sentí que ahora debía detenerme.

—Quizá sea por tu pelo —respondí clavando los ojos en sus cabellos rubios—. ¿Por qué no te lo sueltas?

—¿El pelo? —susurró—. ¿Quieres que me suelte el pelo?

—Sí —asentí.

Dudó un instante, pero luego se llevó una mano a la parte de atrás de la cabeza

y, antes de que supiera cómo, una sedosa melena dorada cayó en cascada sobre sus hombros.

—¡Dios, Botón de oro! Pareces un ángel. —Tomé un mechón entre los dedos. Era tan suave como parecía.

Sonrió.

—Er...Yo... —Su voz se apagó mientras me inclinaba hacia ella. Abrió mucho los ojos, pero no se movió, y cuando nuestros labios estaban a punto de tocarse, el ascensor se sacudió y comenzó a subir. Nos alejamos el uno del otro. Jadeó sorprendida. Estábamos a punto de ser liberados, pero lo único que yo podía sentir era decepción.

4

Grace

La sacudida del ascensor me hizo volver a la realidad, y me di cuenta de que estábamos a punto de ser liberados.

—¡Oh, gracias a Dios! —solté mientras me ponía en pie, recogía mi bolsa y me acercaba a las puertas, preparada para salir de allí en el momento en que se abrieran. Miré de nuevo a Carson, que seguía sentado en el suelo, inmóvil, contemplándome con una mueca en la cara—. ¡Eh! ¿No has pasado suficiente tiempo aquí? ¿Tienes

pensado quedarte más? —Ladeé la cabeza y sonreí.

Suspiró, y comenzaba a levantarse justo cuando se abrieron las puertas del ascensor. Las atravesé al tiempo que respiraba hondo.

—¡Aire fresco, por fin! —exclamé. Un hombre de traje azul marino se acercó a mí de inmediato.

—¿Se encuentra bien? Nos gustaría disculparnos por las molestias que ha podido causarle el mal funcionamiento del ascensor. Si me acompaña a recepción, le daremos otra habitación para el fin de semana como compensación.

—Ah... Mmm... Está bien. Pero ¿otra habitación como compensación? Está

bien... —dije mientras me cogía del codo para guiarme. Miré hacia atrás y vi que otro hombre de traje estaba hablando con Carson. Seguramente disculpándose con él y ofreciéndole otra habitación como compensación. Lo vería en recepción.

El hombre, que respondía al nombre de señor Savard, me condujo al mostrador de facturación y solo tardó dos minutos en encontrar mi reserva y cambiarme de habitación. También me entregó una invitación para Picasso, el restaurante del hotel. Se volvió a disculpar profusamente y me vi obligada a asegurarle que estábamos bien y que no había sido tan malo. En plural. Bien, ¿dónde se había metido la otra mitad de

«estábamos»? Me detuve y miré a mi alrededor. No estaba en recepción. Eché un vistazo al vestíbulo, pero tampoco lo vi por allí. ¿Habría rechazado la habitación de compensación? Si era así, ¿por qué había desaparecido sin despedirse siquiera? Se me aceleró el corazón. Me había pedido que pasara el fin de semana con él, y yo no había llegado a responderle. No había sabido qué decir. De hecho, era una locura.

Por increíble que fuera, había terminado por gustarme bastante. Deseaba que estuviera conmigo, y debía considerar las dos últimas horas como una buena lección sobre por qué no se debe juzgar a nadie por su apariencia. Negué con la cabeza y me dirigí a los

ascensores.

Me comí la uña del pulgar mientras se cerraban las puertas de la cabina y subía hasta mi planta. Cuando se abrieron, me bajé con rapidez y emití un gran suspiro.

Entré en mi habitación y me dejé caer en la cama, mirando el techo. Es decir, sería una locura considerar siquiera pasar el fin de semana con Carson, ¿verdad? Estaba tan alejado de mi vida ordenada y meticulosa que pensarlo era ridículo, ¿no? Me quedé mirando el techo sin verlo en realidad, mientras discutía conmigo misma. ¿Estaba pensando realmente en pasar el fin de semana con Carson? ¿Quería hacerlo? Pensé en ello durante unos segundos, imaginando su cara sonriente. Vale, sí,

quería. Ya estaba dicho. Me gustaba, lo admitía. Me gustaba Carson Stinger, actor heterosexual. Era una locura. Una idiotez. Un riesgo. Sin embargo, que quisiera algo no significaba que debiera hacerlo. Me quedé allí con el ceño fruncido. Pero solo sería un fin de semana. ¿Cuántas chicas de veintitrés años pasaban un fin de semana con un chico guapo y luego si te he visto no me acuerdo? Que él estuviera en el negocio que estaba lo hacía todavía más perfecto, no era como si pudiéramos tener algo más que un fin de semana en Las Vegas. Él lo sabía y yo también. Quizá Carson tenía razón y todo esto encajaba perfectamente en mi plan. ¿Por qué no podía ser el individuo número

dos? ¿Por qué? ¿No podía comportarme de forma alocada y extravagante por una vez en mi vida? ¿Solo una vez?

Mientras estaba allí, debatiendo, me imaginé al proverbial ángel susurrándome en un oído y a un demonio en el otro. ¿Cómo había ocurrido aquello? Yo no era de las que cedía a la tentación, y, sin embargo, me sentía muy inclinada a pasar un par de días con Carson Stinger en su habitación de un hotel de Las Vegas, dejando que me enseñara cosas. Me llevé una mano a la boca y ahogué una risita de sorpresa. Ni siquiera me reconocía a mí misma. Dos horas en un ascensor con él y ni siquiera sabía en quién me había convertido. ¿Por qué ese pensamiento no me

asustaba? Me incorporé. ¿Por qué estaba allí sentada con todas las terminaciones nerviosas en tensión?

Entonces otro pensamiento inundó mi cabeza. Quizá él había cambiado de opinión. Quizá por eso había desaparecido con tanta rapidez. Suspiré, dejándome caer de nuevo en la cama. Quizá todo eso fuera un punto discutible. No sabía cuál era su habitación, y estaba segura de que no iban a facilitarme esa información en recepción. Solté un gran suspiro. Sin embargo, quizá le daría una oportunidad. Y si no lograba encontrarlo, tendría que resignarme a pasar un largo fin de semana de ponencia en ponencia, tal como lo había planeado.

Carson

Cerré la puerta de la habitación y me dejé caer en la cama, me tendí de espaldas y me pasé las manos por la cara. ¡Mierda! Verla alejarse me había jodido. Pero jamás me había dicho que pensara quedarse conmigo, y se había apresurado de tal manera en bajar del ascensor que sabía que su respuesta sería no. Ni siquiera se había vuelto para despedirse. No iba a ponerla en una situación incómoda ni a rogarle. Eran las mujeres las que me rogaban a mí, no yo a ellas. Fin de la historia.

Sin embargo, había pensado que habíamos conectado a un nivel al que no

había llegado con las demás mujeres. En especial con aquellas que me encontraban atractivo. ¡Dios! Solo era un puto idiota... «Tú sentiste que había una conexión, Carson, pero ella no...». Y esta vez, el golpe había sido doble: ella ni siquiera quería disfrutar de mis dones. Ni siquiera eso.

Sin embargo, había mucho que hacer. No iba a quedarme allí encerrado como una nenita enferma de amor para escribir en mi diario con mi pluma rosa durante toda la noche.

Permanecí tumbado en la cama durante un rato más antes de levantarme, quitarme la ropa y dirigirme a la ducha. Cuando ya estaba saliendo, me pareció oír un golpecito en la puerta de mi

habitación. Me quedé inmóvil y escuché, pero no lo oí de nuevo. Me sequé y me envolví las caderas con una toalla, y ya estaba estirando la mano para coger la ropa cuando oí unos forcejeos al otro lado de la puerta. Me acerqué y la abrí de golpe. Grace Hamilton estaba allí, dándome la espalda. Cuando se dio la vuelta, soltó un chillido en el mismo momento en que la puerta golpeó la pared. No puede evitar la enorme sonrisa que inundó mi cara. Sin embargo, me puse serio con rapidez, y apoyé la cadera envuelta en la toalla contra el marco de la puerta, crucé los brazos y arqueé una ceja. Iba a tener que decirme qué quería.

Ella tomó aire y noté que luchaba

contra sí misma. Me tranquilicé. Por fin, después de un montón de tiempo, la vi soltar el oxígeno que retenía.

—Hace un momento me has preguntado si quería pasar el fin de semana contigo. —No reaccioné, solo seguí mirándola. Se mordió el labio con aire de inseguridad—. Sí —concluyó, finalmente—. Mi respuesta es sí.

Sonreí, sintiendo que algo se liberaba en mi interior.

—Eso es todo lo que necesitaba oír, Botón de oro. —Sostuve la puerta abierta para que ella entrara.

Grace

Cuando abrió la puerta y me indicó que

entrara en aquella habitación tan parecida a la mía, se me ralentizaron los latidos del corazón. En el momento en que llamé, había estado temblando, pero luego, al ver que no respondía, la decepción se volvió más intensa que los nervios. Me había dado la vuelta y me había puesto a rebuscar en el bolso un trozo de papel y un bolígrafo, aunque no sabía qué iba a escribir. Sin embargo, se abrió la puerta y apareció él, sin otra cosa que una toalla alrededor de sus caderas estrechas. Tragué saliva para no empezar a babear allí mismo. Carson estaba delgado, pero tenía músculos firmes y su piel era suave y dorada. Se notaba que estaba completamente cómodo con su cuerpo. ¿Y por qué no

iba a estarlo? Estaba acostumbrado a desnudarse ante los demás. Empujé aquel pensamiento a un lado y le dije por qué estaba allí. La mirada de felicidad que se extendió por su cara hizo que me relajara un poco.

Entré y me senté en la cama. Pero mis nervios volvieron a hacer acto de presencia al darme cuenta de lo que estaba haciendo. Miré a mi alrededor y noté que me temblaban las rodillas. Crucé las piernas y alcé la vista hacia Carson, sin saber qué hacer. ¿Cuál era el protocolo a seguir? Él me miraba con una expresión divertida.

—Me voy a vestir. Ahora vuelvo.

—De acuerdo —respondí, un poco confusa. ¿El objetivo de todo esto no era

quitarse la ropa en vez de ponérsela? ¡Dios!, me sentía como una fulana. Tragué saliva y consideré la situación.

«¿Qué demonios estás haciendo? Quizá no has pensado bien el paso que estás dando».

Cuando estaba en mi habitación, me había parecido una buena idea, pero ahora la realidad me había envuelto en una sensación de nerviosismo y fragilidad.

Casi de repente, Carson salió del baño con unos vaqueros gastados y una camiseta de los Red Sox de Boston.

—¿El equipo de tu abuela? — pregunté, señalándola.

Bajó la vista y me miró con sorpresa.

—Sí. Te has acordado.

—Carson, apenas hace una hora que me has contado que tu abuela era de Massachusetts. —Arqué una ceja.

Se rio entre dientes, pero luego pareció quedarse pensativo mientras empezaba a ponerse los calcetines.

—Sí.

Los dos permanecemos en silencio mientras se calzaba.

—Dime, ¿cómo has conseguido el número de mi habitación? —preguntó.

Me reí por lo bajo.

—He ido a recepción y me he inventado una historia romántica para el señor Savard. Le he dicho que te había perdido en la confusión y que necesitaba decirte que no podía vivir sin ti. Resulta que es lo suficientemente sentimental

para estar dispuesto a romper las reglas.

—Sonreí.

Él me devolvió la sonrisa.

—Siempre estaré en deuda con el señor Savard.

Se puso en pie.

—¿Preparada? —preguntó, tendiéndome la mano.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a pasar por tu habitación para que puedas cambiarte y luego te voy a llevar a cenar.

—Ah..., mmm... Vale.

—Tienes hambre, ¿verdad?

«No, tengo ganas de vomitar», pensé.

—Sí, estoy hambrienta.

—Vale. Vamos —ordenó con una sonrisa.

Le cogí la mano y me puse en pie; luego lo seguí fuera de su habitación.

Cuando nos subimos en el ascensor y este empezó a bajar, nos miramos el uno al otro y sonreímos.

—Es como ser alcanzado por un rayo, ¿verdad? —le pregunté con cierto nerviosismo.

Él volvió a sonreír al tiempo que el ascensor se detenía en mi planta.

—Sí.

Salimos al pasillo y, cuando saqué la tarjeta al llegar a la habitación, se colocó detrás de mí y puso las manos en la puerta, a cada lado de mi cabeza. Me quedé inmóvil con la tarjeta todavía a unos centímetros de la ranura. Contuve la respiración al sentir que me envolvía

su olor a limpio, a gel de ducha y a Carson, ese matiz que no podía identificar de otra manera y que me hacía sentir ganas de frotarme contra él como una gata en celo. Cerré los ojos al sentir su aliento en la oreja. Me la acarició con la nariz y los labios durante un segundo.

—Me alegro de que hayas dicho que sí —confesó con un susurro.

¡Santo Dios! Estaba tan excitada que me estremecí. Notaba un latido constante en mi vientre. Asentí bruscamente con la cabeza y pasé la tarjeta por la ranura. Necesitaba darme una ducha fría o no superaría la cena. Jamás había sentido aquel intenso deseo, nunca, y no sabía todavía si me gustaba o no. Me hacía

sentir fuera de control, desesperada, como en una nebulosa. La sensación era aterradora y poco familiar. No sabía qué hacer con ella.

Elegí la ropa y me volví a mirar a Carson antes de entrar en el cuarto de baño. Parecía sereno, cómodo y relajado. Se había tumbado en la cama y pasaba los canales de la televisión con el mando. Mientras tanto, yo estaba a punto de entrar en combustión por unas palabras susurradas. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, me di la vuelta y volví a salir. Carson me miró con expresión interrogante. Me aclaré la garganta mientras pensaba: ¿debo detener esto ahora? Abrí la boca, la cerré...

—Acabo enseguida —dije finalmente.
Él parecía divertido.

—Tómate el tiempo que necesites.

Asentí con la cabeza y cerré la puerta.

Eran ya las ocho y media y los dos teníamos hambre, así que me duché con rapidez y me empecé a secar el pelo. Recordé que Carson me había pedido en el ascensor que me lo soltara, por lo que en vez de recogérmelo como era mi costumbre, me eché un poco de espuma y dejé que se acabara de secar al aire. Me cayó sobre la espalda formando largas ondas. Cuando llegara al restaurante estaría totalmente seco.

Me maquillé y me eché un poco de perfume. Siguiendo el ejemplo de Carson, había elegido unos pantalones

cortos de color gris oscuro y una blusa negra tipo túnica. Era un atuendo *sport*, pero quedaba bien para una cita. Me detuve. ¿Esto era una cita o solo una cena previa a un encuentro sexual entre dos desconocidos? Mis hormonas se habían calmado bajo el agua fría de la ducha, aunque volvía a estar nerviosa. Quizá debía limitarme a dejarme llevar y dejar de definir las cosas.

«¡Dios! Eso se me da muy mal».

Me gustaban las normas, las estructuras y el control. Y estaba tirando todo eso por la ventana... por sexo. Por acostarme con una estrella porno. Me llevé las manos a la boca para ahogar una risa histérica mientras miraba mis ojos azules en el espejo sobre el lavabo.

¿Cómo me iba a sentir después de que todo estuviera dicho y hecho? ¿Era realmente capaz de descartar esto como si solo fuera un rollo de fin de semana y superarlo sin más? Técnicamente, era ese mi plan, solo que no resultaba tan fácil como había imaginado en mi habitación. ¿Sería capaz? Había tomado la decisión con demasiada rapidez. Necesitaba tiempo para hacer una lista de pros y contras. Necesitaba unos minutos para...

Carson llamó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Estás cambiando de idea sobre esto, Botón de oro? —preguntó, y pude notar su sonrisa en su voz.

Abrí la puerta y me tropecé con sus

hermosos rasgos. Me miraba sonriente, y, antes de que adivinara sus intenciones, encerró mi cara entre sus manos y me besó de una forma que hizo desaparecer todas las reflexiones que había hecho ante el espejo. Eso era lo que necesitaba. Era para lo que estaba allí, ¿verdad? Quizá necesitaba recordar que no tenía que ser complicado. Me relajé un poco.

Se echó atrás y arqueó una ceja, haciéndome soltar una risita. Recordé lo que me había preguntado.

—No, vamos —repliqué al tiempo que negaba con la cabeza.

5

Carson

Cogí la mano de Grace cuando estábamos a punto de salir del hotel. Ella me miró con expresión de sorpresa, pero no se soltó. Me estaba costando bastante no mirar sus piernas, a la vista por los pantalones cortos, con los zapatos de tacón. Por lo que podía apreciar, Grace tenía un cuerpo de infarto de arriba abajo, pero esas piernas... ¡Joder! No había sabido que era un hombre que se fijara en las piernas hasta que vi las de ella.

Eché un rápido vistazo a su cara y noté que seguía tensa. Me di cuenta de que yo también lo estaba un poco, aunque mis nervios eran de anticipación, no de preocupación. Ella sí estaba inquieta, y su cerebro trabajaba a mil por hora. Había sabido que eso era lo que hacía en el cuarto de baño porque cesaron todos los sonidos y se hizo el silencio al otro lado de la puerta. En mi mente la vi allí parada, hablando consigo misma sobre este fin de semana, y sentí que me bajaba un escalofrío de miedo por la espalda. La tenía donde quería; no pensaba dejar que se me escapara. Todavía no.

Noté que sus pies se ralentizaban un poco y que movía los ojos a su

alrededor con nerviosismo.

—Carson, yo... —Pero no le permití terminar. Sabía que estaba tratando de dar vuelta atrás.

Tiré de su mano y la llevé hasta la pared del vestíbulo en vez de hacia las puertas, adonde nos dirigíamos.

—Ven aquí un momento —le dije, deteniéndome y girándome hacia ella. Grace me miró expectante, como si estuviera esperando que le explicara lo que estaba haciendo—. Grace, esto también es diferente para mí —aseguré, cogiéndole las manos y mirándola a los ojos con la esperanza de que comprendiera lo que quería decirle—. Sé que tienes dudas y que te preguntas qué quieres en realidad. Si quieres

dejarlo aquí, no te detendré. Pero espero que te quedes y permitas que lo pasemos bien juntos. Lo espero de verdad porque para mí no ha sido suficiente estar dos horas contigo. Dime que tampoco ha sido suficiente para ti.

Ella me miró a los ojos como si buscara algo que la hiciera relajarse. Finalmente me apretó las manos y sonrió.

—No ha sido suficiente —repitió en voz baja.

Solté el aire y sonreí.

—Bien, muy bien. Puedes pensar en eso entonces..., ¿verdad?

Asintió con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Es solo que todo... todo está

cambiando con mucha rapidez entre nosotros. Al principio no te soportaba y ahora voy a pasar el fin de semana contigo. —Se rio por lo bajo—. Me cuesta un poco reconciliarme conmigo misma.

Entendía muy bien lo que quería decir. Yo sentía lo mismo, pero estaba a gusto con ello. Claro que yo no debía reconsiderar ningún «plan». Estaba dejándome llevar por el viento, tal y como había hecho siempre. Esta situación era inesperada, pero no desagradable. Estaba viviendo el momento, preparado para disfrutar algo que quería de verdad. De pronto, supe que Grace quería lo mismo. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo. Como

le había dicho, podría enseñarle algunas cosas sobre el placer físico; mi confianza en el tema era muy alta. Pero en ese momento me di cuenta de que también podría enseñarle algo sobre cómo disfrutar de la vida según venía, sobre romper las reglas de vez en cuando.

—Sí, la vida puede dar la vuelta en un instante. —Sonreí—. Es salvaje, ¿verdad? —Me incliné hacia su oreja—. Pierde el control, nena —susurré—. Solo un fin de semana. Déjame a mí. Te cuidaré, te lo prometo.

Se estremeció y vi que sus hombros se relajaban. La besé en la frente antes de mirarla. Asintió con la cabeza, ahora con una expresión mucho más tranquila.

—Gracias. Ahora el hombre necesita alimento para tener energía para arrastrar a la mujer por el pelo.

Soltó una carcajada.

—Bueno, entonces lo mejor será que nos esforcemos en conseguir sustento para el hombre.

Volví a cogerla de la mano y salimos por la puerta principal del Bellagio; ahora sonreíamos los dos.

Grace

Carson me llevó hasta la puerta y salimos al Strip. Me sentía más relajada ahora que, sabiendo que estaba nerviosa, él había dicho las palabras que necesitaba oír para que dejara de

darle vueltas a la cabeza. No sabía cómo se había dado cuenta, pero me alegré. Quería estar con él, quería ser capaz de disfrutar de ello. No había sabido cómo continuar hasta que me pidió que le entregara el control. Era justo lo que necesitaba, alguien que se ocupara de todo para que yo pudiera renunciar a ello de forma temporal. Jamás había renunciado antes a tener el control. Ahora que lo pensaba, me di cuenta de que toda mi vida se basaba en el control. Nunca había probado nada distinto. Así que ¿por qué estaba dispuesta a entregárselo a este desconocido durante un par de días? No estaba demasiado segura. Solo sabía que quería hacerlo. Eso era todo.

Lo miré sonriendo y él se inclinó hacia mí con otra sonrisa.

—¿Qué?

—Nada. ¿Cuánto mides?

—Uno ochenta y cinco. ¿Cuánto mides tú, enana? —indagó.

—Uno sesenta. Y ya que estamos con los datos básicos, no te he preguntado cuántos años tienes. ¿Me he convertido en una asaltacunas este fin de semana?

—Parecía de mi edad, pero el aspecto podía ser engañoso.

—Yo también tengo veintitrés años.

—¿En qué mes naciste?

—En noviembre.

—Oh, yo en septiembre. Así que sí soy una asaltacunas. Te llevo dos meses.

—Bien —se rio—. Me gustan las

mujeres mayores.

Giré la cabeza a mi alrededor mientras seguíamos caminando de la mano.

—Es increíble —suspiré—. Las luces... —Estudié los nombres de los hoteles y casinos cercanos al pasar por delante de ellos.

—¿Es la primera vez que vienes a Las Vegas? —preguntó.

—Sí.

—A la vuelta podemos detenernos en la fuente. El juego de luces es cada quince minutos más o menos. Creo que te va a gustar.

—Vale.

Caminamos en silencio un poco más mientras yo me iba maravillando sobre

las vistas y los sonidos que me rodeaban. No pude dejar de fijarme en que las mujeres miraban a Carson. Le agarré la mano con más fuerza al cruzar la calle entre la multitud de personas.

—¿A dónde me llevas?

—No te lo voy a decir porque quiero que lo juzgues por ti misma al llegar allí y probarlo. He pensado que nos merecíamos un poco de comida grasienta después de lo que hemos pasado hoy. —Se detuvo—. Espera un momento, comes carne, ¿verdad? ¿O eres vegetariana?

Me reí.

—No, no soy vegetariana. Pero estás dándome miedo. —De pronto, me di cuenta de que estaba hambrienta, y no

iba a ponerme en plan exigente.

Se rio antes de empezar a andar de nuevo.

—No tengas miedo. Te va a encantar. He pensado que podríamos hacer algo más elegante mañana por la noche.

—El hotel me ha dado una invitación para el Picasso. Podríamos ir allí.

—Ese sí es un buen plan —aseguró sonriente.

—Bueno, ya sabes lo que me gustan a mí los planes. —Le guiñó un ojo.

—Oh, sí, lo sé —corroboró, soltándome la mano y poniéndome el brazo alrededor de los hombros para apretarme contra él mientras andábamos. Estaba a gusto.

—Oye, hablando de eso, ¿no te han

ofrecido una habitación en compensación por el asunto con el ascensor?

—Sí, lo han hecho, pero yo solo pensaba en que estabas prácticamente escapándote del ascensor, y pensé que era mejor irme a mi habitación y no hacer las cosas más difíciles en recepción.

Fruncí el ceño.

—Pensaba que te vería allí. Y no estaba escapándome.

—Ya, me he dado cuenta cuando has aparecido ante mi puerta, rogándome que pasara contigo el fin de semana. —
Sonrió.

Le di un codazo.

—Cuidadito, Stinger. Todavía puedo

cambiar de opinión.

Se rio y me apretó en broma mientras girábamos hacia un restaurante llamado Pink's. Miré el letrero.

—¿Perritos calientes? —pregunté.

—Eso es. Los perritos calientes más famosos del mundo. Vas a entrar en éxtasis. Te lo prometo.

—Es cierto que me lo has prometido, ¿verdad? Pero no pensaba que te referías a los perritos calientes.

Me lanzó una mirada ardiente.

—Te prometo toda clase de éxtasis, Botón de oro. Esta es solo la primera parada de la noche.

Contuve la respiración.

—Veremos... —Me divertía bromear con él. Pero aquella conversación sobre

el éxtasis también me ponía nerviosa y me hacía recordar los planes que teníamos para ese fin de semana. Carson había difuminado un poco la finalidad con aquella cita para cenar y sus palabras tranquilizadoras en el vestíbulo del Bellagio.

«Vamos, Grace. Respira hondo».

El camarero nos acompañó a una mesa y al poco rato pedimos cada uno una cerveza y un perrito caliente. Además, Carson eligió un entrante con un aspecto espantoso que llevaba beicon, salchichas, queso y aros de cebolla, y yo pedí un *chili cheese dog*. Hacía mucho tiempo que no lo tomaba y me apetecía un montón.

Cuando vino la camarera, me di

cuenta de que trataba de llamar la atención de Carson. Él la ignoró educadamente y luego me sonrió a mí mientras pedíamos.

—Por los ascensores estropeados — brindó sonriendo, en el momento en que dejaron las cervezas ante nosotros. Hizo chocar la suya contra la mía.

Me reí ante el tintineo de su botella. No podía creer que estuviera brindando por eso. Si alguien me lo hubiera dicho cuatro horas antes, habría pensado que estaba loco.

—Por los ascensores estropeados — repetí.

«Dios, espero seguir agradeciendo que se estropeará cuando finalice este fin de semana».

Bebí un sorbo de cerveza.

La camarera nos llevó los perritos calientes. Le hice una mueca a Carson cuando se rio de mí al verme intentar comer sin éxito el mío de una manera elegante. Por fin, me di por vencida y me lo zampé como lo estaba haciendo él.

En sus ojos brillaba la diversión mientras daba un gran bocado.

—Si al terminar no estás sucia, nena, es que no lo has hecho bien.

Puse los ojos en blanco.

—Uf..., esto va de mal en peor, ¿verdad? —Pero no pude reprimir curvar los labios. Le había acusado de dar un matiz sexual a sus palabras como una forma de esconderse, aunque esto

era diferente. Esas primeras veces, había utilizado aquellas insinuaciones sexuales contra mí, para hacerme sentir incómoda y conseguir que me enfadara con él. Carson conocía bien el efecto que provocaba y lo usaba de forma buena o mala, al menos eso pensaba. Ahora solo trataba de hacerme bajar la guardia. Y tuve que admitir que funcionaba.

También tenía que admitir que aquel perrito caliente era la cosa más deliciosa que hubiera comido nunca.

Utilizó su servilleta para limpiarme la salsa de chile de la comisura de la boca y sentí que clavaba los ojos en mis labios. Al instante, me comenzó a palpar el vientre.

—¿Preparada para regresar? — preguntó, mirándome a los ojos.

Me limité a asentir.

Pagó la cuenta y luego volvimos por el Strip, de la mano, solo que esta vez no lo hacíamos con tanta comodidad como cuando íbamos a cenar.

Cruzamos la calle y nos acercamos en silencio a la fuente del Bellagio. El corazón me iba ahora a toda velocidad. Sabía lo que se aproximaba y, por mucho que lo deseara, sabía que iba a cambiar todo.

Había un pequeño grupo de personas esperando ante el agua, ahora quieta. Carson me guio hasta la barandilla de piedra y mientras esperábamos sin decir nada a que la fuente se encendiera, me

rodeó la cintura con los brazos y me estreché contra su pecho. Apoyé la cabeza en él y disfruté de lo que me hacía sentir su cuerpo rodeándome.

La música comenzó a sonar un par de minutos después y el agua estalló en el aire. Contuve la respiración al darme cuenta de que «bailaba» con la música.

—¡Oh, Dios mío! —suspiré—. ¡Es impresionante!

Sentí que Carson se reía.

—Sí, lo es, ¿verdad?

—Me parece increíble. ¿Cómo lo hacen? —No podía apartar la mirada.

—La verdad es que no lo sé. Sin embargo, el agua sigue el ritmo de todo tipo de canciones.

—¡Guau! —De repente me fijé en

cuál estaba sonando y solté una risita—. ¿Te has fijado en la canción que han puesto? —Alcé la mirada al tiempo que volvía la cabeza hacia él. *My heart will go on*, el tema principal de *Titanic*, salía por los altavoces.

Se inclinó hacia mí.

—«Jack, Jack, nunca te dejaré...» — dijo con voz burlona—. Bien, al menos intentó subirse *una* vez a esa tabla en la que cabían los dos, pero no pudo. Luego, se quedó helado enseguida. Fue divertido mientras duró.

Me reí.

—Realmente estás amargado por eso, ¿verdad? Deberías superarlo. Hay profesionales que podrían ayudarte.

—Eso me han dicho. —Frunció el

ceño y luego me dirigió una sonrisa rápida al tiempo que me apretaba con más fuerza.

Vimos el espectáculo durante un par de minutos en silencio, y cuando puse mis manos sobre las suyas, cruzadas encima de mi estómago, se inclinó y me acarició el pelo con la nariz, envolviéndome de nuevo en su olor intoxicante. Dejé caer la cabeza sobre su hombro, ofreciéndole mejor acceso. Aceptó mi oferta y me besó la sensible piel del cuello. Su cálido aliento me hizo cosquillas en la oreja. Aquel latido, que empezaba a resultarme familiar, empezó en lo más profundo de mi vientre, y quise que me besara de nuevo. Lo deseaba por completo.

—Vamos dentro, Botón de oro —
susurró con la voz tensa.

—¿Por qué me llamas Botón de oro?
—pregunté en voz baja.

—Mmm..., quizá es porque hueles
como una flor —respondió sonriendo.

No dije nada, solo curvé los labios y
le cogí la mano para empezar a ir hacia
el hotel mientras él me brindaba aquella
sonrisa que me detenía el corazón.

6

Carson

La cogí de la mano y la llevé lo más rápido que pude al hotel. Al abrirnos paso a través del vestíbulo, tuvo que mover las piernas —más cortas que las mías— a toda velocidad. No estaba siendo demasiado caballeroso, lo sabía, pero era un hombre desesperado. No lo había estado tanto desde..., bueno, nunca había estado tan desesperado. Después de estar en la fuente, viendo cómo sus ojos se iluminaban de emoción al ver la pantalla de agua; de sostenerla

entre mis brazos, disfrutando de la sensación, de su olor, mi sangre hervía de deseo. Y no era un deseo cualquiera, la necesitaba a ella, y ese anhelo recorría mi cuerpo de pies a cabeza exigiendo que lo satisficiera. Apenas la conocía, y, sin embargo, todo lo que se refería a Grace Hamilton iba directo a mi cabeza como si fuera un trago de whisky, y hacía que me diera vueltas. Ella me afectaba en todos los sentidos que una mujer podía afectar a un hombre.

Pero le había prometido que la cuidaría, que tomaría el control. Necesitaba que me deseara, y para ello tenía que tranquilizarla, que se sintiera a salvo. Solo así se entregaría a mí por

completo. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

«¿Entregarse a mí por completo?». Eché el freno. No, no por completo. Solo en el sexo y por un rato, solo durante el fin de semana. Era todo lo que tenía para ofrecer. Y era todo lo que ella quería. Aun así, quería que fuera una experiencia satisfactoria para los dos, de todas las formas posibles.

Al atravesar el casino hacia los ascensores, vi a un grupo de personas del negocio del porno que estaban allí por la exposición. Permanecían a un lado, hablando y riéndose en voz alta. Puse el brazo sobre los hombros de Grace y me acurruqué contra ella, asegurándome de que no me veían y me

llamaban por mi nombre. No solía relacionarme con ellos, pero sí que sabían quién era yo. Lo último que quería en ese momento era recordarle a Grace a qué me dedicaba y que cambiara de idea en el último minuto. Así que me dirigí directo a nuestro destino, la intimidad de mi habitación.

Nos montamos en el ascensor.

—¿Tienes que recoger algo en tu habitación? —pregunté por lo bajo con la voz ronca, incluso a mis propios oídos.

—Sí. Si no te importa —murmuró, clavando los ojos en los míos antes de bajarlos a mis labios. Mi erección palpitaba dentro de los vaqueros. La tensión sexual que flotaba en el aire se

podía cortar con un cuchillo. Me volví hacia el panel de número y presioné el de su planta con el pulgar una y otra vez, como si con eso pudiera conseguir que el ascensor fuera más rápido.

Subimos en silencio, y seguimos callados mientras nos dirigíamos a su habitación. La esperé en la puerta mientras metía en una bolsa con rapidez aquello que podía necesitar. Luego volvimos al ascensor y subimos los dos pisos que nos separaban de mi habitación. No era necesario que le preguntara lo que estaba pensando, se reflejaba en su expresión firme, en el deseo que brillaba en sus ojos.

Abrí la puerta y entramos. Lancé la cartera y la tarjeta de acceso en el

escritorio y me volví hacia ella. Grace se había quedado detrás de mí, y había puesto la bolsa en el suelo. Solo tuve que dar unos pasos para detenerme a unos centímetros de ella. La electricidad crepitó entre nosotros. Los dos sabíamos perfectamente lo que estaba a punto de ocurrir. Seguimos en silencio, mirándonos el uno al otro. Ella tenía la respiración acelerada y las mejillas encendidas. Mientras la miraba, me moría por tocarla, me sentía como si me fuera a estallar la piel.

—Tú también deseas esto, Grace. —
No era una pregunta.

Ella empezó a decir algo, pero le falló la voz y se limitó a asentir. Sus ojos eran dos pozos llenos de deseo.

«Me desea a mí».

Hice desaparecer la distancia que se interponía entre nosotros y capturé su cara entre mis manos. Ella me observaba en silencio. Uní mis labios a los suyos, buscando el sabor de su exuberante boca. Nuestro primer beso había sido airado, duro, lleno de lujuria, y nos había pillado a ambos por sorpresa. El segundo había sido rápido, casi casto. Este era lento y profundo, nuestras lenguas se enredaban y frotaban, degustando el sabor. Cada roce de su lengua contra la mía enviaba una corriente eléctrica a mi polla.

«Así tiene que saber el paraíso», pensé.

Vibraba como un diapasón. Pero iba a

proceder lentamente. Ahora que estábamos aquí, que los dos teníamos claro lo que deseábamos del otro, no había prisa. Solo estábamos ella, yo y la larga noche que se extendía ante nosotros. No pude evitar el profundo gemido que salió de mi pecho ante la idea. Sentí la presión de mi pene contra la bragueta.

Me rodeó con los brazos y apretó su cuerpo contra el mío mientras emitía un leve gemido. Sentí aquel sonido en cada célula de mi cuerpo.

Después de varios minutos —¿o fueron semanas?, no lo sabía— separamos nuestros labios y respiramos hondo buscando aire mirándonos a los ojos. Los suyos estaban entornados, con

los párpados pesados, y brillantes de deseo. Y yo estuve seguro de que los míos estaban igual.

Acerqué los labios a su oreja y le rocé el lóbulo con los dientes.

—Grace, ¿cómo quieres correrte la primera vez? —le pregunté en voz baja.

Oí que contenía la respiración y que comenzaba a jadear mientras yo continuaba hablando.

—¿Contra mi boca? ¿Alrededor de mi polla? ¿Cómo, Botón de oro? No vas a correrte solo una vez, así que quiero saber cómo será la primera.

—Contra tu boca, Carson —jadeó, con las mejillas más rojas. Noté que se estremecía ligeramente.

Prácticamente gruñí cuando agarré el

dobladillo de su blusa y lo subí. Ella levantó los brazos para que pudiera quitársela por encima de su cabeza. La arrojé a un lado y me volví hacia ella y la miré. Estaba de pie ante mí, con unos pantalones cortos y un sujetador de encaje negro. Sus pechos cremosos se derramaban por encima de las copas. Todavía parecía un poco insegura, y me observaba con atención, como si esperara lo que iba a hacer a continuación. Esa chica, que había planeado su vida paso a paso, me miraba pidiéndome instrucciones. Aquella idea me gustó y me hizo sentir algo que no pude identificar en ese momento.

Quería ver sus ojos mientras la tocaba

por primera vez, pero la imagen de mis manos morenas sobre su piel me había hipnotizado y no puede apartar la vista mientras trazaba el contorno de las copas del sujetador con un dedo. Sus pechos subían y bajaban al ritmo de su respiración rápida y superficial. Tomó una bocanada de aire y acercó sus pechos hacia mí, ofreciéndomelos. Subí la mirada a sus ojos mientras soltaba el cierre frontal del sujetador, y luego la bajé cuando se abrió para revelar unos senos perfectos, con los pezones rosados ya erizados, que parecían suplicar que los capturara con mi boca. Los acaricié, haciendo que los brotes se fruncieran todavía más.

—Eres preciosa —dije con

reverencia.

Cuando incliné la cabeza para lamer un pezón, saboreándolo y frotándolo con la lengua, emitió un largo gemido y dejó caer la cabeza hacia atrás. Ahuequé las manos debajo de sus senos para sentir su peso perfecto. Entonces llevé la boca al otro pezón mientras ella subía los brazos para enredar los dedos en mi pelo.

—¡Ohhh! —gimió.

Levanté la cabeza.

—¿Qué te pasa, Botón de oro? —
Sonreí.

—No. ¡No te detengas! Por favor...
Es tan bueno... Me siento como si
pudiera correrme solo con eso. ¡Dios!

Sonreí mientras daba un paso atrás
para desabrocharle los pantalones

cortos y dejarlos caer al suelo. Se deshizo de los zapatos de tacón y luego se quitó los pantalones de una patada. Contuve el aliento.

—¡Joder! ¿No llevas bragas?

Negó con la cabeza.

—Se marcan —confesó con una risita.

Recorrí su cuerpo con la mirada, deteniéndome en su vientre plano y la pequeña V de vello rubio entre sus piernas. Era impresionante, con la piel cremosa y suave. No podía esperar para enseñarle todo lo que se había estado perdiendo.

Bajé la cabeza hacia sus pechos. Su sabor me dejaba sin control, mi polla latía dentro de los pantalones.

—Sabes tan bien... —suspiré mientras llevaba la boca hasta su cuello para conocer también cómo sabía allí. Gimió de nuevo y frotó su vientre contra el mío.

—Carson... —susurró—. Quiero verte.

—Lo que quieras, Botón de oro —respondí con una sonrisa. Me moví hacia atrás y me pasé la camiseta por la cabeza. Me quité los zapatos con rapidez y me incliné para deshacerme de los calcetines. Después me bajé los pantalones y los calzoncillos en un mismo movimiento.

Durante unos segundos, deslizó la mirada por mi cuerpo, deteniéndose más tiempo en mi erección. Noté que abría

un poco más los ojos.

—Eres perfecto, Carson —susurró mientras sus ojos se encontraban con los míos.

Sabía lo que provocaba en las mujeres. Era lo que hacía, lo que era. Me habían dicho más veces de las que podía recordar lo mucho que apreciaban mi cuerpo. Era lo que las mujeres querían de mí. Pero por alguna razón, cuando Grace me dijo que le gustaba lo que veía, algo en mi interior bulló de felicidad. Quizá fuera porque sabía que una chica como Grace no estaría aquí solo por mi cuerpo, a pesar de lo que podía decir. Era un pensamiento extraño, extraño de verdad, y no sabía qué era lo que hacía que pensara eso. Pero así era.

Agradecerle su cumplido no era necesario, así que me acerqué de nuevo y nuestros cuerpos desnudos entraron en contacto. Mi palpitante erección acarició la suave piel de su estómago. Ese mínimo contacto me hizo sisear. La encerré entre mis brazos, apretándola con fuerza y sintiendo cada centímetro de su piel contra la mía. Empecé a besarla de nuevo mientras la hacía andar hacia atrás, hasta que la parte posterior de sus rodillas chocó contra la cama y ella cayó sobre el edredón. La seguí hacia abajo.

Grace

Mi espalda golpeó la cama y Carson

estuvo sobre mí antes de que pudiera respirar. Su duro cuerpo desnudo tocó el mío por todas partes y me estremecí de pies a cabeza al sentir la presión de su erección. Era grande. La más grande que hubiera visto, eso seguro. Pero pensé que estaba bien. Mi sexo estaba resbaladizo por el deseo, mis músculos internos palpitaban, reclamándolo dentro. Cuando su boca descendió de nuevo sobre la mía, lo recibí con anhelo y me arqueé contra él. Estaba desesperada. Él solo tendría que rozarme y estallaría. Lo necesitaba. Estaba dispuesta a suplicar si era necesario. Quería alcanzar esa liberación que sabía que tenía al alcance de la mano.

Carson interrumpió el beso y se movió sobre mi cuerpo. Pasó la lengua por mis pezones antes de besarme en el estómago. Dejé de respirar al darme cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Se lo había pedido antes, pero de repente me sentí insegura. Nadie me lo había hecho antes, ¿y si no me gustaba? ¿Y si no podía correrme de esa manera? ¿Y si a él no le gustaba mi sabor?

—Carson, no sé si...

Él alzó la cabeza y se deslizó de la cama al suelo, colocándose de rodillas frente a mí.

—Shhh..., confía en mí. —Me cogió las manos y tiró de mí hacia el borde de la cama, donde me indicó que me situara para que mi sexo quedara delante de su

cara.

—Apóyate en los codos y mírame —ordenó. Me mordí el labio, pero hice lo que me dijo.

Me separó las piernas todo lo que pudo hasta que estuve completamente abierta y expuesta ante él. Sus ojos brillantes se posaron en mis pliegues empapados. Me estudió atentamente antes de inclinarse y aspirar profundamente.

—Eres perfecta —murmuró justo antes de bajar la cabeza entre las piernas. El corazón se me aceleró y noté que mi sexo se mojaba todavía más.

Grité presa del éxtasis al sentir el cálido recorrido de su lengua, que se hundió entre mis pliegues antes de trazar

círculos sobre mi hinchada protuberancia.

«¡Oh, Dios! Es increíble».

Separé las piernas todavía más para darle mejor acceso y volví a emitir otro inconsciente gemido.

—Abre los ojos, Grace, mírame —gruñó Carson, levantando la cabeza entre mis piernas.

—Sí, sí..., te miro —jadeé. Haría cualquier cosa para que volviera a meter la lengua en mi interior. Entreabrí los ojos y lo observé. Bajó otra vez la cabeza y su boca se internó de nuevo entre mis pliegues tiernos, arrancándome otro gemido. Ardía; era como si mi sangre se hubiera transformado en lava y un redoble de furiosa necesidad latiera

justo donde estaba lamiéndome en este momento.

Sus ojos se encontraron con los míos mientras se concentraba en mi nudo rosado, chupándolo y besándolo. Si antes había pensado que estaba excitada, me había equivocado. En una escala del uno al diez, aquello había sido un cinco y ahora estaba en un cuarenta y cuatro por lo menos. Jadeé cuando introdujo un dedo en mi interior sin dejar de hacer lo que estaba haciendo con la boca. Metió y sacó el dedo lentamente y comencé a gemir antes de que añadiera otro más.

El rítmico movimiento de su lengua me transportaba a una deliciosa dicha, y el lento deslizamiento de sus dedos suponía un éxtasis absoluto. Sin

embargo, ver su cabeza entre mis piernas fue mi perdición. La imagen de mis muslos blancos enmarcando sus sedosos cabellos mientras balanceaba su cabeza arriba y abajo era tan erótica que en menos de un minuto mi excitación alcanzó un nivel febril. Grité cuando estallé y una oleada tras otra de placer puro atravesaron mi cuerpo. Nunca había sentido nada igual. Jadeaba sin aliento y sin palabras.

Cuando abrí los ojos, estaba tendida de nuevo sobre la cama con Carson sobre mí.

—¿Te ha gustado, nena? —preguntó.

No pude evitar la risa. Me había dicho que podía hacer que me corriera y, ¡Dios mío!, había cumplido. Jamás iba a

recuperarme de eso.

—Dios, sí —fue todo lo que dije.

Se inclinó y me dio un beso en la boca con sabor a mí. Había algo muy personal en el hecho de estar compartiendo eso con él, un recordatorio de dónde había estado. Otra oleada de placer bajó por mi columna al recordar esa imagen. Mi cuerpo seguía ávido de más placer como el que ya me había dado.

Cuando Carson me metió la lengua en la boca, frotó su torso contra mis pezones, y lancé un gemido.

—Me quieres dentro de ti, ¿verdad, Botón de oro? —susurró tras abandonar mi boca. Su voz sonaba profunda y áspera.

—Sí, sí, por favor... —No podía creer que acabara de tener el mayor orgasmo de mi vida y pidiera más, menos de cinco minutos después. Pero todavía sentía un constante latido en mi interior y sabía que solo desaparecería si me llenaba.

Se levantó, se acercó a la mesa donde había arrojado la cartera y sacó un condón.

—Échate hacia atrás, Grace —dijo, volviendo a ponerse encima de mí. Ya no sonreía, y yo tampoco. Estaba hipnotizada mirando cómo se flexionaban los hermosos músculos de su cuerpo desnudo cuando regresaba conmigo, tan poderoso y masculino. Vi cómo rasgaba el envoltorio del condón

con los dientes y lo hacía rodar sobre su pene. La erección se veía ahora hinchada, roja y muy firme.

«Va a estar en mi interior dentro de un minuto», pensé.

Cuando levanté la vista y nuestros ojos se encontraron, algo estalló entre nosotros.

Me deslicé por la cama y esperé a que se uniera a mí.

—Métete bajo las sábanas, Botón de oro. No quiero que cojas frío. —Era divertido que dijera eso, teniendo en cuenta que todavía me sentía como si estuviera en llamas. Pero supuse que el aire acondicionado estaba muy alto. O quizá tenía intención de tomarse su tiempo conmigo. Me estremecí y sentí un

aleteo en el estómago. Me recosté pensando en lo que iba a hacer. Me di cuenta de que por primera vez desde que podía recordar, mi mente estaba vacía. Solo estaba pendiente de las sensaciones que Carson provocaba en mí. Y disfrutaba de ello. Dejar que alguien tuviera las riendas, ceder el control, al menos temporalmente, me daba ganas de llorar de alivio. No me lo planteaba a largo plazo, solo lo disfrutaba.

Moví la sábana y me deslicé debajo. Luego se metió él y se puso encima de mí, con los ojos ardientes como brasas.

—Voy a ser brusco, Grace. Si me paso, avísame, ¿vale?

—Sí, sí, lo haré —gemí, sintiendo

más humedad entre los muslos.

Quería que fuera brusco. Quería que no se contuviera. Jamás lo había hecho de esa manera. Mis músculos internos se tensaron de deliciosa anticipación y la emoción hizo que me bajara un escalofrío por la espalda. El furioso redoble comenzó de nuevo.

Se movió entre mis piernas y me separó las rodillas, dejándome expuesta como una ofrenda.

Me cogió las muñecas y las llevó por encima de mi cabeza, sosteniéndolas contra la almohada. Se tendió sobre mí y cubrió mis labios con los suyos, introduciendo la lengua en mi boca unos segundos antes de penetrarme más abajo. Gemí de placer.

—¡Oh, joder, Grace! —musitó tras apartar la boca de la mía—. Nena, estás muy cerrada.

—Por favor —jadeé. No estaba muy segura de qué estaba pidiendo, pero él parecía saberlo.

Dejó escapar un suspiro y empezó a embestir con fuerza en mi interior. Al principio eran envites lentos y profundos, movimientos controlados con los que friccionaba un lugar en mi interior que ni siquiera sabía que existía.

—¡Oh, Dios...! —jadeé de placer—. ¡Oh, Dios...! Así, así... Síi i ... —Me miraba, midiendo mi reacción y moviendo su cuerpo en respuesta a mis señales. Cuando empecé a jadear y a arquearme contra él, empezó a imprimir

más rapidez a sus caderas, clavándose en mí sin descanso, con los ojos cada vez más entrecerrados y los labios entreabiertos. ¡Dios! Aquello era tan hermoso que mi corazón podría explotar.

Mientras me embestía una y otra vez, el placer subía retorciéndose en espiral hasta que lo llenó todo, empujándome por encima del borde. Me estremecí y grité cuando el orgasmo inundó mi cuerpo. Fue un clímax tan intenso como el primero, pero diferente; empezó por lo más profundo, mis músculos internos palpitaron, ondulándose y ciñéndolo de una forma deliciosa.

«¡Santo Dios!».

Al acabar, vi la tensión en su rostro y supe que iba a correrse.

—¡Oh, Dios! —jadeó cuando sus golpes se hicieron más bruscos y seguidos, y se le puso la piel de gallina.

Buscó mis labios y gimió el resto de su orgasmo contra mi boca. Mientras me besaba lenta y profundamente, se movió dentro y fuera de mi cuerpo con más calma, como si alargara su propio clímax antes de que sus caderas se detuvieran. Solo entonces me soltó las manos.

—Eres increíble, Botón de oro —dijo con una sonrisa, acercando la cabeza a mi hombro para morderlo de forma juguetona.

Se retiró de mi interior y se puso en pie para dirigirse al cuarto de baño, supuse que para deshacerse del condón.

Regresó al instante, se metió debajo de las sábanas y me encerró entre sus brazos.

—Así que así es como se supone que debe ser el sexo —suspiré. La conmoción y el pavor todavía nublaban mi cerebro, empañado por el orgasmo.

Se rio entre dientes.

—Mi futuro esposo va a levantar un altar en tu honor.

—Mmm... Recuérdame que te entregue una fotografía con mi autógrafo antes de irme para que puedas colgarla en la pared.

Sonreí contra su pecho y besé su piel suave.

Usé el dedo índice para dibujar su tetilla y vi cómo se ponía dura. Puse la

pierna sobre la suya y noté que su erección se contraía contra mí.

—Grace... —musitó.

Yo acerqué la cabeza.

—¿En serio? ¿Podrías hacerlo de nuevo tan pronto?

—Creo que todavía no me he saciado de ti.

Me reí.

—Bueno, tienes todo el fin de semana. Pero creo que yo sí que necesito al menos un par de horas para recuperarme. Siento como si se me hubieran derretido los huesos.

Se rio entre dientes.

—Está bien, siempre y cuando no te importe que te despierte en medio de la noche.

—Mmm..., siempre que vuelvas a hacerme lo mismo.

Sentí su sonrisa contra la frente cuando levantó la cabeza para darme un beso.

—Duerme, Botón de oro.

—¿Por qué me llamas Botón de oro?
—pregunté somnolienta.

—Quizá porque tu piel es más suave que los pétalos de una flor —respondió, y sentí la diversión en su voz.

—Mmm...

Cerré los ojos y me quedé dormida en cuestión de minutos.

Y Carson cumplió su promesa y me despertó en medio de la noche introduciéndose en mi interior. Me penetró con pereza hasta que los dos

llegamos al límite y alcanzamos el placer gimiendo contra la boca del otro.

Cuando desperté a primera hora de la mañana, su delicioso olor me envolvía, y sentí algo palpitante, duro y caliente contra el trasero. Así que agarré su gruesa longitud en la mano y la acaricié hasta que vi que se estremecía y gemía al alcanzar la liberación.

—Me vas a matar, Botón de oro — gruñó con la voz ronca por el sueño—. Pero bueno, a todos nos llega nuestra hora.

Sonreí contra su piel.

Nos volvimos a quedar dormidos cuando el primer rayo de sol empezaba a colarse por debajo del borde de las cortinas opacas. No nos despertamos de

nuevo hasta que mi estómago comenzó a gruñir por el hambre; me había perdido ya el principio del congreso.

7

Carson

Salí de la cama y me vestí. Miré a Grace mientras me subía la cremallera y me abrochaba los botones de los vaqueros. Estaba dormida boca abajo, la sábana apenas le cubría el trasero y los espesos mechones rubios de su cabello se derramaban en todas direcciones. Parecía una diosa. Me había perdido en su interior dos veces por la noche y otra esta mañana, había tenido tres orgasmos y, sin embargo, todavía quería hundirme dentro de su cuerpo otra vez. No tenía

suficiente. Aquel pensamiento me preocupó un poco. Jamás me sentía así. Por lo general, estaba camino de la puerta antes de que la mujer se diera cuenta de que me estaba yendo. No era que no fuera claro antes de mantener relaciones, y las mujeres con las que me acostaba conocían los términos y los aceptaban. Que lo dijeran en serio o no... no era de mi incumbencia. Tampoco lo era que pudiera mantener una relación normal, incluso aunque quisiera. A las chicas que no pertenecían al negocio no les gustaba salir con un tipo que hacía películas porno. No las culpo. Y no me apetecía salir con una que sí perteneciera. Sabía mejor que nadie que el sexo en el plató era solo

trabajo; sin embargo, no me apetecía salir con una mujer que follara con otros hombres. Así que si no estaba trabajando, me alejaba de todo eso.

Pero allí estaba esa hermosa mujer, enredada entre las sábanas de mi cama, sobre las que acabábamos de follar una y otra vez, y prácticamente quería atarla para que no se fuera. Solo la dejaría marchar el lunes por la mañana. Y sería aconsejable que entonces estuviera saciado de ella, porque no podía olvidar que ella seguiría su camino, solo que un poco después que las demás. Supongo que, al final, todo era lo mismo.

Salí de la habitación y me dirigí al restaurante de la planta baja, donde me dieron dos cafés y un par de bollos.

Regresé al ascensor y me dirigí de nuevo a mi habitación para alimentar a mi diosa dormida. No pude evitar sonreír para mí mismo. Podría haberlo pedido al servicio de habitaciones, pero no quería que apareciera nadie con un carrito y viera a Grace desnuda y envuelta en la sábana. Ella era solo para mis ojos.

Abrí la puerta sosteniendo los cafés con una mano y la bolsa con los bollos en la otra. Recordé darle la vuelta al cartel de «No molestar» en la manilla de la puerta.

Cerré con cuidado y dejé el desayuno sobre la mesa. Grace estaba en la misma posición que cuando me fui. Sonreí mientras me acercaba a la cama.

—Hola, Bella Durmiente —le susurré al oído después de retirarle el pelo a un lado.

Se movió y abrió un ojo mientras me sonreía.

—Hola... —repuso con timidez, sentándose en la cama y cubriéndose los pechos con la sábana. Miró el reloj y volvió la cabeza hacia mí, sobresaltada —. ¡Oh, Dios mío! Me he perdido la presentación del congreso.

—Sí, imagino que no hablamos al respecto, ¿verdad? ¿Te va a causar problemas? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza antes de morderse el labio.

—No es obligatorio asistir ni nada. Nadie sabrá si estuve en la presentación

o no. Nunca he hecho nada semejante... —Se quedó callada un buen rato, sumida en sus pensamientos—. ¿Sabes qué? No pasa nada. Pero mañana por la tarde hay una ponencia a la que quiero asistir, la que me ha traído aquí. Sin embargo, me da igual perderme el resto. —Parecía casi sorprendida antes de volver la cara hacia mí con una gran sonrisa—. ¿Es café eso que huelo?

Me acerqué, cogí una taza y se la llevé.

—Tengo bollos, ¿quieres uno?

—Me encantaría. Ha sido muy amable por tu parte.

—Nena, te gruñía tan fuerte el estómago que pensé que era un avión despegando. No podía dormir con ese

ruido.

Se le escapó la risa y tuvo que ponerse una mano delante de la boca para no dispersar el sorbo de café que acababa de tomar.

—¡No es cierto! —aseguró. Pero luego frunció el ceño—. ¿O lo es?

Yo también me reí.

—Vale, quizá no fuera un gruñido tan grande, pero era obvio que necesitabas comer.

Ella sonrió por encima de la tapa de su café y tomó otro sorbo.

—Y tú, ¿tendrás problemas si faltas a la exhibición?

—Seguramente. No lo sé. No he vuelto a coger el teléfono desde que te presentaste ante mi puerta. Mi agente

debe de haberme llamado sin parar.

Se me quedó mirando unos segundos.

—Carson..., si este fin de semana perjudica a tu carrera... No quiero crearte problemas.

—Grace, no me destroza precisamente el corazón pasar el tiempo con mi hermosa Botón de oro en lugar de con una multitud de aficionados al porno. —¿Por qué odiaba a hablarle de cualquier cosa que le recordara cómo me ganaba la vida? Al fin y al cabo, era parte de la razón de que estuviera aquí, mi experiencia.

Ella se rio, un poco incómoda, y luego me lanzó una mirada afligida.

—Carson, ayer por la noche... cuando lo hicimos en medio de la

noche... ¿tú...? —Miró a su alrededor y sus ojos se posaron en el envoltorio del condón vacío que había en la mesilla. Soltó un suspiro de alivio—. ¡Oh, vale!

—Estoy sano. Me hago una prueba cada mes. Hace una semana recibí el resultado de los análisis. Es probable que corras menos riesgos conmigo que con un tipo cualquiera que te ligués en la piscina.

Ella asintió.

—Bueno, eso está... bien. Sin embargo, no estoy tomando la píldora.

—Entonces tendremos que tener mucho cuidado, ¿de acuerdo?

Asintió de nuevo y tomó otro sorbo de café.

—Bien, ¿qué quieres hacer hoy? La

ciudad es nuestra.

—Antes de nada quiero darme una ducha. Estoy hecha un desastre. — Levantó un brazo y se pasó la mano por el pelo, alisando aquellas ondas salvajes.

—Estás preciosa. ¿Qué te parece si te terminas el desayuno mientras yo me ducho y luego lo haces tú? ¿Te parece bien?

—Sí.

—Vale. —Me incliné para besarla en los labios—. Salgo dentro de cinco minutos.

Grace

Carson me ofreció la bolsa con los

bollos y unas servilletas. Me quedé sentada en la cama, bebiéndome el café y mordisqueando un bollo, mientras sopesaba la situación. Me tragué la risa que burbujeaba en mi garganta. No sabía si era de hilaridad o de histeria. Estaba comiendo en la cama, algo que no hacía nunca, un bollo que jamás probaba, después de permitir que una magnífica estrella porno me hiciera experimentar múltiples orgasmos durante toda la noche. Y ahora me perdía la presentación del congreso, algo inaudito, por estar más tiempo con él. Y de hecho esperaba que más tarde me hiciera sentir más orgasmos alucinantes. «¿En quién me había convertido?». ¿Por qué no salía por pies? «Porque te

gusta», dijo una vocecita. Tomé un sorbo de café y mastiqué lentamente un trozo de bollo. Sí, me gustaba. Pero eso era bueno, ¿verdad? Siempre había planeado que el amante número dos me tenía que gustar.

«Sí —podía argumentar—, es muy guapo y me gusta mucho, y ¿eso qué tiene de malo? Si no me gustara, ¿no sería todavía peor?».

Así que sí, me gustaba. Era divertido y nunca podía prever qué era lo que iba a decir. Y poseía una dulzura que no creía que mostrara a mucha gente. Y era sexy como un demonio, por no hablar de lo que era capaz de hacer con su boca y su...

—¿Qué estás pensando ahí sentada?

—preguntó Carson, de pie ante mí, cubierto nada más que con una toalla. «Mmm...».

—Oh, nada —respondí, levantándome y estirándome. Carson me miró con los ojos brillantes. Me gustó esa mirada, me gustó mucho. La ducha me la daría fría.

No se movió para dejarme pasar y eso me hizo sonreír un poco nerviosa.

—Perdona —dije, soltando la sábana y alejándome de él.

Cerré la puerta del cuarto de baño y me apoyé en ella respirando con dificultad. Dios, este no era mi elemento. «Disfruta, Grace». Él había dicho que se encargaría de todo. Debía relajarme y dejarme llevar. Parecía haber funcionado muy bien anoche. Una

ardiente oleada me atravesó al pensar en lo que habíamos hecho por la noche. Mi respiración se aceleró y desaparecieron los nervios, al menos por el momento, y me dediqué a cepillarme los dientes y ducharme.

Cuando salí del cuarto de baño envuelta en una toalla, con el cabello todavía húmedo, Carson estaba sentado contra el cabecero de la cama, mirando el teléfono, todavía cubierto solo con la toalla.

Me miró.

—¿Qué tal, Botón de oro?

—¿Por qué me llamas Botón de oro?

—pregunté sonriente mientras me acercaba a él.

—Quizá porque eres pequeña, como

una flor. —Sonrió.

—No es cierto. —Le devolví la sonrisa.

—No lo puedo recordar. Ven aquí.

Me acerqué a él y me senté en su regazo, con las piernas por fuera de las suyas. Me recosté sobre su pecho desnudo al tiempo que me rodeaba con los brazos. Me apartó el pelo y se inclinó para acariciarme el cuello. Me frotó la oreja con la nariz. Suspiré cuando mis pezones se endurecieron y el calor se concentró en mi vientre como resultado de aquellos simples roces.

Noté que se hinchaba y alargaba debajo de mí y supe que estaba tan afectado por mí como yo por él. Ese pensamiento me hizo más audaz e hice

girar lentamente las caderas para frotarme contra su creciente erección.

—¡Dios, Grace! —gimió—. Qué bueno...

Me abrió la toalla y buscó mis pechos, que apretó con suavidad antes de frotar los pulgares sobre las puntas erizadas. Gemí y sentí que su pene palpitaba debajo de mí. Mis sonidos de placer le excitaban. «Me encanta eso». Gemí de nuevo cuando me pellizcó los pezones con suavidad y noté cómo volvía a vibrar.

Jugó con mis senos durante unos minutos más mientras me besaba el cuello y yo movía mi culo contra él. Los dos comenzamos a respirar con dificultad. El zumbido del aire

acondicionado y nuestros jadeos y gemidos eran los únicos sonidos que se oían en la habitación. Sentí que la electricidad corría por mis venas, lanzando escalofríos entre mis piernas.

Bajó la mano y pasó un dedo entre mis pliegues.

—Estás mojada, nena. ¿Es por mí? ¿Para que pueda deslizarme en tu interior? Dímelo, Grace. —Su voz era ronca y áspera.

Encontró ese lugar más sensible con el dedo y comenzó a moverlo lentamente.

—Sí —suspiré—. Por ti. Ahhh... No pares.

—¿Por quién, Botón de oro?

—Por ti, Carson, por ti. —Ahora

jadeaba sin control, sufriendo por él.

—Eso es bueno. —Apretó la hinchada longitud contra mi trasero—. ¿Es esto lo que quieres, Grace?

—Sí, sí... —jadeé. Cogí la toalla y me deshice de ella para poder estar más cerca de él.

Se rio entre dientes.

—Lo conseguirás. Te lo daré, nena, pero antes debes hacer algo por mí.

Continuó frotando el dedo contra mi clítoris y apretándome un pezón con la otra mano.

—¿Qué? Sí. Lo haré. ¿Qué quieres que haga? —Haría cualquier cosa que aliviara aquella necesidad, que llenara ese terrible y doloroso vacío.

Sentí su sonrisa contra mi hombro

mientras movía más rápido el dedo.

—Quiero que me prometas que dirás mi nombre cuando te corras. Quiero oír cómo lo gritas. ¿Lo harás?

—Sí, lo haré. Sí. —Ahora estaba loca de necesidad. Habría prometido cualquier cosa que me pidiera. No sabía por qué quería eso, y en ese momento, no me importaba.

—Bien, bien. —Retiró las manos y jadeó ante la pérdida—. Shhh... Tengo que protegerte, Grace. —Metió la mano en el cajón de la mesilla de noche donde, al parecer, había guardado los preservativos en algún momento y cogió uno. Lo abrió con los dientes—. Date la vuelta —me pidió con suavidad, y mientras lo hacía, deslizó el condón por

toda la longitud.

Me quedé mirando su dura polla, que sobresalía hacia arriba, y me lamí los labios de anticipación. Se sentó un poco más derecho sobre las almohadas, contra la cabecera de la cama.

—Baja sobre mí —me indicó. Su voz era tensa y tenía la mirada desenfocada.

Me alcé y luego me bajé, haciendo que la punta entrara en mi interior. Los dos jadeamos de placer.

—¡Oh, Dios! Así, nena, más... —gruñó.

Fui bajando poco a poco hasta que me enterré hasta la empuñadura.

Me cogió por las caderas y me guio durante un par de minutos, haciendo que subiera y bajara sobre él. A pesar de

que no había estado nunca en esta postura, la excitación que recorría mi cuerpo me hizo sentir la suficiente confianza para empezar a realizar el movimiento por mí misma. Ahogué un grito cuando arqueó las caderas y friccionó de nuevo ese lugar en mi interior.

—Oh, Dios... —gemí—. Ahí, ahí mismo, por favor..., no te muevas. —Y empecé a cabalgarlo en serio mientras él se inclinaba hacia atrás y me miraba con los ojos entrecerrados.

Cuando mis músculos internos empezaron a apretar y el hormigueo se extendió hacia abajo, abrí los ojos y miré a Carson.

—¡Me voy a correr! —dije con la voz

entrecortada.

Sus ojos se oscurecieron y alzó las caderas hacia arriba. Dejé caer la cabeza hacia atrás y grité su nombre una y otra vez.

Carson

Cuando Grace gritó mi nombre, mi clímax estalló e hizo que arqueara las caderas dejándome llevar por él. El placer atravesó mi pene en rápidos espasmos. La vi surcar su orgasmo y absorber hasta la última gota, haciendo sin saberlo lo mismo por mí. «Fantástico polvo». Dios, esperaba haber dejado suficiente espacio en la punta del condón. Creía que nunca había

eyaculado tanto en mi vida.

En el momento en que Grace levantó la cabeza, había una sonrisa de satisfacción en su rostro. Me incliné hacia ella y la besé con ternura.

—¿Y si esto resulta contraproducente y me arruinas para todos los demás? —preguntó en broma, retirándome el pelo que se me había pegado a la frente y las mejillas.

—¿Y si eres tú la que me arruina para todas las demás? —devolví la pregunta. Me dije para mis adentros que le estaba tomando el pelo.

Ella se rio y se recostó en mi pecho. Todavía estaba duro en su interior, pero me limité a disfrutar de la sensación de su piel contra la mía mientras le pasaba

las manos por la sedosa espalda.

—Siento mucha pena por el chico número uno. No logró oírte gritar su nombre. El muy cabrón se perdió ese momento.

Su cuerpo se sacudió con la risa.

—¿Quién iba a pensar que soy de las gritonas? ¿Crees que el gerente vendrá a echarnos? —sonrió contra mi pecho y me mordisqueó la piel.

—Seguramente. Debemos ir esta noche a tu habitación, y dar a la gente de esta planta un poco de descanso. —Le acaricié el cabello y se rio de nuevo.

—Bien, arriba —dije después de unos minutos—. No voy a mantenerte encerrada en esta habitación durante todo el día. Aunque la idea es tentadora,

vamos a dar una vuelta y a disfrutar de Las Vegas.

—Vale. —Bostezó—. ¿Más tarde nos echamos la siesta?

—Es un buen plan, Botón de oro.

Me guiñó un ojo.

—Venga, vamos, ven a la ducha conmigo.

Sonaba peligroso, pero me gustaba correr riesgos.

Una hora, un bote de gel de baño y otro orgasmo más tarde, estábamos vestidos y preparados para salir.

Yo no tenía un destino específico en mente, solo pasear por el Strip, observar a la gente y entrar en un casino aquí y allá. Le encantó el casino del París, lo que no me sorprendió. Me burlé de ella

diciéndole que era como una anciana con las tragaperras. Sacó un par de dólares y se dedicó a alimentar a la máquina con ellos. Contuvo la respiración cuando ganó veintisiete. Cuando fuimos a cambiar las monedas por billetes en la caja, no podía reprimir la sonrisa al ver su emoción. Era como si hubiera vivido toda su vida debajo de una roca y por fin alguien la hubiera levantado para enseñarle el cielo. Me di cuenta de que era quizá la primera vez que me divertía con una chica. ¿Quién hubiera imaginado, sabiendo que lo primero que pensé al verla fue que era una princesita envarada, que iba a ser capaz de darme eso? Le había dicho a Grace una frase que era realmente

cierta: la vida es salvaje.

Le dije que mientras estaba en Las Vegas, tenía que probar un bufé, así que nos acercamos al Bacchanal Buffet en el Caesar's Palace. Llenó un plato y tomó la mitad de la comida antes de mirarme como si ya estuviera saciada.

—Creo que estoy despilfarrando tu dinero, ¿verdad?

Me reí.

—Bueno, teniendo en cuenta que tu primer plato ha sido de postres, no me sorprende.

—Es que no quería llenarme y perderme el dulce. —Sonrió—. Ni siquiera recordaba la última vez que comí tarta.

—Vale la pena cada centavo —

aseguré.

—Venga, Carson, es evidente que hay que trabajar para tener un físico como el tuyo. ¿Estás seguro de que no haces dieta? —Señaló mi almuerzo con la mano, un plato lleno con siete elementos distintos de cuatro puestos de comida diferentes.

Me reí con la boca llena.

—No trabajo en un gimnasio, pero hago surf y *snowboard* cuando no estoy de viaje. Piensa un deporte extremo, y ahí estaré yo.

—¿*Snowboard*? ¿En California? —Arrugó la frente.

—¡Sí! Mammoth Mountain está a menos de cinco horas de Los Ángeles y Tahoe, a alrededor de siete. El *snow*

mola. Siempre me voy a practicarlo con mis amigos.

—Mmm..., suena divertido.

—¿De dónde eres, Grace?

—De Ohio —respondió ella.

—Entonces, imagino que nunca lo has practicado. ¿O sí lo has hecho?

Ella negó con la cabeza.

—No, nunca lo he hecho. Después del divorcio de mis padres, estábamos muy justos de dinero. Jamás viajamos.

—¿Cuándo se divorciaron tus padres?

—pregunté.

—Un par de años después de la muerte de mi hermano Andrew. Mi madre jamás volvió a ser la misma. Se hundió en una depresión —confesó en voz baja—. Mi padre lo intentó todo

para ayudarla, pero nada funcionó. Al final, ella le pidió el divorcio. Creo que estar cerca de él y ver cómo intentábamos devolverla a la vida era demasiado para ella. Estaba resentida y pensaba que éramos la razón por la que jamás podría estar bien. —Se encogió de hombros, pero vi una expresión de dolor en sus ojos. Todavía le dolía pensar en lo que le había sucedido a su familia.

—Así que te crio tu padre. ¿Dónde está tu madre?

—Se fue de la ciudad. La íbamos a ver los fines de semana, pero, al final, las visitas cesaron. Para nosotras era demasiado difícil estar allí; acababa llorando en medio de la cena, y si

cualquiera de nosotras levantaba la voz por alguna razón, no era capaz de manejar la situación. Fue a un hospital para tratar la depresión cuando yo tenía catorce años y mejoró un poco. Sin embargo, jamás volvió a ser la misma. Mis hermanas y yo la vemos una vez al año más o menos, por lo general en las fiestas. Ahora tiene un novio que es bastante agradable, y parece que le hace bien. —Bajó la vista.

¡Dios! No era de extrañar que fuera una fanática del control. Todo su mundo se había derrumbado cuando era solo una niña.

—Oye... —dije, cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Gracias por compartir eso conmigo.

Ella se rio.

—Ni siquiera has tenido que meter una moneda en la tapa para que te lo contara.

—De todas formas, somos muy buenos en ese juego, así que vamos a omitir la parte técnica de ahora en adelante e ir directamente al secreto. — Me guiñó un ojo—. Pero lo justo es justo. Te debo uno.

Ella sonrió y se tocó la barbilla.

—Mmm... Vale. Dime por qué has viajado por toda Europa y a dónde has ido. —Le brillaron los ojos. A una persona que no había salido de Ohio en toda su vida, aquello debía de parecerle una pasada.

—Bueno, como ya te he dicho, cuando

mi abuela murió, me dejó un poco de dinero. Viví durante un tiempo en Massachusetts con ella, pero fue la única época de mi vida que residí fuera de California, así que decidí recorrer Europa. Quería dejarme llevar y ver dónde me llevaba el viento. —Me sonrió con los ojos muy abiertos.

—Suenan aterrador.

—No, fue impresionante. Me encanta viajar. —Me reí—. Solo yo y mi mochila, sin itinerarios ni destinos específicos. Fui a Roma, Barcelona, Florencia, Venecia, París... Los lugares más increíbles del mundo. Luego me quedé sin dinero y regresé a casa. —Solté una risita y ella me acompañó.

—Eres muy valiente, Carson.

La miré fijamente.

—No, no soy valiente, solo tengo la mente abierta.

Cuando regresamos al hotel, eran alrededor de las tres, así que decidimos disfrutar un poco de la piscina. Nos separamos en su planta y quedamos en reunirnos en el vestíbulo veinte minutos después.

Entré en mi habitación y me di cuenta de inmediato de que la habían limpiado. Había sábanas limpias que ensuciaríamos esa misma noche. Sonreí para mis adentros.

Me puse el bañador enseguida y cogí el teléfono para llamar a mi agente, Tim. ¡Joder! Eso iba a ser desagradable. Ese día tenía programadas tres firmas con

fans, y me las había saltado. Y Tim había llegado esta mañana para ayudarme a manejarlo.

Me senté en el borde de la cama cuando comenzó a sonar su móvil.

—Será mejor que estés muerto y me llames desde el más allá.

—¿Eso me serviría para salir del paso?

—No, pero estarías a salvo de mí. De lo contrario, te voy a dar una patada en el culo que vas a volar por encima de Las Vegas. ¿Dónde cojones te has metido, Carson?

—Eh..., todavía estoy en Las Vegas. Solo que he pillado un virus muy desagradable. En serio, apenas puedo salir de la cama.

—¿En serio? Porque Chastity Aurora me ha dicho que te ha visto en plan tortolito con una rubia tomando pasteles en el Caesar's Palace.

Cerré los ojos. Jodida Chastity Aurora. Sucia chismosa. Suspiré.

—Escucha, Tim, voy a ser sincero contigo. Odio toda esta mierda, lo sabes. Es poco profesional por mi parte, pero no soporto esas sesiones de autógrafos. Lamento haberte dejado en mal lugar, pero no puedo hacer más. Si me obligas a asistir, me buscaré un nuevo agente.

—Carson, no es el mejor momento para amenazar con despedirme. Deberías hacerme la pelota, después de que te dé esa patada. —Resopló—. Mira, ya he emitido un comunicado de

prensa pidiendo disculpas a tus fans. He dicho que tuviste una emergencia familiar, por lo que ya sabes qué decir si te preguntan. No des detalles. Y no vuelvas a hacerme quedar mal en público, ¿has entendido?

—Sí, entiendo.

—Está bien. Vuelve con tu virus. No tienes más eventos programados este fin de semana. Tu habitación está pagada y tienes que cancelarla con veinticuatro horas de anticipación, si no te mandaba de vuelta a Los Ángeles esta noche. Pero Carson, nos veremos en el rodaje el lunes. A las diez de la mañana. Sé puntual.

—Allí estaré, Tim. Gracias. —
Colgué.

Lancé el móvil sobre la cama y me senté con la cabeza entre las manos durante varios minutos, tratando de despejarme. La única razón por la que Tim había sido tan indulgente conmigo era porque había ganado una buena cantidad de dinero con las películas que había hecho. Y tenía potencial para hacer más. Yo lo sabía, y también lo sabía él.

«Grace».

Solo quería estar con Grace. No quería pensar en esta mierda. No quería pensar en lo que tenía que hacer el lunes.

8

Grace

Abrí la puerta de mi habitación y me refresqué en el cuarto de baño antes de ponerme el bikini y vestirme. Revisé el móvil; había un mensaje de mi hermana Julia, seguramente para charlar un rato. Le envié un mensaje recordándole que estaba en Las Vegas para el Congreso y que la llamaría cuando volviera, el lunes. Ella me respondió al momento:

«¡Me había olvidado por completo de que era este *finde*! ¿Estás disfrutando? Jajaja. Hablaremos el lunes. Bss».

¡Oh, sí! Estaba disfrutando. No se hacía una idea. Mi hermanita era más liberal que yo y le gustaba bromear sobre mi rumbo en la vida. Me decía de forma constante que debía aflojar. ¿Se alegraría o se quedaría horrorizada de lo que estaba haciendo este fin de semana? Seguramente un poco de cada. Aunque no pensaba contárselo, era mi hermana pequeña, y yo debía ser un buen ejemplo para ella. No creía que mi manera de disfrutar este fin de semana se ajustara demasiado bien a mi plan.

También había un mensaje de voz de Abby, preguntándome qué me parecía que pintara la cocina de color verde

manzana.

Me senté en la cama y marqué su número.

—¿Qué tal, guapa? ¿Me das luz verde para el verde manzana? —me preguntó. Jamás respondía con un simple «hola». Era un acuerdo tácito.

—¿No se suponía que deberías estar descansando sin rascarte?

—Uff... Necesito una distracción. Y te aseguro que rascarme es más satisfactorio que el sexo en este momento. Así que prefiero empezar a arrancar el papel de las paredes que hacerme alguna herida. ¿Cuál es el término correcto cuando uno se masturba rascándose a lo bestia?

Solté una carcajada.

—Tienes luz verde para el verde manzana. Por favor, distráete. Y pinta también mi habitación, ya que estás.

—Está bien. Quizá lo haga. ¿Qué tal está el ultraapetecible congreso?

Hice una pausa.

—Mmm..., ultraapetecible lo dice todo, Abs. No te haces una idea. —Solté una risita.

Abby permaneció en silencio durante un instante.

—Cuenta, Grace. ¿Qué demonios está pasando?

Me mordí el labio.

—Es posible que te preocupes por mí, Abby. De hecho, estoy un poco preocupada por mí misma.

—Bueno, ahora sin duda estoy

preocupada. ¿Qué ha pasado, Grace?

—¿Recuerdas que me dijiste que fuera detrás de la estrella porno y le pidiera que me enseñara algunos trucos?

—dije a toda velocidad—. Bien, pues lo hice. Fuimos a su habitación y... sin duda me ha enseñado algunas cosas. Algunas han sido realmente increíbles.

—¿Cómo? —Abby gritó tan fuerte que tuve que sujetar el teléfono lejos de mi oreja—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Grace?

—¡Abby! Lo sé, lo sé... Tranquila. Escucha, es una historia muy larga. Después de hablar contigo, me quedé encerrada con él en un ascensor y..., bueno, supongo que empezó a gustarme. Es difícil de explicar, pero tiene un lado

muy tierno y sí, sé lo que hace. Pero, ¡Dios!, es atractivo de una forma que ni siquiera conocía, y he pensado que dejándome llevar un fin de semana no le hacía daño a nadie, ¿sabes?

—Er..., mmm... Ya... Es que me has dejado flipada, cariño. ¿Sigues siendo mi Gracie Hamilton? ¿La chica del plan? ¿Estás segura de que esta es una buena decisión? Es decir, ¿estáis usando condones? Dios mío, es que no puedo creer que estemos manteniendo esta conversación.

Suspiró.

—Abby, me lo estoy pasando bien. Y no me lo había pasado así desde..., bueno..., desde nunca. No me juzgues, ¿vale?

—¡Oh, cielo! No te estoy juzgando. Escucha, confío en ti, ¿vale? Y si este tipo hace que te olvides de tus reglas y consigue que haya esa emoción en tu voz, debe de tener algo especial. Es solo que..., por favor, recuerda que lo que estás haciendo, que este fin de semana, es solo eso, un fin de semana, ¿de acuerdo? Y luego, cuando vuelvas, compartes conmigo esta experiencia con la estrella porno, y me hablas de sus trucos.

Me reí.

—Trato hecho. Te quiero, Abby.

—Te quiero, Gracie. ¡Oh! ¿Cuál es su nombre, por si acaso desapareces?

—¡Abby! ¡No voy a desaparecer! Se llama Carson Stinger. Es de Los

Ángeles.

—Bien, cuídate. Llámame por la mañana. Lo digo en serio.

—De acuerdo, lo haré. Adiós, Abs.

—Adiós, cielo.

Colgué el teléfono con una sonrisa y me dirigí hacia el vestíbulo del hotel.

Cuando salí del ascensor, Carson estaba apoyado en la pared, en un rincón cercano, haciendo algo en el móvil. Apretó un botón y se lo metió en el bolsillo justo antes de levantar la mirada y ver que iba hacia él. Su sonrisa hizo que mi corazón se acelerara. ¡Dios!, ese hoyuelo hacía que me derritiera cada vez que sonreía. Era una esclava de ese hoyuelo. Le devolví la sonrisa al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Qué? —preguntó cuando me puse a su altura y comenzamos a andar hacia la piscina.

—Nada, estaba pensando que estabas justo en el lugar donde nos tropezamos. ¿Quién iba a imaginar después de ese encuentro que menos de seis horas después entraría en tu habitación? —
Curvé los labios.

—No es tan sorprendente, nena. Yo sí lo imaginaba. A ti te llevó un poco más de tiempo. —Me puso un brazo en los hombros.

Le di un codazo.

—Seguro, porque eres un creído.

Soltó una risotada, pero luego se puso serio mientras me conducía a otra salida.

—Lo siento, acabo de ver a algunas personas que me pueden reconocer y no quería tener que saludarlas.

Fruncí el ceño. Gente de su trabajo, que estaba allí por la exposición, supuse. Noté una opresión en el pecho e intenté ignorar la sensación. Pensar en sus «compañeros de trabajo» no podía llevar a nada bueno. ¿Habría visto a alguna de esas mujeres con las que hacía las películas? Ni siquiera me atrevía a preguntarlo.

Carson me miró con pesar.

—Lo siento, Grace, ¿te importa si vamos a la piscina más alejada de la entrada?

Negué con la cabeza.

—Seguramente sea lo mejor para mí

también —respondí en voz baja.

Caminamos a través de la piscina hasta una zona con menos gente, más cerca del fondo, y pusimos las toallas en dos tumbonas y mi bolsa en el suelo, entre ambas.

—¿Quieres que te eche un poco de protector solar? —preguntó.

Asentí.

—Si pudieras extendérmela por la espalda... —dije, quitándome la ropa.

Cogió el bote que le di y comenzó a frotarme la espalda. Al acabar me besó en la nuca y me devolvió el protector solar.

—Gracias. —Sonreí antes de aplicarme el bronceador por el resto del cuerpo.

Me senté en mi tumbona, pero él se dio la vuelta y se acercó a una familia sentada a unas tumbonas de distancia. Les hizo una pregunta y ellos asintieron mientras señalaban una colchoneta naranja que tenían al lado. Carson la cogió y comenzó a andar mientras hacía señas para que lo siguiera.

—¡Gracias! Se lo devolveré.

Luego me cogió de la mano y tiró de mí.

—¡Espera! Pensaba que íbamos a quedarnos un rato sentados antes de ir al agua.

—¿Quién ha dicho eso? No teníamos ningún plan. Hacemos lo que queremos cuando queremos, ¿recuerdas? Y en este momento, quiero nadar contigo.

—Valeee..., bueno, ¿y si yo no quiero nadar ahora mismo?

—Entonces haré esto. —Dejó caer la colchoneta, me tomó en brazos y me tiró al agua.

Salí escupiendo y pensé que estaba más loco que una cabra. El agua me cubría hasta los hombros, así que me puse de pie y lo miré mientras me sonreía desde el borde de la piscina.

—¡No me puedo creer que me hayas tirado!

—Lo creas o no, lo he hecho —aseguró, tirando la colchoneta al agua antes de acercar su cuerpo en forma al extremo más profundo y lanzarse de cabeza en la inmersión más perfecta que yo hubiera visto jamás, con la que cortó

el agua limpiamente.

Antes de que pudiera parpadear, había avanzado por debajo de la superficie hacia mí y me tiraba de las piernas. Abrí los ojos debajo del agua y puse mi expresión más enfadada cuando nos miramos. Él sonrió. ¡Maldito fuera! Era tan guapo sumergido en la piscina como fuera, incluso con las burbujas de aire saliendo de su nariz.

Me soltó y subí a la superficie, dejando que mi pelo se alisara hacia atrás. Él apareció un segundo más tarde, riéndose al tiempo que se pasaba la mano por el pelo.

—No te enfades, Botón de oro. Es que no podía esperar a frotarme contra ti.

Lo miré durante un segundo, pero no puede mantener el enfado que tenía contra él, que me miraba con expresión inocente mientras unas gotitas de agua colgaban de sus largas pestañas.

Sacudí la cabeza, incapaz de reprimir la sonrisa que pugnaba por aparecer.

—Eres idiota de verdad. No me puedo creer que me hayas tirado a la piscina. Nadie lo había hecho nunca.

Nadó hacia mí y me abrazó para apretarme contra su cuerpo al tiempo que nos hacía girar en el agua.

—Eso es una vergüenza. Estás muy guapa mojada. —Se inclinó y me besó en los labios y luego en los ojos y en la nariz. De acuerdo. Lo había perdonado.

—Nadas muy bien —señalé.

Él asintió.

—Cuando uno crece en hoteles y apartamentos de alquiler, todos ellos con piscina, se suele pasar mucho tiempo perfeccionando la técnica. — Hizo una pausa—. No tenía mucho más que hacer. Algunos niños juegan al baloncesto, yo nadaba.

Lo estudié con atención.

—Tenía la impresión de que, dado que tu madre era famosa..., teníais dinero.

—Es difícil tener nada cuando se gastaba todo lo que ganaba en medicamentos no prescritos. Y sé que he utilizado la palabra «famosa», pero quizá sería más acertado decir que era «conocida». Sin embargo, en este

negocio, eso no siempre se traduce como «bien pagada». Solo significa que estaba dispuesta a hacer cosas que otras no querían hacer.

Lo miré con el corazón en un puño. ¿Qué sentiría un niño al saber lo que su madre estaba haciendo cada vez que se iba a hacer un trabajo como ese? Sin embargo, estábamos en la piscina, y no era el mejor momento para hacerle preguntas.

Cambié de tema.

—¿Por qué has pedido prestada la colchoneta? —pregunté, señalándola con la cabeza.

—Porque quiero demostrar una teoría —respondió, nadando hacia ella y acercándola hacia mí.

—¡Oh, Dios! No pretenderás enseñarme que tienes razón con lo de *Titanic*, ¿verdad? —pregunté—. Escucha, no soy una experta, y no creo que requiera de ninguna demostración.

Me guiñó un ojo.

—Jamás me rindo, nena. Vamos, inténtalo conmigo. Te necesito, Grace.

Me reí. Y pasamos la siguiente media hora tratando de subirnos los dos a la vez sin volcar. Cada vez que se subía, se hundía al intentar imitar a DiCaprio. Y yo me reía tan fuerte que me dolía la cara.

Por fin, fue capaz de mantenerse el tiempo suficiente como para que me pudiera tender encima de él, y los dos nos quedamos allí, con los ojos abiertos,

moviéndonos lo menos posible. Una lenta sonrisa se dibujo en su cara.

—Lo sabía —susurró.

—Jamás te dejaría, cariño —susurré.

Se rio, y eso hizo que volcáramos.

Carson

Salimos del agua, nos secamos y nos dejamos caer en la tumbona. Clavé los ojos en el cuerpo de Grace cubierto por el bikini mientras ella cerraba los ojos y dormía un rato.

Me acerqué a la barra para pedir un par de cervezas y, cuando ella se estiró y abrió los ojos media hora después, le entregué una.

—Gracias. ¿Me he quedado dormida

demasiado tiempo?

—Me alegro de que lo hayas hecho. Necesito que estés bien descansada esta noche. —Le guiñé un ojo.

Ella esbozó una sonrisa burlona.

—¿Por qué? ¿Vamos a trabajar temas cinematográficos más emocionales?

Me reí.

—Eso es. Y utilizaremos la cama como escenario.

—Realmente necesitas una terapia extensa, ¿verdad? Voy a tener que empezar a cobrar.

Le quité la cerveza de la mano y tiré de ella para ponerla en mi regazo.

—Pon un precio. Lo pagaré — aseguré, apretándole el trasero y haciéndole cosquillas en las costillas.

—¡Ohhh! Carson, para, que me voy a hacer pis —chilló.

—Pervertida... Pero no en la piscina, nena. No a todo el mundo le va eso, y podrías sorpr...

—¿Grace? ¿Eres tú? —preguntó una voz masculina.

Volví la cabeza al mismo tiempo que Grace. Se incorporó y se colocó tan rápido en su propia tumbona que mis manos aún seguían pegadas a sus nalgas.

Había un chico alto de cabello castaño a los pies de las tumbonas, y miraba a Grace con expresión de preocupación.

—¡Parker! Hola. ¡Oh, Dios mío! No sabía que estarías aquí este fin de semana. ¡Hola!

—Hola —repuso él, mirándome como si esperara que me presentara. Grace lo ignoró.

—¿Qué te ha parecido el congreso hasta ahora? —preguntó ella, ladeando la cabeza y sonriendo. Vi que él la desnudaba con los ojos antes de responder y apreté los puños.

—Oh, está muy bien. Me ha gustado mucho la charla del profesor Fulton esta tarde. ¿Qué te ha parecido a ti? No te he visto.

—Oh..., mmm..., me senté atrás del todo. Sí, ha sido una buena ponencia. Muy informativa. —Ella asintió con la cabeza. Me pregunté si aquel pomposo podría darse cuenta de que estaba mintiendo. Si no podía, es que no la

conocía demasiado bien. Aquel pensamiento me dio ganas de sonreír, pero me contuve.

Finalmente, él me tendió la mano.

—Parker Grayson, estudio con Grace.

Se la estreché y abrí la boca para hablar, pero ella se me adelantó.

—Este es Rick... Ryder. Está en la facultad de derecho de..., mmm..., Stanford.

Parker pareció vacilar.

—¿Stanford? Es una buena facultad. ¿Cómo os habéis conocido?

—Oh, los padres de Rick son amigos de la familia. Ya sabes. Estábamos preparándonos para regresar. ¿Verdad, Rick?

Arqueé una ceja.

—Cierto.

—Es increíble que os hayáis encontrado aquí. ¿En qué rama del derecho te gustaría especializarte, Rick?

Entrecerré los párpados con los ojos fijos en él y miré a Grace de reojo. Parecía a punto de darle un síncope. Bajé la vista hacia su escote.

—Bueno, Parker, creo que me gustaría especializarme en la inspección de las partes.

Parker me observó, confuso.

—Ah, ¿te refieres a las leyes que afectan a la industria?

—Claro, Parker —respondí.

Grace soltó una risita nerviosa.

—Bueno, me alegro de verte. Podemos tomar un café cuando

volvamos.

Parker volvió hacia mí su expresión confusa y sonrió a Grace antes de bajar la vista por su cuerpo una vez más.

—Me parece bien. Te llamaré.

—Vale. —Ella se despidió con la mano.

Lo vi girar su escuálido cuerpo y alejarse. Estaba a años luz de él, así que ¿por qué sentía ese odio visceral por el jodido Parker Grayson?

Me volví hacia Grace.

—¿Rick Ryder? —pregunté—.

Maravillosa elección si no querías que supiera lo que hago.

—Es demasiado recatado para imaginarlo. Demonios, ayer mismo, me hubiera pasado lo mismo. —Se tumbó

en la hamaca con un suspiro.

Tenía una opresión en el pecho tan intensa que quería dar un golpe a algo.

—¿Preparada? —pregunté, recogiendo nuestras cosas.

—Oh, lo estoy... si tú lo estás. —Me miró con patente nerviosismo—. Carson, lo siento. Para mi carrera no sería demasiado bueno que me pillaran besuqueándome con una estrella porno.

—¿Besuqueándote, Grace? Joder, ni siquiera sé qué es eso.

—Estás cabreado —replicó, mordiéndose el labio.

—No, no estoy cabreado. Solo preparado para marcharnos.

Ella asintió con la cabeza y guardó también sus pertenencias en la bolsa.

Fue entonces cuando vi a Tawny Anderson, una chica que trabajaba para la misma empresa que yo. Era una pelirroja muy guapa con un cuerpo de infarto. No había hecho ninguna película con ella, pero me había hecho propuestas muy poco profesionales en muchas ocasiones. Jamás las había aceptado.

Ella estaba de pie ante la barra a un par de metros con una chica que no conocía.

—¡Hola, guapa! —la llamé. Ella se dio la vuelta y se le iluminaron los ojos.

Se acercó a mí y se detuvo justo a los pies de la tumbona de Grace.

—¡Carson! —chilló, besándome en la mejilla y apretando sus enormes pechos

contra mi torso.

Sonreí de forma sugestiva.

—Hola, nena. ¿Cómo estás? — pregunté, rodeándola con los brazos y manoseándole el trasero.

—Estoy muy bien. He oído que tenías una emergencia familiar. ¿Puedo ayudarte en algo? —Me pasó un dedo por el pecho.

—Es posible. ¿Qué tienes en mente?

—Estoy segura de que se me ocurriría algo. —Ella se rio—. Pero pensaba que no mezclabas los negocios con el placer.

—Quizá podría hacer una excepción contigo —coqueteé, arqueando las cejas al tiempo que le apretaba el culo.

En ese momento, Grace carraspeó y tanto yo como la pelirroja nos volvimos

hacia ella. Se había calzado, vestido y colgado la bolsa al hombro, y nos miraba como si quisiera que la dejáramos pasar.

—¿Quién es esta, Carson? —exigió Tawny.

—No es nadie, nena —repuse, y la mirada que me lanzó Grace casi me hizo caer de rodillas. Parecía que le hubiera dado un golpe, y que encima le hubiera arreado una patada mientras estaba en el suelo. Aquella mirada fue como un puñetazo en el estómago.

Grace no esperó a que nos moviéramos, sino que se abrió paso entre nosotros, golpeando a Tawny hasta hacerle perder el equilibrio.

—¡Mira por dónde vas! —gritó

Tawny con irritación. Grace ni siquiera miró atrás.

—Bien. —La pelirroja se volvió hacia mí y me cogió la mano para volver a ponerla en su trasero—. ¿Por dónde íbamos?

Era un jodido estúpido. ¡Santo Dios! ¿Qué había hecho? Me había sentido humillado cuando ella se había avergonzado de mí ante su amigo. Me había hecho sentir una mierda. Por eso había reaccionado de forma automática, tratando de que ella se sintiera igual. Y lo había conseguido. Era horrible.

—Lo siento, Tawny, tengo que marcharme —me disculpé, cogiéndola por los hombros y apartándola de mi camino.

—Espera, ¿qué te ocurre? Pensaba que íbamos a pasar un buen rato —se quejó ella.

—Tienes razón —le dije por encima del hombro—. No mezclo los negocios con el placer. Me he olvidado por un momento.

Corrí en la dirección por la que Grace había desaparecido mirando a mi alrededor. Por fin, la localicé en la puerta de acceso al hotel. Corrí tras ella.

Cuando entré, me dirigí hacia los ascensores, confiando en encontrármela esperando uno. La había jodido. Tenía que arreglar las cosas con ella. Pero no la vi por ninguna parte. Le enseñé la llave al guardia y apreté el botón de subida con furia, maldiciendo por lo

bajo. Cuando por fin llegó, me subí corriendo y, cuando trató de montar más gente, la detuve levantando la mano.

—Lo siento. ¡Emergencia! ¡Nadie puede subir en este ascensor! —Todos dieron un paso atrás, confundidos. Presioné el piso de Grace. Nadie iba a hacer que tardara más en llegar a ella. Me vi envuelto en una sensación de pánico.

«¡Joder! Eres un desastre. ¿Cómo coño has hecho eso?».

Cuando las puertas se abrieron, corrí por el pasillo y, al doblar la esquina, vi que Grace estaba delante de su habitación, buscando la tarjeta de acceso. Cuando me escuchó llegar, me miró con expresión de sorpresa. Todavía

había una expresión de dolor en sus ojos azules.

Se volvió hacia la puerta.

—Lo siento, Grace —solté, desesperado.

Ella se detuvo.

—No tienes nada que lamentar, Carson. Es evidente que tienes una vida. No quiero apartarte de ella ni un minuto más. Por favor, no me gustaría interrumpir tus planes con Tawny.

—No he hecho ningún plan con Tawny, Grace. Me he comportado así porque no me ha gustado lo que ha ocurrido con Parker. Me ha hecho sentir como si fuera una mierda y quería que te sintieras igual. No ha sido justo y lo he jodido todo. Lo siento.

Ella me estudió durante un minuto.

—Entiendo. Yo también lo siento. Pero esto... —Nos señaló a ambos con un gesto— no va a funcionar. Ni siquiera durante un fin de semana. Lo he pasado bien. Pero tenemos que regresar a nuestra vida real. Esto no tiene sentido.

La vi deslizar la tarjeta por la ranura de la puerta y escuchar el clic que indicaba que estaba abierta y que ella estaba a punto de entrar.

—Nadie me había hecho sentir de esta forma —confesé—. Ni siquiera había sentido nada parecido. Eso me ha dado miedo, Grace, y reaccioné por instinto. Pero solo es porque significas algo para mí. Significas algo —repetí, suplicándole con la mirada que me

perdonara.

Ella me miró durante un par de segundos sin expresión alguna, y yo sentí que se me rompía el corazón. Por fin, bajó la mirada al suelo.

—¿Te apetece entrar, Rick? — preguntó.

Casi me reí de alivio.

—Sí, Botón de oro. Me apetece.

Ella asintió y sostuvo la puerta para que entrara.

Grace

Abrí la puerta y Carson entró detrás de mí. El nudo que se había formado en mi garganta desde que había salido de la piscina hasta que había llegado a mi habitación estaba empezando a desaparecer, pero todavía sentía el persistente dolor que me había provocado ver a Carson con Tawny y todo lo que había dicho sobre mí. Me había contenido durante todo el camino cuando lo único que quería era hacerme un ovillo y llorar. Pero también yo le había hecho daño, solo que no me había dado cuenta en ese momento. Había

pensado que él entendería por qué no podía alardear de que estaba pasando el tiempo con una estrella del cine para adultos. Era ese tipo de cosas que podían salir a la luz dentro de algunos años y destrozar mi carrera como abogada, en especial en Washington D. C., donde la política era un arte. Había pensado que él me seguiría el rollo y que nos reiríamos sobre ello después de que Parker se alejara. Por eso lo había presentado con aquel nombre tan tonto, tratando de hacer una broma íntima con Carson. No había sido mi intención que él se sintiera una mierda, porque no era eso lo que pensaba de él. Pero nuestras vidas no podían mezclarse. Y esos encuentros en la piscina lo hacían

evidente. Se suponía que este fin de semana iba a ser pura diversión, una desconexión temporal, para recuperar nuestras vidas anteriores justo cuando dejáramos Las Vegas. ¿Este rollo con Carson estaba empezando a transformarse en algo peligroso para los dos? Si los sentimientos comenzaban a involucrarse, incluso aunque fuera en un nivel básico, ¿cómo íbamos a sentirnos cuando todo esto acabara?

No sabía qué hacer. La parte más lógica de mi cerebro me decía que debía poner ya punto final, a pesar de que me gustaba y de que había esa química especial entre nosotros. La parte emocional era la que llevaba las de ganar, porque se trataba de algo nuevo

para mí, y no sabía manejarla bien.

Él era un enigma para mí, me enervaba primero y luego me tranquilizaba con sus palabras, su tacto y su sonrisa.

«¡Mierda, mierda, mierda!». Esto se había empezado a complicar y solo había pasado día y medio con él.

Me dejé caer en la cama y miré a Carson, que ahora tenía una cadera apoyada en la pared y me estudiaba de forma casual con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Era como una droga que me hubieran inyectado, y ahora estaba infectada. Me reí sin humor, y acabé con un suspiro.

—¿Qué pasa? —preguntó, ladeando

la cabeza.

—Nosotros. —Levanté los brazos y los dejé caer—. ¿Qué estamos haciendo, Carson?

Bajó la mirada y apresó el labio inferior entre los dientes mientras fruncía el ceño.

—¿Qué quieres que hagamos, Grace?

Desvié la vista. Quería pasar más tiempo con él. Pero quería que significara algo. Ya estaba segura de que toda la indiferencia que debía sentir hacia el tipo número dos había desaparecido, al menos por mi parte. Había hecho un buen trabajo para convencerme a mí misma de que esa era la razón para pasar el fin de semana con él, pero ¿había sido una excusa real en

algún momento? Quizá no. Él tenía algo que me atraía y me impulsaba a quedarme, a romper todas mis reglas, a saltarme todos los planes y a experimentar lo que jamás había sentido, lo que nunca me había permitido desear. Él no formaba parte del plan que había trazado; de hecho, era la antítesis del plan. Y todavía no sabía si eso era bueno o malo. Aun así, ¿importaba? No podíamos estar juntos más que un fin de semana, no teníamos más tiempo. Había innumerables razones para ello. Sin embargo, tenía el presentimiento de que nos iba a resultar difícil separarnos el lunes por la mañana sabiendo que sería el final. «Absoluto y definitivo». ¿Valdría la pena sufrir por pasar otro día

con él?

Carson se acercó, se puso en cuclillas delante de mí y apoyó los brazos en las rodillas para mirarme a los ojos.

—Mira, Botón de oro, es evidente que lo que en principio era un rollo de fin de semana se ha transformado en algo que no esperábamos. Ahora somos amigos. —Sonrió—. ¿Quién lo iba a pensar? Y, por mi parte, quiero pasar el resto del fin de semana con mi amiga. ¿Tú también lo deseas?

Bajé la mirada hacia él. ¿Éramos eso? ¿Amigos? ¿Amigos que se acostaban juntos durante un fin de semana? Supongo que era mejor que desconocidos que follaban durante un fin de semana. Y, de verdad, ¿cuánto más

difícil sería separarnos después de treinta y seis horas en lugar de ahora? No pensaba que la relación pudiera cambiar tanto desde ese momento a la mañana del lunes. Sobreviviría. Sería jodido porque él me caía bien, pero lo superaría y estaría bien. En el momento en el que estuviera en Washington me centraría y regresaría a mi vida.

—Sí, también lo deseo.

Me lanzó esa sonrisa capaz de derretirme el corazón y que se me subía a la cabeza como el champán.

—Bueno, entonces voy a subir a mi habitación para prepararme para la cena y luego te llevaré a un sitio bonito. ¿Puedes estar preparada dentro de media hora?

Asentí.

—Tengo una invitación —le recordé.

—Sí, pero yo quiero invitarte, así que no la usaremos.

—¿Por qué? Nos la hemos ganado por habernos quedado atrapados en el ascensor.

—Porque para mí eres importante y quiero hacerlo. Eso es todo. Fin de la historia.

Me mordí el labio. Tenía que mencionar por última vez lo que había pasado en la piscina para poder superarlo.

—Carson, odiaba ver cómo te tocaba, y eso me ha asustado —susurré.

Cerró los ojos durante un instante y dejó caer la cabeza. Cuando volvió a

mirarme a los ojos, los suyos estaban llenos de pesar.

—La he utilizado para herirte. Ha estado muy mal. —Sacudió la cabeza un poco—. No sabía qué hacer. Jamás he sentido celos... Navegaba en aguas desconocidas.

—¿Estabas celoso? —pregunté—. ¿De Parker?

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Quería ahogarlo en la piscina. Me reí, pero al momento me tapé la boca y moví al cabeza.

—Eso no ha estado bien.

—No, no lo ha estado —replicó sonriente—. Y es ilegal. Así que me he contenido y he decidido actuar como un idiota. —Se puso serio—. Lo siento de

verdad.

Lo miré con ternura.

—Yo también. —Hice una pausa y lo miré a los ojos—. ¿Dentro de media hora?

Él asintió.

—Sí, dentro de media hora.

Al salir, se detuvo y rozó mis labios con los suyos.

—Hasta luego.

Cuando salió, me dejé caer sobre la cama.

—La vida es salvaje —recordé con un susurro.

Después de unos minutos, me levanté y me duché. Me depilé por todas partes y me sequé. Me perfumé solo un poco antes de ponerme a secarme el cabello,

que domé con un rizador hasta que las suaves ondas me cayeron por la espalda. Me apliqué más maquillaje de lo que hacía usualmente, e incluso me di dos capas de rímel para oscurecer mis pestañas de color castaño claro. No eran tan exuberantes como las de Carson, pero la naturaleza era así de cruel: les daba largas pestañas oscuras a los chicos que no las apreciaban. Seguí fijándome en cosas mundanas mientras me preparaba y encendí el hilo musical para tararear algunas canciones mientras me vestía.

Al no saber si tendría que asistir a alguna cena formal mientras asistía al congreso, solo me había traído un vestido de cóctel. Un vestidito negro que

me había prestado Abby y que estaba colgado en el armario. Era corto y sin tirantes, adornado con una cinturilla de flores, y la falda con vuelo. Era sexy y, al mismo tiempo, atrevido. Me encantaba, y tenía la esperanza de que a Carson también le gustara. Me acababa de poner los zapatos de tacón negros cuando oí un golpe en la puerta.

La abrí y vi a Carson, con pantalones de pinzas negros y una camisa verde pastel, que conseguía que sus ojos avellana parecieran más claros. Se había peinado el pelo hacia atrás. Me miró de arriba abajo y su sonrisa se transformó en una expresión más seria.

—No está bien, Botón de oro.

Me reí.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo voy a lograr superar la cena cuando solo voy a poder pensar en que quiero volver a mi habitación y follarte hasta hacerte perder el sentido? Ese vestido me vuelve loco.

Volví a reírme y sacudí la cabeza mientras cogía la llave de la habitación y el carnet de identidad. Se los tendí a Carson.

—¿Puedes llevármelos en un bolsillo? —pregunté.

Se los metió en el bolsillo de atrás y enlazó su brazo con el mío.

—¿A dónde vamos? —me interesé cuando subimos al ascensor.

—He hecho una reserva en Olives.
¿Te parece bien?

—Sí. Aunque no conozco ninguno de los restaurantes del hotel.

Me atrajo hacia él mientras el ascensor bajaba, envolviéndome en ese singular olor que hacía que mis hormonas chispearan por todo mi cuerpo. No pude evitar apoyarme en él, pegar la nariz a su cuello e inhalar profundamente.

Se rio entre dientes.

—¿Te gusta cómo huelo, Botón de oro?

—Mmm... —suspiré, sin soltar el aire.

—A mí también me gusta cómo hueles —susurró—. Me pone duro. —Y percibí su erección.

Me eché atrás para mirarlo, y algo

crepitó entre nosotros.

—¿Tienes zapatillas deportivas? — preguntó.

Arqueé una ceja, confundida por el inesperado cambio de tema.

—¿Tienes pensado irte sin pagar? — contrapuse.

—No, no... —Se rio—. Es que estaba pensando que mañana podríamos ir de excursión. Red Rock Canyon tiene algunos senderos muy bonitos. Aunque tendríamos que ir temprano. En verano hace mucho calor por la tarde.

Salimos del ascensor.

—Me parece bien —repliqué—. He traído zapatillas para correr. Sin embargo, no te olvides de que quiero estar de vuelta para asistir a la ponencia

que hay a las dos. Hay una asignatura a la que quiero asistir en otoño y el profesor que la imparte es el orador.

—Estaremos de vuelta con tiempo de sobra. —Me miró—. ¿A qué hora sale tu vuelo el lunes?

—A las seis de la mañana —dije en voz baja—. ¿Y el tuyo?

—A las siete. Podemos ir juntos al aeropuerto.

Asentí con la cabeza, pero había decidido que no quería pensar en eso. Lo que importaba ahora era el presente, e iba a disfrutar de cada uno de los minutos que pasáramos juntos.

Llegamos a Olives y miramos a nuestro alrededor. Era precioso, con el mismo estilo mediterráneo que el resto

del Bellagio. Esperé un paso detrás de Carson mientras él se inclinaba y hablaba con la *maître*. Ella se rio y asintió con la cabeza mientras él le devolvía la sonrisa. Me ofreció su brazo mientras seguíamos a la mujer hasta nuestra mesa. Salimos a la terraza, con vistas al lago Bellagio donde habíamos visto el espectáculo.

—Es precioso —jadeé. Carson se limitó a sonreírme y me ofreció la silla —. No son precisamente perritos calientes en el Strip, pero teníamos que comer algo, incluso aunque tengamos que tragarlo a la fuerza. —Me guiñó un ojo.

Miré a mi alrededor. Todo lo que me rodeaba irradiaba luz. El Strip

resplandecía en la distancia, el agua brillaba y las luces que adornaban la terraza centelleaban. Parecía un lugar mágico, de otro mundo. Miré a Carson, que estaba observándome.

—¿En qué estás pensando? — preguntó, poniendo la mano sobre la mesa.

Lo miré a los ojos, decidiendo que aunque solo fuera por esa noche, iba a experimentar todo lo que pudiera y a disfrutar de cada minuto con él. «La vida es salvaje», Carson tenía razón. O podría serlo si se lo permitías. «Voy a permitírselo». Iba a vaciar mi mente y a disfrutar de la belleza de lo que me rodeaba: el entorno, la comida, el hombre sentado frente a mí. Iba a vivir

por todos esos años privándome, rechazando relaciones que habrían llegado de forma natural si no hubiera estado demasiado centrada en otras cosas, y en todos esos años tomando decisiones que pensaba que harían felices a los demás, sin tener en cuenta lo que me hacía feliz a mí. Carson me había influido, era cierto, pero quizá su aspecto no era la única manifestación de su veneno. Quizá también lo fuera su espíritu. Y quizá, cuando se trataba de Carson, ocurría lo mismo que con las vacunas, que un poco de veneno era la cura, no la enfermedad.

Este fin de semana tendría consecuencias, ahora lo sabía, y no pensaba seguir mintiéndome a mí misma.

Pero tal vez no serían todas negativas. Quizá podría convertirme en una persona mejor por haber conocido a este hombre. Sí, seguro que sí:, la vida era salvaje.

—Lo que estaba pensando, Carson, es que me siento afortunada por estar aquí contigo esta noche.

Su mirada se hizo más tierna y curvó los labios en una pequeña sonrisa justo antes de que algo que parecía sorpresa inundara sus rasgos.

Levanté la copa de vino que el camarero acababa de servirnos.

—Por que la vida siga siendo salvaje.
—Sonreí.

Él levantó su copa.

—Por los planes bien hechos —

brindó, devolviéndome la sonrisa.

Carson

Miré a Grace por encima de la mesa. Sus ojos brillaban mientras observaba con interés todo lo que nos rodeaba. Me encantaba, y quería enseñarle todavía más cosas. Quería ofrecerle todas las experiencias que pudiera. Quería ver sus grandes ojos azules agrandarse de placer, no solo por lo que podía hacer con su cuerpo, sino con todas las experiencias de las que se había privado durante tanto tiempo. Quería demostrarle cosas que nunca había visto antes. Quería llevarla a practicar *snowboard* a una montaña al atardecer, quería hacer

el amor con ella bajo el sol en una playa exótica. Por primera vez en mi vida, me sentía realmente vivo, estimulado de una forma que no había experimentado antes. Pero me llenaba de pesar saber que no podría tener nada de eso con aquella chica.

Pero quizá querer tenerlo ya era algo bueno. Quizá Grace me había abierto los ojos a la posibilidad de llegar a ser algo más. De que la vida podía ser algo más. Y eso hacía que me inundara una emoción que no podía identificar en ese momento, así que lo haría más tarde.

Pedimos la cena y Grace me sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Entonces, Carson —dijo ella—, ¿de verdad debería confiar en que me

lleves al desierto, los dos solos? No desapareceré misteriosamente, ¿verdad?
—Enarcó una ceja.

Me reí.

—No estoy pensando en enterrarte en una fosa, pero corres el riesgo de que me abalance sobre ti como una hiena del desierto. Ya sabes que eres irresistible.
—La miré muy serio, sin sonreír.

Ella soltó una carcajada.

—Supongo que las autoridades podrían dar conmigo siguiendo el rastro de ropa rasgada, ¿no?

Tomé un sorbo de vino. Era algo que nunca bebía, pero esta noche parecía exigir algo excepcional.

—Y tú, gritando mi nombre de una forma que haría eco en los cañones —

añadí, con los ojos entornados contra mi propia voluntad, y mi erección palpitando dentro de los pantalones. Dios..., cómo me gustaba oír a Grace gritando mi nombre. No había nada parecido.

Ella se aclaró la garganta.

—Hablando de eso, ¿podríamos quedarnos en mi habitación esta noche? Es que ni siquiera la he utilizado.

—No, he decidido que me encanta tenerte en la mía.

Ella ladeó la cabeza antes de tomar un sorbo de vino.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es algo así como tenerte en mi guarida. —Le guiñé un ojo.

—Más bien en tu guarida sexual,

hiena del desierto.

—Eso me suena todavía mejor —dije, riéndome.

Llegó la comida. Yo había pedido chuletón y ella salmón. Lo saboreamos en silencio durante unos minutos.

—Mmm..., está fantástico —gimió Grace.

—¿Comes muchas veces fuera? —pregunté.

—No, solo en raras ocasiones. Tengo una beca para mis gastos, pero no me sobra lo suficiente como para ir a restaurantes. —Se encogió de hombros—. De todas formas, no tengo tiempo para otra cosa que estudiar. Quiero licenciarme. —Tomó un sorbo de vino mientras me miraba por encima del

borde.

—Estoy seguro de que lo harás —dije—. Ya que estamos, ¿en qué quieres especializarte? —Corté un trozo de carne, lo pinché y me lo metí en la boca.

—En derecho corporativo.

La miré fijamente.

—¡Dios! Suena casi tan emocionante como la patente de un Tupperware para hacer eructos.

Se tapó la boca para no soltar una carcajada.

—En realidad es muy interesante.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que lo hace interesante?

Levantó la vista, como si estuviera pensándolo. Luego me miró y se rio mientras negaba con la cabeza.

—Nada. No tiene nada interesante.

—Entonces, ¿por qué lo has elegido?

Suspiró.

—Mi padre trabaja en el sistema de justicia criminal. Se las tiene que ver todos los días con fiscales y abogados defensores..., trata con los más sórdidos delincuentes y se enfrenta a los casos más aberrantes. Le pedí consejo y me dijo que el derecho corporativo sería una buena opción para cimentar una carrera sólida y segura. —Asintió con la cabeza como si quisiera convencerse a sí misma.

Arqueé una ceja.

—Así que es lo que eligió tu padre, ¿no?

—Carson... —dijo ella en tono de

advertencia—. No se trata de que quiera complacer a mi padre. Es que me dirigí a alguien con mucha experiencia en ese campo para que me guiara, eso es todo.

—Mmm... Bien, y si tu padre no te hubiera guiado, ¿qué habrías elegido?

Me miró fijamente durante un minuto con una expresión extraña en la cara.

—Lo que más me gustaría es ser fiscal —confesó en voz baja antes de clavar la vista en la comida. Tenía las mejillas sonrojadas y una expresión de vergüenza, como si acabara de admitir que quería comerse mi hígado con una copa de Chianti.

Asentí, pero ella permaneció en silencio. No quería hacerla sentir incómoda con estas preguntas, y por eso

cambié de tema.

—¿Sabías que Las Vegas es conocida por sus discotecas? ¿Te apetece ir a una después de la cena?

Tomó un sorbo de vino y me miró con calidez.

—Carson, en realidad, y si no te importa, prefiero regresar a tu habitación en el hotel.

—Pide la cuenta, por favor —le dije, fingiendo mirar a nuestro alrededor en busca del camarero.

Ella se rio. Charlamos durante el resto de la cena. Después de que el camarero retirara nuestros platos y yo hubiera pagado la cuenta, cogí a Grace de la mano y la llevé arriba. Mi cuerpo vibraba de anticipación, pero era más

que eso: entre nosotros había ahora algo más profundo. No iba a poder experimentar todo lo que quería con ella, pero todavía nos quedaba tiempo juntos, y no iba a perder ni un segundo.

10

Grace

Entramos al ascensor con otras dos parejas para ir a la habitación de Carson. Una de las parejas se bajó y permanecemos en silencio con la otra hasta que también se bajaron un par de pisos más arriba. Tan pronto se cerraron las puertas, me encontré pegada a la pared del ascensor por más de metro ochenta y cinco de hombre duro y con olor viril. Solté un gemido incluso antes de que su boca cayera sobre la mía. Esperaba que el beso fuera salvaje,

lleno de pasión, pero se tomó su tiempo para apretarse contra mí, acariciándome los costados mientras nuestras lenguas se enredaban muy despacio. No parecía el tipo de beso adecuado para un ascensor, donde cualquiera podía pillarnos, pero, por alguna razón, este hecho hizo que mi cuerpo estallara en llamas. Carson me había besado de un montón de formas diferentes durante las últimas treinta y seis horas, y, sin embargo, este era mi beso favorito. Era como si fuera exclusivo y personalizado para mí. No podía determinar exactamente por qué, pero tenía algo diferente a cualquier otro. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección, nuestras lenguas se movían al ritmo de

un tango lento. Me volvió loca de deseo.

Las puertas se abrieron y Carson se apartó de mí muy despacio. Parpadeé jadeante; al parecer, me daba igual que nos vieran besarnos en el ascensor. Nos bajamos y fuimos por el pasillo hasta la habitación. Sentía las piernas como si fueran de gelatina.

La puerta se cerró a nuestra espalda y él se abalanzó de nuevo sobre mí, empujándome contra la puerta para volver a besarme con intensa profundidad. Cuando se separó, me miró la boca al tiempo que frotaba el pulgar contra mi labio inferior.

—No me sacio de ti —susurró con ojos atormentados y expresión tensa. Después, su boca cayó de nuevo sobre

la mía y nuestras lenguas se enredaron mientras yo movía los dedos, peinando sus sedosos cabellos.

De repente, me cogió en brazos para llevarme hasta la cama, y me dejó de pie junto a ella. Me hizo girar lentamente y me desabrochó el vestido. Sentí su cálido aliento en la espalda cuando me bajó la cremallera, revelando cada vez más piel. Me estremecí y mis pezones se erizaron ante la erótica sensación de percibir su boca en un lugar inesperado.

Mi vestido cayó al suelo y di un paso para salir del charco que formó a mis pies. Él le dio una patada para apartarlo. Como Carson no me volvió a tocar de inmediato, miré por encima del hombro y lo vi estudiándome con intensa

voracidad. Sus ojos se desplazaban por mi espalda desnuda bajando hasta el pequeño tanga negro que exponía la mayor parte de mi trasero para luego seguir hasta los tacones.

—Eres impresionante, Botón de oro. Si pudiera pintarte, lo haría como en este momento, así mismo.

Me giré un poco con una sonrisa y me relajé al ver su mirada intensa y apreciativa. Los cumplidos acostumbraban a hacerme sentir incómoda. Sin embargo, por alguna razón, el cumplido de Carson me hizo sentir cómoda y caliente. Su expresión me decía que no tenía ninguna razón para dudar de su sinceridad.

Después de algunos segundos, sentí su

cálido cuerpo contra el mío. Ahuecó las manos debajo de mis pechos y dibujó círculos perezosos alrededor de mis pezones. Apoyé la cabeza en su hombro y suspiré ante el placer que me provocaban sus caricias.

—Carson... —musité mientras él seguía frotando los inflamados brotes, haciendo que sintiera mariposas en el estómago y chispas entre mis piernas. En solo unos minutos estaba mojada, tan preparada para él como siempre.

Froté mis nalgas con suavidad contra su dureza y lo oí contener el aliento.

—No sabes lo que me haces sentir, Botón de oro —gimió entre dientes—. No sabía que... —se interrumpió sin terminar el pensamiento. Me pregunté

qué iba a decir, pero mi deseo era tan intenso que cuando bajó la mano en dirección a mi ardiente sexo, todas las demás cuestiones se desvanecieron. Contuve la respiración, anticipando su contacto justo donde lo necesitaba con más desesperación.

Cuando sus dedos llegaron a mi ombligo, se separó de mí y gemí desesperada.

—Shhh... Botón de oro —dijo—. Quiero sentir tu piel contra la mía.

No miré atrás al oír que se quitaba la ropa. Luego regresó a mí, y gemí al sentir sus músculos calientes contra mis curvas suaves, su ardiente erección contra la parte baja de mi espalda. Era tan sumamente masculino que me sentía

más femenina que nunca. Descubrir ese lado de mí misma era un placer añadido. Aquí yo no tenía ningún control, y tampoco lo quería. Confiaba en él. Me encantaba cómo me hablaba, las cosas que decía cuando estábamos en la intimidad, cómo tomaba la iniciativa y me decía qué debía hacer. Me hacía sentir mimada, segura, poseída y más excitada que nunca en mi vida.

Me frotó los pezones durante otro minuto más mientras me besaba y me lamía el cuello.

—Inclínate hacia la cama, Grace — susurró. Su voz sonaba tensa.

Sus palabras hicieron que el fuego se extendiera por mi vientre, y empecé a bajarme el tanga, pero me detuvo.

—Déjate puesto.

—Pero... —empecé a decir, mirándolo por encima del hombro.

—Déjate puesto —insistió.

Hice lo que me dijo y me incliné hacia delante sobre la cama. Durante varios segundos no hubo ningún movimiento a mi espalda.

—Eres jodidamente perfecta —susurró antes de que oyera cómo desgarraba la envoltura del condón. No saber exactamente qué hacía detrás de mí y cuándo iba a pasar hacía que me hirviera la sangre, que me estremeciera de pies a cabeza. Tenía ganas de llorar por culpa de la desesperada necesidad que atravesaba mi cuerpo, por el palpitante dolor que latía en mi interior.

Sentí que deslizaba el tanga a un lado, y aunque esperaba sentir la redonda punta de su glande empujando en mi interior, lo que atravesó mis pliegues fue su cálida y húmeda lengua. Grité ante la inesperada sensación, una mezcla a partes iguales de placer físico y choque ante la imagen que se desarrollaba a mi espalda, con él lamiéndome en ese ángulo.

Siguió jugando con mi sexo y utilizó el dedo corazón para dibujar perezosos círculos sobre mi clítoris sin dejar de hundir lentamente su lengua, dentro y fuera de mi interior. No pude evitar retorcerme sobre su cara, jadeando, sintiendo que rozaba el orgasmo.

—Más rápido, por favor, Carson —

jadeé. ¿Cómo era capaz de arreglárselas siempre para que le rogara? Quería, necesitaba correrme, y sus movimientos, aunque deliciosos, eran demasiado pausados para mí en ese momento, que me tambaleaba al límite.

Sin embargo, no me hizo caso, y siguió moviendo la lengua, adelante y atrás, hasta llegar a mí... ¡Oh, Dios mío! ¿De verdad estaba lamiéndome allí? Me puse un poco tensa, pero continuó con su ritmo, chupando mi culo hasta que siguió por la parte baja de la espalda y más arriba. Sus movimientos volvieron a detenerse y casi grité de frustración. Si no me penetraba en los próximos tres segundos, tomaría el asunto en mis propias manos. Estaba tan nerviosa que

pensaba que iba a arder.

Sentí entonces que deslizaba mi tanga a un lado otra vez y luego, por fin, la punta de su pene en mi entrada. Me empujé hacia él, gimiendo con avidez. Aunque la sacó de nuevo y emitió un sonido de irritada frustración.

—Estate quieta, por favor —dijo. A pesar de que era una orden, no una petición.

Asentí con la cabeza, demasiado desesperada para formar las palabras. Por un instante, consideré brevemente darme la vuelta y abalanzarme sobre él para obligarlo a poseerme, pero volví a sentirlo entre mis pliegues. Me estremecí por el esfuerzo de quedarme quieta. Al ver que no me movía, él

empujó un poco más. Los dos gemimos al unísono.

—Todavía eres más estrecha desde este ángulo, Grace. ¡Dios!

Dejé caer la cabeza cuando empujó hasta el fondo, llenándome por completo.

«¡Oh, Dios mío! ¡Es increíble!».

Comenzó a moverse lentamente, agarrando mis caderas sin descanso. Me impulsé hacia atrás porque deseaba sentirlo lo más profundamente posible.

—Grace... —gimió, incrementando la velocidad de sus embestidas—. Me gustaría que pudieras ver esto, nena. Me gustaría que pudieras ver cómo me clavo dentro de ti. Es hermoso. Eres preciosa. —Su voz era entrecortada,

casi áspera.

Cerré los ojos e imaginé lo que estaba viendo. Gemí ante la imagen que se creó en mi mente. Me rodeó con un brazo y deslizó los dedos por debajo de mi tanga para estimular mi clítoris con el ritmo de sus embestidas, sin mover la otra mano de mi cadera. Nunca había emitido ningún sonido durante nuestros anteriores encuentros sexuales, pero en esta ocasión dejó escapar pequeños gruñidos con cada embestida. Fueron esos ruidos inconexos lo que me envió más allá del límite. Grité su nombre cuando me corrí, y un intenso y veloz éxtasis tensó todo mi cuerpo de pies a cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —gruñó Carson a

mi espalda, penetrándome una última vez y gimiendo al alcanzar su liberación.

Todo mi cuerpo vibraba por las atemperadas oleadas del placer, y me temblaban las piernas por el esfuerzo que suponía sostener mi cuerpo.

Carson se retiró de mi interior, me dio la vuelta y caí sobre la cama. Le miré a los ojos y percibí cierta sorpresa en su sonrisa. Me siguió hasta las sábanas y se apoderó de mi boca, besándome de forma lenta y profunda una última vez antes de incorporarse mirándome a los ojos.

—Joder... —murmuró.

Sonreí con pereza.

—Sí.

Se deshizo del condón y se acostó a

mi lado. Me acurruqué contra su pecho caliente y duro.

Carson

Abracé a Grace, acariciándole perezosamente el brazo durante unos minutos mientras reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrir. Era una posición base para mantener relaciones sexuales y, a pesar de eso, me había sentido más conectado a Grace de lo que había estado nunca con nadie. «Ha sido una conexión emocional». Había estado a punto de decirle que no sabía que podía ser así, pero cuando estaba a punto de decir las palabras, me lo pensé mejor. Era una idea peligrosa. Esto era

un rollo de fin de semana y nada más. Me sentía confuso y no recordaba haberme sentido así nunca. Era algo nuevo para mí. Confusión indicaba posibilidades, elección, pero ¿cuáles eran mis opciones en esta situación? No tenía ninguna.

La miré y ella me brindó una pequeña sonrisa antes de cerrar los ojos. Me incliné hacia ella y le besé los dos párpados, que ella abrió de nuevo para mirarme. Se movió para poner las palmas de las manos sobre mi pecho, una encima de otra, y apoyar en ellas la cabeza, mirándome.

—¿Hola? ¿Cómo estás? —Sonrió.

Me reí.

—Mi abuela solía decir «como gato

panza arriba» cuando alguien le preguntaba eso. Jamás supe qué significaba realmente. Pero me ha venido a la mente —comenté, devolviéndole la sonrisa.

—Háblame de tu abuela.

—Era una mujer muy tierna. Pasaba con ella casi todos los veranos y luego, como ya te he dicho, la etapa en que mi madre fue a rehabilitación. Me enseñó muchas cosas. —Permanecí en silencio un buen rato, recordándola, escuchando su voz en mi cabeza.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó en voz baja.

—De todo tipo. Cómo cortar el césped, la forma de acercarse sigilosamente a un saltamontes, cómo

elegir un melón... —Me encogí de hombros—. Cosas poco útiles para un niño de Los Ángeles, pero no se trataba tanto de lo que me enseñó como de que se molestara en enseñármelo.

Ella asintió como si entendiera lo que quería decir. Y pensé que realmente lo hacía.

—Sin embargo, se sentía triste por lo que mi madre había hecho con su vida. —Hice una larga pausa—. Jamás hablaba mucho sobre mi madre, pero me di cuenta de que se arrepentía de muchas cosas.

—¿Dónde vive ahora tu madre? —me preguntó.

La miré, sorprendido por su interés. No solía hablar sobre mi madre, ni

siquiera con mis amigos más cercanos, pero también era cierto que había compartido más intimidades con Grace que con cualquier otra persona. Respondía a sus preguntas con comodidad, eran parte de la normalidad. Confiaba en ella.

—Mi madre sigue viviendo en Los Ángeles —respondí—. No demasiado lejos de mí.

—Mantienes el contacto con ella.

Suspiré.

—Sí y no. Hablo con ella de vez en cuando, pero nuestra relación no es demasiado cercana. Su vida es ahora más normal que cuando yo era niño, pero ha pasado demasiado tiempo. No nos conocemos demasiado bien. Y me

siento incómodo con ella.

Capté una expresión de tristeza en sus ojos y apartó la vista un par de segundos, como si estuviera pensando.

—¿Ya no hace...?

—¿... películas? —Terminé por ella—. No, vive con un idiota. Lo conocí hace ocho meses, cuando fui a verla, y no he vuelto. Pero al menos ahora no está enganchada a nada, o eso creo.

—Lo siento —susurró con tristeza—. Sé bien lo que es no tener madre, al menos, lo que es no poder contar con ella. Sin embargo, sí dispuse de la mía durante mis primeros once años.

Medité sobre ello.

—Quizá eso lo haga todo más difícil y no más fácil, Botón de oro.

Ladeó la cabeza un poco.

—¿A qué te refieres?

—Solo quiero decir que disfrutar de algo bueno y luego tener que renunciar a ello es más doloroso que no saber lo que estás perdiéndote.

—Sí, tal vez —dijo ella, pensativa.

Los dos permanecemos en silencio durante unos minutos. La miré y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Eres muy guapa —murmuré.

La vi esbozar una tímida sonrisa.

—¿Que te haga cumplidos te hace sentir incómoda? —pregunté. Siempre parecía insegura cuando le decía algo bonito. Sin duda tenía que ser consciente de lo guapa que era.

—Por lo general, sí, pero me encanta que tú me los hagas —dijo por lo bajo—. He crecido con un padre muy «hombre», del tipo fuerte, estoico y silencioso. Ha sido un gran padre, pero nunca nos ha dicho que éramos guapas. No era de los que se dedican a decir piropos sin más. —Se quedó pensativa—. Si estaba contento contigo, lo sabías por la silenciosa mirada de orgullo que aparecía en sus ojos, y quizá porque alzaba un poco la barbilla. Aprendí a conseguir esa mirada con mis logros, pero nunca con mi aspecto. —Se encogió de hombros.

Asentí, pensando que, en ese sentido, seguramente estábamos en polos opuestos. Yo era apreciado por mi

aspecto, no por lo que hacía o dejaba de hacer.

—Bueno, solo para que lo sepas, eres muy guapa. Un Botón de oro precioso.

—Sonreí y me imitó.

—Y tú eres una atractiva hiena del desierto —bromeó de nuevo.

—Me han elogiado de muchas formas —me reí—, pero quizá esa haya sido la mejor.

Ella emitió una risita y luego se quedó en silencio durante unos segundos.

—Háblame de tu primera vez —me pidió.

Puse las manos detrás de la cabeza y miré al techo, fingiendo que estaba dejándome llevar por un ensueño.

—Sandra Daniels. Teníamos quince

años. Me gustaba mucho. Pasamos una tarde juntos en mi apartamento. —Miré a Grace sonriendo y luego incliné la cabeza—. Al día siguiente, mientras me dirigía hacia su taquilla con su bollo de desayuno favorito, oí cómo le decía a su mejor amiga que ahora que se había librado de su virginidad, podía salir con alguien en serio, alguien más adecuado para una relación que no fuera solo sexo. Me sentí destrozado.

Sonreí, pero era Grace la que parecía destrozada.

—Carson...

—Oh, no, no, no..., no quiero ver esa mirada en ti. Yo tenía quince años, Botón de oro. Lo he superado, te lo juro. —Levanté dos dedos para hacer el

saludo de *boy scout*.

Ella no sonreía y, en su lugar, parpadeó y bajó la vista. Cuando por fin me miró de nuevo, sus ojos estaban llenos de tristeza.

—Es exactamente igual que mi estúpido plan, ¿verdad? —suspiró—. Es horrible. Soy horrible.

—¡Guau! Espera. No te he contado eso para tratar de compararte con ella. Te lo prometo. Me has pedido que te hablara de ello, y eso es lo que ocurrió. Como ya he dicho, teníamos quince años. Es diferente.

Ella asintió, pero luego permaneció quieta y en silencio, con una pequeña mueca en la cara.

—Carson, quiero que sepas algo. Sé

que este rollo nuestro de fin de semana ha empezado de esa manera, pero..., bueno..., ya no te considero el «tipo número dos», y nunca más lo haré. Eres más que eso para mí. Ahora eres Carson, mi hiena del desierto. —Ella intentó sonreír, pero le salió una mueca. Estaba siendo demasiado dura consigo misma, con nuestra relación. No tenía que sentirse mal, al menos en lo que respectaba a mí.

Sonreí y la besé en la frente.

—Bueno, te voy a decir una cosa —comenté después de un rato—. Me alegro de que esta cama sea grande y cómoda, porque si te veo fuera de ella esta noche, no me sentiré nada culpable de volver a arrastrarte a ella. No te

dejaré ir, nena.

Por fin me brindó una sonrisa de verdad y se relajó. Bajó una mano para hacerme cosquillas en el costado.

Solté una risotada y se las hice a ella, que chilló y fingió que luchaba contra mí durante un rato hasta que la miré a los ojos y noté que estaba excitada de nuevo. Yo también, ¡joder!, mi Botón de oro iba a ser realmente mi muerte.

Le aparté el pelo de la cara y me recreé en sus claros ojos azules antes de bajar hacia ella y saquear su boca.

Introduje la mano entre sus piernas para asegurarme de que estaba preparada para mí y gemí al sentir su resbaladiza humedad.

Incliné la cabeza para lamerle los

pezones, chupando uno y pellizcando el otro hasta que ella se arqueó hacia mí y me tiró del pelo. Es cierto que yo sabía bien lo que hacía, pero ¡por Dios!, ¿cómo era posible que esa chica no hubiera tenido ningún orgasmo con el primer tipo que estuvo? Era muy sensible. Era perfecta. Ese hombre debía de haber sido el más inepto del planeta. Lo expulsé de mi mente con la misma rapidez que había entrado. En esa cama solo íbamos a estar ella y yo.

Me estiré hacia la mesilla y cogí un condón, que me puse sin dejar de observarla. Noté que abría mucho los ojos al ver mi dura erección. Nuestras miradas se encontraron, y pasó algo del uno al otro, algo intenso pero tierno. No

supe lo que era y, en ese momento, no lo analicé.

Me agarré el pene y lo guié hacia su abertura, empujándolo dentro de su apretado y sedoso calor. No aparté los ojos ni un momento de los suyos.

—Grace —gemí cuando empecé a moverme dentro de ella. Ajusté el ángulo de modo que frotaba su punto G y vi que cerraba los ojos con un sonido gutural al tiempo que me envolvía la cintura con sus piernas.

Busqué su boca y la besé con intensidad, poseyéndola con mi lengua y mi polla mientras sentía que algo poderoso inundaba mi pecho. Llevé los labios a su cuello y lo lamí, besando la suave piel satinada.

—Mmm... Es increíble, Carson —
gimió entre suaves suspiros.

Me encantaba que lo que yo le estaba haciendo le gustara, me encantaba oír cómo decía mi nombre, adoraba la tierna mirada que aparecía en sus ojos.

Me moví sobre ella, penetrándola y retirándome una y otra vez, sin acelerar el ritmo, queriendo que durara.

—Carson, quiero... —musitó.

—¿Qué quieres, Grace? ¿Qué deseas?
—farfullé.

—Todo. Lo quiero todo —jadeó—.
Todo lo que puedas darme.

Levanté la cabeza y cuando nuestras miradas se encontraron, a ella se le dilataron las pupilas de pasión. No pude ni quise apartar la vista de esos ojos,

estaba perdido en ellos. Perdido en ella.

Noté los testículos tensos y el placer me atravesó todo el abdomen. Aceleré el ritmo al tiempo que deslizaba la mano entre nuestros cuerpos para pasar el dedo por el núcleo del placer, haciendo que soltara un largo gemido. Ese sonido fue un disparo de salida para mi cuerpo, pues desencadenó los primeros estremecimientos del orgasmo. Esa mujer iba a ser mi perdición, pero no quería pensar en ello.

Dejé la cabeza enterrada en su cuello durante unos minutos hasta que mi respiración se normalizó y me di cuenta de que me estaba pasando las uñas arriba y abajo por los brazos. Suspiré de felicidad. Luego me incliné y la besé en

la boca, sonriendo cuando me retiré de su interior.

Mientras estaba deshaciéndome del condón, me di cuenta de que aquello no era follar. Que ni siquiera había sido solo sexo. Acababa de hacer el amor con Grace.

11

Grace

Alguien malo y cruel, un demonio de las profundidades del Hades, me sacudió el hombro en las sombras de la madrugada. El cercano aroma de Carson me inundó las fosas nasales y esboqué una sonrisa antes de tratar de cubrirme de nuevo con la sábana. Me encantaba ese olor. Era solo un sueño, uno que pensaba al principio que era malo, pero se estaba transformando en algo muy, muy bueno.

—Despierta, Bella Durmiente —me dijo al oído con su aliento mentolado.

Me obligué a abrir un ojo.

—¿Qué te he hecho para que me hagas esto? —grazné.

Él se rio entre dientes.

—Si quieres ir de excursión esta mañana, tienes que ponerte en marcha. ¡Arriba!

Gruñí. ¿Qué había visto en él? Era un sádico. Le oí dirigirse al cuarto de baño, y me obligué a salir de nuestro cálido nido. Me encantaba estar allí. Quería quedarme en ese lugar de forma indefinida. Era calentito y olía bien, olía a él.

Entré en el cuarto de baño y vi a Carson de pie ante el lavabo, pasándose las manos por el cabello mojado. Me miró a través del espejo y se rio entre

dientes.

—Hola, Fraggle Rock —sonrió—. No eres de las personas que tienen buen despertar, ¿verdad?

Gruñí. Pero cuando me miré en el espejo, abrí los ojos como platos. Realmente me parecía a Fraggle Rock. Había acertado con el apodo. El pelo salía disparado en todas direcciones y tenía los pliegues de la almohada grabados en una mejilla.

«Eso es lo que pasa si me despiertan al rayar el alba, Carson». Fruncí el ceño y cogí el cepillo de dientes para empezar a cepillármelos.

Carson se colocó detrás de mí y me rodeó la cintura con sus brazos.

—¿Te había dicho ya que me siento

atraído por los teleñecos con el pelo salvaje y aspecto de locos?

—Sabía que, al final, saldrían a la luz tus extraños fetiches —farfullé con la boca llena de espuma, por lo que salió disparada un poco de pasta de dientes.

Se rio por lo bajo y me dio una palmadita en el culo.

—Date prisa. Hay que ponerse ya en marcha si queremos que no apriete el calor.

Me apresuré a darme una ducha y tras secarme el pelo me lo recogí en una coleta. Me sentía un poco mejor cuando regresé al dormitorio. Carson estaba sentado en la cama, poniéndose las zapatillas deportivas.

Me puse la ropa de deporte que había

traído para usar en el gimnasio del hotel. Unos pantalones cortos azul marino y una camiseta blanca con el sujetador incorporado. Me puse también las deportivas y una gastada sudadera gris con cremallera.

Miré el reloj con los ojos desorbitados.

—¿Las cinco y cuarto? —grité—. ¿Me has despertado a las cinco y cuarto?

—Sí. Hasta allí tenemos al menos veinte minutos de coche. Si realmente queremos hacer una buena caminata, hay que ponerse en marcha ya.

—Estás loco.

—Eso me han dicho. —Sonrió.

Caminamos hasta el garaje del hotel,

y me condujo hasta un Chevi Trailblazer rojo. Fruncí el ceño.

—Pensaba que habías venido en avión —comenté.

—Y lo hice. Pero tengo un coche alquilado. Me gusta tener la posibilidad de moverme lejos del hotel si me da la gana.

Asentí con la cabeza y me senté en asiento del copiloto.

Poco después de salir del garaje, Carson se detuvo en un Mac Auto.

—¿Un café? —preguntó.

—Dios, sí —suspiré.

—¿No te levantas temprano para ir a clase? —preguntó con una sonrisa.

—Nunca puedo programar las clases antes de las nueve de la mañana; si voy

a las de las ocho mi cerebro todavía no funciona.

—Ah, bueno, entonces esto es bueno para ti. Ver cómo sale el sol en el desierto es algo que todo el mundo debería experimentar al menos una vez en la vida.

Hizo el pedido y luego seguimos avanzando para pagar, después de lo cual recogimos nuestros cafés a los adolescentes que los entregaban en la siguiente ventanilla. Carson me ofreció uno, y bebí un sorbo agradecida.

—¿Y cómo es que tú estás tan pletórico antes de amanecer? —pregunté.

—Bien, para empezar, he pasado una noche increíble. —Me guiñó un ojo—.

Y para seguir, estoy acostumbrado a madrugar para hacer *snowboard*. Normalmente salimos a las cuatro o cinco de la mañana.

Asentí y condujimos en silencio durante un rato, bebiéndonos los cafés.

Puso la radio con el volumen bajo, y yo incliné la cabeza hacia atrás con un suspiro de satisfacción. Todavía tenía sueño, pero estar en el coche con Carson, tomando café y disfrutando de su delicioso aroma, que llenaba el coche, era agradable y tranquilizador.

Seguimos nuestro camino en agradable silencio, escuchando la radio. Justo cuando estaba terminando mi café, nos detuvimos frente al Hotel y Casino Red Rock.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Este lugar es perfecto para ver la salida del sol —explicó—. Hay una gran vista hacia el este desde la plataforma del aparcamiento de arriba.

Tomé mi último sorbo de café. Me fiaba de su criterio.

Todavía estaba oscuro cuando salimos del coche. Mientras me estiraba, Carson se puso a mi lado y me rodeó desde atrás, apretándome contra su cuerpo.

—Mira, Grace —susurró.

Seguí la dirección de su mirada en la penumbra y me quedé sin respiración al ver el brillante sol rojo que empezaba a surgir del horizonte, lanzando rayos dorados hacia todas partes.

—¡Oh! ¡Guau! —suspiré—. Creo que jamás había visto salir el sol, Carson. Siempre me hará pensar en ti — comenté, sonriéndole por encima del hombro.

No dijo una palabra, solo me sostuvo contra su torso con más fuerza y me besó en la sien. Nos quedamos mirando aquel milagro de la naturaleza durante unos buenos veinte minutos, observando el baile del sol en las montañas, hasta que estuvo más alto en el cielo, tiñendo el cañón de intensos tonos rojos y blancos. Fue impresionante. Cuando todo el sol había traspasado ya el horizonte y el paisaje estaba bañado por su luz, Carson me cogió de la mano y regresamos al coche.

Diez minutos después, tras pagar el peaje, nos detuvimos en el aparcamiento del centro de visitantes del Red Rock Canyon. Carson fue al maletero y cogió una mochila que yo ni siquiera le había visto guardar cuando llegamos al coche en el garaje del Bellagio.

—Espero que ahí dentro no haya ni cuerdas ni palas —bromeé, mirando la mochila con recelo.

Él se rio.

—No, Botón de oro. Solo hay unas botellas de agua.

—Ufff..., menos mal —solté, siguiendo la broma.

Me cogió la mano y nos dirigimos a una de las entradas de la reserva.

El paisaje era montañoso y rocoso.

Los colores parecían estallar a mi alrededor según avanzaba el día.

Las formaciones rocosas distantes poseían un tono oxidado, los cactus eran verde vibrante y las flores del desierto que se podían encontrar a los lados del camino tenían todos los colores. El sol anaranjado que brillaba en la distancia era un magnífico telón de fondo para la belleza que nos rodeaba.

Después de un rato, empezamos a hablar. Le hablé sobre mis hermanas, Julia y Audrey, ambas más jóvenes que yo. Le expliqué que mi padre era policía, pero que tenía pensado retirarse dentro de un par de años. Describí cómo había sido crecer en el medio oeste, en la misma casa toda la vida, y lo que

supuso salir de Ohio por primera vez a los dieciocho años.

Le hablé de Abby y de Brian, de que Brian había ido a Georgetown conmigo y que los había presentado en una función escolar a la que había arrastrado a Abby.

Él me habló de lo que supuso crecer en Los Ángeles, viviendo siempre en la misma ciudad, pero mudándose constantemente. Me habló de su mejor amigo y compañero de piso, Dylan, que practicaba *snowboard* con él y que estaba terminando el último semestre de programación informática, en la escuela técnica. Me aseguró que Dylan era un genio en informática, que podría haber dado él mismo las clases, pero que para

conseguir un trabajo con un sueldo decente, necesitaba el grado.

Hablamos de todo y de nada, contando al otro nuestra vida. Había algo en hablar mientras caminábamos, mirando hacia delante y no el uno al otro, que hacía que pareciera que podíamos decir lo que fuera. Los límites que aparecían de forma natural cuando hablas mirando a una persona a los ojos habían desaparecido, y parecía más fácil abrirse. Para mí, era como si aquel fuera nuestro lugar privado lejos del mundo, estábamos él y yo, nuestras historias, lo que nos gustaba, lo que sentíamos, y ninguna otra cosa tenía cabida allí.

Me quedé muy sorprendida de lo rápido que pasaba el tiempo mientras

caminábamos y charlábamos. Miré la pantalla de mi móvil, que llevaba en el bolsillo de mi sudadera, ahora atada a mi cintura, y vi que eran ya las siete y media. Nos detuvimos y cogió un par de botellines de agua de la mochila. Después sacó un par de barritas energéticas y me ofreció una.

—¿De dónde las has sacado? — pregunté.

—He ido a la máquina expendedora cuando me he despertado esta mañana —dijo—. Siempre estoy preparado, Botón de oro.

—Por suerte para mí —repliqué mirándolo sonriente—. ¿Por qué me llamas Botón de oro?

—Quizá porque tu piel es satinada

como los pétalos de una flor. —Me devolvió la sonrisa mientras deslizaba los dedos por mi brazo, haciéndome cosquillas. Me reí y sacudió la cabeza.

Comimos y bebimos antes de regresar al sendero. Nos detuvimos de nuevo una hora después y bebimos más agua. Entonces, se apoyó en una roca y me abrazó, besándome un lado del cuello.

—Mmm... Me encanta cómo hueles cuando sudas. Eres irresistible.

Me reí de la sensación de cosquilleo que sus labios creaban en mi nuca.

—¿Ahora es cuando te conviertes en una hiena del desierto?

—Seguramente. Siento la transformación. Es muy intensa, nena. Difícil de contener. ¡Ay! —Retorció la

cabeza en un ángulo incómodo y puso rígido un brazo—. ¡Corre, Grace! ¡Corre!

Me reí en voz alta cuando me agarró por la cintura y me apretó contra él con fuerza, gruñéndome a la cara.

—¡Demasiado tarde, nena! Has perdido la oportunidad.

Me mordisqueó el cuello y me estrechó con fuerza mientras yo me reía y me retorció entre sus brazos.

Después de unos minutos, se puso serio y me miró a los ojos, antes de inclinarse para reclamar mi boca. Me besó de forma lenta y profunda. Nuestras lenguas se enredaron y nuestros alientos se mezclaron. Luego capturó mi labio inferior con los suyos y lo chupó con

suavidad.

Por último, se separó y me colocó un mechón de pelo que se había soltado de mi coleta.

—Me gusta estar aquí contigo, no sabía si serías buena compañía durante una excursión, ¿quién iba a imaginar que esto podía ser todavía mejor con la persona adecuada? —Me miró con ternura.

Le devolví la mirada y luego ladeé la cabeza.

—¿Vas muchas veces de excursión solo?

—Cada vez que tengo la oportunidad. Me encanta estar al aire libre.

—Ya veo... Senderismo, *snowboard*, surf... ¿Hay algo que no hagas?

—No hay nada que no intente, Botón de oro. Pensaba que ya lo sabías. —Me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco.

—A ver, en serio, ¿qué es lo que te gusta tanto en todo esto?

Me miró por encima del hombro y permaneció en silencio un minuto mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—Me encanta el reto que supone. Me gusta saber que si intentas algo lo suficiente, puedes conseguirlo. No tiene nada que ver con lo que eres, con el aspecto que tengas ni ninguna otra superficialidad, sino con lograr algo que anhelas. —Se quedó de nuevo en silencio, ahora con el ceño fruncido.

Prácticamente veía cómo giraban los engranajes en su cabeza—. En realidad no había pensado en ello hasta ahora, que lo acabo de decir en voz alta. —Su sonrisa me sorprendió por su intensidad, e hizo aparecer el hoyuelo.

No pude dejar de curvar mis labios.
Me abrazó.

—¿Sabes qué más me gusta mucho?
Negué con la cabeza.

—¿Qué? —pregunté por lo bajo.

—Tú. —Y sonrió de nuevo.

—¿Sí? ¿Y qué es exactamente lo que te gusta de mí?

Inclinó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Me gusta el aspecto de tu rostro cuando ves o haces algo nuevo, casi

como si fuera una experiencia religiosa.

Nos sonreímos mirándonos a los ojos.
Me gustó eso.

—Me gusta cuando me dejas ver por debajo de esa fachada perfecta, porque resulta que lo que escondes es todavía más impresionante. A pesar de tu pelo Fraggle Rock y todo.

Solté una risita. Él me miró risueño sin apartar la vista de mis ojos. El corazón se me aceleró dentro del pecho.

—Y también me gusta la forma en que me haces sentir. Si me miraras así todos los días, como me estás mirando ahora, podría hacer cualquier cosa, ser cualquier cosa. Ser más. —Terminó con un susurro, con el rostro muy serio.

Parpadeé y se estiró para tocarme la

mejilla. Nadie me había complementado de esa forma. No estaba segura de cómo responder.

—Me gustas demasiado, Carson.

—¿Sí? ¿Qué te gusta de mí? —Me devolvió la pregunta con una sonrisa, pero capté una mirada vulnerable en sus ojos.

—Me gusta que me hagas querer ser tan valiente como tú, que escuches lo que deseo y lo hagas realidad. —Me miró sonriente, pero luego frunció un poco el ceño, como si no estuviera seguro exactamente de lo que quería decir.

Lo besé en la nariz.

—Me gusta cuando me dejas ver debajo de esa fachada de «soy una

máquina sexual», por muy increíble que te encuentre en ese aspecto. —Me guiñó un ojo, pero luego se puso serio—. Al final, eso es lo menos importante que tienes que ofrecer.

Se rio y me estrechó con fuerza para besarme la parte superior de la cabeza.

—Y... —continué— me gusta la forma en que me haces sentir, cómo consigues que me ría y me divierta, haciéndome sentir más viva que nunca —. Levanté la cabeza y lo miré. Estaba contemplándome con intensidad.

—Creo que deberías saber algo — dijo.

—¿Qué?

—Según la tradición de los pueblos nativos americanos que vivían en este

desierto hace diez mil años, acabamos de casarnos, nena.

Solté una carcajada.

—¿Hemos intercambiado votos en las montañas? —pregunté.

—Exacto. —Emitió también él una risita.

Después de un par de minutos, nos cogimos de la mano y continuamos.

Eran más o menos las diez cuando regresamos al coche y nos subimos a él. Nos hundimos en nuestros asientos y pusimos al máximo el aire acondicionado.

—¿Quieres ver el centro de visitantes antes de regresar? —preguntó Carson.

—Vale —respondí, mirando hacia el centro al aire libre, que estaba a la

sombra.

Caminamos hacia allí de la mano y luego pasamos media hora recorriendo las cuatro áreas temáticas: tierra, aire, fuego y agua. Carson se acercó y me puso un brazo en los hombros mientras yo leía sobre pozos para asar agave. Me acarició con los dedos y lo besé en el lateral del cuello.

Regresamos a la ciudad y nos detuvimos en un pequeño bar en el que servían burritos en mesas de picnic al aire libre, donde almorzamos. Carson me sentó en su regazo en medio de la comida, y fue algo natural y normal seguir comiendo sobre sus piernas mientras recordábamos lo que habíamos visto en la excursión.

Lo miré de nuevo.

—Gracias por enseñarme mi primera puesta de sol. Gracias por esta mañana. Ha sido una de las mejores de mi vida.

Asintió moviendo la cabeza, con la boca llena de burrito.

—Ha sido un placer, Botón de oro — dijo un minuto después, cuando tragó—. Y por cierto, yo también me acordaré de ti cada vez que vea una salida del sol.

Regresamos al hotel y le recordé que quería asistir a una de las ponencias, y que necesitaba estar lista un poco antes. Pasamos por mi habitación para que pudiera coger ropa y luego subí a la suya para darme una ducha rápida.

Cuando salí en bragas y sujetador, Carson estaba corriendo las cortinas

para oscurecer la habitación y que estuviera más fresca.

—¿Una siesta? —preguntó.

—¡Oh, Dios! ¡Qué bien suena...! —suspiré.

Puso la alarma y nos acurrucamos debajo de las mantas, piel con piel. Me sentía cómoda y protegida, y su olor me embriagó de nuevo. Pero mi cuerpo necesitaba dormir por encima de cualquier otra cosa, y antes de que supiera que había pasado el tiempo, sonó la alarma. Carson me soltó para darse la vuelta y apagarlo. Seguimos allí abrazados unos minutos más, despertando lentamente.

—¿Estarás de regreso en mi habitación a las cuatro? —preguntó—.

Es la última noche, quiero hacer algo especial.

Asentí; se me había puesto un nudo en la garganta.

—A las cuatro en punto.

Me levanté y fui al cuarto de baño para refrescarme. Luego me puse unos pantalones negros de cintura baja y una blusa semitransparente punteada con lunares blancos y negros. Me calcé y después me incliné sobre Carson, que seguía en la cama.

—A las cuatro en punto —repetí.

Me miró muy serio.

—Vale. Nos vemos entonces. Ah, coge la otra tarjeta que hay en el escritorio para abrir la puerta.

—De acuerdo. —Lo besé con

suavidad, recogí la llave y salí de la habitación.

Mientras iba por el pasillo, se apoderó de mí una intensa sensación de melancolía, y se me ocurrió que esa era la primera vez que Carson y yo estábamos separados durante más de quince minutos desde que nos quedamos encerrados en el ascensor.

Carson

Me quedé un rato dormitando en la cama. Luego me puse a hacer *zapping* hasta que en un canal de cine vi unas imágenes de *La jungla de cristal*, y estuve mirando la película durante media hora. Al final, apagué la

televisión y me puse algo de ropa. No podía reprimir la sensación de melancolía que me atravesó cuando Grace cerró la puerta. Iba a verla dentro de un par de horas, y ya la echaba de menos. Esto no era bueno. Sospechaba que estaba un poco colgado por ella, pero no quería pensar en eso. Decirle adiós por la mañana iba a ser muy duro. Me apoyé en el lavabo y me miré en el espejo.

—Eres un cabrón muy tonto —le dije a mi reflejo. Quizá podríamos mantener el contacto. A lo mejor podía pasar del vuelo a Los Ángeles y hablar con ella. No podía dejarla ir de forma permanente. De pronto era algo imposible para mí. No tenía ni idea de

qué, pero debíamos hacer algo. Traté de buscar una solución al tema durante unos minutos, pero no se me ocurrió nada—. ¡Mierda! —grité al silencio.

Decidí que no aguantaba más tiempo en esa habitación si no estaba ella. Prefería volver y reunirme con Grace a las cuatro. Podríamos hablar y se nos ocurriría algo, pero si me quedaba allí sentado durante la hora siguiente acabaría volviéndome loco, y eso no sonaba nada apetecible. Me dirigí al vestíbulo y decidí pasar por la exposición; seguramente estaría terminando en ese momento.

Entré en la sala de conferencias y estaba todavía llena de fans, que aguardaban en fila ante las mesas donde

los actores más populares estaban sentados, firmando cualquier cosa que les pusieran delante, incluso partes del cuerpo. Sacudí la cabeza al ver que una mujer se inclinaba para que uno de los intérpretes masculinos le estampara un autógrafo en el trasero desnudo.

—¡Carson! —Oí que me llamaban, y me giré. Se trataba de Bobby Prince, otro de los actores que trabajaban para Courtney en ArtLove.com.

—Hola, tío. —Caminé hacia él. Bobby estaba recogiendo sus pertenencias, así que me quedé a su lado charlando hasta que su novia, que también estaba en el negocio, se acercó y le puso una mano en la cintura.

—¿Estás listo, cariño? —le preguntó.

Nos dimos la mano para despedirnos. Luego miré a mi alrededor y vi que una mujer de unos noventa años se aflojaba el escote para que se lo firmara una mujer que llevaba una especie de vestido corto de cuero rojo con una cremallera en la parte delantera. Decidí que ya había tenido suficiente. Esto no me iba, y era el motivo de que le hubiera dicho a Tim que no quería hacer más este tipo de cosas. No supe por qué, pero pensé que sería una buena idea entrar en la expo.

Me dirigí hacia las puertas de la sala de conferencias y justo cuando las atravesaba, oí que gritaban mi nombre. Me di la vuelta y vi a una chica rubia de unos veinte años dando saltitos y tirando

del brazo de su amiga.

—¡Oh, Dios mío! —gritó—. ¡Carson Stinger, te amo! —Luego corrió hacia mí mientras se deshacía de la camiseta, dejando al descubierto sus pechos—. Empieza —me pidió, poniéndome un boli marca Sharpie en la cara.

Forcé una sonrisa mientras lo cogía y garabateé mi nombre en la parte superior de sus pechos.

—Gracias por el apoyo —dije con una sonrisa, comenzando a alejarme.

—¡Espera! —gritó—. ¿Puedo sacarme una foto contigo?

Suspiré.

—Claro... —Caminé de nuevo hacia ella y le puse el brazo sobre los hombros. Ella se quitó la camiseta de

nuevo para dejar mi firma a la vista y su amiga sacó la fotografía.

Asentí y sonreí de nuevo a las dos.

—Cógele la polla de tal manera que puedas decir que sentiste de verdad a Carson Stinger —oí que susurraba su amiga cuando me di la vuelta.

Percibí que venían detrás de mí y me volví hacia ellas.

—Señoritas, agradezco su apoyo, pero nadie me va a coger nada. —Traté de reírme al tiempo que lanzaba mi sonrisa más encantadora, la que me garantizaba que siempre consiguiera lo que quería con las mujeres.

Sin embargo, ellas no estaban escuchándome. Tenían los ojos clavados en mi entrepierna y las manos extendidas

hacia delante.

—¡Basta! —grité con la suficiente agresividad como para asustarlas y detener su movimiento. La gente cercana nos miró.

Me di la vuelta y empecé a andar de nuevo.

—¿Quién cojones te crees que eres? —gritó la rubia a mi espalda—. Pero qué coño, si te ganas la vida follando, ¿y ahora piensas de repente que tu polla es algo especial? ¡Eres un gilipollas!

Apreté los dientes y seguí avanzando. Cuando llegué al pasillo, subí al piso superior, levantando polvo de la moqueta. Me quedé allí.

Cuando regresé a mi habitación, cerré la puerta con llave, por si acaso. Me

senté en una esquina de la cama y miré la pared fijamente. Estaba enfadado y no podía entender exactamente la razón. Esas chicas eran unas zorras, pero ¿a quién le importaba eso? ¿A quién le importaba lo que pensarán?

Un minuto después, escuché un chasquido y se abrió la puerta de la habitación. Grace entró con una sonrisa, y sus ojos azules me miraron con ternura.

—Hola, cielo —dijo—. ¿Me has echado de menos?

Levanté la vista hacia ella, tan dulce y hermosa, todavía presa de la rabia y de algo parecido a la vergüenza por lo que había hecho mi admiradora en la planta baja.

Abrí la boca para decir algo repleto de insinuaciones sexuales sobre lo mucho que la había echado de menos, pero volví a cerrarla. Sería un acto reflejo, y Grace lo pasaría por alto, así que ¿para qué molestarme? Entonces, ¿qué debería hacer? Fruncí el ceño.

Se puso seria.

—¿Carson? ¿Qué te pasa? —Se acercó a mí y me levantó la barbilla con un dedo para mirarme a la cara, buscando mis ojos con los suyos. No contesté, pero la rodeé con los brazos y apoyé la cabeza en su vientre, inhalando su aroma relajante.

Después de un par de segundos, ella comenzó a peinarme suavemente con los dedos, tranquilizándome todavía más.

—Cuéntame, ¿qué te ha pasado? — preguntó en voz baja.

Respiré hondo y me aparté de ella.

—Nada, Grace. Me acabo de encontrar con algunas admiradoras malintencionadas en la expo. Gajes del oficio —dije.

Apartó la mirada y supe que no sabía qué decir. Mi trabajo era un tema tabú para ella. Francamente, era algo tabú para los dos.

—Me voy a dar una ducha rápida, ¿vale? Luego podemos ir a cenar.

Esbozó una pequeña sonrisa y asintió.

—Vale. —Movié la mano y me apartó un mechón de la frente antes de rozarme la cara con los dedos, indicándome que no pasaba nada. Me incliné hacia ella y

cerré los ojos. No necesitaba darme una ducha, pero me proporcionaría tiempo para dejar la mente en blanco y superar aquel incidente. Era mi última noche con Grace. No pensaba permitir que nada la estropeará. Además, teníamos que hablar. Teníamos que encontrar alguna solución. No podía dejarla ir.

12

Grace

Oí el ruido de la ducha y me senté en la silla del escritorio para comprobar mi móvil y enviarle a Abby otro mensaje rápido. Habíamos estado intercambiando mensajes desde que hablamos, y le había comentado lo mío con Carson. Abby quería saber que estaba bien. No la culpaba: si la situación fuera a la inversa y ella fuera la que estuviera pasando el fin de semana con un extraño, estaría poniéndome en contacto con ella con

frecuencia.

Carson no me había contado qué le había ocurrido exactamente con sus admiradoras, pero parecía perturbado. Y lo cierto era que oír hablar de ellas también me había perturbado a mí. Necesitaba olvidarlo. Esta era la última noche que pasaríamos juntos y quería disfrutarla. Me mordisqueé el labio inferior mientras pensaba. Había disfrutado de la ponencia, pero no había hecho más que pensar en Carson una y otra vez, en el hecho de que nos despediríamos por la mañana. ¿Sería posible que mantuviéramos el contacto de alguna manera? ¿O era algo totalmente estúpido y poco realista? Teníamos que hablar sobre eso y llegar a

alguna conclusión para buscar la forma de no tener que despedirnos para siempre. Dios, era algo que me daba miedo. Estaba bastante segura de que él se sentía igual, pero ¿y si no era así? Había dicho que éramos «amigos», ¿querría seguir siéndolo? ¿O él...?

Una llamada en la puerta interrumpió mis pensamientos. Carson seguía en la ducha todavía, así que abrí yo. Un hombre calvo no muy alto de mediana edad, vestido con unos pantalones color caqui y una chaqueta deportiva permanecía de pie en el pasillo. Pareció sorprendido al verme.

—¿Está Carson? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Oh, está, pero en la ducha.

¿Quiere..., er, quiere esperarlo o...?

Suspiró. Parecía irritado.

—Soy su agente, Tim. —Me miró de arriba abajo entrecerrando los ojos, y su expresión tenía algo que me hizo estremecer—. Bueno, voy entendiendo por qué apagó el teléfono y por qué no le hemos visto el pelo este fin de semana —comentó finalmente—. Eres toda una cachonda, ¿verdad?

Abrí los ojos como platos.

—Er...

—Mira, solo dile que he pasado por aquí, ya que no responde a las llamadas y que parece que me he perdido la única vez que ha bajado a firmar una teta. —Se rio—. Dile que la sesión de mañana se traslada a las once. Y, cielito, haznos

a todos un favor y deja su polla en paz esta noche. Todo el rodaje depende de que él se empalme. Si lo usas hasta la extenuación, nadie estará contento, y menos Bambi. La chica está deseando tirárselo. ¿Lo has entendido?

Eran demasiadas cosas juntas y el corazón se me cayó a los pies. Sentí que la bilis me subía a la garganta, pero no pensaba permitir que esa bola de grasa lo notara. Me erguí todo lo que pude y compuse una expresión que esperaba que fuera de aburrimiento absoluto.

—Se lo diré, Tim —respondí. Mi voz se quebró al final, pero mis ojos permanecieron firmes.

—Vale... —dijo, empezando a alejarse. Luego se dio la vuelta y sus

ojos, pequeños y brillantes como los de una rata, me evaluaron de nuevo—. ¿Sabes? —Me pasó un dedo por la mejilla y me aparté—. Darías muy bien delante de la cámara, sexy pero inocente. Estás muy buena. Cuando acabes esta noche con Carson, ¿por qué no te pasas por mi habitación y jugamos a las casitas? Así podré ver tus habilidades como actriz... entre otras cosas. —Su mirada estaba llena de lujuria cuando se ajustó los pantalones. Clavó los ojos en mis pechos, y yo pensé que iba a vomitar.

No tenía palabras. Si este fin de semana me había enseñado algo, era que yo era más poderosa de lo que pensaba. Le cerré la puerta en las narices.

Me apoyé en la hoja vacilante, intentando contener las arcadas. Carson tenía una escena mañana por la mañana. Con una chica llamada Bambi. Solté una risita histérica. ¿Sería una especie de zoofilia porno? Sentí que me subía un sollozo a la garganta y me lo tragué. No iba a llorar por esto. Él se dedicaba al porno. Lo sabía. Sí, lo sabía, pero era lo único en lo que no me había permitido pensar mientras habíamos estado juntos. Había puesto su trabajo en un segundo plano, no lo había negado exactamente, pero me había negado a tener en cuenta la realidad. Íbamos a estar juntos, ¿él iba a estar dentro de mí esta noche y mañana por la mañana dentro de Bambi? El corazón se me encogió en el pecho.

Me enfadé.

Levanté la vista cuando Carson apareció de repente en la puerta del cuarto de baño con una toalla alrededor de su cintura. Me sonrió, pero se puso serio al ver mi expresión.

—¿Botón de oro...?

—Ha venido tu agente, Tim —susurré—. Quería decirte que el rodaje con Bambi se ha cambiado para las once.

Se quedó inmóvil y cerró los ojos durante un par de segundos. Luego los abrió.

—Lo siento, Botón de oro —dijo con sencillez. Y entonces fue cuando sentí que mi corazón se agrietaba de verdad.

Carson

El corazón me latía desbocado en el pecho cuando la miraba desde el otro extremo de la habitación. ¡Joder, joder, joder! ¡Puto Tim! No había querido que Grace supiera nada del rodaje. Había evitado pensar en él. Pero estaba ahí y era real, y sabía que tendría que enfrentarme a él con el tiempo. Se trataba solo de que me jodía que Grace tuviera que saberlo también.

—Grace... —comencé, yendo hacia ella. Vi cómo se encogía, y ese pequeño movimiento me hizo querer clavar el puño en la pared. La miré suplicante—. Grace, sabes a lo que me dedico desde...

Me contempló dolida.

—Lo sé —susurró—. Creo que no pensé que irías directamente a rodar después de estar conmigo. —Sacudió la cabeza.

—No es así, Grace. Es solo un trabajo —rogué en voz baja.

Asintió, mordiéndose el labio.

—La cosa es, Carson, ¿cómo logras separarlo? Nunca te he preguntado nada sobre lo que haces porque no quería pensar en ello. Pero ahora quiero saber. ¿Cómo separas la vida real del trabajo?

La miré fijamente.

—Solo he hecho cuatro películas, Grace. —Era verdad—. Como te dije en el ascensor, no es que lo haya disfrutado precisamente, pero siempre me resultó

fácil. Hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —preguntó, buscando mis ojos con los suyos.

—Hasta que te he conocido a ti. Lo has cambiado todo. —Y cuando las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que así era. No estaba seguro de cómo era o qué significaba, pero era verdad.

Ella me miró, parpadeando.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó por lo bajo.

Me pasé una mano por la cara.

—¿Qué puedo hacer? —repliqué, levantando la voz. La rabia y la frustración de la situación me inundó—. Tengo un contrato de dos años, y solo han pasado seis meses desde que lo

firmé. Me demandarán si lo rompo. ¿Y qué otra cosa voy a hacer, Grace? ¿Trabajar en una gasolinera? No tengo un título universitario, no tengo perspectivas, no tengo nada que ofrecerte —dije, exponiendo mis miserias con mis palabras. Jamás me había sentido más inútil.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al escucharme. Bajó la vista y sacudió la cabeza. Un minuto después, suspiró y se acercó a mí.

—Lo siento, esto no es justo. Ya sabía a lo que te dedicabas y ahora lo uso contra ti. Es solo que... hace dos días no me dolía, pero ahora sí —terminó con voz temblorosa.

Hundí los hombros, derrotado. Estaba

ante un callejón sin salida. Había pensado que podríamos encontrar una manera de hacer algo, pero ¿qué? ¿Cómo? Era cierto que no tenía nada que ofrecerle. Ella no podía hacer frente a lo que hacía y ser parte de mi vida, y no la culpaba por ello. ¿Cómo me sentiría si fuera ella la que hiciera una película con otro hombre a la mañana siguiente? Me importaría una mierda que se tratara de trabajo. Me importaría una puta mierda. Los celos me nublaban la razón ante el pensamiento.

Le había dicho que éramos amigos, y lo éramos, pero éramos también algo más, aunque no estaba seguro de qué, y no había manera de que pudiéramos explorarlo. El hecho de que viviéramos

en dos ciudades diferentes era el menor de nuestros problemas.

Y en cuanto a mi trabajo, tenía pocas o ninguna opción, aparte de lo que estaba haciendo en este momento. Había gastado un montón de dinero en Las Vegas, no era que lo fuera a decir, pero necesitaba los ingresos que supondría la escena de mañana para reponer mi cuenta bancaria.

—¿No has pensado hacer ninguna otra cosa? —preguntó ella con cautela—. Quiero decir que no es posible que tengas pensado hacer esto siempre.

—¡Yo no tengo un plan, Grace! ¡Esa eres tú! —grité, odiándome, tan lleno de pesar y frustración que la atacé a ella. Mi voz sonaba rota incluso a mis

propios oídos.

Me miró con tristeza. Quería hacer lo que fuera mejor para ella, pero no podía. Yo no valía nada y no tenía poder; la chica que más me importaba estaba frente a mí con lágrimas en los ojos, y no podía hacer nada al respecto.

Respiré hondo y cerré los ojos brevemente.

—No quiero perderte, Botón de oro, pero no tengo un plan —dije de forma lastimera—. Lo siento, lo siento... —Me pasé las manos por el pelo, hice una mueca y me alejé de ella.

—Vámonos a Washington, Carson. Quédate conmigo. Podremos encontrar algo mejor. —Me di la vuelta al escucharla—. Quizá podrías

matricularte allí en la universidad... o...
—Se detuvo, sus ojos ya no mostraban la mirada de desesperación que habían tenido un momento antes. Ahora fruncía el ceño y parecía triste e insegura.

La estudié. Mi dulce Botón de oro.

—No puedo instalarme en tu sofá y vivir de ti, Grace. Esto... —Moví el brazo señalando la habitación, indicando dónde habíamos empezado—. Esto es poco probable y nada real, eso para empezar. Y la situación sería la peor idea en la historia de las malas ideas. ¿Qué pensaría tu padre? No puedo hacerte eso..., hacérselo a nosotros.

Sus ojos se encontraron con los míos y nos miramos el uno al otro durante

largos minutos. Pude ver que ella también estaba quedándose sin ideas. La tristeza que emanaba de su cuerpo era casi palpable.

Suspiró y bajó la vista.

—Si me quedo contigo hasta mañana por la mañana, esto me dolerá todavía más —aseguró por lo bajo—. No podré soportar más dolor del que siento ahora.

Asentí, apretando los dientes mientras sentía que algo en mi interior empezaba a romperse.

—Lo sé —dije.

Ella movió la cabeza y se puso en pie para empezar a recoger sus cosas. Me senté en silencio, mirando al frente, odiando la vida, odiando las estúpidas decisiones que había tomado y

odiándome a mí mismo. Sin embargo, por encima de todo odiaba el hecho de que no pudiéramos explorar lo que estaba floreciendo entre nosotros.

Cuando terminó, se acercó a mí y se arrodilló delante tal como había hecho yo mismo el día anterior. Me miró con lágrimas en sus brillantes ojos azules.

—Siempre pensaré en ti cuando entre en un ascensor o cuando vea un amanecer —me dijo por lo bajo, con la voz quebrada al final.

Bajé la mirada hacia ella yforcé una sonrisa. El corazón me retumbaba en el pecho. No sabríamos lo que podríamos haber conseguido juntos, y me parecía jodidamente injusto. Pensé en todas las cosas que me hacían pensar en ella,

demasiadas para mencionarlas todas.

—Siempre pensaré en ti cuando vea el final de *Titanic* o cuando vea un botón de oro —dije finalmente.

Ella sonrió con tristeza. Se levantó lentamente y me besó en los labios con suavidad, deteniéndose mientras ponía la mano en mi mejilla. Se dio la vuelta con demasiada rapidez como para que viera su cara y abrió la puerta, que cerró en silencio después de salir.

Me levanté y agarré el jarrón con flores de la mesita cercana y lo arrojé contra la pared. El vidrio roto y el agua de las flores llovieron por la habitación mientras me dejaba caer en la cama y escondía la cabeza entre las manos.

EL ÁGUILA

13

Grace

Cuando cerré la puerta a mi espalda, comenzaron a caer las lágrimas. Sabía que esto era lo que debía hacer, no podía quedarme ni un minuto más sabiendo a dónde se dirigiría por la mañana, y menos sabiendo que mi corazón estaba involucrado. Pero eso no cambiaba el hecho de que tuviera que obligarme a salir. Ni de que me doliera dejarlo. No cambiaba el crudo sufrimiento que había visto en su rostro cuando se dio cuenta de que me iba.

Cuando entré en el ascensor y las puertas se cerraron, me sequé las mejillas y me apoyé contra la pared.

Aquí era donde todo había comenzado. En un ascensor. Y volvía a estar en el interior de uno, solo que esta vez era el final. «Y no quiero que lo sea...». Quería retroceder en el tiempo y volver a vivirlo todo, aun sabiendo lo que sabía ahora, para pasar un par de días con él.

El ascensor se detuvo y me dirigí a mi habitación. Nada más entrar me hundí en la cama y me hice un ovillo, permitiéndome sollozar por fin. Cuando pasó la peor parte, me levanté y fui al cuarto de baño para lavarme la cara. Luego me puse unos vaqueros y una

camiseta y empecé a hacer el equipaje. No era posible que me quedara en ese hotel sabiendo que Carson estaba dos pisos más arriba. Había varias razones para ello, pero la principal era que no confiaba en mí misma lo suficiente como para no volver corriendo junto a él y arrojarme en sus brazos. Pero ¿con qué fin? Negué con la cabeza con tristeza. Me había metido en esa situación con los ojos abiertos, aunque ¿cómo iba a pensar que iba a acabar sintiendo algo por Carson Stinger, actor heterosexual? Era casi ridículo y, sin embargo, era la realidad. Aunque ese era un pensamiento que habría tenido hace un par de días. ¿Ahora? Ahora no lo consideraba ridículo en absoluto. Porque lo que no

sabía en ese momento era que él tenía un lado muy tierno ni que era divertido, valiente y generoso de todas las formas posibles. ¿Me gustaría no conocer esos datos? ¿Prefería volver a la época en que no era difícil alejarse de él si a cambio no hubiera podido experimentar la belleza de nuestro fin de semana de pasión? Me sentía demasiado dolida y confundida como para responder a esas preguntas en este momento.

Me colgué la bolsa grande del hombro y subí el asa de la maleta para empujarla hacia la puerta.

Revisé la habitación con rapidez y salí a esperar el servicio de transporte al aeropuerto. Recé para que hubiera un vuelo esta noche y poder cambiarlo,

pero si no era así, no me importaría dormir en el aeropuerto. No era un gran plan. Casi me reí, aunque al final, para mi sorpresa, casi sollocé. Me mordí los labios.

El servicio de transporte me recogió quince minutos después y miré al Bellagio por encima del hombro. Ese fin de semana me había convertido en una persona diferente. Carson me había cambiado de una forma que sospechaba que me iba a hacer mirar mis decisiones de otra manera, que me iba a hacer reconsiderar todos mis planes. Iba a tener que encontrarme de nuevo a mí misma y pensar en él como un regalo, por mucho que mi corazón se rompiera al perderlo. Era lo único que podía

impedir que le exigiera al conductor que se detuviera y me dejara salir para regresar con él. Apoyé la cabeza en el respaldo y dejé que la mezcla de angustia y esperanza me inundara, bañando mi corazón en oscuridad y luz.

A la mañana siguiente, hice rodar la maleta hacia mi apartamento. Eran las siete y media y estaba agotada de todas las formas posibles. Había sido capaz de cambiar mi vuelo por uno nocturno, pero tuve que esperar varias horas hasta que empezó el embarque. Había intentado dormir en el avión, pero mi mente no me lo había permitido, estaba demasiado activa para apagarse y dejar

que descansara.

Reviví cada minuto del fin de semana que había pasado con Carson, tratando de precisar el momento exacto en que le había entregado un trozo de mi corazón. ¿Había sido después de tomar los perritos calientes la primera noche? ¿O quizá después de aquel sexo increíble? ¿Cuando nos reímos en la piscina o cuando me dijo que estaba celoso de Parker, revelándome que sentía algo por mí? ¿Tal vez había sido antes? ¿Tal vez en el ascensor, cuando cantaba para que se me pasara el ataque de pánico? ¿Cuando descubrí por qué usaba esa falsa fachada? ¿Era realmente posible conectar con otra persona con tanta rapidez? ¿Quería gritar para que se

apagara mi cerebro! ¿Por qué me importaba tanto? Estaba empezando a obsesionarme como el tipo de *Rainman*.

—¡Hola, guapa! —oí que gritaban desde la cocina. Dejé la maleta y la bolsa junto a la puerta y entré para saludar a Abby.

—Hola, Abs —respondí en un tono que incluso yo me di cuenta de que parecía el de un muerto. Abby estaba sentada ante la mesa de la cocina vestida con pantalones de chándal y una sudadera. Se había recogido el pelo castaño oscuro en lo alto de la cabeza y tenía delante una taza de café, unos papeles y un bolígrafo.

Al verme, abrió mucho los ojos y su expresión se volvió preocupada.

—¿Qué te ha hecho? —susurró, poniéndose en pie y acercándose a mí.

Moví la cabeza al tiempo que mi expresión se transformaba; mis emociones se descontrolaron al ver a mi mejor amiga.

—No me ha hecho nada, Abby. Me lo he hecho sola. Me... —Me atraganté y las lágrimas comenzaron a caer.

Abby me abrazó, acariciándome la espalda mientras me consolaba en silencio durante varios minutos, dejando que me desahogara. Cuando mis lágrimas desaparecieron, se echó atrás y me miró a la cara con expresión severa.

—No puedo creer que nos hayas hecho esto, Grace —dijo.

No pude contener una risita.

—¿Que nos haya hecho qué? — pregunté—. ¿Cómo es que nos he hecho algo?

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Cariño, porque te quiero, así que haremos frente juntas a las consecuencias de este fin de semana. Estoy ocupada y todavía me pica. Casi no tengo tiempo para esto. —Arqueó las cejas al tiempo que curvaba los labios. Estaba tratando de hacerme sonreír. Funcionó. La adoro por estas cosas.

—Ahora siéntate. Te serviré una taza de café y me contarás todos los detalles. No tengo clase hasta las once. —Abby asistía a una de las mejores escuelas culinarias de Washington. Cocinaba

como los ángeles. Si había algún placer, era probar alguna de sus recetas. Nunca decepcionaba. Nos habíamos conocido en una web para buscar compañeros de piso cuando me vine a D. C. a estudiar, y no solo nos habíamos convertido en buenas compañeras de piso, sino en buenas amigas. Era divertida y tierna, y también algo extravagante cuando quería. Era una buena influencia para mí. De hecho, se había convertido en mi tercera hermana.

Me sirvió una taza de café con leche, echó azúcar, y me la puso delante. Rodeé la taza caliente con las manos para llevármela a la boca y dar un pequeño sorbo al líquido caliente.

Abby me estudió.

—Al menos, dime que no te has enamorado de él, cielo —dijo en voz baja.

—Ha sido solo un fin de semana, Abby —respondí con un susurro, mirando más allá de ella.

Me miró a los ojos.

—¡Oh, mierda! Idiota. ¡Lo has hecho! ¡Te has enamorado de una estrella porno! —gimió, inclinándose hacia atrás y arrastrando la silla—. ¡Dios mío! Es peor de lo que pensaba. Cuando te sueltas, te despendolas por todo alto, ¿verdad? ¡Madre de Dios!

—Abby, una no se enamora en dos días. Es solo que... me preocupo por él. No quería despedirme —confesé con aire contrito.

—Empieza por el principio, cariño. Quiero que lo cuentes todo paso a paso, ya sé que estás triste, pero no pases por alto los polvos.

Me reí y sorbí por la nariz al mismo tiempo.

—Eres realmente pervertida, ¿lo sabes?

—Eh... Eh... No tiene nada de malo. Empieza.

Estuvimos hablando hasta que tuvo que ducharse para ir a clase. Lloré un poco más. Luego entré en mi habitación, me dejé caer boca abajo en la cama y no desperté hasta que Abby regresó a casa, a las seis de la tarde.

Me fui directamente desde el aeropuerto hasta el hotel donde se realizaba el rodaje, pues sabía que podía ducharme allí. De todas formas, necesitarían prepararme para las cámaras. Estaba acostumbrado al proceso.

Apenas había dormido dos horas la noche anterior, pues había estado pendiente de cada sonido que había en el pasillo, con la esperanza de que Grace decidiera volver. No era posible que fuera tras ella después de cómo se había marchado..., de cómo nos habíamos dicho adiós. No podía forzarla. Sin embargo, se me ocurrió que quizá ella hubiera cambiado de idea y

hubiera decidido pasar conmigo una noche más. Y así, en vez de ir al aeropuerto como había pensado, me quedé en la habitación, donde ella sabría encontrarme. Pero no había regresado. Lo entendía, pero seguía esperando. Y lo peor de todo era que la echaba de menos de una forma que nunca había echado de menos a nadie. Todos mis instintos me decían que fuera tras ella, que la reclamara como mía. Pero lo habíamos dejado, no era posible una relación entre nosotros. Nuestras vidas no encajaban, y no había nada que pudiéramos hacer en este momento para que ocurriera.

Había pensado en ella toda la noche, preguntándome qué tenía para meterse

debajo de mi piel con tanta profundidad y rapidez. Quizá estaba tratando de averiguarlo para poder descartar aquella sensación de pérdida que no podía evitar. Al final decidí que no había una respuesta. Era solo porque era ella, era así de simple. De todas formas no importaba, mi mente seguía dándole vueltas a todo hasta que pensé que me volvería loco.

Llamé a la puerta de la *suite* que Courtney me había indicado en un mensaje de texto, y me dejó entrar un cámara con el que ya había trabajado antes.

—Hola, Joe —lo saludé.

—Hola, Carson, ¿qué tal va todo? —
Me dio la mano.

—¿Están ahí los de maquillaje? — pregunté, señalando una puerta cerrada que se suponía que conducía al dormitorio y al baño.

—Sí. Te están esperando.

—Vale. —Me dirigí allí y, cuando abrí la puerta, me recibió Courtney, que articuló un «hola» con los labios mientras ponía la mano sobre el móvil por el que estaba hablando.

—¡Hola, Carson! —escuché que me decía una voz aguda—. Soy Bambi — dijo una rubia desnuda con unos pechos enormes, sin duda de silicona, que estaba sentada junto a la ventana mientras la maquillaban. Una mujer le estaba aplicando algo en los pezones con un pequeño pincel.

Me obligué a sonreír. Aquello no me gustaba. «Tienes un contrato y te pagan», me recordé.

—Hola, Bambi, encantado de conocerte —respondí, acercándome para estrecharle la mano.

Soltó una risita.

—¿No tienes nada mejor para mí, cariño? —preguntó ella, apartando a la persona que la maquillaba para ponerse en pie y besarme suavemente en los labios. Me pasó la lengua por el inferior antes de apartarse con una sonrisa. Estoy seguro de que pensaba que resultaba seductora. No supe muy bien por qué me molestaba. Me parecía bastante obvio que yo solo estaba allí por una cosa, no era que tuviera que conquistarme ni nada

por el estilo. ¡Joder! ¿Por qué estaba empezando a sentirme asqueado?

Volví a sonreír.

—¿Es tu primera sesión? —pregunté.

—Sí, y he pedido especialmente que mi primera vez sea contigo —replicó con un movimiento de pestañas—. Me gustas desde que vi tu foto en la página web de Courtney. ¡Esto será divertido!

Interesante. Retrocedí.

—Bueno, tengo que ducharme, pero estaré listo dentro de nada —dije al tiempo que me giraba.

—¡Estaré preparada para ti! —gritó.

Entré en el cuarto de baño y me duché con rapidez. Luego pregunté si podían traer la banqueta para maquillarme en el cuarto de baño. No estaba de humor

para charlar con Bambi ni con cualquier otra persona. Necesitaba tiempo para centrarme en aquel juego, por así decirlo. O al menos lo necesitaba mi cuerpo.

A diferencia de en otras películas más largas que había hecho, esto era una escena que se rodaba en un día y no era necesario más.

Por suerte, el maquillaje no era algo demasiado importante en un rodaje de este tipo, especialmente para mí. Un poco de antiojeras y poco más.

—Hola, guapo —dijo Courtney, besándome en la mejilla—. Pareces cansado. —Miró a la chica que me retocaba—. Añade más corrector debajo de los ojos, Marcia.

—Estoy bien, Courtney. Atenúa la luz.

—Ni siquiera las luces más tenues ocultan las bolsas, cariño. ¿Qué has hecho? ¿Estar toda la noche de fiesta?

—Ojalá... —suspiré.

Marcia me frotó algo debajo de los ojos y lo esparció; luego indicó que había terminado.

Courtney bajó la mirada a mis calzoncillos.

—¿Necesitas algún tiempo a solas, cariño?

—Sí —respondí, preguntándome si sería capaz de conseguir algo.

—Está bien, pediré a los de rodaje que Bambi se masturbe durante unos minutos en la cama y luego te unirás a ella, preparado para comenzar la jugada,

¿entendido? Después de unos minutos, os iréis al balcón y continuaréis allí.

—Sí, vale.

—Bien. —Me miró durante unos segundos antes de carraspear y cerrar la puerta a su espalda.

Me quedé inmóvil durante un par de minutos cuando oí que comenzaba a sonar la música en el dormitorio. Dejé caer los bóxers y me apoyé en el lavabo mientras trataba de ponerme a tono. No lo estaba consiguiendo. Pensé en la maratón que había tenido ese fin de semana con Grace. Quizá me había pasado. «Grace». Me sentí un cabrón cuando me la imaginé inclinada sobre la cama, con los zapatos de tacón y el tanga, pidiéndome que la follara. Me

puse duro como una piedra. Recordé todas las formas en las que la había poseído durante el fin de semana, y después de un par de minutos, estaba tan excitado que resultaba casi doloroso.

Hubo un suave golpe en la puerta indicándome que estaban preparados y esperándome. Salí y me quedé mirando un segundo cómo Bambi se retorció en la cama, gimiendo en voz alta con una mano entre las piernas. Mi erección casi desapareció. Cerré los ojos e imaginé de nuevo a Grace mientras me dirigía a la cama. Me uní a Bambi, que al ver que me sentaba a su lado, se incorporó y empezó a besarme, metiéndome la lengua en la boca y suspirando de forma sonora. Casi hice una mueca. Su sabor

no era dulce ni me hacía recordar el brillo del sol. Abrí los ojos y miré su cuerpo; su piel no era pálida y cremosa, sino morena y demasiado bronceada. Cerré los ojos con rapidez y traté de sacarme a Grace de la cabeza. Tenía que borrar su cara y su cuerpo de mi mente para poder hacer esto. Alargué una mano para tocarle el pelo y no fue una pesada seda en mi mano, sino una masa seca y crujiente por culpa de la laca. Continuamos besándonos y ella me puso en la mejilla la misma mano que había utilizado para masturbarse. Su esencia me inundó y eso fue todo. Me separé de ella y me levanté.

—Lo siento —murmuré—. No es culpa tuya, pero no está funcionando.

—¡Corten! —gritó una voz.

Entré en el cuarto de baño, recogí mi ropa y empecé a ponérmela mientras oía la voz de Courtney al otro lado de la puerta.

—Carson, cariño, si necesitas un poco más de tiempo o una píldora azul, está previsto.

Abrí la puerta con los zapatos en la mano y pasé junto a Courtney.

—En realidad, Courtney, es por mí. No puedo seguir con esto. —Miré a mi alrededor. Bambi se ponía una bata con mala cara—. Lamento haberte hecho perder el tiempo. No sé qué decir. Solo es que... Lo siento. —Entonces me dirigí hacia la puerta, la abrí y salí al pasillo.

Caminé de regreso a los ascensores y pulsé el botón para bajar. ¿Qué cojones acababa de hacer? Me iban a demandar y no volvería a rodar una película. ¿Por qué no me sentía como una rata en este momento? Casi no me quedaba dinero y no tenía trabajo, pero estaba... bien. «¿De qué vas a vivir ahora, imbécil? ¿Qué tal si trazas un puto plan antes de hacer este tipo de cosas?». Me reí en voz alta. Un plan. Entrelacé los dedos y me llevé las manos a la frente antes de dejar caer la cabeza hacia atrás. Permanecí así durante un minuto, hasta que escuché el timbre del ascensor y las puertas se abrieron. Bajé los brazos y

comencé a andar para montar en él, cuando vi quién salía.

«¡Mierda! Tim».

Pareció sorprendido al verme.

—Carson... —dijo, frunciendo el ceño—. No es posible que hayas acabado ya. —Miró el reloj y su ceño se hizo más profundo. Las puertas del ascensor se cerraron y dio un paso hacia mí.

Respiré hondo.

—El rodaje ha terminado, Tim. Pero solo porque yo me he largado.

Me miró sorprendido.

—¿Que te has largado? ¿Qué demonios está pasando?

Sacudí la cabeza.

—Mira, Tim, te iba a llamar para

decírtelo. Pero lo dejo. No pienso hacer más películas.

Me miró fijamente con los ojos entrecerrados. Luego emitió una risa aguda y carente de humor.

—¡Joder! Esa chica debe de tener un polvo fantástico para que te decidas a tirar tu carrera a la mierda. Me hace sentir más ganas de que hubiera aceptado la oferta que le hice en tu habitación.

Me revolví hacia él.

—¿Tu oferta? —pregunté mientras lo observaba durante unos segundos—. ¿Una puta oferta? —repetí, dándome cuenta de que Tim le había hecho una proposición a Grace cuando había ido a mi habitación de hotel el día anterior.

Me moví hacia él antes de que supiera lo que se le iba encima, lo agarré por la camisa y lo obligué a andar hacia atrás hasta que su espalda chocó con la pared. La rabia me hacía arder la sangre cuando pegué mi nariz a la de él.

—Eres un enfermo, un depravado cabrón. ¿Cómo te has atrevido a hablarle así? ¿Cómo te has atrevido siquiera a mirarla? ¡Te voy a dar una paliza!

—¿Pero qué cojones te pasa? —me gritó—. ¿Por una tía, Carson? ¿Por una puta tía?

El frío me atravesó en un instante, cerré el puño y lo estrellé contra su cara. La sangre comenzó a brotar de su nariz y lo solté, dejando que resbalara

hasta el suelo. Me miró aturdido.

Di un paso atrás y apreté el botón de nuevo. La misma frialdad se hizo cargo de mi cuerpo, haciéndome sentir que estaba viendo la escena desde arriba. En ese momento, noté que algo encajaba en su lugar, y me estremecí.

—Tim, no voy a necesitar que sigas representándome —le comuniqué sin emoción alguna. No sentía nada por verlo sangrando en el suelo, delante de mí, solo un desprecio absoluto. Las puertas del ascensor se abrieron y entré. No dejé de mirarlo mientras volvían a cerrarse.

Me subí a mi coche, un Nissan

Pathfinder negro que había comprado hacía seis meses, después de firmar con Courtney, y permanecí sentado en el asiento sin ponerlo en marcha durante un par de minutos, con la mirada perdida clavada en la ventanilla. Me incliné hacia delante y dejé que mi cabeza se golpeará contra el volante. La dejé reposar allí durante un minuto mientras me aclaraba las ideas. Luego me incorporé, puse en marcha el coche y me dirigí hacia la entrada de la autopista. Mientras conducía, avisté un anuncio que había visto mil veces, cada vez que pasaba por esa parte de la ciudad, pero lo percibí por primera vez con otros ojos, viéndolo ahora con una perspectiva diferente. Me atravesó una

sensación que no podía explicar, una especie de energía extraña que hizo latir la sangre en mis venas antes de que la idea tomara forma en mi cerebro. Sin pensar demasiado, saqué el móvil y busqué una dirección en internet. Puse el GPS y seguí las instrucciones para llegar a mi destino, en Santa Mónica, veinte minutos más tarde. Aparqué y salí del coche antes que pudiera pensármelo mejor. Cuando estaba abriendo la puerta, vi el letrero:

«OFICINA DE RECLUTAMIENTO
DE LA MARINA».

«Todavía puedes cambiar de opinión, Carson». Me detuve un segundo, pero luego abrí la puerta por completo.

Al entrar, fui recibido de inmediato por un hombre con un uniforme color caqui que llevaba una etiqueta identificativa en la pechera, al lado de algunas condecoraciones.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

«¿Vas a hacerlo de verdad?». Al instante apareció ante mis ojos la cara de Grace.

—Vengo a alistarme —dije.

—Vale, muy bien. Entonces estás en el lugar correcto —dijo con una gran sonrisa—. Acompáñame. Soy el suboficial de primera Duane Mitchell —

se presentó, estrechándome la mano con rapidez antes de continuar hacia su escritorio. Se sentó detrás y señaló una silla para que tomara asiento. Seguí sus instrucciones.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Carson Stinger.

—Muy bien, Carson, antes de continuar, vamos a charlar un minuto. ¿Qué te ha hecho tomar esta decisión?

—Se reclinó en la silla mientras me estudiaba.

Me aclaré la garganta.

—Bien, si tengo que ser sincero, no tengo ninguna opción que me parezca mejor. No soy de los que van a la universidad, lo sé. Y quiero dedicar mi vida a algo que valga la pena.

Él asintió.

—Bien, es una razón tan buena como cualquier otra. Ahora dime, ¿has pensado en qué te gustaría hacer exactamente?

—Er..., no, la verdad es que no. Apenas hace media hora que he decidido alistarme.

—De acuerdo. —Se rio—. Bien, ¿en qué eres bueno?

Lo pensé un instante.

—Soy un buen nadador y se me dan bien todos los deportes extremos.

El suboficial Mitchell me estudió durante un par de segundos. Señaló con la cabeza un cartel donde había un grupo de hombres con equipo de buceo, emergiendo del agua con unas

ametralladoras en la mano.

—¿Has oído hablar del cuerpo de los SEAL de la Marina?

—¿De los SEAL? Sí, claro. ¿Serviré para ser SEAL? —pregunté.

—Bueno, no sé. Es necesario que pases con nota una prueba llamada ASVAB, y luego deberás superar un examen físico para asegurarte un lugar en los BUD/S, que es el entrenamiento básico de los SEALs. Es algo que solo logran pasar el veinte por ciento de los aspirantes, lo que significa que fallan un ochenta por ciento. ¿Quieres saber si estás bien preparado para ser SEAL? No muchos hombres lo están. Pero si eres un buen nadador y se te dan bien los deportes extremos, es un buen comienzo.

Sin embargo, voy a ser sincero contigo: el de los BUD/S es el entrenamiento militar más duro del planeta. Piénsalo bien.

Asentí con el ceño fruncido. No tenía que pensármelo bien. La respuesta acudió a mis labios casi antes de que mi cerebro pudiera procesarla.

—Adelante —dije.

14

Grace

Me senté en la cama mientras estaba estudiando. Me pesaba el corazón y sentía tal anhelo dentro que no sabía qué hacer con él. Echaba de menos a Carson, así de sencillo. ¿Cuándo iba a superar aquello? Habían pasado ya un par de días desde que regresé de Las Vegas, y parecía que mis sentimientos se habían intensificado en lugar de debilitarse. Solo había estado con él dos días y medio. ¿No podía olvidarlo en el mismo tiempo? Suspiré y me recosté en la

almohada para mirar al techo. ¿Qué estaría haciendo él en este momento? Me entristecí al pensar en la posibilidad —muy real— de que estuviera rodando una escena. Por otra parte, me había dicho que había hecho cuatro películas en seis meses, la última un par de días antes. Un feroz disgusto me inundaba como una oleada cuando lo imaginaba con otra persona, incluso aunque fuera alguien que él no volviera a ver. Quería gritar solo de pensarlo. Y luego quería tirarme al suelo y llorar hasta que estuviera agotada y entumecida. Eso es lo que se obtiene cuando se desarrollan sentimientos por una estrella porno. Era una idiota, como Abby me había llamado en broma.

Pero ¿cómo estaría llevándolo él? ¿Estaría siendo tan difícil para Carson como él me había dicho? Afirmó que yo lo había cambiado todo. Y, siendo realista, eso significaba que mi legado a corto plazo sería que estaba haciendo su vida más difícil. No podía sentirme mal por eso. Esperaba haber arruinado su capacidad para hacer porno. Podía aspirar a mucho más. Sin embargo, era una decisión que dependía de él. Tenía que hacerlo por sí mismo. Esa era una de las razones de que me hubiera alejado. Por eso no había tenido otra opción más que alejarme. ¡Dios! Seguramente estaría deseando no haberme conocido nunca.

Sin embargo, yo no sentía eso por

mucho que me doliera. Sabía lo que hacía, y para mí era más que eso. Si no hubiera sido así, habría sido fácil alejarme, podría haber incluso corrido. Y ahí radicaba el problema. Un problema sin solución.

Me quedé allí un poco más de tiempo, perdida en mis pensamientos, hasta que se me ocurrió una idea. Una idea muy, muy mala. Luché contra ella durante unos minutos antes de levantarme y coger el portátil del escritorio. Levanté la tapa, me senté en la cama con las piernas cruzadas y tecleé su nombre en Google con manos temblorosas. La primera página web que aparecía era un sitio llamado ArtLove.com y, en contra de mi buen juicio, hice clic. Sabía que

era una idea nefasta, pero era como si estuviera poseída. Era incapaz de detenerme.

—¿Grace? —me llamó Abby al tiempo que oía cerrarse la puerta principal.

—Estoy aquí —la llamé, minimizando la pestaña del navegador antes de que se hubiera cargado por completo.

Oí sus pasos y levanté la vista del ordenador cuando apareció ante mi puerta de uniforme: pantalones negros y una chaquetilla blanca de chef.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, soltándose la coleta y masajeándose el cuero cabelludo.

—Estaba..., mmm..., mirando porno —confesé con una mueca que contenía

media sonrisa.

Abby se quedó paralizada.

—Er..., está bien. Sabes que tienes cerradura en la puerta, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco.

—Estoy mirando lo que hace Carson, Abby —solté.

Ella me miró fijamente un buen rato.

—Cariño, ¿crees que es una buena idea? —preguntó con suavidad.

—Seguramente no, pero tengo que verlo por mí misma. Tengo que enfrentarme a la realidad. He de seguir adelante. —La miré con tristeza.

Abby dudó, pero luego entró y se sentó en la cama a mi lado.

—Muy, bien, cielo, estaré a tu lado apoyándote mientras lo haces.

—Gracias, Abs. —Hice clic en la pantalla minimizada para recuperarla y, al instante, solté un grito ahogado.

Jamás había mirado pornografía, así que no sabía qué esperaba. Abrí mucho los ojos al ver a gente desnuda que participaba en toda clase de actos sexuales.

—¡Oh, Dios mío! —suspiré.

Miré a Abby y vi que inclinaba la cabeza con una pequeña sonrisa.

—¿Es la productora para la que trabaja? —preguntó.

Asentí.

—Me dijo que había firmado un contrato de dos años. Debe de ser con esta. ¿Por qué?

Ella me miró.

—¿Alguna vez has visto porno, cariño?

Negué con la cabeza.

—Bueno, si lo comparas con lo que hay, esto es muy... artístico.

Volví a mirar la pantalla y entendí a qué se refería. La mayoría de las escenas transcurrían en hermosas playas, en casas o patios con aspecto opulento. Todos los actores eran muy guapos. Navegué por la página, estudiándola con atención. En serio, las mujeres parecían *topmodels*. ¿Por qué se dedicaban a eso? Supuse que por la misma razón que Carson. ¿No les causaría problemas para mantener relaciones reales tanto ahora como más adelante? Sacudí la cabeza, tratando de aclarármela. Jamás

le encontraría sentido a todo esto.

Cuando traté de ver uno de los vídeos, saltó un *pop-up* informándome de que si quería ver el vídeo completo tendría que hacerme socia. A continuación mostraba las diversas opciones.

Miré a Abby y después puse el nombre de Carson en la barra de búsqueda de la página web. Al instante se cargó otra página. Solté un pequeño jadeo; había imágenes de Carson en movimiento manteniendo relaciones sexuales con diferentes mujeres. Muchas imágenes por toda la pantalla. Mi cerebro no podía asimilar lo que mis ojos veían y solté un pequeño sollozo ahogado que hizo que Abby me apretara

la mano.

—Vamos a dejarlo para otro momento, cariño... —me dijo.

—No, todavía no —pedí. Mi voz sonaba muy rara, pero necesitaba ver esto. Era necesario que me enfrentara a la realidad de lo que él hacía.

—Gracie, todo esto lo hizo antes de conocerte —intentó razonar Abby.

—Quizá esto sí, Abby, pero si vuelvo a entrar en esta página el próximo mes, habrá una imagen nueva, quizá dos —repliqué con tristeza.

Me apretó la mano.

—No pensarás hacerlo, ¿verdad, cariño?

Sacudí la cabeza.

—No, solo esta vez. Tengo que

recordarme a mí misma por qué no puedo ponerme en contacto con él. Por qué tengo que dejarlo ir.

Ella movió la cabeza con pesar y las dos miramos las fotos en silencio durante un par de minutos.

—¡Dios mío, cielo! Tenías razón... Está muy bueno.

La miré con el ceño fruncido.

—Lo siento, eso no debería haberlo dicho —murmuró, volviendo a mirar la pantalla.

Mientras estudiaba las imágenes, iba sintiéndome a la vez vacía y enferma, hasta que me fijé en la expresión de su cara. Estaba mal... Era la misma mirada que había visto en su rostro en el vestíbulo del Bellagio, cuando nos

tropezamos, y también en el bar. No era la que tenía cuando estaba conmigo en la cama.

«En estas imágenes tiene puesta su máscara».

Pero eso tampoco era un consuelo. Sentí que las náuseas me subían por la garganta, y tuve que levantarme corriendo de la cama para correr al cuarto de baño a vomitar la comida.

Carson

«Mierda, esto va a ser jodido».

Respiré hondo y abrí la puerta. Irene, la vieja secretaria de Courtney, levantó la mirada de la pantalla del ordenador.

—Hola, Carson. —Sonrió y le

devolví la sonrisa con cautela. Al menos su reacción ante mí no había sido llamar a seguridad como pensaba.

—Hola, Irene. ¿Está Courtney? —Me incliné sobre la mesa y ella me miró aleteando las pestañas. Por lo general, solía coquetear con ella cuando entraba. Pero ese día no estaba de humor.

Irene frunció el ceño.

—Sí que está, cariño. ¿Tienes una cita con ella? —Miró la agenda—. Veo que no...

—No, Irene, no. En realidad...

—Carson.

Levanté la vista y vi a Courtney ante la puerta de su despacho, con una falda gris y una blusa de color rosa claro. El pelo le caía liso y largo por la espalda.

Me miraba con el rostro inexpresivo.

«¡Mierda!».

—Hola, Courtney. —Me acerqué a ella—. Lo siento, no te he llamado y no tenemos una cita, pero quería...

—Carson, entra en mi despacho.

La seguí como si fuera un niño al que hubieran llamado a la oficina del director. Un niño que se sabía culpable y merecía lo que estaba a punto de ocurrirle. Después de cómo había ido todo con Tim, no tenía la esperanza de que esta reunión saliera adelante. Pensé de nuevo que las cosas estaban jodidas.

Courtney se sentó detrás de su escritorio y yo ocupé la silla que había enfrente.

—¿Quieres un té? ¿Un café? —

preguntó Irene a mi espalda cuando abría la boca para hablar.

Courtney arqueó las cejas de forma interrogativa.

—No, yo no quiero nada —respondí a su silenciosa pregunta.

—No, Irene, estamos bien, gracias —dijo Courtney. Oí cómo cerraba la puerta, dejándonos solos.

Courtney se reclinó en la silla, entrelazó los dedos y me estudió en silencio.

—¿Qué te pasó, Carson? —me preguntó directamente.

Dejé escapar un suspiro.

—He terminado con eso, Courtney. Lo siento. Sé que lo que hice no fue nada profesional. Has sido muy buena

conmigo y odio que las cosas entre nosotros acaben así.

Ella me miró en silencio durante un rato.

—Ese día perdí mucho dinero, Carson.

Respiré hondo.

—Sí, lo sé. Es parte de la razón de que esté aquí. —Metí la mano en el bolsillo y saqué la cartera. Retiré un cheque del interior y se lo tendí—. He vendido mi coche. El cheque está a tu nombre. No sé si es suficiente para cubrir los gastos de la sesión, y sé que no basta para cubrir lo que habrías ganado al comercializar el vídeo, pero espero que sea un comienzo, y puedo pagarte cuando...

Courtney suspiró.

—Antes de nada, quiero saber qué ocurrió para que salieras de esa habitación a medio vestir.

Bajé la vista a mis manos, que apoyaba en el borde de la mesa.

Miré hacia otro lado durante un minuto, hasta que finalmente emití un sonido que era mitad risa y mitad jadeo, y que terminó con un suspiro. Courtney me caía bien. Siempre se había portado bien conmigo, siempre me había parecido una persona en la que se podía confiar, que su empresa era un lugar con gente entregada.

—Conocí a alguien, Court —confesé en voz baja.

Ella me estudió y su expresión se

suavizó.

—Ah, te has enamorado. Bueno, a veces pasa.

—No, no exactamente. Solo hemos pasado juntos un fin de semana, pero...

—Carson, estás enamorado. Lo veo en tus ojos.

Negué con la cabeza.

—No, en realidad, fueron solo dos días y medio, Courtney. Pero nunca había sentido nada así por nadie. Estuvimos...

Me estudió de nuevo y prácticamente vi cómo giraban los engranajes en su cabeza. Por fin, emitió un profundo suspiro.

—El amor no siempre tiene sentido. Y ahí radica su belleza, su gran misterio.

Pero hay cínicos confesos que se burlan de la llamada del amor, que lo embotellarían si pudieran. Sin embargo, no se puede envasar el misterio, cariño. Créeme, lo sé.

Me quedé mirando a Courtney mientras asimilaba sus palabras, dejando que se posaran en mi mente.

—No tengo nada que ofrecerle.

Ella movió la cabeza muy despacio.

—Debes cambiar eso.

Asentí mirándome las manos, con la cara de Grace muy clara en mi mente.

—Creo que tenemos algunas cosas en común, Carson. ¿Quieres que te lo cuente?

La miré y vi que estaba juntando de nuevo los dedos. Asentí.

—Mi madre también pertenecía al negocio. Nunca te he dicho nada al respecto, porque sé que a mí misma nunca me ha gustado que la gente me recordara el tema cuando no estaba preparada para hablar de ello. Conozco los hechos porque es asunto mío saber lo máximo posible sobre las personas que trabajan para mí. Además, la historia de mi madre terminó de forma diferente a la de la tuya. Mi madre se metió una sobredosis de heroína cuando yo tenía quince años. Era una drogadicta que entró en el negocio cuando tenía dieciséis años. Mintió sobre su edad para empezar a rodar películas. No puedo decir realmente que fuera testigo de su declive, porque nunca la vi más

que como el cascarón de una persona. Podía ser divertida y vivaz cuando quería, pero esos momentos eran pocos y distantes entre sí cuando llegué a la adolescencia. Por suerte, mi padre era un hombre decente que entró en mi vida cuando ella murió. Habían mantenido una relación de tres meses, y aunque él podía haber negado que era hija suya por cómo se ganaba la vida mi madre, cuando ella le dijo que estaba embarazada, no trató de jugar esa carta. Creo que intentó honestamente cuidar de ella, pero mi madre no se lo permitió. Sin embargo, me acogió y me dio la estabilidad que nunca había tenido. Era un buen hombre... que falleció hace dos años de cáncer de pulmón.

No pude pronunciar una palabra. Me sentía demasiado sorprendido de que Courtney se hubiera abierto a mí de esa manera.

—De todas formas —continuó—, es posible que puedas sumar dos y dos, y adivines por qué comencé esta empresa. Hay poca dignidad, un cierto robo del alma en este negocio. Y atrae a gente que es menos probable que pueda hacer frente a este tipo de cosas, eso para empezar. —Me estudió un buen rato—. Empecé con la página web porque quería inyectar un poco de corazón a un negocio al que le hacía mucha falta. Es cierto que los actores de mis vídeos son casi desconocidos, pero creo que muestran el sexo como una expresión

física natural y, a la vez, enseña que no tiene por qué ser degradante para ninguna de las partes. Si el porno tiene que existir, y creo que es así, quiero ser responsable de hacerlo de una manera que respeta el hecho de que ninguno de nosotros es solo nuestro cuerpo, todos tenemos un corazón y un alma, y no se pueden separar. —Sonrió. Todavía intentaba entender lo que quería decir—. Lo que trato de decir es que soy una gran fan del amor. —Se rio suavemente y revolvió algunos papeles de su escritorio hasta coger uno.

—Así que, Carson, por lo que recuerdo, hemos realizado un cambio en tu contrato, modificándolo para que fuera de seis meses en lugar de dos

años. Recuerdas que pusiste tus iniciales como firma, ¿verdad? —Me miró fijamente.

—Er..., ¿lo hice? —Courtney bajó la barbilla y me miró a través de sus oscuras pestañas—. Oh, sí, firmé —dije con más confianza.

—Bien. Entonces, de acuerdo con mi agenda... —Hizo girar las páginas del calendario—, tu contrato acabó la semana pasada. Buena suerte en tu próximo trabajo, Carson Stinger. Ha sido un placer.

La miré fijamente. Ella me devolvió la mirada. Me levanté y me pasé las manos por los muslos, embutidos en los vaqueros.

—Courtney, ¿cómo puedo...?

—Cuídate, Carson —me dijo sin levantarse de su silla—. Y llévate tu cheque. Como no lo hagas, lo romperé.

Cogí el cheque y me lo metí en el bolsillo.

—Courtney. Gracias. Cuídate tú también.

—Oh, tengo intención de hacerlo. — Me sonrió.

Asentí y me dirigí lentamente hacia la puerta. Miré por encima del hombro al tiempo que ponía la mano en la manilla, pero ella permaneció inmóvil. Le hice un gesto con la cabeza, abrí la puerta y me marché.

15

Dos meses después, agosto

Grace

Me detuve ante la casa donde había pasado la infancia y sonreí para mis adentros. Estaba cansada después de las ocho horas de viaje desde Washington D. C. hasta Ohio, pero ver aquella edificación de ladrillo de Cape Cod me hizo sentir una inyección de alegría. Sabía exactamente dónde estaría sentado mi padre: en su raído sillón reclinable

marrón delante de la televisión, ese sillón del que jamás se desharía, daba igual cuánto se lo suplicáramos mis hermanas y yo. Una vez, cuando tenía once años y asistía a clases de costura, mi hermana Audrey le había hecho una funda con una tela llena de pequeñas margaritas amarillas. En el momento en que la vio, pareció que mi padre iba a cabrearse, pero luego miró a mi hermana, que estaba a punto de estallar de orgullo tras haber conseguido que la funda se ajustara de forma perfecta, y se sentó en ella.

—Vaya, vaya, Audrey, no sabía que hubiera algo que llegara a hacer más cómodo este sillón, pero creo que tú lo has conseguido —había dicho

finalmente. Luego se acomodó apoyando la cabeza en el respaldo con una enorme sonrisa de satisfacción. Sí, mi padre era un gran hombre.

—¿Papá? —grité, abriendo la puerta y entrando.

Él salió del salón sonriendo.

—Mira, si es mi Gracie. —Me dio un beso en la mejilla—. La facultad de derecho te está sentando bien. Estás fantástica.

—Gracias, papá. Así es. —Sonreí.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—No ha estado mal. He venido escuchando un par de audiolibros en la radio, así que se me ha hecho bastante corto.

—Audiolibros, GPS... —Se burló—.

Dentro de poco la gente no tendrá ninguna razón para aprender a leer un libro ni para interpretar un mapa. Ya verás...

Puse los ojos en blanco.

—Deberías probarlo, papá. Quizá cambiarías de opinión.

Cogió mi pequeña maleta y se la llevó al salón, donde nos sentamos. Dentro de una semana comenzarían las clases de otoño, y había ido a casa para estar con mi padre y mis hermanas los días entre la finalización del curso de verano y el comienzo del nuevo semestre. Solo serían un par de días, pero los echaba de menos. Añoraba mi casa.

—¿Jules y Audrey no están aquí? — pregunté.

—No, vendrán dentro de un rato.
Salen de clase a las cinco.

Asentí. Mis hermanas estaban en la universidad. Audrey en Wright State, estudiando para ser maestra, y Julia en la escuela del hospital local, donde ofrecían una beca para los estudios si firmabas un contrato para trabajar allí un par de años cuando te graduaras. Estaba orgullosa de las dos. Eran buenas estudiantes y habían trabajado durante el verano para ayudar con los gastos.

Me levanté.

—¿Te traigo algo? Voy a buscar un vaso de té helado.

—Sí, una cerveza. Gracias.

Me dirigí a la pequeña cocina y abrí la nevera para coger una lata de

Budweiser, la marca que mi padre bebía desde hacía más tiempo del que puedo recordar. Me serví un vaso de té y regresé al salón.

Le di la lata a mi padre, que la abrió y tomó un sorbo.

—Cuéntame qué tal en clase, Grace —pidió.

Tomé un largo sorbo de té.

—Papá, lo cierto es que tengo algo que decirte. —Lo miré con nerviosismo.

—¿De verdad? —preguntó, clavando en mí sus ojos.

—Sí. —Respiré hondo—. La cosa es que he cambiado de perspectiva con respecto al derecho. —Aparté la vista mientras daba otro enorme trago de té.

Al levantar la vista, mi padre me

miraba muy serio.

—Está bien. ¿En qué forma?

Me reí con nerviosismo.

—Bueno, ya sé lo que opinas sobre el sistema judicial penal, y sé que tienes un montón de experiencia con el tema, pero...

—Grace, deja de dar rodeos. Escúpelo.

Bajé la vista.

—He decidido que quiero trabajar en la oficina del fiscal. —Silencio. Después de un par de segundos, alcé la mirada y estudié a mi padre. Tenía una pequeña mueca y apretaba los labios. Se me detuvo el corazón. Había trabajado durante toda mi vida para evitar esa mirada... Toda mi vida. Casi cambié de

idea en ese momento. Casi suelto: «¡Es una broma!».

Pero luego, por alguna razón, la cara de Carson apareció ante mis ojos sonriendo, animándome. Sabía que era mi propia mente la que evocaba la imagen, pero me consoló y espoleó a partes iguales. «Sé valiente, Grace».

—Gracie, no tienes ni idea de lo que he visto, de qué parte de la humanidad pasa por las manos del derecho penal. Solo quiero protegerte de eso. Además, no vas a ganar demasiado dinero en la oficina del fiscal. El derecho corporativo es un buen campo, es seguro, obtendrás un sueldo mucho mayor y no tendrás que llevarte trabajo a casa todos los días.

Bajé los ojos, fruncí el ceño, respiré

hondo y volví a levantar la mirada.

—Lo que pasa es que estoy cansada de sentirme segura todo el tiempo — repliqué en voz baja, clavando mis ojos en los suyos—. Estoy cansada de hacer las cosas que tienen sentido para los demás, pero no para mí. —Mi voz vaciló en la última palabra y cerré los párpados. Abrí los ojos mirando al suelo, incapaz de sostener el contacto visual. Tardé un par de segundos en volver a mirarlo.

Mi padre suspiró y luego me estudió durante un buen rato, buscando algo en mi expresión, aunque no supe qué.

—Solo quiero que mis hijas sean felices —dijo finalmente—. Si tú piensas que así vas a ser más feliz, no

necesito saber más. No me gustaría que acabaras cansada y amargada como tu padre.

Solté una risita y luego sorbí, cuando mis lágrimas se mezclaron con la risa.

—No estás cansado ni amargado.

Suspiró.

—En cierta manera, sí que lo estoy, y lo acepto. Y, Gracie, lamento no haberte dejado claro que tu felicidad es importante para mí. Maduraste de golpe y empezaste a cuidar de esta familia cuando tu madre se fue, me di cuenta y permití que lo hicieras, y sé que no fue justo para ti.

—No, papá —repliqué con rapidez, sacudiendo la cabeza—. Quería hacerlo. Me hacía sentir como si estuviera

haciendo algo para mejorar la situación para todos. Era lo mejor para ti.

—Te quiero, pero debería haber puesto más de mi parte. Era más trabajo mío que tuyo. Fue demasiada presión para una niña. Siempre te has exigido demasiado. Quiero que seas feliz, Gracie. Nadie sabe mejor que yo que es necesario aprovechar cada instante y agarrarlo cuando se presente. Es posible que no regrese la oportunidad de hacerlo.

Solté otro pequeño sollozo y me lancé a sus brazos, casi pisando las malditas flores de la funda de su sillón. En mi casa no éramos muy dados a grandes muestras de afecto físico, pero en ese momento no me pude contener. Quería

muchísimo a mi padre. Fue como si me sacaran de encima una losa de diez toneladas. Y, como se vio después, había sido yo la que la había dejado allí todo ese tiempo. Lo abracé con fuerza y un minuto después me rodeó también con sus brazos. Permanecimos así un buen rato.

—Gracias, papá —le susurré al oído.

—¿Qué demonios le estás haciendo a mi padre? —gritaron desde la puerta del salón. Me incorporé con una risa.

—Estoy abrazándolo, idiota —saludé a Julia, sonriendo mientras me ponía en pie. Ella también sonrió.

—Hola, hermana mayor —me dijo al tiempo que me abrazaba con fuerza. Mi padre no era muy dado a las muestras de

afecto, pero entre nosotras lo compensábamos. Siempre estábamos pendientes de los problemas de las demás y nos apoyábamos entre las tres.

—¡Dios mío, me haces sentir bajita!
—le dije al tiempo que miraba su preciosa cara. Julia era rubia, como yo, pero había salido alta, como nuestro padre, y había crecido hasta alcanzar un metro setenta y cinco centímetros. Envidiaba sus largas piernas y su figura de *topmodel*. Además de que podía comer lo que le diera la gana.

—Audrey debe de estar a punto de llegar —decía Julia cuando escuché el golpe de la puerta y la voz de mi otra hermana.

—¡Holaaa! —llamó. Una cabeza

morena se asomó por la puerta y la bonita sonrisa de Audrey me iluminó la cara. Audrey había sacado su altura de la familia de nuestra madre, como yo, pero tenía el pelo castaño como nuestro padre. Era adorable en todos los sentidos. Prácticamente la había criado desde que Andrew murió y mi madre cambió. Me consideraba para ella más una tía que una hermana.

Atravesó la habitación corriendo y se abalanzó sobre mí, casi tirándome mientras las dos reíamos y dábamos saltitos.

Mi padre se aclaró la garganta.

Las tres nos volvimos hacia él.

—Si no os importa, *Jeopardy* empieza dentro de cinco minutos y no

podré escucharlo con vuestros cacareos.

Fui la primera en moverme.

—Claro, ven, siéntate. —Lo empujé hacia su sillón cubierto de margaritas y le entregué la cerveza que había dejado en la mesita cuando me lancé a su regazo. Después puse en la tele el canal correcto.

Miré a mis hermanas, que me observaban mientras ponía los ojos en blanco. Bueno, ya, pero algunos hábitos eran difíciles de romper. A fin de cuentas, era mi padre. Lo cuidaba, solo era eso. Por último, le puse una manta sobre las piernas antes de coger mi pequeña maleta y correr con mis hermanas escaleras arriba, riéndonos y empujándonos.

Fuimos a mi antigua habitación y ellas se dejaron caer sobre la cama. Abrí la maleta y empecé a poner la ropa en los cajones de la cómoda.

—Bien, ¿qué hay de nuevo, niñas? — pregunté.

Silencio. Me volví hacia ellas y vi que estaban intercambiando unas miradas cómplices. Puse los brazos en jarras.

—¿Qué pasa? — pregunté, con los ojos entrecerrados.

—Julia tiene que decirte algo. — Audrey esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Clavé los ojos en Julia, que parecía nerviosa.

—¿Sí? — dije, alargando la palabra al

tiempo que movía las cejas.

Ella empezó a manosear un hilo invisible en el borde de su jersey.

—Bien..., la cosa es que... he conocido a alguien.

Arqueé una ceja.

—¿Es un chico? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza, sonriente.

—Sí, es un chico.

—Bueno, y eso no es todo. Dale la gran noticia —dijo Audrey al tiempo que Julia le lanzaba una mirada de advertencia.

Me senté en la cama con ellas.

—Julia, dilo de una vez —pedí, levantando los brazos y dejándolos caer.

—Ya no soy virgen —soltó a bocajarro—. De hecho, estoy

desvirgada del todo. ¡Soy una mujer! —
terminó con una risita nerviosa.

—Su inocencia ha muerto —
contribuyó Audrey de forma reverente.

Cambié la vista de una a otra.

—Jules, ¿te preocupaba decírmelo?
—pregunté con una mueca.

—Bueno, no. Es decir, sí, un poco. —
Respiró hondo—. Sí, estaba
preocupada. Siempre has sido un poco
como una madre para nosotras y, seamos
sinceras, también eres un poco mojigata,
Gracie. Es decir, ¿tú eres virgen?
Hablamos de todo, salvo de sexo. Al
menos en lo personal. Siempre te has
mostrado tan contenida, tan centrada con
todo...

La miré fijamente mientras lo

pensaba. Bromeábamos sobre sexo. Habíamos hablado de sexualidad y tíos buenos, cosas por el estilo, pero imagino que tenía razón. Nunca había sido en lo personal. En realidad, jamás habíamos ido a fiestas ni habíamos salido con chicos del instituto, así que en realidad no habíamos tenido nada que comentar. Yo nunca le había hablado a nadie, salvo a Carson, sobre mi plan. Ese plan estúpido que ya no existía.

Respiré hondo.

—Lo siento, chicas. Tenéis razón. No he sido una buena hermana mayor en esa categoría. Debería haberme mostrado más abierta con vosotras. Es solo que... tenía un montón de ideas estúpidas hasta hace un par de meses. Ni siquiera era

consciente de lo idiotas que eran. Probablemente necesitaba ese tipo de charlas más que cualquiera de vosotras. Pero, al no estar mamá aquí..., os he tratado como bebés. Lo siento. — Resoplé y sacudí la cabeza.

—No, Grace, no queremos que te sientas mal. Siempre nos has cuidado. Te adoramos. Es solo que no sabemos cómo puedes reaccionar ante ese tipo de información. —Audrey señaló con la cabeza a Julia.

Cogí la mano de Audrey y la apreté mientras miraba a mi otra hermana.

—¿Quién es, cielo?

Ella sonrió y le brillaron los ojos.

—Se llama Evan, y trabaja en el hospital. En las oficinas de

administración. Tiene veintidós años. Llevamos saliendo tres meses y estoy enamorada de él, Grace. Enamorada de verdad. Me trata como a una princesa... Como si fuera la mujer más valiosa de la tierra —terminó con aire soñador, dejándose caer sobre la cama.

Audrey puso los ojos en blanco.

—Grace, has tenido suerte de perderte los últimos tres meses. Ha sido realmente vomitivo.

Me reí.

—Entonces, ¿disfrutas con él? — pregunté.

Julia se apoyó en los codos.

—¿Del sexo? —Se mordió un labio—. Bueno, solo lo hemos hecho un par de veces hasta ahora y..., bueno, en

realidad no. Es decir, estoy segura de que es normal... —Frunció el ceño, mirando a Audrey.

La tercera en discordia levantó las manos.

—A mí no me mires, yo soy virgen. Casta y pura. No sabría decirte si es normal o no.

Me reí, pero Julia miró a Audrey fijamente.

—No te pasa nada raro, Jules. Las primeras veces no suelen ser buenas. Luego mejora, te lo prometo. Y si estás con la persona correcta, lo que espero, puede llegar a ser increíble. Muy, muy increíble.

Las miré; me contemplaban boquiabiertas y me reí de nuevo.

—Vale, chicas, tenemos que hablar. Creo que os voy a contar algo que va a compensar tras los años que no se ha hablado de sexo en esta casa. Poneos cómodas y abrochaos el cinturón —dije más en serio, mordiéndome el labio inferior con algo de nerviosismo. Me tumbé de lado y apoyé la cabeza en la mano antes de empezar a hablar, preguntándome si esta vez conseguiría contar toda la historia sin llorar. Seguía echando de menos a Carson de una forma horrible, e incluso después de dos meses me afectaba decir su nombre—. Creo que ya sabéis que hace dos meses fui a un congreso en Las Vegas...

—Todavía no puedo creerme que te hayas alistado en la Marina, ¡jodido hijo de puta! —gritó Dylan desde la cocina mientras iba a buscar una cerveza.

—Yo tampoco, tío —me reí.

Dylan regresó al salón y me entregó la botella antes de sentarse en el otro sillón. Me estudió por encima del botellín mientras tomaba un largo sorbo, y luego apoyó los pies en la mesita del café.

—¿Vas a decírselo a tu madre? —me miró con recelo.

—No, ya sabes lo que ocurrió la última vez que estuve allí. Le enviaré una postal si consigo superar la prueba

física de los SEAL y me voy a entrenar a Coronado.

Él asintió con la cabeza. Me había visto, o más bien, había visto mi labio en carne viva después de que fuera a verla la última vez y el idiota de su novio me diera un puñetazo.

—Entonces —continuó, tomando otro trago de cerveza y cambiando de tema —, ¿alguna vez me vas a contar algo sobre esa chica con la que pasaste un fin de semana y por la que has cambiado tu vida?

Me reí.

—No he cambiado mi vida por ella.

—¡Oh, sí! Claro que lo has hecho. ¿Qué clase de vudú hizo contigo?

—Es curioso. No, es decir, no estoy

haciendo estos cambios por Grace. Lo más probable es que ni siquiera llegue a verla de nuevo. —Hice una pausa mientras el dolor que producía esa idea se apoderaba de mí. Había pensado en ponerme en contacto con ella y hacerle saber mis planes. Pero ¿y si fallaba? No. Necesitaba conseguir algo en firme antes de decirle nada a Grace—. Me he dado cuenta de que había llegado el momento de hacerlo, eso es todo. No puedo hacer porno siempre, ¿sabes? Era el momento de planear lo que quería hacer con mi vida, de seguir un rumbo.

Dylan asintió.

—No puedo estar en desacuerdo. Es decir, como tipo duro que soy, molaba tener actrices porno en las fiestas que

hacíamos en casa. —Sonrió—. Aunque tampoco es que haya habido ninguna fiesta aquí últimamente...

Me reí, pero luego me puse serio. Me llevé las manos detrás de la cabeza y me recliné en el sofá.

—Hombre, es posible que regrese el año que viene. ¿Sabes lo duro que va a ser esto?

Dylan me estudió.

—No, no volverás.

—No, en serio, las posibilidades no juegan a mi favor con respecto a convertirme en un SEAL.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Dylan antes de tomar otro sorbo de cerveza.

—Ya te he explicado todo eso del

veinte por ciento, te conté que todos los años se presentan grandes deportistas y no consiguen superar las pruebas.

—Sí, lo has hecho, pero así lo veo yo: no todo se reduce a lo bueno que seas en los deportes, a lo rápido que puedas nadar ni a lo lejos que puedas llegar en el océano aunque estés al borde de la hipotermia. —Se incorporó, retirando los pies de la mesita de café e inclinándose hacia delante en el sofá—. La cuestión es el corazón que pones en ello, y cómo te entregas, no porque alguien vaya a reconocértelo, sino por todo lo contrario, porque nadie lo ha hecho nunca y no confías en tener éxito. Los demás tipos que se presentan han sido mimados constantemente, y su vida

ha sido más fácil. Serán los primeros en dejar de intentarlo cuando tengan que depender de sí mismos. Pero tú no, porque nunca has conocido otra cosa. Y apesta, sí. Sin embargo, en este caso, tu fuerza es tu as en la manga. Yo apuesto por ti, Carson Stinger.

Cogió de nuevo la cerveza, volvió a reclinarsse en el sillón y puso los pies encima de la mesa mientras yo me quedaba mirándolo sin saber qué decir.

—¿Te he contado que también voy a hacer un cambio en mi carrera? Charla motivacional. ¡No me aplaudáis todos a la vez!

Me eché a reír.

Dylan sonrió, pero al momento se puso serio.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé. —
Levanté mi botella para brindar con él.

Ocho meses después, abril

Grace

Me senté en la penumbra, mirando el horizonte mientras escuchaba las conversaciones que las aves mantenían a mi alrededor. Sonreí cuando el resplandor amarillo en la distancia me hirió los ojos. Era como si esos pájaros supieran unos momentos antes de la gloriosa salida del sol y cantaran sus alabanzas de bienvenida. Permanecí allí sentada hasta que la bola rojiza surgió por completo desde más allá del horizonte. Pensé en Carson, como hacía

siempre cuando veía surgir el sol. Me pregunté dónde estaría, si era feliz. Pero no fui más lejos, todavía no podía permitirme preguntarme nada más.

Luego continué corriendo a lo largo del canal C&O con los otros corredores madrugadores y me fui a casa cuando acabé para darme una ducha rápida. Necesitaba café. Creo que nunca seré una persona madrugadora, pero había convertido en una prioridad ponerme la alarma y correr al aire libre en vez de en la cinta. De esta manera, podía ver la salida del sol a menudo. Me había perdido ya demasiadas.

Me graduaría en derecho a principios de verano, y los siguientes dos meses iban a ser una locura entre horas de

estudio y exámenes. Además, había pedido trabajo en Washington D. C., con la esperanza de conseguir un puesto en la oficina del fiscal. Me sentía llena de emoción al ver que la vida me llevaría en una dirección que había elegido sin más propósito que lo que yo quería hacer con ella. Encendí la cafetera e inicié el día.

Carson

—¡Sacad las pollas de la arena, sacos de mierda! —gritó el instructor Wegman. ¡Santa madre de Dios! Me gritaban de dolor todos los músculos del cuerpo. Llevábamos así casi cinco horas; era nuestro castigo por fallar en una

inspección de cuchillo durante la primera semana de entrenamiento en los SEAL. Estábamos a punto de hacer una inmersión en el mar y los instructores se pasaron para inspeccionar el equipo. Un chaleco hinchable, un cartucho de CO₂ y un cuchillo Ka-Bar. Cuando el instructor Flynn frotó mi cuchillo contra el vello de sus brazos, me miró y gritó «Fallo». «¡Joder!». Al final de la inspección, otros siete hombres y yo tuvimos que unirnos a los instructores en el Grinder, el área donde entrenábamos, a las diez en punto de la noche.

Yo ya estaba agotado después de un día de brutales entrenamientos que había comenzado a las cinco de la madrugada. Habíamos empezado con una rutina

cronometrada de ocho kilómetros solo con botas y pantalones, sobre arena blanda, que teníamos que llevar a cabo en menos de treinta y dos minutos. Corrimos sobre dunas de arena y después nadamos dos mil metros... Y eso fue antes del almuerzo.

Pero no teníamos otra opción. Los ocho nos pusimos hombro con hombro cuando los instructores se presentaron ante nosotros, mirándonos con irritación.

—Si ni siquiera se os puede confiar una pieza del equipo, ¿cómo cojones se supone que vamos a confiaros nuestra vida en el campo de batalla, sacos de mierda? —Nos quedamos en silencio mientras los instructores nos increpaban, diciéndonos lo cagados que estábamos.

Eso no estaba mal. Al menos era un pequeño descanso.

Pero entonces se desató el infierno. Nos habían dicho que corriéramos hacia la orilla, nos mojáramos y luego regresáramos en dos minutos. Cuando lo hicimos, el instructor Wegman miró el cronómetro y negó con la cabeza.

—Dos minutos y diez segundos, sacos de mierda. Por cada segundo que paséis de los dos minutos, haréis ocho rondas de flexiones. —Y empezamos la ronda de flexiones, y luego corrimos de nuevo a la orilla para tratar de regresar en menos de dos minutos. La segunda vez tardamos dos minutos y doce segundos. Así que hicimos doce veces ocho rondas de flexiones. Cada vez nos llevó más

tiempo, nuestros cuerpos eran físicamente incapaces de sobreponerse al agotamiento. Y llevábamos así cinco horas. Ahora estábamos haciendo sesenta veces ocho rondas de flexiones, apenas capaces de movernos. Cojeábamos desde el agua y solo teníamos ganas de arrastrarnos.

Cuando se me doblaron las piernas de camino hacia el agua, el hombre que iba a mi lado me agarró por la cintura y me levantó.

—Venga, arriba. Te tengo. Tómatelo con calma y date un minuto para recuperarte en el agua. De todas formas no vamos a ser capaces de hacerlo en menos de dos minutos. Así que solo debemos mantenernos en pie.

Les di a mis piernas un minuto para que dejaran de temblar y continué con él hacia la orilla.

—Gracias, tío —gemí, haciendo una mueca de dolor al notar los escalofríos en las piernas.

—Me llamo Noah.

Asentí. Solo lo conocía por el apellido, Dean.

—Yo soy Carson.

—Joder... —murmuró Noah cuando se sumergió en el agua fría y oscura del océano. Luego cerró los ojos durante un minuto y se quedó inmóvil, dejando que su cuerpo descansara. Yo hice lo mismo y, después de unos segundos, se dio la vuelta y comenzó a salir de las olas, esta vez con un castañeteo de dientes y

temblando de frío. Era patético.

—No puedo seguir adelante — confesé entre dientes, tensando la mandíbula dispuesto a impedir que temblara.

—Apuesto lo que sea a que pensabas lo mismo hace tres horas —susurró Noah—. Yo lo hice. Y, sin embargo, estábamos equivocados porque todavía estamos aquí.

Mi rostro se movió en algo parecido a una sonrisa cuando le seguí cojeando hacia el Grinder para otra tanda de flexiones. Quizá en esta ocasión un centenar de rondas de ocho.

Trastabillé cuando un compañero vomitó en la playa, a mi lado.

—Sacos de mierda, no volváis a

fallar una inspección de cuchillo —dijo el instructor Flynn, levantándose de la plataforma donde los instructores habían estado sentados toda la noche. Habíamos terminado.

Cuando comenzábamos a cojear hacia los barracones, el instructor Flynn nos detuvo.

—Esperad. Antes de entrar, debéis limpiar toda la arena que habéis traído a la zona de entrenamiento.

Una hora después, cojeamos hacia el interior para dormir una hora antes de que comenzara de nuevo el entrenamiento. Vi que Noah se daba la vuelta para irse a su habitación.

—Oye, gracias de nuevo —me despedí.

Se limitó a asentir y esbozó su propia versión de algo parecido a una sonrisa.

Cuando me sacaron de la cama una hora después, me sentía como si hubiera caído por un acantilado y me hubiera golpeado con las rocas dentadas del fondo.

«No hay ni una jodida manera de que pueda conseguir hacer esto otro día», me dije a mí mismo. ¿Cómo cojones iba a superar la semana del infierno cuando ni siquiera podía asimilar un castigo brutal durante una noche? La semana del infierno eran cinco días con sus noches como lo que acababa de soportar, probablemente mucho peores, en los que no dormiría nada. Estaba hecho polvo por haber dormido una sola hora; ¿cómo

iba a estar una semana sin dormir mientras me torturaban de forma constante? Por lo que había oído, antes de que llegara el quinto día, la mayoría de los hombres deliraban hechos polvo, y se rendían. Parecía que no estaba hecho para esto. Era una mierda.

Cojeé con intención de dejarlo. En ese momento, nada parecía más importante que regresar a la cama y tratar de no moverse. Me sentía medio loco de dolor y agotamiento.

Pero cuando salí, el sol rompía en el horizonte del océano Pacífico, frente a mí. Me quedé quieto, con los ojos clavados en esa pequeña franja de brillante color naranja. Cerré los ojos y me imaginé a Grace delante de mí

mientras la rodeaba con los brazos, como si estuviéramos contemplando la misma imagen. «Grace». Fue como si sintiera un disparo de energía que me insuflara las fuerzas que me faltaban. Suficiente como para olvidar mi decisión y volver al interior, camino de las duchas.

17

Catorce meses después, junio

Grace

Moví a un lado el correo para dejar espacio en la encimera para las ensaladas que había comprado para Abby y para mí.

Se sentó en un taburete, a mi lado, y empezó a abrir y preparar su comida.

Cogí el vaso de agua con hielo que tenía delante y lo levanté.

—Por Brian, que ha pasado el

examen... y ya es abogado —brindé—. Ahora podréis llevar un estilo de vida al que acabarás acostumbrándote.

Abby sonrió y levantó su vaso de agua para hacerlo chocar con el mío.

—Por Brian. Gracias a Dios, ha terminado de estudiar y podré estar con él. A menos, claro está, que tus horas de trabajo sean una indicación de las que va a tener él, porque si es así, da igual. No cambiaré nada.

Me reí y moví la cabeza.

—No soy tan mala —dije.

—Sí, lo eres —discrepó—. Pero por suerte no voy a tener que vivir contigo demasiado tiempo. —Me guiñó un ojo, burlándose de mí.

—Ja, me vas a echar de menos —

aseguré antes de tomar un bocado de ensalada—. Pero has elegido bien, ya lo sabes, ¿verdad? —añadí al tiempo que señalaba con la cabeza su anillo de compromiso.

Suspiró y sonrió.

—Lo sé. Es muy protector. Lo normal, siempre y cuando no me cabree por dejar la tapa de la pasta de dientes en cualquier sitio, sería que esto funcionara.

Me reí.

Abby y Brian se habían comprometido en Navidad, y pensaban casarse en septiembre. La semana siguiente era el fin de semana en que dejaríamos el apartamento que habíamos compartido. Yo había encontrado otro en

la zona de U Street Corridor, y aunque estaba un poco nerviosa por vivir por mi cuenta por primera vez, también estaba emocionada.

La última pieza en encajar en su lugar fue descubrir que Brian había pasado el examen para ser abogado. Íbamos a salir más tarde para celebrar que había aprobado.

—Ahora —continuó Abby—, lo único que tenemos que hacer es encontrar para ti un chico que no deje el tubo de la pasta de dientes sin tapar.

—¡Oh, no! Eh..., eh... Estoy demasiado ocupada. No se te ocurra pensar en buscarme pareja. El trabajo apenas me deja tiempo libre para ir al súper de forma regular. No tengo tiempo

para salir con un chico. —Pinché un tomate *cherry* y me lo llevé a la boca.

Había conseguido mi primer trabajo en la oficina del fiscal en Washington D. C. y estaba empleada en la sección de menores. No era exactamente lo que quería hacer, pero así conseguiría seguir subiendo, y en este momento había pocas vacantes y movimiento en otras secciones. Sabía que tenía suerte de estar en esta, así que me esforzaba por hacerme un nombre.

Miré a Abby, que me estudiaba con atención.

—¿Todavía piensas en él?

—¿En quién? —pregunté, aunque sabía perfectamente a quién se refería.

—Ya sabes en quién. No te escaquees

—resopló Abby.

Dejé mi tenedor en el plato y me volví hacia ella con la cabeza ladeada. No podía mentir sobre esto, y menos a Abby. Respiré hondo.

—Sí. Pero no es nada malo, Abs. No me duele. Solo me pregunto a veces cómo está, lo que está haciendo. Si alguna vez piensa en mí.

Abby me estudió.

—Mientras no sea él la verdadera razón de que al parecer hayas renunciado al resto de los hombres desde que regresaste de Las Vegas hace dos años...

Solté una risita entrecortada.

—No he renunciado a los hombres. Salí con un chico de mi clase el año

pasado.

Abby arqueó una ceja.

—Grace, tomaste un café con él cuando te lo encontraste en la calle y ni siquiera dejaste que te invitara.

Resoplé.

—Abby, coqueteamos. Fue una cita.

—Gracie, te dijo que estabas muy guapa y tú le respondiste que él también. Eso no es ligar, cariño. Yo misma tuve una conversación similar con mi abuelo cuando lo vi el mes pasado. Me contaste los detalles. No trates de fingir que fue algo que no fue.

Fruncí el ceño.

—De todas formas, no he renunciado a los demás hombres. Ya sabes que nunca he salido mucho, incluso antes de

conocer a... Antes de ir a Las Vegas. Estoy muy ocupada. En serio. De verdad, Abby, esa es la única razón. No estoy cerrada a nada. Si conozco a alguien que me atraiga de verdad, haré una excepción, ¿vale? Te lo prometo. No te preocupes por mí.

—¿Quieres decir que el macizo que vive en el bajo no te gusta? Porque sin duda tú le gustas a él.

Lo pensé detenidamente.

—No, es demasiado... guapo.

Abby arqueó una ceja.

—Y el guaperas que se acercó a ti en la hora feliz de Marvin's el mes pasado tampoco era tu tipo, ¿no?

—¡Abby! En serio, basta. Déjalo ya. Llegará la persona correcta, solo estoy

esperando que sea alguien especial. Lo sabré cuando lo conozca. Cuando lo encuentre.

Ella me miró durante un segundo con los ojos entrecerrados, pero luego respiró hondo.

—Vale —claudicó—. Si tú lo dices... De todas formas, ¿te importa si Brian llega con unos minutos de adelanto esta noche? Tenía que estar unas horas hoy en el despacho y pensaba venir directamente, pero llegará antes que yo. Solo he podido conseguir que me soltaran un par de horas antes.

Abby estaba trabajando como jefa de cocina en el restaurante de uno de los grandes hoteles del centro. Había renovado el menú por completo y el

margen de beneficio se había disparado. Estaba muy orgullosa de ella.

Negué con la cabeza.

—No, claro. Está bien. Lo estaré esperando. Ya sabe dónde está el mando a distancia.

Abby sonrió.

—Vale, te llamaré cuando esté a punto de llegar. Quiere darte un abrazo por la ayuda que le diste en sus estudios. Los dos lo apreciamos de verdad.

Agité la mano, descartando su observación.

—Casi no hice nada. Solo le ofrecí algunos consejos de alguien que había pasado por lo mismo.

Abby movió la cabeza.

—No es cierto. Él te está agradecido

y yo también.

Le sonreí. Lo cierto era que estaba orgullosa de que hubiera superado la prueba en su primer intento, no porque yo tuviera alguna responsabilidad en ello, sino porque Brian era como un hermano para mí y quería que a Abby y a él les fuera todo bien.

Abby metió la servilleta y el tenedor de plástico en el envase de poliestireno y se levantó para llevarlo a la papelera.

—De acuerdo, me voy ya. Nos vemos esta noche. Estaré en casa a eso de las siete. La reserva es para las ocho. — Cogió su bolso y el abrigo y se dirigió hacia la puerta.

—Adiós, Abs —grité. Continué comiendo el almuerzo, pero al final

solté el tenedor y lo dejé a un lado. Respiré hondo, apoyé los codos en la encimera y oculté la cara entre las manos. Me estremecí un poco cuando me invadió una sensación extraña. Las partículas que había en el aire parecieron cambiar de dirección, casi como si algo cercano las hubiera movido. Cerré los ojos y dejé que apareciera ante mis ojos la cara de Carson, clara y presente siempre en mi mente. No dejaba que su imagen apareciera a menudo. Pero por alguna razón, en ese momento, me permití esa pequeña indulgencia porque lo sentí con tanta fuerza como si estuviera conmigo en la habitación.

Después de unos minutos, me obligué

a levantarme y a recoger los restos del almuerzo. Como era sábado, después me preparé para salir por la noche.

Carson

Me senté de nuevo en la cabina y contemplé las vistas de Washington D. C. Nunca había estado, y a pesar de lo mucho que me gustaría explorar la ciudad, mi mente estaba concentrada en ese momento en otro lugar.

«Solo puedo pensar en Grace».

El corazón me retumbó en el pecho. Esto podía ser una idea muy buena, o muy mala. Había estado buscándola en whitepages.com y había encontrado su dirección, aunque su número de teléfono

era privado. Así que iba a aparecer ante su puerta con la esperanza de que quisiera verme tanto como yo quería verla a ella.

Mientras miraba por la ventanilla del avión, me pasé la mano por el pelo, que ahora llevaba muy corto, al estilo militar, y pensé en todo lo que había pasado en el último año y medio. Recordé la semana del infierno, cómo había conseguido, de alguna manera, por imposible que pareciera, sobrevivir a esos horribles cinco días en las condiciones simuladas más infernales que existían. La Marina quería asegurarse de que estaba enviando al campo de batalla a los hombres más capaces, a los que nunca se rendirían,

sin importar cuánto sufrimiento y dolor padecieran, a los que la falta de sueño no les haría vacilar. Y yo era uno de esos hombres. Todavía no me lo creía del todo.

Noah Dean y yo nos habíamos apoyado mutuamente durante esa semana. No sabía si podría haberlo conseguido sin su ayuda. Pero también había tenido que ver con Grace, y lo sabía. Noah me dijo después que él había ido comida a comida, sabiendo que podía sobrevivir lo justo para llegar a la siguiente y que se había imaginado sentado en una cafetería con un plato caliente ante él antes de enfrentarse de nuevo a la tortura. Lo entendí perfectamente. Yo había ido amanecer a

amanecer: esa brillante luz rompiendo sobre el horizonte había sido mi motivación para no darme por vencido. Recordar a Grace entre mis brazos había sido el estímulo que me había impulsado, incluso en mitad de la peor prueba física que podría haber imaginado.

Cuando el viernes por la tarde nos dijeron que la habíamos superado y nos entregaron las camisas pardas que significaban que habíamos pasado con éxito la semana del infierno, llamé a Dylan.

—No me sorprende, amigo —me dijo, y percibí la emoción en su voz.

Después de veinticuatro semanas, había terminado el BUD/S, y me

asignaron al equipo SEAL dos. Allí
ultimé el entrenamiento táctico y,
finalmente, me gané el Trident.

«Lo has hecho».

Y ahora me habían destinado a
Afganistán con mi pelotón en mi primera
misión. Podía pasar cualquier cosa, y la
única persona que quería —que quería
no, que necesitaba— ver antes de irme
era Grace. Necesitaba hacerle saber que
ella me había inspirado para hacer esto,
que había logrado algo de lo que me
sentía orgulloso. No sabía cómo sería su
vida ahora, pero necesitaba decirle que
seguía echándola de menos, incluso
después de todo este tiempo.

Solo tenía un día y medio, pero me las
había arreglado para coger un avión a

Washington D. C. antes de incorporarme a mi pelotón para volar con ellos a la misión.

El taxi se detuvo y el conductor me dijo que la dirección que le había facilitado quedaba al otro lado de la calle. «La dirección de Grace». Le pagué, me bajé y me quedé mirando el edificio de ladrillo que había al otro lado de los dos carriles que dividían la calle mientras me frotaba las manos en los pantalones, repentinamente nervioso.

Justo cuando empezaba a ir hacia el semáforo que había en el cruce, a unos cincuenta metros de donde estaba, vi que salía una chica del edificio. Era una rubia no muy alta, con pantalones vaqueros y una camiseta azul. Dejé de

andar y la miré. «Grace». El corazón me comenzó a latir al triple de la velocidad normal y la adrenalina inundó mi cuerpo. La contemplé un instante y estaba a punto de llamarla cuando vi cómo sonreía y empezaba a dirigirse con más rapidez hacia alguien. Giré la cabeza y vi que un hombre se dirigía hacia ella. Se me detuvo el corazón cuando se encontraron en la acera, él la tomó en sus brazos y la hizo girar en el aire al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás, riéndose.

—Joder... —susurré para mí mismo con un nudo en la garganta. Tenía novio. Y ¿por qué no iba a tenerlo?

Los observé mientras regresaban a su apartamento, con los brazos enlazados,

riendo y charlando. Entraron en el edificio y las puertas se cerraron lentamente a su espalda. Dejé caer la cabeza hacia delante.

Supuse que podía ir detrás de ella, pero ¿qué conseguiría? Me iba del país al día siguiente y ella estaba saliendo con otro. No serviría de nada que irrumpiera en su vida en ese momento. Aun así, dolía, y todas las esperanzas que había construido ante la idea de ver a Grace se desmoronaron a mi alrededor. Temblé al pensar en lo que podrían estar haciendo en el interior de ese apartamento. Dios, incluso después de tanto tiempo, me sentía como si ella me perteneciera.

—Eres estúpido... —me susurré.

Tenía que haber algún bar por la zona. Y alguna mujer dispuesta. ¿O hacer frente a lo ocurrido de esa manera sería como regresar a mis viejos hábitos? Seguramente. Pero, ¡joder!, todo el mundo era débil a veces. Acababa de ver cómo la chica en la que llevaba dos años pensando había entrado en su apartamento con su novio. Todo el mundo tenía un punto de inflexión. Estaba bastante seguro de que este era el mío.

Vi que se acercaba un taxi y agité la mano para llamarlo.

«Misión fallida».

18

Seis meses después, diciembre

Grace

Moví las ramas del árbol cuando me hicieron cosquillas en la nariz y me reí cuando me desplacé hacia la izquierda, más cerca de Julia. Era medianoche; ya era oficialmente Navidad, y podíamos poner los regalos debajo del árbol, bajo las luces que centelleaban entre las ramas. Lo hacíamos después de que nuestro padre hubiera puesto los

nuestros y luego nos quedábamos allí hablando durante tanto tiempo que el sueño nos impedía tener los ojos abiertos.

—Creo que Evan me lo va a proponer hoy —susurró Julia.

—¿Qué? —susurré—. Jules, ¡Dios mío! ¿Estás segura? —pregunté en un susurro un poco más fuerte que el de ella.

—Segurísima. —Noté la risa en su voz—. Me ha confirmado la hora a la que va a venir por la mañana al menos unas quince veces, y vi el nombre de una joyería en un recibo que había dejado en el coche hace un par de días, justo después lo cogió y se lo metió en el bolsillo.

—Es posible que te haya comprado un collar o algo así por Navidad — sugirió Audrey.

—Quizá, pero tengo una corazonada —suspiró Julia.

—En realidad, yo también la tengo — convino Audrey—. Ese chico está loco por ti. Me sorprende que haya tardado tanto tiempo.

Busqué la mano de Julia y se la apreté.

—Me alegro mucho por ti, Jules. Es un buen chico.

—Sí. Lo es de verdad.

Hubo un minuto en silencio.

—Dios mío —dije—, ahora sí que me voy a convertir en una solterona.

Audrey se rio.

—¿Con veinticinco años? Todavía te quedan algunos años buenos, hermanita. No te preocupes.

Negué con la cabeza, y las ramas me hicieron cosquillas en la nariz otra vez.

—Mis óvulos comienzan a marchitarse.

—¡Oh, para! —intervino Julia—. De todas formas, si quieres conocer a alguien, tienes que salir de tu apartamento y hacer algo más que trabajar. Por lo que nos has contado, es el único lugar al que vas.

Suspiré.

—Sí, sí. Lo sé. Abby también me lo dice. Pero estoy tan cansada al final del día que solo me apetece hundirme en el sofá.

Pasamos otro minuto en silencio.

—¿No has tenido más fines de semana salvajes con esa estrella porno que no nos hayas contado? —preguntó Audrey—. Aunque no sé si podría asimilar que los hubiera. Me pusiste todo patas arriba con esa historia. —Percibí la risa en su voz.

—No —me reí—. Eso nos pasó a las dos. Fue una sola vez, te lo prometo. —Me mordí el labio inferior, preguntándome dónde estaría celebrando Carson la Navidad.

Cambié de tema.

—Andrew cumpliría veinticuatro este año —comenté en voz baja.

—Sí —dijeron las dos a la vez, y volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Estáis preparadas? —pregunté antes de colarme por debajo del árbol.

Mis hermanas siguieron mi ejemplo y se movieron también. Cada una sacó la pequeña cajita que habíamos llevado; era la segunda parte de nuestra tradición familiar, que era nuestra forma de mantener vivo a nuestro hermano en nuestros corazones.

Abrí la mía en primer lugar.

—Andrew fue siempre un buen estudiante. Le dije hace dos años que pensaba que empezaría su grado ese año. Hoy estaría a punto de graduarse. —Sonreí y les mostré la orla con un gorro de graduación y un pequeño diploma. Había otros en el árbol indicando otras graduaciones que se

habrían celebrado si no hubiera muerto.

Julia fue la siguiente.

—Bueno, dije hace dos años que pensaba que seguiría los pasos de papá en la academia de policía después de graduarse. Creo que este año habría conseguido su primera distinción por su valentía en cumplimiento del deber. — Sonrió y nosotras también. Bajó su regalo, una medalla dorada donde se podía leer «felicidades».

Las dos miramos a Audrey, que abrió su regalo y lo sostuvo en alto. Era la figura de una pareja vestida de boda.

—Creo que este año habría habido dos bodas en nuestra familia —dijo con lágrimas en los ojos. Nos abrazamos, derramamos algunas lágrimas y después

de unos minutos nos tumbamos debajo del árbol y continuamos hablando entre susurros hasta que empezaron a cerrársenos los ojos y nos arrastramos a la cama.

Carson

Era el día de Navidad, el más corto del año en Afganistán. El cielo ya estaba negro y apenas eran las seis de la tarde. Nos envolvían los sonidos nocturnos del desierto en invierno. Otros cuatro SEALs y yo estábamos sentados en el suelo de tierra de una cueva abandonada en las montañas, a las afueras de Kabul.

Noah Dean, mi amigo desde la época de adiestramiento y el hombre más

tranquilo de todos nosotros, estaba asignado en el mismo pelotón. Cuando Noah tomaba la palabra, todos le escuchábamos; sabíamos que si perdía el tiempo en decir algo, era importante. También estaba Josh Garner, de Dallas; un chulo de mierda si te fiabas por su fachada, pero un hombre al que podías confiar tu vida si era necesario. Lo sabía porque, en varias ocasiones, había tenido que hacerlo. Además contábamos con Leland McManus, el teniente, hijo de un magnate que poseía casinos en Las Vegas, y con Eli Williams, al que apodábamos el Predicador, porque siempre nos estaba contando algo profundo, a pesar de que le gustaba hablar lo justo, como a todos los demás.

Acabábamos de abrir nuestros *packs* de supervivencia y disfrutábamos de nuestra fiesta de Navidad particular. Josh levantó una cucharada de lo que parecía estofado de carne y se la metió en la boca.

—Salud, cabrones. Feliz Navidad de los cojones —dijo con la boca llena.

Todos nos reímos por lo bajo e hicimos chocar nuestros vasos de café instantáneo.

—Feliz Navidad —murmuramos.

—¡Dios! —gimió Eli, inclinando la cabeza hacia atrás—. Esto es mejor que el pavo y la salsa de mi madre.

—Tu madre debe de cocinar pura mierda —intervino Leland.

Eli asintió.

—Sí, me dio un poco para ti, ¿no es así, imbécil? Feliz Navidad. Considéralo tu regalo.

Noah y yo movimos la cabeza; yo me reí por lo bajo y Noah sonrió.

—Lo primero que pienso hacer cuando regrese a Estados Unidos es comerme la hamburguesa con queso más grande y jugosa que existe, quizá incluso dos —dije, mirando con recelo el plato de fruta.

—Lo primero que pienso hacer cuando regrese es regalarme el coño más grande y jugoso, quizá dos —dijo Josh, llevándose una cucharada de arroz a la boca.

Eli hizo un sonido de disgusto.

Josh lo miró.

—¿Qué? No me digas que, como estás casado, estás deseando llegar a casa y jugar una buena partida de damas con ella.

Eli soltó una carcajada.

—No, pero no me refiero a hacer el amor con mi mujer en términos vulgares. Mira, la intimidad con una mujer de la que estás enamorado es una experiencia única. No sabes de qué hablo, y lo siento por ti.

Josh se quedó en silencio durante un instante, con una expresión de horror en la cara.

—Hombre... Eso es precioso. ¿Sabes? Cuando volvamos a casa, hay un programa que seguramente te pagará una pasta para que participes. Se llama

Los monólogos de la vagina. Es posible que te guste verlo.

Todos nos reímos, incluso Eli, pero este terminó la conversación con un «Jódete, tío».

—Podría... enseñarte, explicarte lo que significa «hacer el amor». Podríamos poner algo de Sade y hablar de nuestros sentimientos.

«¡Booom!»

Todos nos sorprendimos y nos quedamos en silencio, mirándonos unos a otros antes de empezar a hacernos gestos con las manos y los ojos para movernos.

Estalló un tiroteo no demasiado lejos, y todos dejamos la comida para ir a por las armas. La batalla había comenzado.

19

Un año y siete meses después, julio

Grace

—¡Mierda! —maldije entre dientes cuando cedió el fondo de la caja de libros que llevaba por el pasillo hacia mi nuevo despacho y los libros cayeron al suelo enmoquetado con un ruido sordo.

Dejé el cartón vacío en el suelo, me puse en cuclillas y comencé a apilar los libros para poder llevarlos al escritorio.

No podía creer que estuviera de nuevo en Las Vegas, Nevada, para ocupar mi nuevo puesto.

Cuando me resultó evidente que conseguir que me trasladaran desde la sección de menores de Washington D. C. iba a llevar más tiempo del que pensaba, había comenzado a enviar solicitudes a otras ciudades. No tenía demasiadas esperanzas, pero me había visto sorprendida cuando recibí una respuesta de la oficina del fiscal en el condado de Clark. Después de un proceso que incluyó una larga entrevista, me ofrecieron un puesto de fiscal en la división criminal del Condado de Clark, con sede en Las Vegas. «Mi trabajo soñado». Trabajar en Las Vegas

resultaba... extraño. No estaba segura de cómo me iba a afectar estar de vuelta en la ciudad donde había pasado aquel fin de semana que me cambió la vida. Pero tampoco era como si Carson viviera aquí. Él vivía en Los Ángeles, y, por lo que yo sabía, no había ninguna razón para sospechar que no lo siguiera haciendo. Sin embargo, simplemente pasar por delante del Bellagio cuando me desplazé a la ciudad para realizar la entrevista personal hizo que sintiera un millón de mariposas en el estómago. Tenía que creer que esa reacción se desvanecería con el tiempo, ya que, después de todo, habían pasado casi cinco años desde aquel fin de semana. Había ocurrido solo porque era la

primera vez que regresaba y se me habían removido recuerdos lejanos. Eso era todo. Muy pronto, lo tendría tan visto que no sería más que otro hotel del Strip.

Por otro lado, era divertido estar aquí de nuevo porque, en parte, este trabajo que me había llevado de vuelta a Las Vegas era una consecuencia directa de ese fin de semana con Carson. Era él quien me había animado a seguir mis propios sueños, a hacer lo que me hiciera feliz. Y al final, donde había terminado...

«La vida es salvaje».

—¿Puedo ayudarte en algo? — preguntó una voz masculina. Alcé la vista y me topé con los sonrientes ojos

más azules que hubiera visto nunca.

Curvé los labios y recogí uno de los dos montones de libros que había hecho antes de levantarme.

—Gracias, sería estupendo —dije.

Se inclinó y cogió el resto de los libros para seguirme a mi despacho, que quedaba a menos de quince metros por el mismo pasillo. Dejé el montón que llevaba sobre el desordenado escritorio y me imitó.

Me volví hacia él frotándome las manos en los muslos, cubiertos con unos vaqueros, y le tendí la mano.

—Grace Hamilton —me presenté con una sonrisa.

—¡Oh! He oído hablar mucho de ti, Grace. Todo bueno. Bienvenida a bordo.

—Su hermoso rostro se arrugó en una cálida sonrisa mientras me estrechaba la mano—. Soy Alex Klein. Soy otro de los fiscales.

—Encantada de conocerte, Alex. Me alegro de estar aquí. —Sonreí de nuevo. Al parecer, Alex y yo intercambiábamos un montón de sonrisas. Di un paso hacia mi escritorio y lo miré. Volvió a curvar los labios, y esta vez acabé soltando una risa al tiempo que sacudía la cabeza. Él también se rio.

—Bueno, Grace, te dejo sola para que termines de instalarte. Estaré trabajando hasta tarde y voy a pedir una pizza. ¿Te apetece compartirla conmigo? —Hizo un gesto hacia el pasillo, señalando donde estaba su despacho.

Me di la vuelta mientras se dirigía hacia la puerta.

—Oh..., um...

—Te podría informar de quién es quién por aquí. —Sonrió de nuevo—. Así podrás quedar bien con todo el mundo y todo eso.

—Está bien. Claro, Alex. Gracias.

—¡Genial! Te avisaré cuando llegue la pizza. —Y dicho eso, se dio la vuelta para regresar a su despacho. Lo vi alejarse sonriendo para sí mismo. Cuando llegó a la mitad del pasillo, miró por encima del hombro. Yo solté una risita y me di la vuelta. Seguí desempaquetando mis pertenencias con una sonrisa.

Carson

Cerramos, Leland se puso un dedo sobre los labios y señaló hacia la izquierda con la cabeza para indicarnos que el objetivo estaba en la habitación de al lado. Todos asentimos antes de movernos; ninguno hizo ruido. Josh contó con los dedos mientras estábamos de pie a ambos lados de la puerta, y giramos cuando le dio una patada al llegar a tres. La puerta se abrió hacia dentro y avanzamos como una unidad, sorprendiendo a cuatro hombres armados, pero sentados en sillas, con los pies en alto. Era evidente que no esperaban problemas.

Les disparamos antes de que pudieran

levantar sus armas, matándolos de forma instantánea.

Había otra puerta, más pequeña, en el fondo de la habitación, y cuando Josh la abrió con otra patada, nos movimos de inmediato. Había un hombre acurrucado en el suelo, en una esquina.

—¿Mehran Makar? —preguntó Eli.

El hombre entrecerró los ojos, maldiciendo y llamándonos sucios cerdos, y Eli le disparó, acabando también con su vida. Quizá fuera demasiado frío por mi parte, pero no sentí nada. Habíamos completado la misión.

Limpiamos el resto de la habitación, bajando un poco la guardia cuando estuvimos seguros de que no quedaba

nadie más. Nos habían dicho que solo había cuatro guardas, pero no podíamos fiarnos al cien por cien hasta que no lo comprobáramos por nosotros mismos.

—¿Todo limpio? —preguntó Noah al regresar de la habitación.

—Sí —respondí—. ¿Todo despejado en el frente?

—Sí. Lo comprobaremos de nuevo. —Había un pequeño edificio detrás del almacén más grande, que ahora cubría Leland. Había solo una puerta y no tenía ventanas, así que no era posible que escapara nadie. Pero teníamos que ir con cuidado por si estuviera esperándonos alguien en el interior.

Diez minutos después, habíamos abierto la puerta y entrábamos en la

pequeña estructura. Parecía desierta.

Josh encendió la luz accionando el interruptor en la pared. Leland y yo contuvimos el aliento. Noah maldijo por lo bajo.

—Joder —murmuró Eli—. Qué hijos de puta...

Al fondo de la sala había el mayor alijo de armas que hubiera visto en mi vida: misiles tierra-aire rusos y granadas propulsadas. Era un puto arsenal.

—¡Dios! Ese hijo de perra tenía planes serios —comentó Josh.

Todos nos quedamos inmóviles al escuchar un pequeño susurro en la parte posterior. Cuando examiné la pared del fondo, vi una pequeña puerta junto a las

estanterías que contenían el armamento. Casi se confundía con la pared.

Hice un ademán con la cabeza a los otros hombres, asegurándome de que la veían, y nos movimos todos a la vez.

Noah dio una patada a la puerta en el mismo momento en que Josh alumbró con la linterna aquel espacio negro. Todos retrocedimos ante el olor.

—¡Dios! —dijo Josh entre toses.

Lo que apareció ante nuestros ojos parecía sacado de una película de terror.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Noah en voz baja.

Levanté la cabeza, que tenía apoyada en los brazos, sobre las rodillas, y lo

miré.

—Imagino que lo estaré. ¿Y tú?

Vi que subía un poco la barbilla al tiempo que me guiñaba un ojo.

—Igual.

Asentí con la cabeza y miré a los otros cuatro hombres que subían por la pendiente rocosa hacia nosotros.

—El otro equipo llegará aquí dentro de veinte minutos —dijo Eli.

Cuando nos llamaron la noche anterior, habíamos recibido la orden de permanecer vigilando el cargamento hasta que llegara otra unidad a hacer un inventario. El sol estaba ya en lo alto del cielo.

Noah y yo asentimos.

—Se supone que debemos estar en el

punto de encuentro en seis horas — comentó Noah en voz baja al tiempo que levantaba la radio.

—Entonces debemos estar listos para partir en cuanto llegue el otro equipo — replicó Leland, sin emoción en la voz. Había en sus ojos una mirada distante que no me gustaba. Incluso Josh estaba sombrío, y Leland le daba palmaditas en la espalda mientras caminaba a su lado.

Media hora después, pasábamos el relevo a la segunda unidad y estábamos preparados para irnos. Me puse en pie, levanté mi equipación y me la colgué a la espalda al mismo tiempo que mis compañeros. Empezamos a andar. Solo miré atrás una vez.

Nos llevó más tiempo del que pensábamos recorrer la distancia hasta el punto de extracción, y todavía nos faltaba una hora cuando el sol comenzó a ponerse en el desierto. En esa época del año las temperaturas nocturnas caían con rapidez en Afganistán. Nuestra respiración formaba nubecillas blancas en el aire mientras caminábamos en silencio, todos conscientes de nuestro entorno, como nos habían entrenado, pero perdidos en nuestros pensamientos.

De pronto, Josh, que era quien iba en cabeza, se detuvo y levantó la mano para indicar que nos quedáramos quietos. Nos pusimos a escuchar y, al no oír nada, avanzamos de nuevo. Unos cientos de metros más adelante, Josh se detuvo

de nuevo, así que preparamos nuestras armas. Estábamos entrenados para saber que una corazonada basada en el chasquido de un palo en el desierto podía ser casualidad, pero dos no lo eran. Nos movimos de forma que quedamos espalda contra espalda, y giramos en círculo muy despacio, con los ojos entrecerrados, para intentar ver lo más lejos posible en la distante oscuridad.

—¡Mierda! —gruñó Leland cuando sonó un disparo y se le dobló la pierna, cayendo a mi lado.

El resto fue un caos, entre tiros, sangre, explosiones y dolor. Mucho dolor.

Oí que alguien se quejaba en la

lejanía y por un segundo recobré la lucidez, pero el nuevo sonido de una explosión me nubló el cerebro al tiempo que me levantaba del suelo, donde había terminado de alguna manera.

Leland estaba a mi lado y vi al momento que su pierna estaba en mal estado. Tenía un hueso roto y casi sobresalía por su piel mientras él gemía y trataba de arrastrarse hacia mí.

Me empujé desde la tierra y me mordí el labio para contener los gritos de agonía. Tenía las manos llenas de sangre y ampollas, con la piel colgando en varias partes. Me atravesó una inyección de adrenalina y me puse en pie de golpe para levantar a Leland por debajo de los brazos y cargar su peso en mis

antebrazos mientras lo arrastraba lejos de los disparos que todavía golpeaban las rocas a nuestra izquierda. Allí parecían estar Eli, Josh y Noah, que gritaban y respondían al fuego enemigo. Había demasiado humo para que pudiera ver lo que estaba pasando. Mi labor en ese momento se centraba en conseguir apartar a Leland de la línea de fuego. A medida que me alejaba, me tropecé con algo, y me estremecí con extrañas sacudidas. Luché para mantenerme en pie a pesar del peso de mi compañero y, un segundo después, continué el movimiento.

Leland gruñó de dolor mientras lo arrastraba conmigo, y mis propios sonidos de esfuerzo se mezclaban con

los de él. Miré hacia atrás y vi una roca bastante grande; pensé que los dos podíamos resguardarnos detrás, así que aumenté la velocidad. Alcancé mi objetivo unos segundos más tarde, y dejé a Leland en el suelo antes de derrumbarme a su derecha. En ese momento una ráfaga de balas arrancó la parte superior de la roca y un montón de pequeños fragmentos de piedra llovió sobre nosotros, que nos cubrimos la cabeza.

Leland me miró, pálido y sin expresión en la cara, antes de volver a desmayarse. Vi más sangre por su ropa y la abrí como pude. Gracias a Dios, pude bajar la cremallera.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —gruñí. Le

habían disparado también en el pecho y la sangre se extendía lentamente, empapando su camisa. Bajé la mirada a mis manos destrozadas, tan hinchadas ahora que resultaban inútiles. Me incliné sobre él, ejerciendo presión sobre la herida con los brazos mientras cerraba los ojos. Pensé en lo único que me traía sosiego: la salida del sol. En mi mente, lo imaginaba subiendo lentamente por el horizonte, bañando el mundo de luz y esperanza.

Todo flotaba a mi alrededor. Oí el sonido de las hélices un helicóptero y más disparos, seguidos de gritos, otra explosión y, por fin, el silencio. Bajé la vista. Ahora tenía los brazos empapados con la sangre de Leland. Si seguía

perdiendo más, no sobreviviría.

Aterrizó el helicóptero y oí pasos que corrían hacia nosotros.

—¡Aquí! —grité lo más alto que pude —. ¡Un médico! —¿Por qué me sentía tan condenadamente frío y cansado? ¿Por qué el SEAL que se arrodilló delante de mí parecía moverse cada vez más rápido, a través de un largo túnel? Parpadeé, la cabeza me pesaba sobre los hombros.

—Él está herido también, está herido... —¿Quién? ¿Quién estaba herido? Fue lo último que oí. El mundo se oscureció a mi alrededor.

20

Tres meses después, octubre

Grace

Me miré el diamante que tenía en el dedo con una pequeña sonrisa antes de recoger el documento en el que había estado trabajando.

Oí un golpecito en la puerta de mi despacho.

—¡Adelante!

La puerta se abrió para dar paso a Alex, que cerró a su espalda.

—Hola, mi preciosa prometida —me dijo.

—Hola —repose sonriendo, pero sin levantarme.

Rodeó la mesa hasta colocarse detrás de mi silla y me puso las manos en los hombros para empezar a darme un masaje. Luego se inclinó y me besó la coronilla.

—Ohhh... —gemí al momento—. No pares, qué gusto...

—¿Has terminado ya? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—No. Creo que tengo para una hora más.

—Te esperaré. Podemos ir a cenar juntos.

—Está bien. Te iré a buscar cuando

haya terminado. —Miré por encima del hombro y le sonreí.

Me besó en la coronilla una vez más y luego se fue hacia la puerta, que cerró después de salir.

Bajé de nuevo la vista a mi anillo. Todavía no me había acostumbrado a verlo allí, ya que solo llevaba tres días prometida con Alex.

Me recosté en la silla, pensando en el torbellino que habían sido los últimos tres meses. Me había acostumbrado pronto al nuevo trabajo, que me encantaba, y había conocido a Alex, mi dulce Alex. Solo llevábamos saliendo tres meses, pero, como les había dicho a Abby y a mis hermanas, cuando se sabe, se sabe. Tenía ya veintisiete años, sabía

lo que quería. Así que cuando Alex se puso de rodillas ante mí durante una cena en Joël Robuchon, le había respondido que sí al instante. No habíamos fijado todavía la fecha, pero pensaba en una boda en otoño. Miré el anillo durante un rato y luego me concentré en el trabajo.

Carson

Me bebí lo que quedaba en la botella de cerveza y la dejé en la barra, delante de mí. Leland, sentado a mi derecha, con las muletas apoyadas en la barra junto a él, le hizo un gesto al camarero para que nos pusiera dos botellas más.

El camarero levantó el pulgar hacia

arriba.

—Tranquilo, hombre —dijo el joven con una sonrisa.

Leland asintió y me miró.

—La última vez que oí esas palabras, estaba en un helicóptero escupiendo sangre. —Se rio entre dientes.

Me uní a su risa sin humor.

—Sí. No puedo decir que me acuerde mucho de ese vuelo.

Permanecimos en silencio un minuto antes de que el camarero nos pusiera las cervezas. Asentí como agradecimiento.

—Por lo tanto, Carson —dijo Leland —, ¿has decidido ya si vas a pedir que te licencien? —Me miró con cautela, mientras tomaba un sorbo de cerveza.

Cerré los ojos un instante.

—Creo que me voy a quedar — confesé, pensando en lo agradecido que estaba a la Marina de que me hubiera dejado elegir. Según parecía, la bala que me había alcanzado en el pecho casi dio en el corazón. Un centímetro más a la derecha y hubiera muerto en el acto. Las quemaduras que tenía en las manos casi habían cicatrizado, a excepción de unas pequeñas cicatrices en algunos dedos y en las palmas, aunque el daño en los nervios llevaría más tiempo. Tardaría por lo menos un año antes de poder disparar un arma correctamente. Podía quedarme en la base, limpiando el armamento mientras mis compañeros iban y venían, pero eso era todo. No tenía más opciones.

Leland no había tenido tanta suerte. Le habían curado las heridas internas provocadas por las balas, pero su pierna estaba tan malherida que le habían licenciado sin elección. Al menos no la había perdido. Siempre cojearía un poco al andar, pero volvería a hacerlo sin ayuda.

Leland asintió. Parecía como si estuviera sumido en sus pensamientos. Por fin, se volvió hacia mí.

—¿Tomarías una decisión diferente si tuvieras un buen trabajo esperándote? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—No me preocupa encontrar trabajo cuando regrese. Siendo SEAL, imagino que podré hacer muchas cosas. Voy a

tener que averiguar cuáles. Tú también tienes la oportunidad.

Él asintió con la cabeza.

—La cosa es que yo ya tengo trabajo al que incorporarme. Mi padre quiere que dirija el hotel cuando regrese. Sin embargo, he estado pensando mucho durante estos tres últimos meses, y sé que tú también. —Se pasó la mano por el pelo oscuro—. Mierda, he pensado en muchas cosas, sobre todo en ti, diciendo que teníamos que hacer algo. Fuiste el primero en mencionarlo en voz alta.

Se quedó en silencio durante unos instantes mientras yo asentía, sabiendo lo que había dicho y lo que significaba.

—Si me escuchas un momento, es posible que te haga una oferta de trabajo

que no podrás rechazar —continuó en voz baja.

Me reí.

—Ya tengo mi trabajo ideal, Leland. Lo sabes.

Me estudió durante un rato.

—¿No lo harías ni siquiera por Ara?

Me quedé helado. Había captado mi atención. «Ara. La dulce Ara». Sabía que haría cualquier cosa por ella. Todos lo sabían.

—Te estoy escuchando —dije en voz baja. Y él empezó a hablar.

LA PALOMA

21

Dos meses después, diciembre

Grace

Entré en el despacho de mi jefe y sonreí mientras me sentaba en la silla que había al otro lado del escritorio.

—Grace... —me recibió con una sonrisa.

Lawrence Stewart era el fiscal del condado de Clark, un hombre grande, con mirada amable y sonrisa fácil. Se lo consideraba justo y, por lo general, era

fácil trabajar con él, a pesar de que podía ser un poco suyo. Yo no tenía ninguna razón para ir contra él, aunque también sabía que debía elegir mis batallas con inteligencia.

—¿Cómo estás, Larry? —pregunté. Me había pedido que le tuteara el primer día que hablamos, durante la entrevista telefónica.

—Bien, bien, ¿y tú? ¿Cómo va esa boda?

Sonreí.

—Ni siquiera hemos fijado una fecha todavía. Ya sabes, tenemos un jefe esclavista y controlador.

Se rio, una pequeña carcajada que lo hizo estremecer.

—Probablemente tendréis libre algún

fin de semana.

Curvé los labios.

—Vale, entonces, organizaremos algo.

Al principio me había puesto muy nerviosa que la gente del trabajo supiera que Alex y yo estábamos saliendo, sobre todo porque era nueva. Pero en una reunión del equipo, dos meses después de empezar a salir, Larry se había acercado a mí.

—Alex es un buen chico —me había dicho con calidez—. Me alegro de que seáis amigos.

Después de esto, todavía no anunciamos públicamente que estábamos saliendo, pero supe que no estaría mal visto. De hecho, todos los compañeros se alegraron cuando anunciamos nuestro

compromiso.

Era fácil trabajar con Alex a pesar de estar comprometidos. No vivíamos juntos todavía, lo que seguramente ayudara también, pero pensaba que todo funcionaría muy bien cuando ocurriera, tanto en la oficina como en el hogar. Alex era tolerante y tranquilo, muy de dejarse llevar. En la sala del tribunal ofrecía confianza, y su récord de victorias lo demostraba.

Larry se reclinó en el sillón.

—Bien, te he llamado por el asesinato de hace dos noches, Grace. La policía encontró a una chica con un disparo en la cabeza, en la cuneta de la carretera del Red Rock Canyon.

Palidecí. Conocía la zona. Había

estado allí una vez...

—¿Se encontró alguna evidencia en la escena? —pregunté.

—Un montón. La policía obtuvo la huella de una pulsera que llevaba la víctima. Y ella sostenía una piedra ensangrentada. Siguieron el rastro de la impresión hasta... —cogió un papel del escritorio y leyó—: Joshua Garner, veintiocho años. Recientemente fue dado de baja en la Marina, donde sirvió como SEAL durante casi diez años. Acababa de integrarse de nuevo a la vida como civil. Se trasladó aquí hace un par de años. No tiene familia en la zona. Cuando la policía fue a su casa a detenerlo, se encontró con que tenía una herida en la cabeza que encajaba con la

roca manchada de sangre que la víctima tenía en la mano. Comprobaron que la sangre era del señor Garner, por no mencionar que la bala que le dispararon a la chica procedía de su arma. Lo detuvieron ayer por asesinato.

Fruncí el ceño y jugueteé con el bolígrafo que estaba usando para anotar la información que me estaba proporcionando en un bloc que apoyaba en mi regazo. Este caso era lo más perfecto que podía esperar obtener como fiscal.

—¿Ha confesado?

—No. Se ha acogido a la quinta enmienda.

«Así que no es posible hablar con él».

—¿Dónde trabaja?

Larry miró el papel de nuevo.

—Trabaja en la seguridad del nuevo hotel del Strip. En el Trilogy.

Lo conocía. Era un hotel de lujo con tres torres. Había oído hablar de lo suntuoso que era. Anoté el nombre y luego lo miré.

—¿Sabemos quién es la chica?

Negó con la cabeza.

—No llevaba ninguna identificación y no ha aparecido en ningún informe de personas desaparecidas. Parece hispana, entre la adolescencia y los veinte años. Seguramente ilegal. Todas las fotos de la escena del crimen están aquí —dijo, tocando un fichero que había frente a él.

—Quizá era una prostituta y algo fue

mal —sugerí en voz alta.

—Podría ser. Fue lo primero que pensé. Pero no hay evidencias que apunten específicamente a eso. No hay todavía informes de la autopsia. Te he dicho todo lo que sabemos. Ahora que estás cerrando el caso Montega, quiero que trabajes en este. Será tu primer homicidio, pero sé que estás lista para el trabajo. El gran jurado será el viernes.

Sonó su teléfono y echó un vistazo a la pantalla.

—Tengo que cogerlo. —Deslizó el fichero hacia mí, lo cogí y me levanté.

Asentí.

—Gracias, Larry. No te defraudaré.
—Me di la vuelta para salir de la

oficina.

—Sé que no lo harás.

Sonreí y asentí de nuevo antes de cerrar la puerta.

Regresé a mi despacho y me senté ante el ordenador. Llamé a homicidios y pregunté por el detective a cargo del caso. Era la detective Powers, y podía reunirse conmigo al cabo de media hora, así que concerté una cita.

Apagué el ordenador y empecé a colocar los papeles cuando entró Alex.

—¿Cómo está mi preciosa chica? ¿Puedo llevarte a comer? —preguntó, apoyándose en mi escritorio y sonriéndome.

—Me gustaría. Pensaba que tenía el día cerrado, pero acabo de recibir un

nuevo caso y he conseguido que empiece a moverse. Larry me ha dado mi primer homicidio. —No tenía derecho a que eso me hiciera demasiado feliz: después de todo había muerto una joven. Pero estaba muy emocionada de que Larry pensara que era lo suficientemente competente para manejar la situación. Hasta el momento, solo me había encargado muchos casos con delitos graves, pero este era el primero que implicaba un asesinato.

Alex arqueó las cejas.

—No me sorprende. Eres muy buena. Voy a tener que irme con unos testigos esta noche, pero mañana por la noche cenamos juntos y me pones al día.

Me levanté, le rodeé el cuello con los

brazos y miré sus ojos amables.

—Me parece bien —dije.

Él me dio un rápido beso en la frente y me soltó para acercarse a la puerta silbando. Me reí mientras cogía el bolso y el abrigo del perchero y le lancé un beso por encima del hombro antes de dirigirme hacia las escaleras.

Me monté en mi coche, un Honda Accord blanco, y me dirigí al departamento de policía, donde me senté con la detective Powers para que me contara los detalles sobre el caso, asegurándome de que los testigos estaban listos para el gran jurado. Palidecí al mirar las fotos de la chica muerta, con un agujero de bala en mitad de la frente. Había visto anteriormente

fotos de escenas de crímenes violentos, pero esta vez me sentí presa de una feroz sensación de responsabilidad. Era mi trabajo obtener justicia para esta chica. Se me puso un nudo en la garganta cuando leí los horribles detalles. Ninguna vida debía terminar de esa manera.

—Si alguna vez se acostumbra a ver este tipo de cosas, será el momento de retirarse —comentó la detective con cierto matiz de humor en la voz. Pero sus ojos estaban serios. Me gustaba aquella mujer. Tenía unos cuarenta años y llevaba el pelo corto y rubio, algo que favorecía sus rasgos. Era directa pero amable.

Esbocé una pequeña sonrisa.

—Estoy de acuerdo. Que sea tan joven hace que todo sea peor —dije en voz baja, cerrando el archivo y empujándolo lejos de mí—. Detective, ¿podría...?

—Por favor, llámame Kate —me pidió con los labios curvados con calidez.

—De acuerdo, Kate —sonreí—. ¿Se baraja algún móvil?

—Todavía no. Pero todavía no he podido entrevistar a un par de personas que pueden ser útiles para el esclarecimiento del estado de ánimo del señor Garner, entre otras cosas.

Asentí.

—Bueno, parece que disponemos de muchas pruebas que presentar al gran

jurado el próximo viernes. No creo que tengamos ningún problema para conseguir una acusación.

—No, no habrá problema. Si tienes alguna pregunta, llámame, pero, por lo demás, creo que estamos en sintonía. ¿Nos vemos en el juzgado?

—Sí, me parece bien. Gracias por reunirte conmigo. Sé que tienes una agenda apretada.

—No pasa nada.

Las dos nos pusimos en pie y nos dimos la mano. Luego me acompañó a la puerta. Allí le di las gracias de nuevo y me dirigí a mi despacho. Tenía dos días para preparar el caso para el gran jurado.

Entré en el despacho de Leland y cerré la puerta. Él estaba hablando por teléfono, pero cuando me vio, le dijo a quien fuera que tenía que colgar.

Me senté en la silla, frente a él, y apoyé los codos en las rodillas. Me pasé la mano por el pelo, que había mantenido corto incluso después de licenciarme en la Marina.

—¿Alguna novedad? —preguntó Leland, mirándome con recelo.

Negué con la cabeza al tiempo que tensaba la mandíbula.

—No. Ninguna.

Leland se quedó quieto.

—Está bien. Pero estamos de acuerdo

en que no podemos visitarlo. Es demasiado arriesgado. E incluso aunque enviáramos a alguien, está vigilado. Josh no podría decirnos nada.

Dejé escapar un suspiro de frustración.

—Lo sé. Tenemos que esperar a que se fije la fianza. ¡Joder! Siempre hemos funcionado como una máquina bien engrasada. ¿Qué cojones ha pasado esta vez?

Leland frunció el ceño mientras daba ligeros toques en el escritorio con el bolígrafo. Yo sabía que si algo le ocurría a Josh —¡joder!, a cualquiera de nosotros—, Leland iba a pasarlo mal. Era él quien nos había ofrecido esta operación.

—Se jodió, eso pasó —murmuró él, mirando por la ventana el horizonte de Las Vegas al mediodía.

Emití un suspiro y me recliné en la silla.

—Leland, es una situación que ha salido mal, jodidamente mal, pero sabíamos el riesgo que corríamos.

Lo vi respirar hondo antes de clavar de nuevo los ojos en mí.

—Sí. —Pasó un minuto antes de que continuara—: Josh sabrá que volvimos por él, ¿verdad?

—Claro que sí. Conoce la consigna. ¡Joder!, se lo hemos demostrado bastantes veces a lo largo de los años.

—Hice una pausa—. Sí, lo sabe.

Leland frunció los labios mientras

seguía dando golpecitos con el bolígrafo.

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Bien, es evidente que la operación se detiene. No debemos llamar la atención. No pueden vernos juntos. Seguimos tratando de determinar la ubicación de Bakos, porque no puede ser responsable nadie más. Y lo haremos antes de que empiece a juntar las piezas y nos convirtamos en sus objetivos.

Leland me estudió.

—Bueno, ¿por qué cojones dijiste que iba a ser un juego de niños? Mierda, ¿eso es todo? —Se rio sin humor.

—Sí, ya casi lo tenemos. —Solté una risita.

Los dos permanecemos en silencio un

rato.

—¿Alguna idea de por qué le ha puesto a Josh esta trampa en lugar de dispararle a la cabeza?

—Me imagino que le habría disparado si hubiera sabido quién era. No llevaba ninguna identificación que lo incriminara, pero como lo han detenido, no solo se vuelve todo más difícil, sino que además lo han fichado. Es decir, tengo que reconocerle el mérito.

Leland resopló.

—Maldita sea, lo hemos subestimado. Negué con la cabeza.

—No. Nos ha pillado.

—Bueno, sí, y eso no ha ayudado. Así que ahora es solo un juego de paciencia.

—Sí, ahora es un juego para ver quién

tiene más paciencia. Haremos lo posible.

—¿Has hablado ya con la detective?

—Todavía no, pero tengo una cita con ella el viernes. No podía hacer otra cosa. Sin embargo, te agradecería que llamaras por teléfono a mi despacho para que pueda interrumpir la reunión. Si quiere reunirse más tiempo conmigo, tendrá que citarme en la jefatura. —No se lo iba a poner fácil, y tenía buenas razones: yo también estaba involucrado.

Él asintió con la cabeza.

—No hay problema. ¿Sabe que estuviste sirviendo en la Marina con Josh?

—Sí, en realidad no me quedó más remedio que decírselo. Me imaginé que

resultaría sospechoso que no lo dijera y luego se descubriera.

Leland frunció el ceño.

—Seguramente.

Lo observé, pensativo.

—¿Bakos habrá descubierto ya que servimos en la Marina con Josh?

—No veo cómo, pero una vez más: tenemos que encontrarlo antes de que tenga tiempo para reunir información que no tiene. Va a seguir de cerca la investigación. Es uno de los protocolos normales de la policía, preguntar al jefe del acusado en su lugar de trabajo. Con suerte, no despertará el interés de Bakos y no se acercará.

—Sí, esperémoslo.

—He reforzado la seguridad en todo

el hotel. Nadie entrará aquí para hacer preguntas sin que nosotros lo sepamos.

Leland siguió en silencio durante un tiempo antes de asentir.

—Gracias.

Moví la cabeza y me levanté para irme.

—¿Cómo va todo en la planta cuarenta y cinco?

—Sin novedad. Dylan sigue cuadrando vuelos y papeleo. Dijo que lo han programado todo para mañana. Sin embargo, nuestra prioridad es Bakos y cómo se ha fijado en nosotros.

—Vale, vale... —dije—. Mantenme informado.

—Lo haré. Gracias, Carson.

Me dirigía hacia la puerta cuando

entró Dylan.

—Hola. Hablando del genio de la informática... Dime que tienes algo —pedí.

Dylan se había trasladado a Las Vegas hacía un mes, cuando nos dimos cuenta de que necesitábamos a alguien para ayudarnos con la parte informática de la operación, alguien en quien pudiéramos confiar.

—Todavía no. Ese hijo de perra se mueve demasiado. —Frunció el ceño—. Aunque tengo algunas ideas. Solo que nos llevarán su tiempo.

Asentí.

—Sí, es un juego de paciencia —comenté mirándolos a los dos—. Un puto juego de paciencia.

Dylan me dio una palmada en la espalda.

—Tengo algunos programas trabajando en ello, así que estoy programando los vuelos en este momento. Sin embargo, me he encontrado con un par de problemas de papeleo. Por eso estoy aquí. —Miró a Leland.

—Os dejo solos —dije, dirigiéndome de nuevo hacia la salida.

—De acuerdo. Estamos en contacto —dijo Dylan.

Me despedí de Leland con un gesto y salí por la puerta.

22

Grace

Salí del gran jurado con una sensación de victoria. Todo había ido sobre ruedas y había conseguido una acusación. No era que me sorprendiera, pero me sentaba bien que esa parte del proceso hubiera salido a pedir de boca. Ahora ya podía ponerme a preparar el caso.

Kate Powers estaba en el pasillo cuando salí.

—Hola, Grace. Has hecho un gran trabajo ahí dentro.

—Gracias, Kate. Tú también.

Comenzamos a ir hacia la salida del juzgado.

—Me dirijo ahora hacia el Trilogy, donde trabaja Josh Garner —me comentó la detective—. Por fin he localizado al jefe de seguridad. Me reuní brevemente con él el otro día en mi oficina, pero le llamaron para una emergencia y tuve que cambiar la cita para hoy. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Oh, sí, claro! Sería genial —dije—. Me gustaría oír lo que opina su jefe sobre él.

—Bien, no solo es su jefe. En realidad fueron compañeros en la misma unidad de SEALs antes de venir a Las Vegas. Otro de sus compañeros es el propietario del Trilogy y les ofreció un

trabajo. Espero que uno de ellos, o quizá ambos, me puedan ofrecer alguna información sobre Josh Garner, algo que me pueda ayudar a hacerme una idea, aunque sea mínima, sobre ese personaje.

Asentí.

—¡Oh! Genial. Lo que dices hace que todavía sea más necesario que te acompañe —dije.

Ella abrió la puerta y la sostuvo para que saliera.

—Mmm..., mmm... Ya verás cuando veas a este tipo. Pongo los ojos en blanco cuando mis hijas, que son adolescentes, usan la palabra «macizo» para describir a un chico guapo, pero te lo aseguro, este hombre es un auténtico macizo. Por no mencionar que ganó una

estrella de plata por su valor, lo que lo hace todavía más atractivo.

Me reí.

—¿Debo dejar libre mi agenda durante el resto del día para poder recuperarme después de ver a este espécimen masculino tan valiente y perfecto?

—No sería mala idea, la verdad — convino entre risas.

Nos separamos para ir a por los coches y quedamos en encontrarnos de nuevo en el vestíbulo del Trilogy. Mientras conducía por el Strip pasé ante el Bellagio y sonreí para mis adentros. Cuando había llegado a Las Vegas, me preguntaba si me resultaría difícil ver una y otra vez ese hotel. En un principio,

había sido duro. El viejo y familiar anhelo me había hecho preguntarme millones de veces cómo estaría, y me sentía fatal. Pero a medida que pasaba el tiempo, llegué a ver ese hotel como un símbolo del cambio que le había dado a mi vida. Había tomado la decisión de seguir mis propios sueños después de aquel fin de semana. Estaba haciendo lo que me gustaba y, en gran parte, debía agradecerse a Carson. Antes de conocerlo, había tenido la sensación que si perdía el control en un área de mi vida, lo perdía en todas las demás. Él me había demostrado que no tenía por qué ser así. Eso me había hecho confiar en mí misma, había hecho que me dejara llevar un poco más y que obtuviera más

experiencia. Y había salido adelante, algo que me hacía muy feliz.

Estacioné en el aparcamiento del Trilogy y entré en el ascensor para ir al vestíbulo. Nunca había pisado este edificio, y me sorprendió lo impresionante que era. El Trilogy no estaba centrado en un tema como otros hoteles y casinos de Las Vegas, a menos, claro está, que el tema fuera el propio lujo. Había enormes lámparas de araña por todas partes, lo que daba un efecto dramático a los asientos de lujo de profundos colores, a las relucientes paredes y techos dorados.

Vi que Kate hablaba por el móvil sentada en un sofá azul oscuro y fui hacia ella. Sonrió y colgó la llamada.

—¿Habías estado aquí alguna vez? — preguntó.

—No, es impresionante.

—Sí, lo es. Cada una de las torres es ligeramente diferente, pero igual de majestuosa. Y los juegos de agua del exterior son los más increíbles que he visto en mi vida. Deberías darte una vuelta por aquí después de la reunión.

—Lo pensaré —repliqué, todavía mirando a mi alrededor de forma distraída.

Caminamos hasta la hermosa recepción dorada y me quedé en un segundo plano mientras Kate hablaba con la recepcionista. Luego se volvió hacia mí.

—Vamos a la parte de atrás. Su

despacho está a la derecha. Ya estaba allí la última vez que estuve aquí.

Asentí y me puse a seguirla.

Miré a mi alrededor mientras atravesábamos el lujoso casino. Ya había pisado un montón de ellos desde que me había trasladado a Las Vegas, pero tuve que contenerme para no poner los ojos como platos ante las imágenes y sonidos que pasaban ante mí. Mirar a la gente era una de mis aficiones favoritas; alguna estaba sentada con expresión estoica, y otra alimentaba a las máquinas con billetes de un dólar.

Dejamos atrás el casino y doblamos una esquina del pasillo. Tras varias vueltas llegamos a un pasillo vacío y Kate llamó a la primera puerta a la

derecha. Esperé junto a ella durante un par de segundos a que se abriera. Apareció ante mí el espécimen masculino al que Kate se había referido. Se me licuaron los huesos y el corazón se me aceleró en el pecho. Quise apoyarme en el marco de la puerta. Me sentía mareada y, sin embargo, la adrenalina corría por mis venas, y eso fue lo único que me sostuvo.

—Carson... —suspiré.

Carson

Oí que musitaban mi nombre y cuando moví la mirada a la pequeña rubia que permanecía junto a la detective, me quedé paralizado. Sentí una descarga de

energía y el tiempo se detuvo por completo cuando mis ojos se encontraron con los de ella. «Grace». Ella abrió mucho los suyos, esas piscinas cristalinas, sin apartarlos de mí.

—¿Grace? —solté con una dura exhalación.

Todos nos quedamos en silencio. Grace y yo nos mirábamos el uno al otro; yo tratando de encontrar un equilibrio, ella parpadeando sin cesar. Me había topado con un montón de situaciones inesperadas a lo largo de los años, y siempre había conseguido recuperarme con rapidez. Pero no fui capaz de hacerlo mientras miraba a Grace.

Estaba todavía más guapa de lo que recordaba. Llevaba el pelo recogido en un moño apretado como la primera vez que la vi. Una falda azul marino y una blusa gris pálido con botones delante resaltaban su delgada figura. La recorrí con rapidez de pies a cabeza.

—Entonces, ¿os conocéis? — preguntó la detective.

Se rompió el hechizo. La miré y vi que nos observaba a ambos con los ojos entrecerrados, pasando la vista de uno a otro. Di un paso atrás en mi despacho, dejando espacio para que entraran. Sin embargo, me quedé mirando a Grace.

—Sí, conozco a Grace —fue todo lo que dije. Ella permaneció en silencio, casi parecía en estado de *shock* mientras

nos seguía. Traté de contener mis sentimientos; no era el momento de tratar con ellos. Necesitaba estar frío para conversar con la detective y con Grace. Las preguntas se agolpaban en mi cerebro. Apreté los dientes para no comenzar a soltar todo lo que me pasaba por la cabeza.

Rodeé el escritorio para sentarme y observé cómo la detective y Grace ocupaban las dos sillas enfrente de mí.

—Gracias por recibirme, señor Stinger —me dijo la detective.

—Llámeme Carson, por favor. — Miré a Grace, que seguía mirándome, y me sorprendió la expresión que tenía en su cara. ¡Dios! Todavía era más impresionante de lo que recordaba, con

los ojos todavía más claros, los labios más bonitos..., y aunque había pensado a menudo en ella durante los últimos cuatro años y medio, mi recuerdo no le hacía justicia a la realidad. ¿Realmente estaba sentada ante mí en este momento? Era casi una experiencia extracorpórea, y la misión «mantener alejada a la detective» estaba en marcha.

—Está bien, Carson, llámame Kate —dijo ella—. No vamos a robarte mucho tiempo, pero tenemos algunas preguntas sobre el señor Garner.

—¿Tenemos? —pregunté, mirando a Grace de nuevo.

—Sí, la señorita Hamilton es la fiscal que tiene asignado el caso. Lo siento, pensaba que se conocían.

Me quedé inmóvil un segundo antes de clavar los ojos entrecerrados en Grace. «¿La fiscal?». ¡Oh, mierda! Espera, esto podía ser bueno para Josh, ¿no? Mi mente iba a mil por hora.

—Nos conocimos hace tiempo —dije con suavidad, sin dejar de mirar a Grace.

Kate nos miraba a uno y otro con intensidad.

—Ah, está bien. Voy a hacerte las preguntas lo más rápidamente posible y así podréis poneros al día. —Sonrió de nuevo y nos miró a ambos.

Grace no dijo nada, pero cruzó las piernas. Parecía como si estuviera un poco más relajada. Kate se aclaró la garganta.

—Bien, Carson, entiendo que prestaste servicio en la Marina con el señor Garner y los dos empezasteis a trabajar recientemente en el Trilogy. ¿Alguna vez exhibió un comportamiento que te pareciera inusual?

Me concentré en Kate.

—No.

Se me quedó mirando.

—¿Te importaría darme más detalles?

Me recosté en el sillón.

—Josh Garner siempre ha sido un hombre estable tanto mental como físicamente. Nunca ha observado ningún comportamiento inusual.

Kate asintió y anotó algo en un pequeño bloc que había puesto sobre su rodilla cruzada.

—¿Qué clase de soldado era?

Fruncí el ceño.

—Un compañero de confianza que hizo bien su trabajo.

Ella asintió.

—Asumo que se vieron envueltos en situaciones en las que es necesaria la violencia. ¿Cómo reaccionó?

Eché un vistazo a Grace, que buscaba en su bolso una libreta y un bolígrafo. Cuando los sacó, me di cuenta de que la mano le temblaba un poco. Y también vi el anillo que llevaba en el dedo. Me dio un vuelco el corazón y sentí que se me helaba la sangre en las venas. «Han pasado casi cinco años, ¿qué esperabas?». Aplasté mis sentimientos y volví a mirar a Kate, tratando de

recordar su pregunta.

—De una manera profesional. Hizo lo que tenía que hacer para completar las misiones. Si me estás preguntando si parecía que le gustaba el aspecto más violento de su trabajo, la respuesta es no. Hizo lo que se requería, ni más ni menos.

—¿Sabes por qué dejó la Marina?

—Estuvo sirviendo como SEAL durante diez años. Estaba preparado para volver a la vida civil, y este trabajo era una oferta que no se podía rechazar. No me dio más detalles.

—Está bien. ¿Lo viste el domingo, ya fuera durante el día o durante la noche?

—Trabajó, pero no hablamos mucho. Yo estuve en la planta baja y en las

habitaciones y él controlaba la seguridad en el casino.

Kate asintió otra vez.

—¿Es un buen empleado?

—Muy bueno.

—¿Suelen salir juntos?

—No hemos coincidido desde que hemos llegado a Las Vegas. Hemos estado muy ocupados.

Kate dio un golpe con el bolígrafo en el papel.

—Bien, creo que esto es todo por ahora. —Metió la libreta y el bolígrafo en el bolso—. Si tengo más preguntas, me pondré en contacto contigo. —Sonrió y se levantó.

Grace se puso en pie también, pero Kate le puso una mano en el brazo.

—Estamos en contacto. Que tengáis un buen día. —Se despidió con un gesto de cabeza y se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta, que abrió y cerró después de salir.

Grace se levantó con rapidez.

—Carson, ¿qué...?

Me puse en pie al mismo tiempo.

—Grace, ¿cómo...?

Nos reímos a la vez, un poco incómodos, y luego nos quedamos en silencio, mirándonos.

—Hola, Grace. —Sonreí.

Ella emitió un suspiro y me devolvió la sonrisa.

—Hola, Carson.

Rodeé el escritorio y me senté en la silla que Kate había ocupado

anteriormente. Grace se volvió a sentar en la suya. Quise cogerle las manos, pero no lo hice. Casi no podía creerme que fuera real, que estuviera sentada frente a mí.

—¿Te alistaste en la Marina? — preguntó en voz baja, con los ojos abiertos.

Asentí.

—Sí. Justo después de irme de Las Vegas —confesé.

Ella me miró con el ceño fruncido, y una leve sombra de dolor cruzó por su rostro.

—¿Por qué no me dijiste nada? — indagó.

—Lo intenté, Grace; después de convertirme en SEAL, fui a visitarte,

pero... Te vi en la puerta de tu apartamento, abrazando a tu novio, así que pensé que sería mejor que desapareciera... —Me pasé la mano por el pelo corto—. De todas formas, después de eso me enviaron al extranjero.

Ella se me quedó mirando con sorpresa, y después sus ojos se llenaron de confusión.

—¿Viniste a verme? —susurró. Pero justo a continuación, frunció el ceño—. Espera un momento, ¿qué novio? —preguntó—. No tuve novio mientras estuve en Washington D. C.

Me quedé callado un rato, mirando su rostro. Luego agaché la cabeza al tiempo que cerraba los ojos brevemente.

—¡Joder! Estoy seguro de que te vi...
—sacudí la cabeza—. Joder... —No
sabía qué más decir. La miré de nuevo
—. Era un chico rubio, más o menos de
mi altura.

Ella frunció el ceño.

—Tuvo que ser el novio de Abby,
Brian —explicó en voz baja.

Volví a cerrar los ojos y a sacudir la
cabeza. No podía soportar siquiera
pensar en eso, la tristeza por la
oportunidad perdida me inundó, daban
igual los años transcurridos. ¿Podrían
haber sido diferentes las cosas? Me
hubiera gustado saber lo que estaba
pensando Grace.

Suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno, gracias por intentarlo... —

Soltó una risita incómoda.

—Lo que lamento es no haberlo intentado más —dije, lo que era bastante elocuente en mí.

Mientras la miraba, con su atuendo de profesional, se me ocurrió algo que hizo que dejara a un lado esos sentimientos, al menos por el momento.

—No te dedicas al derecho corporativo. Te has convertido en fiscal —mencioné con los labios curvados.

Me sostuvo la mirada unos segundos antes de sonreír también.

—Sí.

—¿Cómo has acabado en Las Ve... ?

—Me interrumpió el timbre del teléfono

—. Joder. Espera.

Cogí el receptor.

—Leland, hecho.

—Mmm... Vale. ¿Se ha ido ya?

—Sí. No hay mucho que decir. Hablaremos más tarde.

—De acuerdo. —Colgué y volví a sentarme frente a Grace. Me tenía que contener para no cogerla entre mis brazos y estrecharla con fuerza. Me recorrían sentimientos que no podía identificar. Sabía que había temas que deberíamos abordar aquí, sobre todo, que ella era la fiscal en el caso de un amigo mío, un caso que tenía que ver conmigo más de lo que ella podía sospechar. Y teníamos que discutir sobre el asunto. O tal vez no deberíamos hablar sobre ello. No lo sabía.

Movió las manos en el regazo y el

anillo volvió a llamar mi atención.

—¿Estás comprometida? —pregunté en voz baja.

Asintió moviendo la cabeza.

Se miró el anillo con una expresión de confusión en su rostro, casi como si no supiera de qué estaba hablándole. Pero fue solo un segundo. Levantó la mirada hacia mí.

—Sí.

—¿Cuándo será la boda?

—¿La boda?

Bajé la cabeza.

—Imagino que si estás comprometida, habrá una boda en algún momento, ¿no?

Ella soltó una risita.

—Oh, bueno, no hemos fijado la fecha todavía. —Luego se puso seria—. ¿Y

qué hay de ti, Carson? ¿Hay alguien especial en tu vida? —Se quedó quieta por completo y abrió los ojos un poco más. Mi respuesta le importaba. Algo se coló por debajo de las confusas emociones que atravesaban mi cuerpo. No sabía cómo hacer para desenredar los sentimientos que me recorrían. Así que los dejé a un lado: ya me ocuparía de ellos después.

Negué con la cabeza.

—No. —Nos miramos el uno al otro con intensidad durante un buen rato antes de que ella rompiera el contacto visual y se empezara a levantar.

—Debería marcharme —dijo de repente. El bloc de notas cayó al suelo desde su regazo. Me puse en pie como

ella y me incliné para recogerlo. Cuando me incorporé, estaba más cerca de ella, y la miré durante unos segundos. Un extraño *dejá vù* me golpeó y fruncí el ceño.

—Grace...

Ella empezó a retroceder.

—Tengo que irme —susurró. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Grace, espera, cena conmigo —le pedí.

Se detuvo en seco.

—Solo para ponernos al día —añadí en voz baja.

Se dio la vuelta para mirarme.

—¿Ponernos al día? —preguntó, con la mirada llena de algo que parecía miedo.

No le respondí; continué mirando sus grandes ojos azules. Por último, como si yo hubiera dicho algo y ella lo hubiera oído, asintió con la cabeza.

—Vale —cedió.

Solté el aire.

—Puedo recogerte. Si me anotas la dirección. Es decir, ¿vives con tu prometido? —pregunté, con una opresión en el pecho.

—No, vivo sola —replicó, moviendo la cabeza.

Asentí y me di la vuelta para coger algo para que ella pudiera escribir.

Le tendí un bloc y ella sacó del bolso el bolígrafo que había estado utilizando. Contuve el aliento y lo solté cuando vi que comenzaba a mover la mano. Me

devolvió la libreta y metió el boli en el bolso mientras se mordía el labio inferior.

—Carson, yo...

—¿A las siete? —pregunté.

Dudó, pero luego asintió.

—De acuerdo, a las siete.

—Vale.

Nos quedamos allí parados torpemente durante un segundo más antes de que ella se diera la vuelta y abriera la puerta. Volvió a mirarme antes de salir. Solo cuando por fin se hubo ido, me dejé caer en mi asiento. Grace. ¡Joder! Grace era fiscal. Grace estaba comprometida. «Grace». No sabía si reírme o golpear algo. No hice ninguna de las dos cosas. Después de unos

minutos, abrí la puerta de mi despacho y regresé al trabajo.

23

Grace

De alguna manera, a pesar de mis piernas inestables, conseguí regresar hasta mi coche, aparcado en el garaje. Las emociones me recorrían. Me sentía como si me hubiera bebido siete cafés seguidos y luego me hubieran abofeteado repetidamente. Me hundí en el asiento del coche, cerré la puerta y dejé salir un suspiro largo y tembloroso. «Carson Stinger». ¡Dios! Me sentía como si tuviera una bomba delante de mí y tuviera que comprobarla.

Tenía la vaga impresión de que mi vida acababa de convertirse en llamas, y no sabía exactamente cómo o por qué.

Traté de aclararme la cabeza. De acuerdo, acababa de ver de forma inesperada a un hombre con el que había pasado un fin de semana hacía casi cinco años. En su momento, él me ayudó a descubrir algunas cosas sobre mí misma que tuvieron una influencia positiva en mi vida. Estupendo. Bien. Ambos habíamos seguido adelante. Yo estaba comprometida con un buen hombre, un tipo que me amaba. Y era evidente que Carson había seguido su vida. Se había alistado en la Marina, se había convertido en SEAL. ¡Dios Santo! Me embargó una oleada de orgullo.

Espera, ¿qué? ¿Por qué estaba orgullosa de él? Sacudí la cabeza un poco, tratando de aclarármela. De cambiar de tema.

Cuando me dijo que había ido a verme a Washington D. C., el dolor me sacudió. Todavía no era capaz de pensar en ello. ¿Habría sido diferente mi vida? Me mordí el labio inferior. No podía preguntarme eso. Si hubiera aparecido ese día, no podría tener la vida que disfrutaba ahora. Puede que no estuviera con Alex...

Me incliné y miré el espejo del coche con el ceño fruncido.

—Contrólate, Grace —le susurré a mi reflejo.

Puse en marcha el coche y me dirigí

hacia la salida, de vuelta al Strip.

Mientras conducía el coche hacia mi despacho, no podía sacarme a Carson de la cabeza. Dios, cuando lo vi, pensé que me desmayaría. Tenía la esperanza de que la detective no hubiera podido adivinar todo lo que me afectaba aquel encuentro casual. Qué vergüenza... Había perdido la calma por completo.

Y ¿había hecho planes para cenar con él? Gemí en voz alta. ¿Qué iba a decirle a Alex? Había tratado de salir huyendo de su despacho, tan abrumada por las emociones que me asaltaban que casi no podía pensar con claridad. Pero él me había detenido y fui débil. ¡Dios! Después de tanto tiempo, seguía afectándome su presencia. Pero, ¡joder!,

¿qué mujer no se sentiría afectada por él? Y si hacía cinco años pensaba que estaba bueno, ahora era un dios. De alguna manera, las vicisitudes que hubiera pasado desde entonces le habían hecho más masculino y le habían dado una pátina de intensidad que no tenía antes. Y además estaba ese maldito hoyuelo, que seguía obrando su magia y me hacía estremecer cada vez que me sonreía y lo hacía aparecer.

Llevaba el pelo más corto y, aunque seguía estando delgado, era evidente que sus músculos estaban más cincelados, incluso a pesar de que estaban ocultos debajo del traje que llevaba puesto. Además, había algo en sus ojos que no estaba allí antes: ¿un cierto aire

mundano, tal vez? Quería saber más de él. ¡Que Dios me ayudara! Quería saber más. Me detuve en un semáforo en rojo y me llevé la palma de la mano a la frente. No debería pensar en él de esa manera, era muy inapropiado.

Por no mencionar el hecho de que sabía que el hombre al que estaba procesando y él parecían amigos íntimos. ¿Si existiera cierto conflicto de intereses, debería cenar con él? No, creía que no. Pero tampoco era que Carson estuviera involucrado en el caso. Aun así, no iba a mentirme a mí misma y pensar que se trataba solo de que dos viejos amigos habían quedado para cenar. Éramos dos personas que se habían pasado un fin de semana teniendo

sexo, mucho sexo..., muchísimo sexo del bueno.

Mi mente empezaba a aventurarse por lugares por los que no debía vagar y la detuve en seco.

«¡Dios, Grace! ¡Basta ya! ¿Qué te pasa?».

Sí, quizá no era correcto que fuera a cenar con él. Pero deseaba conocer lo que había hecho hasta llegar al lugar en el que estaba ahora. Tenía ganas de saber cómo estaba. Había pensado a menudo en él durante los últimos años. Me gustaría cenar con él para ponerme al día, y luego seguiríamos caminos separados. Vivíamos en la misma ciudad. Vale, eso estaba bien. Me gustaría...

El claxon del coche de atrás me sacó de mi ensimismamiento y avancé. Me obligué a no pensar en Carson durante el resto del camino de vuelta al despacho. Todavía tenía media jornada laboral por delante y necesitaba concentrarme.

Alex pasaría el resto del día fuera del despacho, en el juzgado, y yo lo agradecía. Era incapaz de dejar de sentirme culpable por haber hecho planes para cenar con Carson.

Cerré la puerta a mi espalda cuando entré en mi oficina y me senté al escritorio. Apoyé la cabeza entre las manos mientras permanecía sentada en silencio durante unos minutos, tratando de recuperar la calma.

No pude evitar reírme en voz alta.

Dios, ¿qué probabilidades había de que esto ocurriera? ¿Qué posibilidades había de que casi cinco años después, de forma totalmente inesperada, entrara en el despacho de Carson Stinger en una ciudad en la que no vivíamos ninguno de los dos cuando nos separamos?

«La vida es salvaje».

Me tapé la boca con la mano. ¡Oh, Dios mío! Hacía mucho tiempo que no utilizaba esa frase. De repente, las sensaciones que experimenté ese fin de semana me inundaron. Me dejé arrastrar no solo por los recuerdos, sino por las emociones que sentí por Carson en aquel momento. ¡Santo Dios! No podía hacer eso. Me levante, cogí mi bolso y la chaqueta y salí. Solo me detuve ante la

mesa de mi secretaria para decirle que me iba a casa, que no me sentía bien. Llevaba casi seis meses trabajando allí y no había faltado ni un solo día ni me había ido antes de tiempo. Nadie pondría en duda mi palabra.

—¡Que te mejores! —me gritó Amy, la secretaria, en tono preocupado.

Yo solo levanté la mano para despedirme. No tenía ninguna duda de que parecía realmente enferma.

Carson

Después de que Grace se fuera, me acerqué a ver a Leland para ponerlo al día sobre las preguntas de la detective. No mencioné a Grace.

Dylan estaba intentando piratear algunas bases de datos que podían ayudar en el caso de Josh. También seguía intentando obtener algo sobre Bakos que nos proporcionara el tiempo suficiente para adelantarnos a él. Josh declararía dentro de un par de días y luego podríamos pagar la fianza. Este punto era solo un juego de paciencia.

Me senté en la sala de seguridad y observé las mesas durante un tiempo, luego envié un mensaje a Leland y le dije que me iba a ir un poco antes porque me dolía la cabeza. No era mentira. Había estado allí sentado pensando en Grace durante todo el tiempo. Mi cabeza estaba a punto de estallar.

Aun así, me tomé mi tiempo para subir a la planta cuarenta y cinco y comprobar el estado de las chicas. Esto era algo que Grace no podía saber. Tenía ganas de ponerla al día y decirle qué había sido de mi vida, pero sabía que no podía ser totalmente sincero con ella. En especial con el tema de las chicas. Era algo que no le iba a gustar y que no era necesario que supiera.

Media hora después, aparcaba la *pickup* delante de mi casa. En cuanto la puerta se cerró a mi espalda, me dirigí a la cocina y tomé un par de pastillas de Ibuprofeno. Me di una larga ducha caliente y, al salir, me sentí mejor.

Haberme encontrado con Grace todavía me hacía sentir desubicado. Era

la última persona que esperaba ver entrar en mi despacho. Sin embargo, había ocurrido, la había tenido de pie, ante mí, más guapa todavía de lo que recordaba. Y eso que, en mis recuerdos, Grace Hamilton era guapísima.

Me puse unos vaqueros y una camisa negra de manga larga antes de coger el móvil. Me había olvidado de despedirme de Dylan antes de salir, así que lo llamé.

Me respondió al segundo timbre.

—Hola, tío.

—Hola, Dylan, he salido un poco antes. ¿Has recibido el papeleo que te envié?

—Casi todo, estoy esperando a que se haga de noche. Me faltan algunas cosas.

—Está bien, genial. Solo quería comprobarlo.

—Vale. ¿Estás bien?

—Sí. —Dudé. Dylan permaneció en silencio—. Oye, ¿te acuerdas de aquella chica que conocí en Las Vegas hace cinco años? La que...

—Sí. ¿La que hizo vudú contigo?

Me reí.

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

—Hoy ha estado en mi despacho. Es la fiscal en el caso de Josh.

—¿Estás de coña?

—No, no lo estoy. ¿Cuántas posibilidades había de que ocurriera eso? ¿Pocas, verdad?

—Bueno... No sé si es un golpe de

buena suerte o una putada. No lo sé. La situación está bastante complicada en este momento. ¿Sigues interesado por ella?

Suspiré.

—¿Interesado? Qué más da. Está comprometida.

Dylan se quedó un rato callado.

—Bueno, lo grave sería que estuviera casada.

—Eh... La voy a llevar a cenar esta noche para ponernos al día.

—Eso es que sí estás interesado, Carson. Ten cuidado, ¿vale?

—De acuerdo. Lo tendré. Gracias, Dylan.

—Bien. Nos vemos mañana.

—Vale. Iré temprano. He quedado con

los dignatarios de Arabia Saudí. —Una parte de mi trabajo como jefe de seguridad era asegurar los artículos valiosos que llevaban consigo los clientes del Trilogy.

—Oh, está bien. Hasta luego.

Colgué y miré el reloj. Eran las siete menos diez. Cogí la chaqueta y las llaves antes de dirigirme a la puerta.

24

Grace

Estaba terminando de secarme el pelo cuando sonó mi móvil. Era Abby.

—Te vas a morir cuando te diga con quién voy a cenar, Abby —susurré al micrófono.

—¿Estás respondiendo desde un búnker subterráneo?

—¿Qué? No.

—Entonces, ¿por qué me hablas en susurros?

—No lo sé —volví a susurrar—. ¿Quizá para que no suene tan malo?

—¡Oh, Dios! La última vez que me hablaste así, estabas pasando el fin de semana en Las Vegas con una estrella porno.

Solté una risita tonta.

—Bueno, es irónico que menciones precisamente eso.

Oí un chillido al otro lado de la línea y aparté el móvil de mi oreja al tiempo que hacía una mueca.

—¡Por Dios, Abby! —dije en un tono normal—. ¿Estás tratando de reventarme el tímpano?

—Dime que no vas a pasar el fin de semana con otra estrella porno, Grace.

Me reí. Me sentía bien. Necesitaba la relajación que traía consigo aquella risa. Me había dado un largo baño caliente

cuando llegué a casa, pero todavía me sentía tensa y reticente ante la idea de ir a cenar con Carson. Por no mencionar que no le había dicho nada a Alex sobre mis planes de esta noche. Él todavía seguía reunido con algunos testigos y solo nos habíamos comunicado por mensajes de texto.

—Vale, no. —Me aclaré la garganta—. Sin embargo, voy a ir a cenar con *la* estrella porno —añadí con otro susurro.

—¿Qué dices? —gritó Abby.

—Abby, para, que vas a asustar al bebé. —Mi amiga estaba embarazada de ocho meses.

Se rio.

—El bebé está bien. Eres tú quien me preocupa. ¿Qué ha pasado?

Suspiré.

—Hoy he acompañado a una detective a realizar una entrevista para un caso en el que estoy trabajando. Imagina mi sorpresa cuando, al entrar en ese despacho, ha resultado ser el de Carson Stinger. Y no es broma. He estado a punto de desmayarme.

—¿El despacho de Carson Stinger?
—preguntó. Parecía completamente confundida—. ¿A qué se dedica?
¿Dónde está?

—Es el jefe de seguridad en un hotel nuevo del Strip. Al parecer, después de que nos separamos se alistó en la Marina y estuvo destinado en el extranjero casi todo este tiempo. No conozco todos los detalles. Me ha

invitado a cenar para ponernos al día y le he dicho que sí.

Abby se quedó en silencio unos segundos.

—Así que se alistó en la Marina..., ¡guau! Te aseguro que quiero conocer esa historia. Será mejor que me llames cuando estés de vuelta. ¿Qué le parecen a Alex tus planes para ir a cenar? —me preguntó con cierta vacilación.

Hice una pausa.

—Todavía no se lo he dicho. Pero ya conoces a Alex, todo le parece bien. Creo que no le importará.

Resopló.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Qué quieres decir exactamente?
—pregunté, frunciendo el ceño mientras

conectaba el altavoz para poder quitarme la bata y ponerme la ropa interior mientras seguíamos hablando.

Abby se lo pensó durante un rato.

—Es solo que... ¿Recuerdas cuando te tiró los tejos aquel tipo en Acción de Gracias? —Abby y Brian habían venido a Las Vegas hacía menos de un mes para pasar aquí ese fin de semana. Yo llevaba en ese momento un caso importante y no había tenido tiempo para desplazarme a casa y estar con mi padre y mis hermanas. El día de Acción de Gracias habíamos ido a cenar fuera las dos parejas y cuando me levanté para ir al cuarto de baño, un hombre me bloqueó el paso e intentó ligar conmigo.

—Sí, ¿y? —pregunté.

—Alex ni pestañeó. La verdad es que no parecía que le importara lo más mínimo.

—¡No es cierto! Es que confía en mí.
Abby resopló.

—No puedo callarme más tiempo, Grace. —Juraría haber oído la voz de Brian de fondo, diciendo su nombre en voz baja a modo de advertencia. «Shhh», volvió a decirle su marido.

—Abby, ¿qué es lo que no puedes callarte más tiempo?

—¡Que es un muermo!
Contuve la respiración.

—No, ¡no lo es! Es... es amable, y dulce, y...

—¿Seguro? —preguntó.

—¡Sí! ¡Seguro! ¿Y qué? ¿Qué tiene

eso de malo? Me ama. Y es bueno para mí.

Abby suspiró.

—Cariño, ya sé lo que es. Pero es que actuáis como si fuerais hermanos. Es casi espeluznante.

Me reí. No pude evitarlo.

—¿Es casi espeluznante? ¿Qué quieres decir?

—No estoy diciendo que seas espeluznante, solo que... Dime, ¿cómo es el sexo?

—Abby, ¡basta! No pienso hablar de esto. Alex me ama. Me voy a casar con él. Eso es todo.

—Escucha, Grace. Por favor, no te enfades conmigo. No podía quedarme callada sin decirte nada. Y ya que

estamos hablando de lo que ocurrió en Las Vegas hace cinco años, tengo que decir que después de que regresaste a casa, cambiaste para mejor. Floreciste, creciste en todos los aspectos menos en uno. En lo que se refiere a los hombres, es como si hubieras dado marcha atrás. ¿Qué te parece eso? ¿Dónde deja eso a tu prometido? Te quiero, Grace, y te digo esto porque te quiero. No quiero que acabes lamentando haberte casado con él.

Suspiré.

—Abby... Sé que lo dices porque crees que es mejor. Pero en lo que se refiere a Alex, sé que es bueno para mí, ¿de acuerdo? Lo creo de verdad. No me arrepentiré de casarme con él. No lo

haré. Gracias por compartir tus preocupaciones. Ahora, hablando de malas decisiones, tengo que prepararme para la cena.

—Vale —replicó ella, que sonaba insegura—. Solo una cosa más y no volveré a sacar el tema de nuevo: sigues diciendo que Alex te ama, y no me respondas ahora, pero ¿lo amas tú a él? Eso es todo. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. No te enfades conmigo, ¿de acuerdo?

Suspiré.

—No estoy enfadada. Te quiero. Ya te llamaré mañana.

—Más te vale. Yo también te quiero.

—Hasta mañana, Abs.

—Adiós, Grace.

Colgué, me senté en la cama en ropa interior y me puse a mordisquearme la uña del pulgar. «¿Hermanos?». ¿Realmente Alex y yo actuábamos como si fuéramos hermanos? No. Él me quería. Y yo, ¿lo amaba? Sí, lo amaba. Por supuesto que lo amaba. Me sentía atraída por él. Era guapo, tierno y bueno. Tenía suerte de contar con él. Me hacía sentir segura. ¿Y qué más daba? ¿Es que eso era malo? Adoraba a Abby, pero era yo la que vivía mi vida. Necesitaba tener estas ideas claras antes de ir a cenar con el rey del sexo andante.

Mi teléfono volvió a sonar. Era Alex.

—Hola —respondí con una sonrisa.

—Hola, ¿qué tal va ese dolor de cabeza?

—Oh, bien. Me siento mucho mejor.
—Le había dicho que me había marchado pronto del despacho por culpa de una fuerte jaqueca—. Ya que estamos, quería decirte que me he encontrado con un viejo amigo y voy a ir a cenar con él.

—¿Con él?

Asentí, pero luego me di cuenta de que no podía verme.

—Mmm..., sí. Me lo he encontrado en el Trilogy, cuando he ido hoy con Kate Powers a hacer preguntas relativas a un caso. Lo conocí hace años en un congreso universitario, y me ha preguntado si me apetecía cenar con él. Por supuesto, ya sabe que estoy comprometida, ¿te importa?

Él hizo una pausa.

—No, no me importa. De todas formas voy a acostarme temprano. Tengo que estar a primera hora en el juzgado.

—Bostezó—. Pásalo bien, ¿vale?

—De acuerdo. Te quiero.

—Yo también te quiero. Nos vemos en el despacho mañana por la tarde. Adiós, cariño.

—Adiós, Alex.

Colgué y seguí mordisqueándome la uña del pulgar durante unos segundos más. Luego me levanté y me maquillé. No sabía qué ponerme, ya que no sabía a dónde iba a llevarme Carson. Así que me puse unos vaqueros oscuros con unas botas de tacón alto y un jersey azul que transparentaba el top plateado que

llevaba debajo. No iba demasiado arreglada, pero sí lo suficientemente elegante como para no desentonar en un buen restaurante.

Acababa de volver a entrar en el cuarto de baño para soltarme la coleta en la que me había recogido el pelo para maquillarme cuando sonó el timbre. Me pasé el cepillo con rapidez, respiré hondo y fui a la entrada.

Cuando abrí la puerta, Carson llenaba el espacio. Más de metro ochenta y cinco de virilidad, hermoso de pies a cabeza. Lo sabía. Me acordaba bien de lo que había entre esos pies y esa cabeza. Casi me estremecí. Esto empezaba mal.

—Hola —saludé, dando un paso a un

lado para que pudiera entrar.

Retrocedí y señalé con el pulgar por encima del hombro.

—Voy a por mi abrigo.

Él no dijo nada. Solo entrecerró los ojos y sonrió.

«¿Habrá algún problema?».

Cogí el abrigo y el bolso antes de regresar junto a Carson, que seguía de pie en el umbral de la puerta, mirando a su alrededor. Todavía no había dicho una palabra.

Me acerqué a él, que dio un paso a un lado para dejarme salir primero; luego me siguió y esperó a que cerrara. Caminamos en silencio hasta una *pickup* negra. Él me sostuvo la puerta para que me subiera. Al ver su expresión fría,

sentí que me invadía una dolorosa oleada. Aplasté la sensación, dándome cuenta de que seguramente esta era una idea muy, muy mala.

Carson

Cerré la puerta de Grace y rodeé la *pickup* para sentarme detrás del volante. Mientras entraba, noté que la sangre me hervía en las venas por su proximidad, y por mucho que quisiera disfrutar cenando con ella, el ambiente estaba cada vez más tenso porque quedaban muchos temas pendientes entre nosotros, asuntos que iban a hacer que fuera muy difícil que esto fluyera de forma cómoda. ¿Qué cojones estaba haciendo?

Ya me había resultado muy difícil alejarme de ella la primera vez. Y ahora estaba poniéndome en la misma situación de buen grado, solo que sería peor. ¡Dios! Debía de ser masoquista en lo que se refería a esta chica. La primera vez tenía la excusa de que no sabía cómo iba a acabar afectándome. Pero ahora lo sabía: era probable que no terminara bien, pero allí estaba volviendo a por más. Fue realmente evidente para mí cuando me abrió la puerta con las mejillas sonrojadas y el pelo suelto. Sentí el mismo impulso primitivo que la primera vez que la vi, todo mi ser anhelaba arrancarle la ropa y poseerla contra la pared. Pero no podía. Estaba comprometida. ¡Joder! Y

yo tampoco estaba disponible para mantener una relación en estos momentos. Entonces, ¿por qué tenía la vaga idea de que en breve iba a actuar como un idiota y a olvidar todas esas buenas razones? No confiaba en mí mismo en lo que se refería a Grace Hamilton, simple y llanamente. Era como un imán para mí. No podía resistir la atracción.

Miré a Grace; parecía insegura. Se mordisqueaba el labio mientras esperaba a que pusiera en marcha el motor. La estaba poniendo nerviosa y no me gustaba. Me obligué a relajarme.

No se trataba de una mujer cualquiera. «Es Grace». Casi era como si, en parte, hubiera estado todo el

tiempo conmigo. Una constante en mi corazón, y también en mi vida. Era un pensamiento, pero también una sensación y, de repente, que estuviera conmigo era casi una prioridad, como si yo fuera más fuerte estando con ella. Más fuerte para lo que le estaba pasando a Josh, para todo. Ese impulso atravesó mi cuerpo, llenándome de firmeza y alejando al mismo tiempo cualquier otra cosa. Era mucho lo que se interponía en nuestro camino, igual que había ocurrido la última vez. Y, de pronto, mientras la miraba, todas las dudas que había tenido unos minutos antes desaparecieron y fue imperativo que tratara de ver cómo podía resultar esta vez una relación entre nosotros. No podía explicarlo, y

no tenía sentido, sin embargo, en ese momento aquella sensación era tan fuerte que claudiqué.

—¿Sabes qué? —pregunté finalmente.

Sus ojos se clavaron en los míos en la penumbra del coche.

—¿Qué? —replicó, ladeando la cabeza.

—Vivo a cinco minutos de ti, en este mismo barrio. —Cuando había subido a la *pickup* y había puesto la dirección de Grace en el GPS, casi me había reído en voz alta. Como no había escrito su código postal, no me había dado cuenta hasta ese momento de que también vivía en Summerlin, un barrio al noroeste de Las Vegas. Me había parecido divertido, como si incluso su atracción me hablara

de una forma psíquica. Estaba jodido. O también podía ser que el destino estuviera jugando conmigo.

—¿En serio? —Esbozó una sonrisa. Luego frunció el ceño. No sabía qué estaría pensando, pero no le pregunté, solo miré hacia delante con una sonrisa y arranqué el motor. Me relajé.

Conduje hacia el Strip, y los dos permanecimos en silencio durante los primeros cinco minutos.

—Esto es muy raro, ¿verdad? —preguntó finalmente.

Me reí.

—¿El qué?

—Nosotros. Que nos hayamos encontrado de esta manera después de tanto tiempo. Es... casi increíble.

Asentí moviendo la cabeza, pero me detuve.

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Es difícil de explicar. Me sorprendió verte, pero, al mismo tiempo, no me sorprendió en absoluto. Quizá es que siempre he esperado volver a encontrarme contigo. —La miré.

Arqueó una ceja.

—No se tratará de alguna especie de acoso raro, ¿verdad?

Solté una risa.

—No sé. Dímelo tú. —La miré fijamente, fingiendo sospecha.

Ella se rio también.

—Ha sido una operación... de

seguimiento por todo el mundo. —Giró su cuerpo de manera que quedó de frente a mí en el interior de la *pickup* —. Hablando de eso, Kate me dijo que te habías mudado aquí hace un par de meses. ¿Dónde estabas destinado?

La miré.

—Serví en Oriente Medio —dije.

Asintió.

—Es decir... ¡Guau! Eres SEAL, Carson. Me siento muy impresionada. ¿Por qué te alistaste en la Marina?

Me lo pensé durante un momento, preguntándome si ser completamente sincero era una buena o una mala idea.

—Por ti —confesé finalmente.

—¿Por mí? —Contuvo la respiración

Asentí.

—Después de ese fin de semana, Grace, quería ser algo más. Quería tener algo que ofrecer a alguien como tú. — Me encogí de hombros y la miré. Me contemplaba con los ojos muy abiertos y los labios separados, como si hubiera estado a punto de decir algo pero se hubiera contenido.

—De todas formas —dije—, la idea de alistarme en la Marina fue una especie de impulso incontrolado, y lo hice antes de tener tiempo de pensármelo bien. —Me reí.

Ella emitió un suspiro.

—No sé qué decir. Es..., bueno..., es un honor haber sido el catalizador para que cambiaras tu vida de una forma tan positiva. —Hizo una pausa—. Esto

suena muy repipi. Pero es... Gracias por habérmelo contado.

Sonreí.

—No te lo creas demasiado. El trabajo duro lo hice yo.

—Sí —se rio—. Seguro que sí.

Nos sonreímos el uno al otro en la tenue luz de la cabina.

—Y entonces, ¿cómo acabaste llevando la seguridad de un hotel en Las Vegas?

—Mi amigo Leland y yo resultamos heridos en la misma misión. Su familia es la propietaria del Trilogy. Cuando nos dieron el alta médica, me preguntó si me gustaría venir a Las Vegas con él y ocuparme de la seguridad del hotel. Me pareció una buena oportunidad. —Me

encogí de hombros. Había mucho más, pero no podía contarle esa parte, al menos por el momento.

—¿Dónde te hirieron? ¿Qué te ocurrió? —preguntó en voz baja.

—Me dispararon en la espalda —expliqué—. Por suerte, la bala salió por delante, sin provocar daños graves. Y me quemé las manos. —Sostuve una en alto en la penumbra del vehículo, aunque apenas se podía ver la cicatriz en el interior de los dedos.

Grace contuvo el aliento.

—Dios mío...

—Espera —le dije, cambiando de tema—. Me acabas de sacar toda mi historia en el trayecto en coche, ¿de qué vamos a hablar ahora?

Se rio.

—Imagino que se nos ocurrirá algo.

Sonreí mientras me metía en un aparcamiento y bajaba un par de plantas para encontrar una plaza donde aparcar. Unos pocos minutos y volvía a encontrarme cómodo de nuevo con Grace.

Bajamos de la *pickup* y nos dirigimos hacia el ascensor.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Bueno, no es que haya hecho una reserva. Pero tengo tres o cuatro ideas para que elijas la que más te guste.

—¿Podemos ir a comer perritos calientes? —dijo ella.

Me reí y la miré; estaba sonriendo.

—¿Lo dices en serio? —pregunté,

arqueando una ceja.

—¿Por qué? ¿Ya no te gustan los perritos calientes? —preguntó mientras nos deteníamos frente al ascensor.

—Me encantan. Es solo que creo que no he vuelto a tomar uno desde... desde aquel que tomé contigo.

Ella se rio.

—¡Ni yo! ¡Venga, vamos a hacerlo!

La miré. ¡Dios! Era preciosa. Me moría por tocarla, y tuve que cerrar los puños a los costados.

Un par de segundos después, se abrieron las puertas del ascensor y entramos. Cuando se sacudió y comenzó a moverse, mis ojos se encontraron con los de ella y los dos nos echamos a reír; supimos qué pensaba el otro

exactamente. Allí estaba, subido a un ascensor con Grace Hamilton de nuevo. «La vida es salvaje».

Nos bajamos cuando se abrieron las puertas y salimos al Strip. Era diciembre y el aire era fresco, pero no hacía frío. Sin duda era la temperatura perfecta para caminar.

—¿Vienes mucho al Strip? —pregunté mientras nos dirigíamos hacia Pink's. Ella sacudió la cabeza.

—Pocas veces. Mi mejor amiga, Abby, y su marido vinieron en Acción de Gracias y los traje por aquí para pasear. Abby está embarazada, así que al final cogimos un *tour*.

—Era tu compañera de piso cuando nos conocimos, ¿verdad?

Me miró —parecía un poco sorprendida— y asintió moviendo la cabeza.

—¿Tu novio no te trae a comer perritos calientes? —Tenía que sacar el tema. Necesitaba saber cómo era la relación que tenía con él. La palabra en sí, «prometido», contaba una historia, pero no necesariamente la real.

Se mordió el labio sin mirarme.

—Supongo que Alex es una persona más hogareña —se limitó a decir, pero yo solo vi la mirada de decepción que se apoderó de sus rasgos.

«Interesante».

Cuando llegamos a Pink's sostuve la puerta. Grace me sonrió mientras entraba. La camarera nos condujo hasta

una mesa, donde le retiré la silla para que se sentara.

—Milady...

Se rio mientras yo me dirigía al otro lado de la mesa y ocupaba mi asiento. Los dos nos quitamos los abrigos y, cuando llegó el camarero, pedimos una cerveza.

—Cuéntame por qué decidiste convertirte en fiscal —la animé.

Bajó la vista y jugueteó con la servilleta un rato antes de responder.

—Carson, en realidad, fue gracias a ti. Después de hablar contigo aquel fin de semana —señaló la ventana con el brazo, como indicando Las Vegas—, me di cuenta de qué era lo que quería de verdad. Y lo hice. Así que... gracias.

Me recliné en la silla y sonreí.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —La vi curvar los labios—. De todas formas, mi primer trabajo lo encontré en Washington D. C., aunque no era el tipo de juzgado en el que quería moverme, así que empecé a enviar currículos a diferentes ciudades, por eso terminé aquí. Y me encanta. De verdad, adoro esto.

—Eso es genial, Grace —repuse, profundizando mi sonrisa.

Ella parpadeó como si de repente se le hubiera ocurrido algo.

—Tu amigo...

—Ya hablaremos de eso en otro momento, ¿vale? Esta es una situación extraña, pero... Es mejor que esta noche

nos centremos en ponernos al día.

Ella movió la cabeza, asintiendo al tiempo que apretaba los labios un poco. El camarero trajo las cervezas y tomó nota del pedido.

—Es el mismo perrito de la última vez —comentó Grace, después de que el hombre se alejara.

—Lo sé. Tú también has pedido lo mismo.

Asintió y se rio.

Levanté la cerveza en el aire.

—Por el destino —brindé—. Es como una dama esquiva. —Quería decir más de lo que podía explicar.

Resopló y arqueó las cejas.

—Eso seguro —convino, y chocó su botella con la mía, sonriéndome al

tiempo que ladeaba la cabeza.

Nos trajeron la comida unos minutos después, y Grace se concentró en ella.

—¿Ves? —dijo con la boca llena—, he aprendido un poco desde la última vez.

Solté una carcajada antes de empezar a comer mi perrito. Sentí que el queso se me pegaba en la barbilla y en una comisura de la boca.

Grace se cubrió la boca con la mano y ahogó la risa, aunque esta siguió brillando en sus ojos.

—Carson Stinger, ¿cómo demonios no estás pillado? —Le sonreí, pero su sonrisa había desaparecido de su rostro y solo me miraba. Sus ojos vagaron errantes hasta mi boca mientras me

limpiaba con la servilleta. Se humedeció el labio inferior y noté que mi pene palpitaba dentro de los pantalones. ¡Joder!

—Grace...

—¡Da igual! —me interrumpió con alegría, cruzando las piernas por debajo de la mesa—. Hemos tenido una idea fantástica. Necesito comer perritos calientes más a menudo. —Se calló y frunció el ceño—. Es decir, ya sabes, nunca se comen demasiados perritos calientes. —Ella arqueó las cejas de nuevo—. Bueno, es probable que pueda, no debería haber un límite de cuántos debe tomar cada uno, pero me sientan demasiado...

Me reí en voz alta.

—Vale, Botón de oro, puedes parar cuando quieras —repliqué.

Sus ojos se abrieron como platos y se sonrojó. Nos miramos en silencio durante varios segundos.

—Te he echado de menos —confesó finalmente con un susurro.

—Yo también —dije en voz baja.

—Carson, ¿por qué me llamas Botón de oro? —preguntó con los ojos cada vez más abiertos.

Curvé ligeramente los labios.

—Quizá sea porque eres tan bonita como una flor —respondí.

Me miró durante unos segundos y abrió la boca para decir algo, aunque la cerró de nuevo. La vi sacudir la cabeza como si quisiera despejarse la mente.

—Carson, estoy comprometida —me recordó.

Tensé la mandíbula.

—Sí, Grace, lo sé.

Buscó mis ojos y luego agachó la cabeza, bajando la vista.

—Lo siento, he parecido... una creída o algo así. No quiero dar a entender que tú...

—Grace —la interrumpí—, no pasa nada. En serio. Lo he pillado, ¿de acuerdo? Hablemos de otra cosa. Me lo estoy pasando muy bien contigo.

Ella asintió y esbozó una leve sonrisa.

—Vale, gracias.

Ladeé la cabeza antes de dar otro gran bocado de mi perrito. Ella curvó los labios antes de imitarme.

Terminamos de comer y el camarero se acercó a recoger la mesa. Charlamos sobre la vida en Las Vegas durante unos minutos, mientras terminábamos las cervezas. Cuando trajeron la cuenta, pagué y nos pusimos los abrigos para marcharnos.

—Ha sido divertido —aseguró Grace.

Le sonreí.

—Sí, lo ha sido. Durante muchos años me he preguntado cómo estarías, y es genial verte tan feliz.

Hizo una pausa, pero a pesar de la sonrisa parecía tensa.

—Lo soy. Lo mismo digo. No sabes cuánto me alegro de verte tan bien, tan... bien.

Nos miramos el uno al otro durante unos momentos y luego me moví, rompiendo el hechizo. Nos dirigimos hacia la puerta.

—¿Te apetece ir a ver la fuente del Bellagio? —le pregunté—. ¿Por los viejos tiempos? —Hice una mueca.

Soltó una risita.

—¿Por qué no? No he estado allí desde..., bueno, ya sabes, desde que estuve contigo —confesó mirándome. Vi cómo se desvanecía su sonrisa.

Caminamos unos minutos en silencio.

—Carson, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo finalmente.

—Claro —repuse mientras empezábamos a cruzar la calle.

—¿Llegaste a hacer la película que

tenías programada para la mañana después de irnos de Las Vegas? —Lo preguntó en voz baja. Agachó la cabeza cuando la miré, aunque sus ojos seguían clavados al frente.

Dudé. No sabía qué responder. Sin embargo, cuando llegamos al Bellagio y vi que había un pequeño grupo de personas, la cogí de la mano y tiré de ella para llevarla a un lugar vacío junto a la barandilla.

Retiró la mano cuando nos detuvimos. La miré a la cara.

—Me presenté para el rodaje — confesé, respondiendo a su pregunta. Apartó la vista, pero volvió a mirarme cuando continué—: Sin embargo, no hice la filmación. Me marché y no volví.

—Me pareció que sus hombros se relajaban.

—Oh... Bien, eso es bueno.

Asentí sin romper el contacto visual.

¡Dios! ¡Me moría por besarla!

—Vi tus películas —manifestó con los ojos muy abiertos.

Me quedé inmóvil, mirándola con los ojos entornados.

«¿Qué cojones estaba diciendo?».

Vi cómo se cubría las mejillas con las manos antes de bajar la vista.

—Lo siento. No debería habértelo dicho. Yo...

—¿Por qué buscaste mis películas, Grace? —pregunté en voz baja. Odiaba que las hubiera visto. Odiaba imaginarla ante el ordenador viendo cómo me

tiraba a otras mujeres. Me hacía sentir enfermo. Miré a otro lado, al agua—. Joder, Grace, ¿por qué lo hiciste? — musité.

Una sensación que no me atormentaba desde hacía mucho tiempo se abrió camino desde mis entrañas: vergüenza. Había superado todo aquello, y sentirlo de nuevo, delante de Grace..., me cabreaba.

¿Qué pensaría de mí ahora que había visto eso? Apreté los dientes. Esa vida estaba muy lejos de lo que yo era ahora, pero quizá Grace no lo veía de esa manera.

—Eh... —me dijo, ladeando la cabeza para llamar mi atención. Me volví hacia ella—. Lo siento. No

debería haberlo dicho. Fue hace mucho tiempo y...

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté de nuevo, tratando de relajarme.

Ella movió la cabeza.

—Supongo que en ese momento necesitaba un recordatorio de por qué no debía ponerme en contacto contigo —me confié con una mirada de tristeza.

Aspiré con fuerza y me giré hacia ella.

—¿Me echabas de menos? —Tenía que preguntárselo.

Asintió.

—Demasiado —confesó en voz baja.

—Yo también te echaba de menos —expliqué—. Por eso fui a verte antes de tener que incorporarme a mi destino.

Quería decírtelo.

Sonrió con tristeza y abrió la boca para decir algo cuando sonó un «Ohhh» colectivo en el grupo que nos rodeaba, al comenzar el espectáculo del agua.

Nos quedamos mirándolo durante unos minutos y luego me acerqué a ella. Nuestros costados casi se rozaban, y sentía el calor que emanaba de ella como si me llamara, como si me reclamara. Quería tomarla entre mis brazos como la última vez que estuvimos allí. Luego la llevaría a mi casa y... Puse freno de golpe a esa línea de pensamientos porque solo serviría para que sufriera de muchas formas. En ese momento en concreto, un caso grave de testículos morados.

Ella me miró y nuestros ojos se encontraron al tiempo que pasaba entre nosotros una corriente eléctrica. Ví que se movía como si hubiera recibido un golpe y que contenía el aliento.

—Tenemos que irnos —dijo.

—Esto no ha terminado —repliqué en voz baja.

Abrió más los ojos y separó los labios un poco mientras nos bebíamos con la mirada. Señalé la fuente con la cabeza.

—Me refiero al espectáculo —añadí.

Parpadeó como si saliera de un trance.

—Er..., tengo que levantarme temprano para ir a trabajar. Debería irme a casa y... —Su voz se fue

apagando.

—Está bien —dije después de mirarla durante unos segundos, girándome y guiándola entre la multitud que seguía contemplando el espectáculo de agua.

Caminamos de regreso a la *pickup* y le tendí la mano después de abrirle la puerta para ayudarla a subir. Entre nuestros dedos pasó otra oleada de calor y ella bajó la vista hacia mí con rapidez; tenía los labios un poco separados. Retiró los dedos cuando estuvo dentro. Rodeé el vehículo, me senté detrás del volante y encendí el motor.

Salí del garaje y conduje de regreso a Summerlin. Los dos permanecemos callados, perdidos en nuestros

pensamientos. Con el rabillo del ojo noté que Grace parecía tensa. Estaba claro que entre nosotros seguía existiendo la misma química que la última vez que estuvimos juntos. Quería volver a verla. Pero ¿cómo podía conseguirlo? No había indagado mucho sobre su prometido, pero imaginé que aunque podría aceptar una cena con un «viejo amigo», seguramente diría algo si tal hecho se repitiera. Tampoco le haría gracia que besara a su novia contra la puerta de su casa cuando la dejara, aunque había recibido un par de señales de que, estuviera prometida o no, Grace podía no oponerse a que lo hiciera, al menos físicamente. El deseo hacía hervir mi sangre y no podía evitarlo de

ninguna manera.

El viaje fue rápido, y ambos nos dedicamos a mirar el paisaje por la ventanilla. Cuando entré en Summerlin, la miré; estaba mordisqueándose el labio inferior otra vez.

—¿Qué estás pensando? —pregunté en voz baja. El ambiente entre nosotros había cambiado.

Se quedó callada durante un buen rato.

—Creo que sería mejor que no nos viéramos de nuevo —dijo finalmente.

—¿Mejor para quién? —pregunté. Una extraña mezcla de ira y miedo inundó mi pecho.

Me miró, pero la oscuridad reinante en el interior del vehículo solo me dejó

distinguir la tensión en su expresión. Me detuve frente a su casa y mantuve el motor al ralentí.

—Es mejor para mí —confesó—. Haber quedado esta noche contigo ha hecho que... —Su voz se fue apagando.

—¿Ha hecho qué, Grace? —pregunté por lo bajo, acercándome a ella. Sus palabras hicieron que la ansiedad que inundaba mi pecho se desvaneciera un poco, sustituida por cierta esperanza.

La vi cerrar los ojos brevemente.

—No...

Me quedé quieto.

—¿No qué?

Abrió los ojos y nos miramos.

—Simplemente no —susurró.

—Rómpelo, Grace —gruñí al cabo de

un rato, sintiendo que me inundaba de repente una intensa sensación de posesividad. ¿Por qué nos iba a unir de nuevo el destino para separarnos una segunda vez? No quería despedirme de ella. Había razones para que lo hiciera, lo sabía. Pero todos esos motivos diferentes a su maldito prometido parecían lejanos y sin importancia.

Ella ahogó una risa que sonó amarga.

—¿Que lo rompa? —preguntó.

—Sí, tu compromiso, rómpelo — repetí, acercándome todavía más para ponerle la mano en la nuca y tirar de su cara hacia la mía. Sus ojos se movieron hacia mis labios.

—Basta... —susurró con la voz quebrada. Parecía desesperada.

Me quedé helado y me retiré, dejando caer la mano que había puesto en su cuello. Ella abrió mucho los ojos y emitió un pequeño sonido, que subió por su garganta justo antes de que acercara su cara a la mía, pusiera su mano en mi nuca y tirara de mí para que me aproximara otra vez. Nuestros labios se encontraron y los dos suspiramos. No supe quién empezó. Todo lo que sabía era que aquella mezcla de lujuria y alivio que me inundó al sentir su boca contra la mía era tan intensa que hacía vibrar todo mi cuerpo.

Deslizó la lengua en mi boca por primera vez y se inclinó hacia mí de tal manera que nuestros pechos quedaron apretados el uno contra el otro. Tragué

los gemidos de excitación que emitió cuando nuestras lenguas se encontraron y enredaron, degustándose, acariciándose una y otra vez. Me volví a familiarizar con su sabor, con la sensación de su boca contra la mía, con los sonidos que ella hacía. ¡Dios! Había echado de menos todo esto. La había echado de menos... muchísimo...

Se apartó con un pequeño sollozo.

—Esto no está bien. Sabía que me ibas a hacer esto —soltó con la voz entrecortada.

Me quedé en silencio momentáneamente mientras intentaba controlar la ira que llenaba mi pecho.

—¿Que te iba a hacer qué? —pregunté—. Botón de oro, creo que has

sido tú la que ha empezado.

Ella subió la cabeza y entrecerró los ojos.

—Es que... Es que... —Hizo un sonido de frustración y se deslizó hacia la puerta de la *pickup*.

Alargué el brazo y le cogí la mano.

—Rómpelo —repetí de nuevo. Solo que esta vez lo dije en voz baja, con la mayor suavidad posible.

Ella me miró fijamente unos segundos antes de abrir la puerta y huir hacia su casa. Observé cómo cerraba la puerta.

Aceleré con un gruñido.

—¡Joder! —grité. Esto no había ido nada bien.

25

Grace

Cerré la puerta de mi casa en cuanto entré y respiré hondo lentamente. No había sido una buena idea. Lo peor era que durante un tiempo había sido perfecto. Me había divertido con él. Me había reído por primera vez en mucho tiempo. Pero luego había hecho aparición esa maldita tensión sexual y lo había arruinado todo. ¿Cómo no lo había previsto? Estábamos hablando del jodido Carson Stinger. Me había engañado a mí misma porque quería ir a

cenar con él. Sin duda era tonta. Y le había besado. ¡Oh, Dios mío! Estaba engañándome a mí misma además de engañar a Alex. Y Carson tenía razón, era yo la que había saltado sobre él. Le había dicho que parara y lo había hecho, y luego la decepción que me inundó fue tan cruda e intensa que prácticamente lo había atacado, como si me estuviera ahogando y su boca contuviera el aire que me podía salvar la vida. Emití un sollozo.

Lo había arruinado todo. Había llegado a reconciliarme conmigo misma en lo que a Carson se refería. Nos separamos la primera vez sabiendo que no podía ser parte de su vida y, dadas las circunstancias, lo habíamos hecho en

las mejores condiciones posibles. Y agradecía el papel que desempeñó en mi vida. Cuando me acordaba de él, lo hacía con cariño..., imagino. Pero ¿y ahora? Acabábamos de separarnos de nuevo, solo que en esta ocasión no había sido en buenos términos. Él lo había arruinado todo. Era así de simple: volvía a sentir emociones desagradables hacia Carson Stinger.

Fui hacia el sofá con piernas temblorosas y me hundí en él sin molestarme en quitarme el abrigo.

La ira se apoderó de mí. ¿Por qué tenía que habérmelo encontrado de nuevo? ¿Por qué tenía que vivir en Las Vegas? Yo era... feliz. «¡Estupendo!». Y, de repente, estaba de vuelta,

entrometiéndose en mi vida y poniéndomela patas arriba, haciendo que me cuestionara muchas cosas, igual que la primera vez. La rabia me inundó. Saqué el móvil del bolso. Iba a llamarlo y a dejarle las cosas claras. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo podía haber alguien tan arrogante? ¿Cómo se atrevía a pedirme que rompiera mi compromiso cinco minutos después de volver a entrar en mi vida? ¿De verdad? Miré fijamente mi teléfono y luego lo lancé a un lado al darme cuenta de que ni siquiera tenía su número. Respiré hondo. Seguramente eso era lo mejor que podía pasar. Dejarse llevar por la ira podía ser tan malo como enviar mensajes de texto estando borracho. Una mala idea. Me fui

a mi habitación y me preparé para acostarme. Ese día tenía que terminar ya.

El despertador sonó a las cinco de la mañana y lo apagué antes de levantarme de la cama. No había dormido bien. Estaba de mal humor y, sí, seguía enfadada. No podía identificar con exactitud por qué estaba tan cabreada, quizá por el hecho de que Carson había vuelto a poner mi mundo patas arriba. Debería haberme largado de aquel hotel como si hubiera visto a un demonio del averno en el mismo momento en que puse los ojos sobre él, allí de pie en toda su gloriosa belleza masculina. Era

el diablo hecho carne. A veces era un diablillo divertido y dulce, cierto, pero ¿no era igual que el mismísimo Lucifer? Así era como me atraía, me sentía dispuesta a renunciar a mi alma por saborear esos labios pecaminosos, por ver ese maldito hoyuelo que tanto me afectaba.

Salí de la ducha y me envolví el pelo en una toalla antes de secarme el cuerpo, y luego me dejé caer en la cama. Estaba siendo demasiado dramática. Bueno, me había desequilibrado verlo, sí, pero ¿qué más daba? Lo único que tenía que hacer era dejar claro que era feliz con mi vida y que no iba a romper mi compromiso por él, un hombre con el que había pasado solo un fin de semana

hacía mucho tiempo, un hombre al que no conocía en realidad. ¿O sí lo hacía? Fruncí el ceño.

¿Qué era lo que realmente sabía de Alex? Conocía a su familia. Sus padres vivían en San Francisco y nos habíamos reunido con ellos varias veces cuando visitaron a Alex en Las Vegas. Eran gente encantadora. Sabía que Alex quiso ser abogado desde que era un niño. Era amable, le gustaba colaborar en causas benéficas y leer novelas de misterio. Se había convertido en un letrado brillante. Nunca habíamos discutido y siempre era considerado conmigo. ¿Resultaba tan aburrido como había dicho Abby? Vale, quizá si era completamente sincera, sí, lo era un poco. ¿Y qué? También era

estable, sólido y no sometía mis emociones a una constante caída en picado como *otras* personas. No le haría daño a Alex, no podía.

Me puse un traje chaqueta gris oscuro y me maquillé. Me sequé el pelo antes de recogérmelo en un moño. Me detuve ante el espejo y miré mi imagen fijamente; al final decidí dejarme el cabello suelto.

Después de ponerme la chaqueta, cogí un *bagel* y cerré la puerta con llave. Camino del trabajo, me detuve en un Starbucks para coches y pedí un Grande Latté.

Me sentí mejor después de beber la mitad del café, mucho más tranquila y relajada. Solo tenía que recordar los

hechos importantes: Carson había ejercido un papel en mi vida hacía muchos años, me había ayudado a darme cuenta de algunas cosas importantes, cosas que me ayudaron a mejorar mi vida. Pero era mi pasado, mientras que Alex era mi futuro. Alex no había sido actor porno como Carson, que seguramente tenía una mujer diferente en su cama cada noche de la semana. Apreté el volante presa de otra oleada de ira. Quería gritar. ¡Qué me estaba haciendo ese hombre! Me estaba volviendo loca.

En ese momento tomé una decisión.

Tras una serie de vueltas, entré en el parking del Trilogy. Tenía que poner punto final a esto ahora mismo.

Necesitaba saber qué sentía exactamente por él. Me gustaría ser amable pero firme, y reiterar una vez más lo segura que estaba de que quería casarme con Alex. Si no cortaba esto de raíz, no podría vivir ni concentrarme. Y quería que mi vida volviera a ser la misma que era hacía dos días.

Aparqué el coche y subí las escaleras, atravesando el vestíbulo y el casino hasta el pasillo donde se encontraba su despacho. La puerta estaba cerrada. Quizá ni siquiera estuviera allí tan temprano. Me detuve, respiré hondo y llamé dos veces a la puerta. Escuché voces y algunos forcejeos. Unos segundos después, se abrió la puerta y apareció Carson ante mí, vestido con

pantalones de traje y una camisa blanca. A su espalda, un chica no muy alta con un vestido dorado se enderezaba la ropa. Sus ojos se abrieron de sorpresa al verme.

—Gracias, jefe —dijo la chica, deteniéndose a retirar una pelusa imaginaria de la camisa de Carson al tiempo que le guiñaba un ojo. Me miró mientras pasaba a mi lado.

Carson se despidió con un gesto de cabeza y se volvió hacia mí con una cálida mirada.

—Hola. —Sonrió, me hizo pasar al interior de su despacho y cerró la puerta a nuestra espalda.

—¿Estabas... estabas aquí... con esa chica? —exigí.

Carson se apoyó en el borde del escritorio y cruzó los brazos. El bíceps tiró del algodón de la camisa blanca.

Vi que sus ojos se iluminaban con diversión y algo que parecía satisfacción. Se rio brevemente.

—¿Qué te hace tanta gracia? — pregunté.

—Tú. Estás celosa.

—¿Celosa? —farfullé—. No estoy celosa. Pero me parece el colmo que ayer por la noche me pidas que rompa mi compromiso y esta mañana estés aquí con otra chica.

—¿Has roto tu compromiso? — preguntó en voz baja.

—¿Qué? ¡No! No —repetí, moviendo la cabeza.

—¿No?

—No.

Nos miramos durante unos segundos. El pulso se me aceleró al notar que apretaba los dientes.

Me erguí en toda mi altura y, recordando mi resolución, me puse las manos en las caderas.

—He venido a decirte que no puedo volver a verte.

—Eso ya me lo dijiste ayer por la noche —comentó.

—Sí, lo hice, pero quería repetírtelo. Quería asegurarme de que lo habías oído.

—¿Has venido por eso? ¿Para asegurarte de que te había oído? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Asentí con la cabeza.

—Mmm..., mmm..., quería asegurarme de que me habías oído — repetí.

—Grace, estaba a solo medio metro de ti cuando lo dijiste.

Puse los ojos en blanco.

—Vale. Sé que me oíste, pero quiero asegurarme de que lo has asimilado, de que me escuchaste bien.

Carson se me quedó mirando con los ojos entrecerrados mientras su pecho subía y bajaba de forma constante. Casi podía ver cómo giraban los engranajes en su cabeza.

De repente, se empujó desde el borde del escritorio y se dirigió hacia mí. Retrocedí, pero él siguió avanzando

hasta que mi espalda chocó contra la pared. Sentí que se me desbocaba el corazón y contuve el aire. El delicioso olor de Carson, a limpio y a algo que era solo de Carson Stinger, me envolvió, embriagándome.

—Sí, te escuché, Botón de oro. ¿Me escuchaste tú a mí cuando te dije que no estaba de acuerdo? —preguntó.

Se inclinó hacia mí y me levantó la barbilla con un dedo de manera que acabamos mirándonos a los ojos. Me observó durante unos segundos.

—Mírate, Botón de oro... Tu mente va a mil por hora, ¿verdad? Intentas resolver este pequeño problema desde que saltaste de mi *pickup* la noche pasada, ¿a que sí? Quizá desde que

saliste del hotel ayer por la tarde. Todo se ha puesto patas arriba. ¿Qué tal has dormido esta noche, Grace? ¿Deseas apagar ese cerebro tuyo? ¿Darme el control? ¿Quieres dejar que me haga cargo de todo hasta que pierdas el sentido, hasta que lo único que inunde tu cuerpo sea puro placer? ¿No sería un dulce alivio, Botón de oro? —Su voz era sedosa y fluía sobre mí, haciéndome temblar de deseo.

Lo miré mientras me estudiaba con ojos brillantes. Sí que quería eso. ¡Dios! Lo deseaba tanto que me dolía. Lo quería, lo necesitaba. El recuerdo de lo que podía hacer parpadeaba en mi mente, provocando que quisiera gritar de frustración.

Carson se acercó a mí y puso las manos en la pared, a cada lado de mi cabeza, y movió el muslo de tal manera que mi sexo quedó pegado a él. Bajó una mano y me subió la falda para que pudiera apretarme con firmeza contra su pierna. Gemí de placer, y me froté con fuerza al tiempo que cerraba los párpados. Dios, ¿qué estaba haciendo? De repente no podía pensar.

—¿Te hace esto, Grace? —me susurró al oído inclinándose hacia delante—. ¿Gritas su nombre cuando te corres?

Sentía que me pesaban los párpados, y era vagamente consciente de que me movía contra su muslo, buscando aquella excitación pura que me inundaba de pies a cabeza. ¡Dios! Había pasado

tanto tiempo...

—Respóndeme, Botón de oro, ¿te hace sentir esto? —dijo Carson entre dientes. Parecía enfadado. Lo miré y, al instante, olvidé su pregunta. De pronto, se detuvo y grité de frustración.

Volvió a bajar la mano derecha y me puso un dedo debajo de la barbilla, obligándome a subir la cabeza para mirarlo a los ojos. Me estudió durante unos segundos.

—No te has acostado con él —aseguró finalmente, en tono casi neutro.

Traté de mirar hacia otro lado, pero me agarró la barbilla con el resto de los dedos para obligarme a sostenerle la mirada.

—¿Por qué, Grace? —resollo; sus

ojos eran tan intensos que me sentí como si fuera a arder.

Traté de mover la cabeza.

—Es que... es solo que... —susurré.

Me siguió estudiando unos segundos más y soltó un gruñido, como si estuviera satisfecho con algo que había visto. Luego empezó a mover el muslo contra mi sexo y gemí. Estaba perdida. El dulce alivio de la inconsciencia era más adictivo que cualquier droga que pudiera imaginar.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó—. Si eso es lo que quieres, solo tienes que pedírmelo.

Negué con la cabeza.

—No, no te detengas. No te detengas.
—Suspiré mientras un dulce y

embriagador placer recorría mis venas.

—No voy a jugar contigo, Grace — dijo con voz suave y ronca mientras seguía avanzando—. Tengo muchos asuntos de los que ocuparme y, en contra de mi buen juicio, estoy dejándolos a un lado para darnos una oportunidad.

Bajó las manos por la pared y las llevó hasta mis costillas, deslizándolas por la abertura de la chaqueta.

—¿Por qué? —jadeé.

Se rio entre dientes.

—Porque, al parecer, cuando se trata de ti, soy idiota —dijo, pero noté la risa en su voz a pesar de que mis ojos se habían cerrado de nuevo.

Subió las manos a mis pechos y me frotó los pezones con los pulgares por

encima de la fina tela de la blusa. Ahogué un grito mientras notaba que mi núcleo se anegaba de fluidos. Esto era... Debería detenerlo, pero... no podía pensar. No quería pensar.

—Nunca lograré purgarte de mi sangre, Botón de oro —susurró. Gemí. Rozaba el orgasmo con la punta de los dedos y lo necesitaba. Lo deseaba tanto que me sentía desesperada—. No creo que quisiera tampoco —confesó, acercándose a mi oreja—. Quiero que nos des una oportunidad.

Se inclinó y comenzó a besarme el cuello. Sus labios eran tan suaves como alas de mariposa contra mi piel mientras movía el muslo más rápido contra mi sexo al tiempo que movía los pulgares

sobre mis pezones. Empecé a jadear.

—¿Te has acostado con alguien desde que estuviste conmigo? —preguntó. Yo ya no pensaba, no razonaba, no me importaba nada salvo el intenso placer que estaba a mi alcance.

—¡No, no...! —admití—. Ohhh... ¡Oh, Dios, Carson! No, no he estado con nadie desde que estuve contigo —confesé.

—Eso me gusta —gruñó en mi oído antes de besarme el cuello, lamiéndome y chupándome la piel con suavidad. Sus movimientos se aceleraron y me lanzó por el borde. Intensas oleadas de placer me atravesaron, haciendo que me estremeciera contra él. Justo cuando estaba a punto de gritar, él puso la boca

sobre la mía y tragó mis gemidos mientras jadeaba contra sus labios.

Al bajar de la nube, la niebla que empañaba mi cerebro se aclaró y la realidad me inundó de nuevo. Lo miré a los ojos aturdida.

Él me contemplaba con intensidad, con los ojos oscurecidos por el hambre, pero también había en ellos algo tierno. Me sentí fascinada.

Abrió la boca para decir algo, pero sonó un fuerte golpe en la puerta. Aquello me trasladó por completo a la realidad. Jadeé y me alejé de él bajándome la falda al tiempo que él también se movía.

—Estate quieta —me ordenó en voz baja—. ¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, tío —dijeron desde el otro lado.

Carson maldijo entre dientes y me miró. Me recorrió de arriba abajo con la vista, supuse que para asegurarse de que estaba decente.

Abrió la puerta.

—Hola, Leland, ¿qué pasa?

—Casi están aquí —escuché que decía el extraño.

Carson se quedó quieto y resopló.

—Vale, voy para allá —dijo.

Escuché que el hombre que quedaba oculto por la puerta ahogaba una risa.

—¿Tienes ahí una mujer o qué pasa?

La realidad de lo que había ocurrido se apoderó de mí. Me alisé la falda y me acerqué a Carson para salir.

—Mmm..., si tuviera más preguntas, te llamaría —dije, pasando junto a un hombre alto, más o menos de nuestra edad, con el pelo oscuro, casi negro, que vestía un traje azul marino.

Percibí la expresión de sorpresa de su cara cuando giré y comencé a andar con rapidez por la seguridad del pasillo hacia el casino.

—Grace... —me llamó Carson. No le hice caso y aceleré a pesar de la debilidad que sentía en las piernas. Prácticamente corrí hacia el coche.

Cuando salí del garaje, esperé en la calle a que pasara un cortejo de limusinas negras y SUVs con banderas internacionales. Pasaron ante mí y se detuvieron ante la puerta principal del

Trilogy. Estiré el cuello y vi que Carson salía del hotel y estrechaba la mano del hombre que se bajó de la limusina que encabezaba el desfile. Supuse que Las Vegas recibía dignatarios extranjeros a todas horas. Aparté la vista y giré en dirección contraria, alejándome lo más rápido que pude.

Carson

Estaba solo en la habitación pequeña. Me acerqué a una esquina y puse el vaso de papel en posición vertical. Se había caído con mi último lanzamiento. Volví a la silla y me senté de nuevo. Apunté.

—¡Lanza y marca! —dije en voz baja

cuando mi moneda cayó limpiamente en el vaso.

Recuperé los diez centavos y los lancé un par de veces más, acertando con facilidad. Me aburría. Me quedé mirando la puerta cerrada durante unos segundos hasta que finalmente me acerqué a ella y giré la manilla.

Por lo general, siempre había alguien conmigo, pero ese día estaba solo. Nadie estaba «cuidando» de mí. Puse los ojos en blanco. No es que fuera un bebé, ya tenía ocho años. Era el hombre de la casa.

Sabía qué estaba haciendo mi madre, y eso me ponía enfermo. Me revolvió el estómago pensar que estaba bajo las sábanas con algún hombre, desnuda,

mientras hacían una película. Decía que era una actriz, pero había oído a otras personas susurrando a sus espaldas, y decían que era una puta. Ya sabía lo que era una puta, claro está. Sabía que significaba que follaba por dinero. Y sabía que era verdad. Cada vez que le pedía que dejara de hacer ese trabajo, me gritaba y me preguntaba de qué otra manera esperaba que me diera de comer.

Supuse que también significaría que ella tenía que dejar de tomar las pastillas para dormir la mayor parte del día.

Me acerqué a la esquina y oí que salía música del salón. También percibí gruñidos y otros ruidos extraños. Sabía

que eran sonidos sexuales y que debería regresar a la habitación, donde me había dicho que la esperara. Pero por alguna razón, mis piernas seguían avanzando.

Asomé la cabeza por la esquina y abrí mucho los ojos al tiempo que me cubría la boca con la mano para no gritar. Mi madre estaba en el centro de una cama y había tres hombres a su alrededor, todos desnudos. Uno estaba detrás de ella, golpeándola con sus partes privadas mientras ella tenía el pene de otro en la boca. El hombre que había a la derecha estaba masturbándose y, mientras yo miraba, él gruñó y soltó un chorro de pis blanco que cayó sobre el pelo y la cara

de mi madre.

Quise correr hacia ella y apartarlos. Quise darles patadas en sus caras y pisotearlos. Me inundó una actitud protectora hacia mi madre y ahogué un sonido mientras las lágrimas brotaban de mis ojos.

Corrí hacia ella y, de repente, estaba en la cama tendida de espaldas y parecía que se asfixiaba.

—¡Mamá! ¡Mamá! — Parecía que la habían golpeado y que estaba medio muerta. Había sangre en cada orificio. Me miró entre sus hinchados y agrietados párpados y... sonrió. Fue la sonrisa más dulce que hubiera visto nunca. Mientras sonreía, su cara se transformó, sus rasgos se volvieron

más jóvenes y bonitos.

—*Ara... —suspiré.*

Me incorporé en la cama, jadeando. Estaba sonando mi móvil.

—Hola —dije con tono vacilante incluso para mis propios oídos.

Era Leland.

—Hola, Carson. Acaban de fijar la fianza de Josh. Dos millones de dólares.

Cerré los ojos durante un instante.

—¿Podemos asumirlos?

—Nosotros no. El Trilogy, sí. Ahora mismo estoy yendo al banco. Solo quería que lo supieras.

—De acuerdo. Mantenme informado.

—Eso haré.

Colgué y me desplomé en la almohada. Eché un vistazo al reloj. Me había acostado después de trabajar hasta tarde la noche anterior, y luego había dado vueltas en la cama hasta que me quedé dormido. Miré el techo. «Otra vez ese puto sueño». Lo había tenido antes, pero llevaba un par de meses sin atormentarme. Me preguntaba si sería porque Grace había vuelto de nuevo a mi vida... o algo por el estilo. ¡Mierda! La situación estaba jodida con ella. Era difícil que me sintiera mal por ello, porque ver cómo se corría había sido fantástico, pero la había asustado. Besarla en la *pickup* la noche pasada había hecho que me sintiera posesivo y jodidamente cachondo. No me quedaba

más remedio que llamar a las cosas por su nombre. Así que cuando irrumpió en mi despacho, hablándome de nuevo sobre él, había tomado las riendas sabiendo que respondería... y lo había hecho. Me había pedido que no parara. Pero lo jodido de todo eso era que seguramente se iba a arrepentir. Y eso me hacía sentir una mierda.

Había descubierto que nunca se había acostado con su prometido. La alegría que me inundó al saberlo no tenía medida. Pero ¿por qué no lo había hecho? Ese era el quid de la cuestión. Tenía que hablar con ella, y cuanto antes mejor.

Grace les daba muchas vueltas a las cosas y era muy dura consigo misma. Lo

había sabido una hora después de conocerla hacía cuatro años y medio. Y por eso sabía que ahora estaría tratando de convencerse a sí misma de que era una mala persona que había hecho algo inmoral a su prometido, lo cual era cierto. Pero eso no iba a ayudarme. Se iba a sentir culpable, y la culpa no era un buen augurio para que rompiera con él como le había pedido. Tenía que arreglar la situación. La deseaba. Así de simple. Le había dicho que estaba dejando mis asuntos a un lado para darnos una oportunidad. Era cierto, pero a su vez... no podía ignorar todo lo que estaba ocurriendo. Además, algunas de esas cosas también le afectarían a ella y debería, al menos, aceptarlas.

«¡Mierda, esto es demasiado complicado!».

Si me decía que deseaba lo mismo que yo, podríamos intentarlo. Pero antes de saber eso, no podía correr el riesgo. Sencillamente no era posible. Sí, teníamos que hablar.

Me levanté de la cama y fui a la ducha.

26

Grace

Recogí las piernas debajo de mi cuerpo y me subí la manta hasta cubrirme los hombros al tiempo que apoyaba la espalda en el respaldo del sofá. Acababa de llegar a casa desde el despacho después de una jornada de doce horas, me había puesto el pijama y me había sentado frente al televisor con una manta. Eran las ocho, pero todavía no había cenado y tenía hambre. Sin embargo, sentía aquellos minutos en el sofá como una prioridad absoluta.

Por supuesto, la primera persona en la que pensé fue Carson. Lo había mantenido apartado de mi mente con éxito desde la escena que habíamos tenido el día anterior en su despacho. En parte había sido por instinto de conservación, pero sabía que también era gracias al orgasmo que había disfrutado contra su pierna, apoyada en la pared. Gemí de vergüenza y me cubrí las mejillas con las manos, sintiendo que se calentaban incluso con el recuerdo. Dios, le había dicho que no podía volver a verlo y luego me había corrido contra su muslo como una gata en celo. ¿Había transmitido un mensaje muy confuso? Sin duda resultaba demasiado humillante.

Era una profesional. Acudía todos los días al trabajo con trajes conservadores y zapatos cómodos. En el juzgado era eficiente y tenía confianza en mí misma. En mi vida personal, pagaba las facturas a tiempo, llamaba a mi padre al menos una vez a la semana, era una buena amiga y una persona honesta. Pero era estar con Carson Stinger y, de repente, me volvía loca sin remedio. Una pirada. Me convertía en una pirada que permitía que la manosearan contra la pared de su despacho. Y ni siquiera había tenido que presionarme para conseguirlo. Casi se lo había suplicado. Me sentía avergonzada de mí misma.

Pero la sensación más abrumadora era la tristeza. Había traicionado a Alex.

Era una persona horrible. Y peor todavía, le había dicho a Carson que no me había acostado con mi prometido. No debería haberlo hecho. No solo no era asunto suyo, es que además le iba a dar una idea equivocada. Me sentía atraída por Alex, pero todo había ido muy rápido entre nosotros y prácticamente habíamos empezado a salir cuando me mudé a Las Vegas, nos comprometimos apenas dos meses después y habíamos empezado a planificar la boda para primavera. Habíamos hecho otras cosas, por supuesto, pero quería esperar hasta que estuviéramos casados para mantener relaciones sexuales. Ni siquiera le había dicho a Abby que estábamos esperando,

porque sabía lo que me diría. Y era algo que estaba bien, quizá resultara un poco anticuada, pero ¿por qué? Me parecía una idea muy romántica. Y Alex, siendo el caballero que era, estaba de acuerdo con ello. Me parecía que la anticipación añadía cierto morbo. Pensaba que...

Mis pensamientos quedaron interrumpidos por un fuerte golpe en la puerta. Fruncí el ceño. ¿Quién demonios llamaba de esa manera?

Me levanté, dejando la manta en el sofá, y fui hacia la entrada vestida con unos pantalones de pijama de franela y una camiseta blanca.

Mi puerta no tenía mirilla, así que pregunté.

—¿Quién es?

—Grace, soy yo... —escuché que decía una voz profunda.

«¡Mierda! Carson».

Me quedé ante la puerta mordisqueándome el pulgar durante un buen rato, pensando qué debía hacer.

—Grace, abre la puerta —dijo él finalmente desde el otro lado—. Por favor... —añadió un par de segundos después.

Suspiré y abrí la puerta. El frío aire de diciembre impactó contra mi piel.

Carson estaba allí con toda su perfección masculina, cubierto con unos vaqueros oscuros y una cazadora de cuero. Me pareció tan condenadamente guapo que lo odié. Lo odié de verdad. Sería mucho más fácil deshacerme de él

si fuera feo. La vida era muy cruel.

Carson bajó la vista por mi cuerpo hasta detener los ojos en mis pechos. Fui consciente en ese momento de que no llevaba sujetador y de que el frío me había endurecido los pezones. Crucé los brazos.

—¿Qué quieres, Carson? —pregunté. Estaba cansada.

—¿Puedo pasar? Solo quiero hablar contigo un minuto y luego me iré. —Me miró suplicante.

Aunque tardé un par de segundos, acabé dando un paso atrás para dejarlo entrar. Supuse que era necesario aclarar las cosas de una vez, dado que yo no lo había hecho demasiado bien el día anterior.

Pasó junto a mí y luego esperó mientras yo cerraba la puerta. Sin embargo, no eché el cerrojo; Carson no tardaría en marcharse.

Caminé hasta el sofá y me senté envolviéndome en la manta. Me siguió y se sentó en el extremo opuesto, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos.

—Josh Garner ha depositado la fianza esta mañana —me dijo—. Creo que ya lo sabes.

—Sí —repetí—. La ha hecho efectiva un agente de finanzas. —Fruncí el ceño. La fianza era demasiado alta para cualquier fiador. Pensaba que alguien había puesto el dinero. No sabía quién. Pero no pensaba hablar con Carson

sobre ello. Quizá ni siquiera supiera nada al respecto.

Asintió moviendo la cabeza y me miró, pero no dijo una palabra. Parecía como si estuviera luchando contra la tentación de decir algo. Por fin, negó con la cabeza y apartó la mirada.

—Tenemos que hablar sobre lo que ocurrió ayer por la mañana —dijo finalmente—. Te debo una disculpa.

Me reí y moví la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No me debes ninguna disculpa. Te permití hacer lo que hiciste... quería que lo hicieras. —Desvié la vista—. Debí de ser bastante obvio. —Noté que tenía las mejillas calientes—. Sin embargo —continué—, no estuvo bien.

Pero por mi parte, no por la tuya. No eres tú quien ha hecho una promesa a otra persona y la ha roto. —Con esas palabras, sentí que me inundaba la tristeza. Era una persona horrible.

Permaneció en silencio un rato, con el ceño fruncido como si estuviera encajando las piezas de un puzle.

—Lo que trataba de decir al disculparme —dijo en voz baja— es que lamento haberte abordado así. —Se detuvo y entornó los ojos un poco, como si no estuviera seguro de que era eso lo que sentía. Después de un par de segundos, continuó—: Pero quería decir cada palabra. Cada una de ellas. No estoy jugando.

Negué muy despacio con la cabeza.

—Carson, estabas liándote con una camarera antes de que entrara en tu despacho —grité.

Ladeó la cabeza y luego me miró fijamente antes de echarse a reír.

—No estaba haciendo nada con Kira antes de que entraras. Sí, me aborda todos los días, pero nunca la he tocado. —Se detuvo y me estudió durante un segundo—. ¿Cómo puedes pensar eso después de lo que hicimos? —preguntó, frunciendo los labios.

—¿Por qué no? —Me eché atrás—. Casi no te conozco.

—Me conoces mejor que nadie, Botón de oro —espetó con los ojos brillantes—. Y te conozco mejor que nadie —continuó con más suavidad—,

incluso a pesar del tiempo transcurrido.

Lo miré boquiabierta.

—Bueno..., menudo creído. Pues yo pienso que mi prometido es quien me conoce mejor que nadie.

Mientras me miraba, vi que le palpitaba un músculo en la mandíbula.

—¿Lo crees de verdad, Grace? —
Arqueó una ceja.

Entrecerré los ojos. Sabía exactamente a qué se refería.

—No debería haberte dicho eso. No es asunto tuyo y me niego a hablar contigo de nuevo. ¡Míranos! Ni siquiera podemos estar juntos tres minutos sin pelearnos o besarnos.

—¿Eso es malo? —preguntó con una sonrisa.

Lo miré con los ojos entrecerrados, pero no añadió nada.

—¡Sí! Sí, lo es. Necesito concentrarme..., necesito... ¡dejar de engañar a mi prometido! —espeté.

Carson me miró muy serio.

—No estás enamorada de él, Grace. Yo tampoco quiero engañar a tu novio. Rompe con él. —Me miró a los ojos—. Por favor...

Seguí mirándolo mientras diversas emociones atravesaban mi cuerpo, demasiado rápidas y numerosas para investigarlas.

Se escuchó un golpe ligero. Me sobresalté y Carson miró hacia la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—¡Oh, Dios mío! Alex me dijo que quizá pasaría con la cena. Pensaba que era ya demasiado tarde, pero seguramente sea él —susurré.

Carson se levantó, y yo lo imité de un brinco.

—Rompe con él, Grace —repitió al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—¡Espera! —susurré—. ¡No abras!

Se dio la vuelta hacia mí y se acercó con dos pasos para tomar mi rostro entre las manos. Su expresión era tensa.

—Yo tampoco he estado con nadie más —confesó, estudiando mi cara con los ojos—. No desde que estuve contigo.

Abrí los ojos y la boca sorprendida.

—¿Qué? —Solté una risita nerviosa.

Me había pillado con la guardia baja, y estaba conmocionada. ¿Cómo podía ser cierto? ¿Durante casi cinco años, Carson Stinger, el dios del sexo, el hombre perfecto, el sexo hecho carne, no había estado con una mujer? Abrí la boca para hablar y luego la cerré. Él siguió estudiando mi expresión y yo la suya. Por fin, solté el aire que contenía—. ¿Por qué?

Estaba a punto de hablar cuando sonó un segundo golpe, esta vez más fuerte.

—Esto no va a ser fácil. Por favor, tienes que salir por la puerta de atrás —susurré—. Carson, ¿puedes ser lo más silencioso posible?

Me miró durante unos segundos y luego se dibujó en su rostro una lenta

sonrisa y aquel hoyuelo mágico hizo su aparición en el peor momento posible. Dios, era... impresionante. El corazón se me aceleró ante su belleza.

—Es posible que tenga cierta experiencia en escapadas furtivas, Botón de oro —dijo, soltando mi cara para dirigirse a la puerta corredera de cristal que llevaba al pequeño patio trasero de mi casa.

Abrí la boca, pero las palabras se quedaron pegadas en mi garganta mientras él se marchaba.

Carson

Mientras rodeaba la casa de Grace, oí que se abría la puerta principal.

—¡La cena! ¿Por qué has tardado tanto en responder?

Parecía un capullo. Sacudí la cabeza. No estaba siendo justo. Si a Grace le gustaba, seguramente sería un tipo decente. Y eso era lo que más me jodía. Quería odiar a ese hombre.

—¡Oh! Estaba saliendo de la ducha —oí que mentía Grace.

Apreté los dientes y entré en la *pickup*, aparcada frente a la casa de su vecino. Odiaba tener que marcharme a escondidas como si fuera una especie de ladrón. Pero había dejado muy claro lo que quería. Solo me quedaba esperar hasta que ella descubriera que quería lo mismo.

Volví a apretar los dientes. Quizá

Grace y Alex no mantuvieran relaciones sexuales, pero apostaba lo que fuera a que estaba besándola en ese momento. Sí, realmente odiaba a ese tipo.

Me senté detrás del volante y permanecí allí un buen rato. Le había confesado que tampoco había estado con nadie. Se había reído como si fuera lo más increíble del mundo. Supongo que yo habría hecho lo mismo si siguiera siendo el mismo hombre que era hacía cinco años. Quería explicarle por qué. Quería decirle lo que había pasado. Tenía ganas de abrirme a Grace. No me había expuesto de verdad ante nadie desde que lo hice con ella. ¡Dios! La deseaba de todas las formas posibles. Ella estaba enfadada, pero ¿qué

esperaba? Solo habíamos estado tres días juntos y le estaba pidiendo que cambiara toda su vida por mí. Pero yo también estaba dispuesto a hacer concesiones por ella. Aunque Grace no era consciente de la magnitud que eso suponía.

Puse en marcha la *pickup* y me dirigí hacia casa. Durante todos estos años, había pensado en ella sin saber dónde estaba ni qué era de su vida. Ahora la tenía a solo cinco minutos de mí y dolía tanto como si estuviera a un continente de distancia.

27

Grace

Faltaba una semana para Navidad. Me sumergí en una vorágine de compras de última hora y en el trabajo, que incluía el caso Garner. El juicio quedó fijado para finales de enero, así que tenía tiempo para preparar el caso, aunque no creía que unas nuevas pruebas pudieran aportar mucho más. El informe de la autopsia de la víctima era claro: la causa de la muerte era una herida de bala en la cabeza; no había traumas físicos, ni problemas de salud ni rastros

de drogas en su cuerpo. Y, lo que resultaba más desconcertante, la chica era virgen. Eso echaba por tierra la teoría de que fuera una prostituta y hubiera mantenido un encuentro sexual con el acusado que hubiera acabado mal. Aun así, las evidencias de ADN eran innegables. La sangre del acusado estaba en la piedra, y se había encontrado sangre de la víctima en la casa de Garner, en su ropa. Por no mencionar que la bala que se había retirado del cuerpo de la víctima correspondía a la pistola de Josh Garner. No pensaba que tuviéramos que buscar un móvil con tal cúmulo de evidencias.

No había testigos que obligaran a un

segundo examen médico ni a una segunda valoración del ADN, así que me sentía muy segura de mi postura. Eso era bueno porque me había cogido una semana de vacaciones para ir a casa por Navidad. Alex iba a acompañarme, por lo que estaba deseando pasar ese tiempo con mi familia, disfrutando de la comodidad del hogar y de las tradiciones. Era necesario para mi salud mental. Era necesario que viera las cosas en perspectiva.

No había hablado con Carson desde que salió de mi casa por la puerta trasera hacía ya un par de días. Necesitaba espacio. Como siempre, con él todo era rápido y llegaba de forma inesperada.

«Igual que la primera vez. Creo que es por nosotros».

Aunque no existía un nosotros, seguía dándole vueltas. Me sentía culpable y frágil ante lo que le había hecho a Alex, algo que no tenía intención de contarle. Todavía no estábamos casados. Sí, técnicamente lo había engañado, pero ¿le haría daño no saber que su prometida había besado una vez a otro hombre? Oh, vale... y había disfrutado un intenso orgasmo contra el muslo de otro hombre mientras la sujetaba contra la pared de su despacho. Gemí en voz alta de vergüenza y me di una palmada en la frente, sentada ante el escritorio en mi despacho. Dios... era odiosa.

Al parecer, Carson estaba respetando

el espacio que necesitaba, porque no se había puesto en contacto conmigo. Eso estaba bien. A pesar de que sentía una enorme curiosidad por saber por qué no se había acostado con nadie más desde hacía casi cinco años. Quería preguntarle al respecto. Y tenía que admitir para mis adentros que una emoción desconocida me bajaba por la espina dorsal cada vez que lo pensaba. ¿Era solo porque había pasado en el extranjero la mayor parte de ese tiempo? Tenía que ser por eso. Aun así, ¿no había mujeres dispuestas en todos los lugares del mundo? ¿Y por qué había detenido las insinuaciones de Kira? ¿Por qué razón? No debería tener tantas ganas de saberlo. Después de todo, ahora tenía

mi propia vida, y mi propio hombre en el que pensar. No debería estar pensando tanto en Carson. Sin embargo, no podía evitarlo. ¡Que Dios me ayudara!

También me había preguntado cada vez con más preocupación si Carson tendría algo que ver con el caso contra Josh Garner. Eran amigos, tenían un pasado militar en común y se habían mudado a Las Vegas a la vez y, esencialmente, por la misma razón. Eso no significaba que Carson supiera más de lo que le había dicho a la detective Powers cuando lo interrogó, pero tenía la sensación de que lo hacía. A eso se debía añadir el hecho de que otro de sus compañeros de unidad era el propietario

del hotel para el que ambos trabajaban y que alguien había efectuado el pago de la enorme fianza. Muchas preguntas y respuestas vagaban por mi mente, había algo que no encajaba. Había cierta conexión entre todo eso, solo que aún no sabía cuál era.

Suspiré con fuerza y me recliné en el sillón. Escapar de todo eso una semana me vendría bien. Hablaría con mis hermanas para obtener una perspectiva mejor de esta claustrofóbica situación. Sí, eso estaría bien. Era justo lo que necesitaba.

Estuve trabajando hasta las nueve de la noche. Alex había comenzado las vacaciones un día antes que yo y había ido a hacer las compras de Navidad, por

lo que pasaría hasta el último minuto en el centro comercial. Como cualquier hombre. Me pregunté dónde pasaría Carson la Navidad. Me intrigaba qué habría sido de su madre y si su relación seguía siendo la misma que cuando lo conocí. Si era así, no creía que fuera a volver a Los Ángeles. Fruncí el ceño y sacudí un poco la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos ignorando a Carson. Lo que estuviera haciendo en Navidad no era asunto mío.

Cuando llegué a casa por la noche, hice la maleta y cuando acabé, estaba agotada. Alex me recogería a las cinco de la mañana para ir al aeropuerto a coger el vuelo. Me puse el pijama y me metí en la cama.

Carson

Me senté frente a Josh, que estaba recostado en el sofá del apartamento donde le habíamos escondido. Yo estaba hablando por teléfono con Leland y respondí a la pregunta que acababa de hacerme.

—Sí, lo hemos conseguido. No nos ha seguido nadie. Te llamaré cuando esté de vuelta.

—Estupendo. Gracias, Carson —
repuso Leland antes de colgar.

Presioné el botón rojo de mi móvil y miré a Josh.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Él suspiró.

—Genial, Carson. Las últimas dos semanas han sido un sueño hecho realidad.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué ocurrió? No debíamos separarnos. Regla número uno.

—Sí, mierda. Fui yo quien inventó esa puta regla —respondió con amargura.

Lo estudié. Estaba siendo juzgado por asesinato en primer grado. Tenía que darle un respiro.

—¿Qué ocurrió? —repetí.

Él suspiró al tiempo que se pasaba las manos por la cara.

—Vosotros habíais salido ya con la mercancía. Yo estaba limpiando la última habitación del almacén cuando oí

llorar a una chica. Pensé que habíamos perdido a una. Me di la vuelta y todo se volvió negro. Lo siguiente que ocurrió fue que desperté en una casa abandonada con un chichón en la cabeza del tamaño de una pelota. Me fui a casa y la poli llamó a la puerta una hora después. Es todo lo que sé.

Respiré hondo.

—Imaginábamos algo así. Una emboscada. ¡Joder! Sabes que volvimos a buscarte, ¿verdad? Nos dimos cuenta de que habías desaparecido y regresamos a por ti. Te habías esfumado como si fueras un fantasma.

—Sé que jamás dejaríais un hombre atrás. No lo he dudado ni por un segundo.

Asentí.

—Sabían que veníamos —aseguré.

Josh suspiró, moviendo la cabeza.

—Sí, Carson. Y el muy cabrón disparó a una chica en la cabeza.

—Es un jodido enfermo. Pero ya lo sabíamos.

Frunció el ceño y respiró hondo antes de entrelazar los dedos detrás de la cabeza y reclinarsse hacia atrás.

—Sí.

Lo estudié durante un rato.

—Bien. Tengo que salir de aquí. Vamos a resolver esto. Dylan está trabajando en ello, todos estamos tratando de resolverlo. Vamos a tomarnos un descanso, ¿vale? Te cubriremos.

Josh cerró los ojos un instante.

—No lo he dudado ni por un segundo.

—Me miró—. Gracias, Carson.

Asentí con la cabeza y me levanté.

—Quédate dónde estás. Pide lo que necesites. La policía sabe dónde estás, pero no lo sabe nadie más. No puedes acercarte al Trilogy. No puedes reunirte con ninguna mujer, ni siquiera con la vecina guapa. Asimíllalo.

—Suena divertido —dijo él—. Menuda Navidad de mierda... —Frunció el ceño—. Sí, sí, no te preocupes. Lo he pillado.

—Venga, peor es estar con un paquete de supervivencia en una cueva, ¿verdad? Se rio por lo bajo.

—Poca diferencia hay, pero lo capto.

Sonreí y me despedí con un gesto de cabeza antes de ir hacia la puerta. Veinte minutos más tarde, entraba en el aparcamiento del Trilogy.

Un poco después, entraba en el despacho de Leland.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó.

Me senté frente a él.

—No sé si debo hacerlo. Si hubiera algo que yo...

—No lo hay. Y si te quedas aquí durante las vacaciones, acabarás volviéndote loco. Es mejor que no nos vean por aquí. Dylan se queda para investigar con el ordenador, pero ninguno de nosotros puede hacer nada

más para ayudar. Además, si surgiera algo, estás solo a seis horas. Es mejor que te marches de la ciudad.

Asentí.

—De acuerdo. ¿Están bien todas las chicas?

—Sí. Me gustaría que todas estuvieran despachadas antes de las vacaciones. No me gusta tener que mantener a los guardias en Navidad. Pero así son las cosas. No hemos obtenido la documentación a tiempo. Dylan ha hecho todo lo posible.

—Ya lo sé. Es una mierda. Pero quedará resuelto en una semana.

—Cierto. Que pases una feliz Navidad, tío. —Se puso en pie y rodeó el escritorio para estrecharme la mano y

darme una palmada en la espalda. Un abrazo de hermano.

Sonreí.

—Lo mismo digo.

—Haré lo que pueda. Ten cuidado en la carretera.

Asentí moviendo la cabeza y me fui, cerrando la puerta.

Cogí el macuto de lona en mi despacho y me dirigí a la *pickup*. Quince minutos después salía de la ciudad.

Me pregunté dónde pasaría Grace la Navidad. No se había puesto en contacto conmigo desde la noche que me fui de su casa. No pensaba acosarla. Aun así, era algo que me molestaba. Estaba en medio de una situación peliaguda y, sin

embargo, no podía dejar de pensar en ella. Debía alejarme de la ciudad.

Apreté con fuerza el acelerador y dejé Las Vegas atrás tan rápido como pude.

28

Grace

—Estoy segura de que me olvidó algo
—le dije a Alex por quinta vez.

—Cariño, has repasado la lista. No te has olvidado nada. Y si así fuera, puedes reemplazarlo cuando lleguemos allí. Relájate. —Me acarició la rodilla.

Asentí con aire distraído mientras se abrían las puertas del avión y la fila comenzaba a moverse hacia delante.

—Sí... —Mi voz se desvaneció mientras los dos nos levantábamos.

Alex bajó el equipaje de mano del

compartimento superior. Tras coger el asa de la maleta y subirla para hacerla rodar detrás de mí, avancé delante de él hacia la salida.

Me había despertado con una sensación de nerviosismo, y no terminaba de deshacerme de ella. Quizá estaba incubando algo. No estaba segura. Estaba yendo a casa por primera vez en mucho tiempo. Debería sentirme relajada y excitada. Sin embargo, no podía reprimir la idea de que me había dejado algo, de que algo estaba mal.

No ayudaba que me hubiera pasado la noche dando vueltas en la cama, sin dormir, sin poder desconectar mi cerebro. Estaba demasiado cansada; tenía que ser eso.

Además, seguramente el viaje en sí me ponía un poco nerviosa. Alex y mi familia solo se habían visto una vez, cuando mi padre y mis hermanas me habían visitado en Las Vegas, al poco tiempo de mudarme. Habíamos ido a cenar todos juntos, pero llevaba poco tiempo saliendo con él. Así que realmente esta era una oportunidad inmejorable para que Alex llegara a conocerlos bien. Lo que era... bueno, ¿verdad? Me mordí el labio.

Atravesamos la terminal. Teníamos una hora de espera antes de embarcar en el siguiente vuelo a Dayton, así que decidimos comer algo en uno de los restaurantes cercanos a nuestra puerta de embarque.

Mientras bajábamos por una escalera mecánica, miré a las personas que subían por otra escalera que había pegada, y una anciana captó mi atención. Me sonrió y me guiñó un ojo. Me quedé paralizada; aquella mujer tenía algo familiar... Le devolví la mirada estirando el cuello según nos íbamos alejando, pero ella no giró la cabeza más.

Al atravesar la enorme sala central del aeropuerto, pasamos junto a una niña que dibujaba en un cuaderno. Justo cuando pasamos junto a ella, me sonrió y sostuvo ante su madre lo que estaba pintando. Giré la cabeza para ver lo que era y el tiempo se ralentizó cuando percibí la delicada flor amarilla que

había en el papel. Volví la cabeza hacia delante y seguí andando, pero algo se deslizó por mi columna vertebral.

Cuando llegamos a la terminal donde se encontraba nuestra puerta de embarque, nos sentamos en un pequeño restaurante donde servían sopa y algunas variedades de sándwiches, y Alex se acercó a la barra para pedir.

Mientras estaba allí sentada esperando que regresara, miré a mi alrededor. Un hombre, que estaba sentado en una mesa cercana, de espaldas a mí, me llamó la atención. Pelo corto, castaño claro y anchos hombros musculosos. El corazón se me aceleró y contuve el aliento. «¿Era Carson?». No podía ser. ¿Cómo...?

Empecé a ponerme de pie al tiempo que lo hacía él, y sentí que no podía respirar. Cuando se volvió hacia mí, me inundó una profunda decepción y casi se me escapó un sollozo. «No es él». Me volví a hundir en la silla mientras me sujetaba con la mano al borde de la mesa. Me quedé mirando al frente durante varios minutos. La realidad que estaba sintiendo me atravesó el alma. «¡Oh, Dios mío...!» Me di cuenta de todo allí sentada, en medio de un restaurante de *bagels* en el aeropuerto de Atlanta. Era Carson lo que había dejado atrás. Era a Carson a quien quería. A Carson. Que me hacía sentir fuera de control en muchos sentidos, que era cualquier cosa menos seguro.

La confianza me inundó como el primer rayo que aparece en la salida del sol sobre el horizonte. Carson había ido a verme a Washington D. C. Había vuelto a mí después de cambiar su vida. Casi lloré cuando la realidad inundó mi mente. No me había permitido pensar en ello en serio, pero ¿mi vida habría sido diferente? Supe de repente que sí, que habría sido muy distinta porque me habría lanzado a sus brazos sin vacilar ni un momento. Por alguna razón, aquel no había sido nuestro momento. Pero ahora sí lo era. Mi alma vibró ante aquella certeza.

En ese mismo instante supe que era tan cierto como que sabía cuál era mi nombre; había elegido a Alex porque era

diametralmente opuesto a Carson. Había tenido miedo de que si no estaba con alguien que fuera tan diferente en todos los aspectos, siempre acabaría comparándolo con el hombre que realmente quería.

Y quería a Carson. Lo supe con una seguridad que se apoderó de mi corazón sin vacilar.

Siempre había querido a Carson.

Alex regresó con la bandeja del almuerzo y empezó a disponerlo.

—No puedo casarme contigo, Alex —susurré.

Levantó la cabeza y una sonrisa confusa inundó sus hermosos rasgos.

—¿Qué? —preguntó.

Cerré los ojos durante un instante.

—Lo siento, Alex. No podemos casarnos —repetí al tiempo que lo miraba con ojos suplicantes—. Lo siento mucho.

Al oír mis palabras, sus manos se habían detenido, pero volvió a disponer la comida entre nosotros otra vez.

—Grace, estás nerviosa porque vamos con tu familia. Es normal. Es un gran paso. Casi tan grande como casarse.

Negué con la cabeza.

—No, Alex, por favor. —Alargué el brazo por encima de la mesa y le cogí la mano—. Escúchame...

Miró nuestras manos y volvió a subir los ojos hasta los míos al tiempo que asentía.

—Vale, Grace, te escucho —dijo por lo bajo.

Me humedecí los labios y sentí los profundos latidos de mi corazón en los oídos.

—Te quiero, Alex, pero...

—Pero no estás enamorada de mí — terminó sin expresión en la voz.

Hundí los hombros.

—Sí. —Lo miré a los ojos—. Si buscas en lo profundo de tu corazón, creo que te darás cuenta de que nunca hemos sido más que amigos.

Él inclinó la cabeza, estudiando mi cara, pero no respondió a la pregunta.

—Nunca quise hacerte daño — susurré.

Suspiró con expresión de tristeza.

—Creo que esto no me toma precisamente por sorpresa —dijo—. Y quizá tengas razón. No lo sé. Lo que me ha sorprendido ha sido el momento. — Se detuvo y me estudió de nuevo—. ¿Hay alguien más?

Cerré los ojos durante unos segundos.

—Sí. Pero no es esa la razón por la que no debemos casarnos. —Se me cayó una lágrima y la limpié de mi mejilla.

—¿Quién es él?

Volví a cerrar los ojos para reunir fuerzas antes de mirarlo.

—Una persona de mi pasado... no importa. No es la razón por la que nosotros no estamos bien juntos, Alex. Solo me ha ayudado a ver lo que sabía en el fondo.

Él asintió sin dejar de observarme.

—¿Estarías rompiendo conmigo si él no existiera?

—Creo que sí. Tal vez no ahora, pero sí. Lo siento mucho —repetí.

Suspiró profundamente.

—Dios, Grace... —Se interrumpió, mirando detrás de mí. Tardó en volver a hablar—. Quizá tengas razón. Tal vez yo también lo sabía. Eso no significa que sea fácil. Sobre todo en medio de un aeropuerto.

Hice una mueca y sacudí un poco la cabeza.

—Lo sé... Es que no podía fingir que todo estaba bien durante toda la semana. No podía hacerte daño... —repetí. Noté un nudo en la garganta y dejé que mis

palabras se apagaran.

Sentí que más lágrimas resbalaban por mis mejillas mientras nos mirábamos el uno al otro desde lados opuestos de la mesa.

—El trabajo... —dijo finalmente.

—Buscaré un nuevo puesto si tú quieres. Jamás te haría eso. Yo...

—Por supuesto que no quiero que dejes tu trabajo. Lo cierto es que yo..., bueno, iba a hablar contigo cuando regresáramos de Ohio, pero... —Desvió la vista y frunció el ceño—. Me han ofrecido un puesto como fiscal en San Francisco, más cerca de mi familia. No sabía lo que pensabas de mudarte allí... —Movié la cabeza y relajó la expresión.

—¿Quieres decir que estabas considerando aceptarlo? —pregunté en voz baja.

Soltó una risa sin humor.

—Bueno, como acabo de decir, iba a hablarlo contigo, pero sí, esperaba que te mostraras de acuerdo.

—Ah...

Se aclaró la garganta.

—De todas formas, podría ser lo más adecuado para los dos.

—Alex, en serio, si quieres quedarte en Las Vegas y piensas que sería difícil trabajar conmigo...

Negó con la cabeza.

—No, creo que somos lo suficientemente maduros como para seguir trabajando juntos. No es eso. Es

que..., bueno, tengo mucho que pensar.

Asentí.

—Está bien, pero si cambias de opinión al respecto, quiero que me lo digas, ¿de acuerdo? Eres importante para mí.

—Lo sé —dijo con tristeza. Bajó la mirada un segundo y luego se volvió hacia mí—. Voy a conseguir un vuelo a San Francisco desde aquí, y me reuniré con mi familia. ¿Te importa ir sola a Dayton?

Negué con la cabeza mientras notaba que más lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

Él se puso en pie, recogió su sándwich, todavía envuelto, cogió el asa móvil de su *trolley* y rodeó la mesa. Me

besó con suavidad en la cabeza.

—Sé feliz, Grace —me deseó.

Lo miré mientras se alejaba y me sequé unas cuantas lágrimas más. A pesar de lo triste que me sentía, sabía que estaba haciendo lo más adecuado. Me había engañado a mí misma al pensar que estaba bien casarse con alguien por quien sentía algo tan tibio. Y habría sido injusto para Alex. Era un buen hombre. Se merecía encontrar una mujer que lo considerara lo mejor, no solo un premio de consolación. Hice una mueca al darme cuenta del error que había cometido al continuar saliendo con Alex. Debíamos haber sido solo amigos desde el principio.

Permanecí allí sentada durante unos

minutos más, cuando de repente, escuché la canción que sonaba por el sistema de sonido de la terminal. *My heart wil go on*, de Celine Dion, se colaba por debajo del ruido metálico de las bandejas y del sonido de las sillas cuando las arrastraban sobre las baldosas. Solté una risita. Mientras la canción seguía escuchándose, un propósito empezó a brillar en mi mente.

Me levanté y recogí mi equipaje, dejando la comida en la mesa. No iba a ir a Dayton. Tenía que cambiar mi vuelo.

Tuve que pagar una tarifa considerable, pero fui capaz de conseguir un billete en un vuelo de regreso a Las Vegas para

dos horas después. Mi cuerpo vibraba de emoción, me sentía pletórica, segura de que estaba tomando la decisión correcta. Me hervía la sangre; regresaba con Carson.

Me pregunté si debía llamar al Trilogy y hablar con él antes de aparecer por allí. Pero de alguna manera, sabía que sería mejor que habláramos en persona, que le explicara mis sentimientos mientras estuviera con él. Él había sido valiente, como de costumbre, al decir que quería darnos una oportunidad y tratar de que esta vez funcionara. Y yo lo había rechazado, no una ni dos, sino las tres veces que expuso lo que sentía por mí. Aunque había tenido una buena razón para ello:

considerar los sentimientos de otra persona. Aun así, tenía que haber sido difícil para él olvidar el orgullo después de que lo hubiera rechazado. Quería estar mirándole a los ojos cuando le dijera que lo amaba. Que siempre lo había amado. Y si hubiera sido sincera conmigo misma, habría sabido en cuanto lo miré de nuevo a los ojos que nunca había dejado de hacerlo. El destino nos había unido de nuevo; solo me quedaba agradecer a Dios que nos hubiera dado una segunda oportunidad y aferrarme a ella.

Mientras esperaba mi vuelo, saqué el móvil del bolso y marqué el número de Julia. Mi hermana se había tomado libre la semana de Navidad porque yo iba a

estar en casa.

—Hola, hermanita —respondió—. Pensaba que estarías en el aire en este momento.

Me aclaré la garganta.

—En realidad todavía no me he subido a mi vuelo, Jules —le dije—, pero es de vuelta a Las Vegas.

Hizo una pequeña pausa.

—¿Por qué? ¿Va todo bien? —preguntó en tono preocupado.

—Bueno, sí y no. He roto con Alex.

Oí que soltaba el aire.

—Oh, Gracie, estoy tan... Es decir, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, Julia. No... no estábamos bien juntos. Me ha llevado algún tiempo darme cuenta, y me

entristece la situación, pero al mismo tiempo me siento aliviada, supongo. — Respiré hondo—. De todas formas, quería decirte que me vuelvo a Las Vegas, y temo decírtelo, pero vuelvo porque Carson Stinger ha irrumpido de nuevo en mi vida. Ya sabes quién es, el hombre con el que pasé un fin de semana hace casi cinco años. Y no, ya no es actor porno, ahora es SEAL. O más bien lo era, porque ahora trabaja en seguridad. Y... me quiere, y yo..., bueno, espero que todavía me quiera. — Hice una pausa—. No me he portado muy bien con él, y en fin, lo quiero y vuelvo a casa para decírselo. Espero que me perdonéis por estropearos las fiestas de Navidad, pero tengo que

hacerlo porque él me ha enseñado a seguir los deseos de mi corazón. Y lo haré, y él es mi corazón. —Empecé a llorar en ese momento, pero no podía dejar de hablar—. Ha tenido mi corazón todo este tiempo, Jules, y eso me daba miedo porque creía que no iba a volver a verlo. Pero...

—¡Grace! —gritó Julia al otro lado del teléfono, y percibí una enorme sonrisa en su voz. De fondo se oyó un sollozo ahogado.

—¿Has puesto el manos libres? —susurré.

Julia y Audrey se echaron a reír una y a llorar la otra, atropellándose para hablar a la vez.

—¡Chicas! No soy capaz de oír lo que

estáis diciendo. Audrey, ni siquiera sabía que estabas ahí —susurré al teléfono, antes de darme la vuelta en la esquina en la que estaba para que nadie pudiera oírme. Por suerte, no había nadie lo suficientemente cerca como para ser testigo de mis llorosas divagaciones.

—¡Ve a por él, Gracie! —dijo la voz de Audrey, antes de reírse—. Alex no era para ti. Lo supimos cuando lo conocimos en Las Vegas.

—¿Por qué no me dijisteis nada? —grité.

—Porque no sabíamos que acabarías comprometiéndote con él. Y luego nos sentíamos mal al respecto. Íbamos a tratar de explicártelo esta semana,

aunque hubiera sido muy difícil porque él estaría aquí... pero bueno, al final todo ha salido bien. Ve a por tu hombre, Grace. Nosotras hablaremos con papá.

Me reí, pero luego solté un gemido.

—¡Oh, Dios, papá! ¿Podéis decirle cuánto lo siento y que ya le explicaré todo? Decidle que lo llamaré tan pronto como pueda, ¿vale?

—No lo llares demasiado pronto. Dale un poco de tiempo. Estará bien, pero ya sabes cómo es papá. Primero estalla y luego hace las preguntas.

—Sí, ya lo sé. Muchas gracias. Os quiero, chicas.

—Nosotras también te queremos —dijeron a la vez, y noté que también estaban llorando.

Colgué y fui al cuarto de baño a lavarme la cara. Una hora después embarcaba en el avión para regresar a Las Vegas.

«Para regresar con Carson».

Aterricé en Las Vegas a las siete de la tarde. Llevaba todo el día de viaje y estaba de vuelta en el punto del que había partido. Sin embargo, el curso de mi vida había cambiado de forma drástica. Alex me había llevado al aeropuerto en su coche, así que me monté en un taxi para regresar a casa con idea de coger mi coche.

Me hubiera gustado saber dónde vivía exactamente Carson. Hubiera preferido

ir allí primero para ver si estaba en casa. Pero si no había ido a trabajar al Trilogy, era de esperar que me dieran su dirección o su número de teléfono para poder ponerme en contacto con él.

Cuando llegué a mi casa, corrí a darme una ducha, refrescándome después del día de viaje. Me sequé y me puse unos vaqueros limpios, así como un jersey y unas botas negras. Me arreglé el maquillaje y cogí el abrigo para salir de nuevo por la puerta.

Mientras me alejaba en coche de mi barrio, en dirección al Trilogy, me atacaron los nervios. ¿Y si él había cambiado de opinión y había decidido que ya no me quería? No, eso no era posible, ¿verdad? Sin duda no podía

haber cambiado de opinión en solo una semana. Me había dicho que me llevaba en la sangre, que en todos estos años no había logrado olvidarme. La emoción hizo que me bajara un escalofrío por la espalda. Yo también lo llevaba en la sangre, y no podía pasar un minuto más sin que él lo supiera.

No había estado con ninguna otra mujer en todo ese tiempo. Noté un nudo en la garganta y no supe si reír o llorar al considerar el hecho de que ninguno de los dos había mantenido relaciones sexuales con ninguna otra persona desde que nos acostamos juntos. Tenía mi mente —y todas mis hormonas— enfocadas en esa prioridad, justo después de decirle que lo quería.

¡Oh, Dios! ¿Y si había aceptado alguna de las insinuaciones de Kira en los dos días que habían pasado desde que salió de mi casa? No lo habría culpado, de verdad. Pero por lo que había oído antes de entrar en su despacho, ella le había hecho saber que estaba disponible, y él no había hecho nada al respecto. No, no podía pensar en eso en este momento. Ahora mi cabeza estaba clara, y la confusión y la culpa que me habían nublado la perspectiva desde que volví a verlo habían desaparecido. Él era mío. Y yo quería ser suya. Tenía que centrarme en eso en este momento.

Pero... él estaba relacionado de alguna manera con el caso en el que yo

estaba trabajando. Aunque ahora no sabía de qué forma, sabía que si quería que nuestra relación se afianzara, tendríamos que hablar sobre ello. Sin embargo, de alguna forma, no lo consideraba una prioridad. De repente, sabía con cada fibra de mi ser que todo lo que estaba pasando no iba a hacerme huir. Confiaba en él. Confiaba en el hombre que era. A pesar del tiempo y la distancia, sabía que era bueno y decente. Lo conocía. Y así que lo que estuviera pasando, estaría bien.

Entré en el aparcamiento del Trilogy y busqué un sitio libre. Me dirigí con rapidez al vestíbulo y luego atravesé el casino hacia el despacho de Carson. A cada paso que daba, el ritmo de mi

corazón se aceleraba y mi excitación aumentaba.

Doblé la esquina del pasillo donde estaba su despacho. El pasillo estaba desierto y la puerta cerrada. Me detuve frente a ella y respiré hondo, tomándome un segundo para calmarme. Llamé con suavidad y esperé. No obtuve ninguna respuesta. Llamé una vez más, pero cuando fue evidente que él no estaba, me mordí el labio inferior y me giré con la respiración entrecortada. Pensé que debía ir a recepción y averiguar si se encontraba en el hotel; quizá se hallara en otro lugar, o en el casino.

Cuando empecé a alejarme de la puerta del despacho de Carson, un joven alto y rubio, de gafas, dobló la esquina

hacia mí. Me recorrió con la mirada y esbozó una sonrisa amable. Al devolvérsela, me di cuenta de que iba hacia la puerta de Carson.

—Hola, ¿trabajas con Carson?

—Sí, ¿puedo ayudarte en algo? — preguntó, deteniéndose.

—Mmm... Bueno, no lo sé. Estoy buscando a Carson, pero no está en su despacho.

—No, se ha marchado un par de días. Volverá la semana próxima. ¿Deseas que le dé algún mensaje? Iba a dejarle algún papeleo —repuso, señalando la puerta.

El corazón se me detuvo y hundí los hombros, presa de la decepción.

—Oh... —suspiré.

Él hombre me estudió con atención.

—Espera un momento, ¿tú eres Grace? —indagó.

Busqué sus ojos.

—Sí, lo soy. ¿Cómo sabes que...?

—Yo soy Dylan —me interrumpió—.

No solo trabajo ahora con Carson, sino que además vivía con él en Los Ángeles antes de que se alistara en la Marina.

—¡Oh! —Me sorprendió su respuesta, pero seguía sin comprender plenamente cómo era que sabía mi nombre. Sin embargo, me pareció interesante que otro amigo de Carson trabajara en el Trilogy.

—Bueno, es un placer conocerte, Dylan. —Sonreí—. ¿Sabes dónde está Carson? ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él? Quería decirle algo...

bastante importante.

Él se quedó quieto.

—Sé adónde ha ido, pero no puedo llamarle con el móvil. Lo he intentado un par de veces y, evidentemente, no tiene cobertura.

—Ah... —dije, apoyándome en la pared y mordisqueándome el labio inferior—. Bueno, está bien. ¿Puedo dejarte mi número de teléfono para que Carson pueda ponerse en contacto conmigo?

Él me miró como si estuviera considerando una idea.

—Eso que tienes que decirle a Carson ¿va a hacerle feliz? —me preguntó finalmente.

Solté una risita histérica al tiempo

que contenía las lágrimas que amenazaban con caer.

—Creo que sí —susurré—. Eso espero.

Me estudió de nuevo durante unos segundos.

—Bien, Grace, si estás dispuesta a hacer seis horas de viaje, puedo decirte dónde está. No creo que a él le importe que vayas allí —dijo con una sonrisa.

Me enderecé.

—¿En serio? —pregunté, con el corazón acelerado de nuevo.

Se rio.

—Sí, lo conozco bien... y sí. ¿Qué coche tienes?

Fruncí el ceño, sorprendida por la pregunta.

—Mmm... Un Honda Accord.

Él sacudió la cabeza.

—Tendremos que intercambiarlo. Yo tengo un todoterreno. Lo necesitarás.

Se dirigió hacia el casino y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Corrí para ponerme a su altura.

—Dylan, ¿dónde está exactamente?
—pregunté.

Me miró mientras íbamos hacia los ascensores que bajaban al aparcamiento.

—Ha alquilado una cabaña en Snowbird, Utah. Espera a ver lo que es capaz de hacer con una tabla de *snowboard*. —Sonrió y me sostuvo la puerta que daba acceso al garaje.

—¿Ha alquilado una cabaña para hacer *snowboard*? —Fruncí el ceño.

Él asintió con la cabeza.

—Tendrás a Carson para ti sola. Como todos teníamos que trabajar, no hemos podido acompañarlo. No ha pisado la nieve desde que le dieron el alta. Se moría por ir.

—¿Todos? —pregunté en referencia al su comentario «todos teníamos que trabajar».

Él asintió al tiempo que se detenía junto a un SUV enorme de color negro. Ignoró mi pregunta y me entregó las llaves. Las cogí antes de rebuscar en el interior de mi bolso.

Señalé la fila de coches y abrí la puerta con el mando a distancia, provocando que se encendieran también los faros de mi coche. Dylan me miró e

hizo un gesto con la cabeza para que le diera las llaves.

—Déjame tu móvil —me pidió. Lo saqué del bolso y se lo di. A continuación se tomó su tiempo para programar algo cotejándolo con su propio teléfono.

—He puesto en el navegador del móvil la dirección de la cabaña. Puedes conectar el GPS cuando te pongas en camino. También he añadido mi número de teléfono, por si tienes alguna duda.

Parpadeé mientras me entregaba mi teléfono. Estaba muy agradecida por su ayuda y amabilidad, pero me sentía confusa. Era la primera vez que veía a este hombre. Y si sabía mi nombre, seguramente sabría que yo era la fiscal

en el caso del amigo de Carson.

—¿Por qué haces esto, Dylan? — pregunté.

Se quedó pensativo un rato antes de responder:

—No estoy seguro, Grace. Pero me parece lo correcto. —Dicho eso, sonrió y se alejó—. Conduce despacio —me dijo por encima del hombro.

Carson

Lancé otro leño al fuego para avivarlo, y vi cómo crecía y crepitaba. Me recosté en el sofá de cuero con los dedos entrelazados detrás de la cabeza al tiempo que la echaba hacia atrás. Todavía no había amanecido y fuera de

la cabaña reinaba la oscuridad. La temperatura no subía de cero grados.

Siempre había sido un hombre madrugador, pero después de pasar por la Marina, era un hábito todavía más arraigado.

Había estado haciendo *snowboard* durante todo el día y todavía tenía los músculos un poco doloridos. ¡Dios, cómo lo había echado de menos! Y al parecer era como andar en bicicleta, porque después de un par de horas había recuperado todas mis habilidades.

Me sentía un poco culpable por disfrutar tanto de algo con todo lo que estaba pasando Josh, pero Leland tenía razón, no había nada que pudiera hacer en este momento, salvo dejar pasar el

tiempo. Al menos, de esta manera me deshacía de la tensión. Y al final, todos ayudaríamos mejor a Josh si estábamos en el mejor estado mental.

Miré hacia la ventana y vi surgir la primera luz del alba por el horizonte. La miré durante unos minutos mientras crecía su brillo, iluminando el cielo que lo rodeaba.

Pensé en Grace por décima vez desde que salí de la cama. Sabía que la pelota estaba en su tejado, pero eso no impedía que estuviera pensando en ella todo el maldito tiempo. No sabía lo que iba a hacer si ella no se ponía en contacto conmigo cuando regresara. ¿Qué podía hacer además de convertirme en un puto acosador?

Oí un sonido chirriante en la puerta principal y me puse en guardia. Me levanté con rapidez y cogí la pistola que había guardado en el cajón de la mesita que había a la izquierda del sofá. No esperaba problemas, pero siempre era bueno estar preparado, en especial con todo lo que había sucedido en Las Vegas.

Me estaba acercando sigilosamente a la puerta cuando surgió una débil voz femenina.

—¿Carson?

Me quedé helado. Era... ¿Grace? Mi cuerpo se puso alerta al instante. No era posible. Solo estaba pensando en ella, mi mente debía de haberla conjurado de alguna manera. Mi corazón empezó a

latir al triple de su velocidad habitual y la adrenalina inundó mis venas. Metí la pistola en la cinturilla de los vaqueros y fui en silencio hasta la puerta.

—¿Carson? —oí que repetía, esta vez con más fuerza. Definitivamente, era Grace.

Abrí la puerta. La salida del sol estaba en su apogeo y resultaba casi cegadora. Y allí estaba ella, delante de mí. Con las mejillas encendidas de un color rojo intenso, su largo pelo rubio mojado y cubierto de nieve. Y se estremecía de pies a cabeza, calzada con una sola bota.

«Pero ¿qué coño...?».

La rodeé con los brazos, lleno de preocupación.

—Grace, ¿qué pasa? ¿Cómo es posible...? —Ni siquiera sabía qué preguntar primero. Mi mente iba a toda velocidad, disparando preguntas en mi cerebro.

Encerró mi cara entre sus manos heladas y me miró a los ojos antes de recorrer mis rasgos con los suyos.

—No te he olvidado, Carson.

—¿Qué dices, Grace? —pregunté, confundido y lleno de preocupación.

Ella movió la cabeza.

—No te he olvidado, cariño —repitió de nuevo—. Nunca te he olvidado. Nunca. —Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas y emitió un sonido que fue mitad llanto y mitad risa mientras le castañeteaban los dientes.

De pronto, lo comprendí todo. Se me puso un nudo en la garganta y la esperanza floreció en el interior de mi pecho.

—Nunca te he olvidado —repitió.

La estreché con fuerza y la llevé adentro, cerrando la puerta a nuestras espaldas.

29

Grace

Carson me sentó frente al fuego y me quitó el abrigo empapado. Cogió una manta del sofá y me la puso sobre los hombros. Me castañeteaban los dientes con tanta fuerza que apenas podía oír mis propios pensamientos.

—Grace, nena —me dijo en voz baja—. ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo es que estás aquí?

—Lo he roto —dije.

Sus ojos buscaron los míos y se detuvo cuando estaba quitándome los

calcetines mojados, esperando a que continuara.

—Estaba yendo a casa por Navidad y me di cuenta —dije con desparpajo, y sacudí la cabeza un poco—. Lo supe todo el tiempo, pero... es que... Me di cuenta en medio del aeropuerto y se lo dije a Alex. Entonces regresé a Las Vegas, y fui al Trilogy para buscarte, para decírtelo. —Volvía a llorar de nuevo.

Carson frotaba mis pies congelados entre sus manos mientras me miraba: me observaba hablar con una expresión amable en su rostro.

—Fue tu amigo Dylan quien me dijo dónde estabas y me cambió el coche.

Apareció un gesto de sorpresa en su

cara, pero movió la cabeza y sonrió.

Se puso de pie y salió de la habitación. Cuando regresó, un par de segundos después, llevaba una toalla en la mano. Se acercó de nuevo y comenzó a secarme el pelo con ternura.

—¿Y luego qué? —preguntó con suavidad.

Casi había dejado de temblar, y una plácida calidez fluía por mis extremidades, el calor del fuego se filtraba en mi carne fría. Suspiré y me arrebujé en la manta.

—Según iba acercándome aquí, comencé a distraerme y, al final..., me quedé sin gasolina —concluí, mordiéndome los labios con vergüenza—. Justo a los pies de la colina. Me ha

dado tiempo a aparcar el todoterreno de Dylan a un lado, y he subido a pie el resto del camino.

Carson frunció el ceño.

—Podrías haberte hecho daño —dijo.

Estiré el brazo y le cubrí la mejilla con la mano. Sentí la áspera textura de su barba incipiente contra mi piel. Cerró los ojos durante unos segundos mientras él dejaba caer la cabeza hacia mis dedos.

—No me he hecho daño, solo tengo frío. He perdido la bota a unos doscientos metros de la puerta, aunque no me ha importado. Seguí adelante porque estaba saliendo el sol y... — Ahogué un sollozo y acerqué mi cara a la suya—. Te dije que el amanecer

siempre me recordaría a ti y así ha sido todo este tiempo... todos estos años...

Volvió a cerrar los ojos brevemente y luego me besó en los labios con suavidad. Me besó los párpados y la nariz.

—A mí también. Has venido a mí cada amanecer.

Se me escapó otro sollozo mientras buscaba sus labios llenos, que frotó contra los míos con ternura, sin presión, solo lo justo para absorber su calor y su presencia.

—Nunca te he dejado marchar, y aun así he sido yo la que se ha quedado helada —dije por lo bajo en referencia a *Titanic*.

Él me miró durante un instante y luego

se echó a reír. Sonrió con los ojos brillantes.

—La parte positiva es que creo que estoy curado. No necesito más terapia cinematográfica —aseguró.

Ahora fui yo la que se rio, y ambos nos miramos con ojos sonrientes, poseídos por el calor del momento.

—Tenemos mucho de qué hablar —comentó en voz baja, poniéndose serio.

Asentí moviendo la cabeza, sin poder reprimir mi sonrisa. Ya tendríamos tiempo de ponernos al día.

—Pero primero —siguió hablando— te voy a meter en el *jacuzzi* y luego te llevaré a mi cama —Su voz sonó un poco tensa.

—Sí —acordé en voz baja. De

pronto, sentí que el deseo corría cálido por mis venas.

Me cogió en brazos y me llevó por un pasillo corto hasta detenerse delante de la puerta trasera de la cabaña. A continuación buscó un par de toallas grandes en un estante a su espalda.

—Desnúdate y envuélvete en una. Vamos a ir afuera. Tendrás frío un par de segundos, pero valdrá la pena, te lo prometo.

Empezó a quitarse la ropa, y cuando se pasó la camiseta térmica de manga larga por la cabeza, sentí un nudo en la garganta. Antes tenía un cuerpo impresionante, pero ahora... Ni siquiera sabía que los hombres reales podían tener ese aspecto. Estaba conformado

por duros músculos sin un gramo de grasa, cubiertos por suave piel dorada. Parecía muy grande allí de pie, delante de mí, como si fuera una especie de dios.

—Carson, estás... tan... —Le miré descaradamente el torso desnudo y luego bajé la vista a sus abultados bóxers—. Podemos saltarnos lo del *jacuzzi* —sugerí.

Se rio entre dientes.

—No, lo necesitas, no solo para entrar en calor, sino para relajarte. Al menos durante unos minutos. Llevas toda la noche conduciendo.

Ví entonces la pequeña cicatriz que tenía sobre su corazón, hacia la izquierda, cerca del hombro. Tenía que

ser el punto por el que la bala salió de su cuerpo. Cerré los ojos durante un instante, sobrecogida por lo que hubiera ocurrido si la trayectoria hubiera sido un poco diferente. Podría no estar aquí conmigo. Me incliné y besé la cicatriz y, cuando me incorporé, capté la mirada cálida y tierna de Carson, aunque no dijo una palabra.

Me agarró el jersey y comenzó a subírmelo. Cerré los ojos cuando me lo pasó por la cabeza. Luego se agachó y me desabrochó los vaqueros. Mi mirada se enredó con la de él, y el calor que destilaban sus ojos hacía que el color avellana fuera más intenso y que se le dilataran las pupilas.

Me humedecí los labios cuando me

bajó los pantalones. Estaban mojados, por lo que no resultó fácil, y tardamos un poco en poder deshacernos de ellos.

Me quedé ante él con las bragas y el sujetador negro, mirándolo, y la lujuria inundó mi cuerpo mientras estudiaba su perfección desnuda, tan masculina en todos los sentidos.

Me llevé las manos al pecho y me desabroché el sujetador. Cuando se abrió, Carson clavó los ojos en mis senos y soltó un gemido ahogado.

Extendió las manos y me bajó los tirantes por los hombros, dejándolo caer al suelo. Se me erizaron los pezones bajo su mirada.

—Me dejas sin aliento —susurró mientras bajaba los ojos por mi cuerpo.

La sangre se reunió en mi núcleo y palpité con tanta fuerza que pensé que me iba a correr con solo oír su voz. Nunca había estado tan excitada, ni siquiera hacía tantos años, con este mismo hombre. Quizá fuera porque había pasado mucho tiempo, pero que él fuera mío me pareció una explicación mucho más probable. No habíamos hablado todavía de ello, pero sabía que era así. Él era mío y yo suya. Y aquella certeza era un afrodisíaco embriagador.

Los dos nos inclinamos a la vez y nos quitamos la ropa interior, cada uno mirando al otro. Su polla saltó al quedar libre, y sentí que mi sexo se inundaba con una cálida humedad.

Me enderecé con la espalda recta y

me recreé en su poderoso cuerpo. Me estremecí, pero no de frío, sino de excitación. Sin embargo, Carson cogió una toalla y la envolvió con rapidez alrededor de sus estrechas caderas antes de rodearme con la otra. Me cogió en brazos, aunque usó una mano para abrir la puerta trasera de la cabaña.

Nos envolvió una ráfaga de aire frío y la nieve cayó sobre nosotros, así que le rodeé el cuello con los brazos y escondí la cara en el hueco de su cuello, aspirando su aroma y gimiendo al reconocer el olor de su piel contra mi nariz, ese olor característico que iba a disfrutar hasta el día de mi muerte. Si me pusieran en una habitación oscura con un centenar de hombres, podría

localizarlo a él solo por el olor. Un aroma que me pertenecía.

No puede reprimirme y lo lamí. Su sabor era ligeramente salado y lo disfruté en mi lengua. Quise probarlo por todas partes.

Oí que emitía un leve gruñido y que se estremecía mientras se dirigía al *jacuzzi*, que se encontraba a solo unos metros de distancia.

Me dejó en el suelo y me metí en el agua caliente mientras él dejaba las toallas debajo de un banco, a su espalda. Después presionó un botón para activar los chorros.

Mientras me hundía en el agua con un suspiro, Carson se acercó a mi lado.

Dejé que se me cerraran los ojos y

gemí ante lo delicioso que era sentir aquel remolino de agua caliente a mi alrededor, calentándome por todas partes. Dejé que se relajaran todos los músculos de mi cuerpo, dejando que el estrés y las emociones que se habían acumulado en mi cuerpo se evaporaran. Después de unos minutos, me resultó tan caliente que sentí que tenía la frente cubierta por una pátina de sudor. El deseo que había atravesado mi cuerpo un poco antes seguía estando allí, pero se había tomado un descanso momentáneo.

Miré a Carson, que me sonreía.

—He echado de menos eso —susurró.

—¿El qué? —murmuré.

—La expresión de placer en tu cara

—replicó con una tierna sonrisa.

Curvé los labios en respuesta y estudié su rostro exhaustivamente por primera vez desde que había regresado a mi vida. Aquellos profundos ojos castaños con largas pestañas oscuras, que siempre miraban y observaban lo que le rodeaba, la nariz recta y los labios gruesos que quería sentir por todo mi cuerpo. Moví un dedo y dibujé su firme mandíbula un par de veces antes de deslizarlo por su cuello, áspero bajo mi contacto, y luego usé el pulgar para trazar sus labios, justo antes de inclinarme y besarlo con ternura. Me puso una mano en la nuca para acercarme más a él al tiempo que presionaba los labios sobre los míos.

La nieve caía con suavidad a nuestro alrededor, el sol subía en el cielo, creando un pálido resplandor en la tranquila mañana.

Nos besamos lentamente durante unos minutos, dejando que nuestras lenguas se encontraran en un suave duelo, pero al cabo de un rato, Carson gimió en mi boca y profundizó el beso, haciendo que las chispas volvieran a encenderse y fueran directas a mi sexo. ¡Oh, Dios, el sabor de Carson! ¿Cómo había podido vivir sin él durante todos estos años?

Apreté los senos contra su torso y me sujeté a sus hombros para ponerme a horcajadas sobre su regazo. Su erección se apretaba contra mi vientre por debajo del agua. Froté mi cuerpo mojado contra

el suyo, disfrutando de la sensación de mi piel resbaladiza deslizándose contra la suya.

Nuestros besos se hicieron cada vez más profundos y salvajes hasta que los dos jadeábamos en la boca del otro. Estaba relajada, pero llena de una energía que me llevaba a un estado de desesperada necesidad.

Carson se apartó de repente. Respiraba con dificultad mientras me miraba.

—Grace, nena, tenemos que detenernos. No voy a poder reprimirme mucho más y...

—Entremos —dije en voz baja, bajándome de su regazo.

Él solo asintió y se puso en pie con

rapidez. Cogió las toallas del banco y me entregó una cuando me levanté. Vi cómo se acercaba a un lado del *jacuzzi* para detener los chorros; no podía apartar la mirada de su cuerpo, de cómo se flexionaban sus músculos bajo la piel mientras se movía. Era exquisito.

Me envolví en la toalla para protegerme del aire frío durante los pocos segundos que nos llevó llegar a la cabaña.

Cuando lo seguí al interior, cerró la puerta a nuestras espaldas y me condujo por el pasillo hasta un pequeño dormitorio.

Miré a mi alrededor; era una habitación acogedora y llena de muebles negros y sencillos. La cama tenía un

dosel blanco y un edredón mullido. Estaba sin hacer, como si no hiciera mucho tiempo que Carson se había levantado.

Me di la vuelta para mirarlo. La felicidad y el deseo que inundaban mi cuerpo eran tan intensos que casi me sentía drogada.

Se acercó a mí. No aparté la mirada de su rostro cuando retiró la toalla que me envolvía y me frotó el pelo con ella suavemente otra vez, dejándolo apenas húmedo. Me encantaba la expresión de su cara, la intensidad que endurecía sus rasgos aunque sus ojos rezumaban ternura. Todo eso era mío. Le sonreí.

—Nunca te he olvidado, cariño —
volví a decir.

Se echó a reír y, de repente, me hizo andar hacia atrás, hasta que me tropecé con la cama y ambos caímos sobre ella.

—Nunca —dijo él antes de bajar la boca sobre la mía.

Carson

Nos cubrí con el edredón y luego la abracé con suavidad mientras nos besábamos profundamente durante un buen rato, bebiéndonos el uno al otro. Me perdí en ella, en los sonidos que hacía mientras la besaba con todo mi ser. Mi Grace estaba desnuda, debajo de mí. Era como si no hubiera despertado esta mañana, como si todavía estuviera soñando en la cama.

Renuncié a sus labios y la miré a los ojos, entrecerrados por la lujuria, solo para convencerme de que era real, de que de verdad había llegado a mí atravesando kilómetros y una tormenta de nieve, dejando atrás los años y todas las razones que el mundo esgrimiría contra nosotros si conocieran nuestras circunstancias. El corazón me golpeó en el pecho. Era preciosa; su largo y sedoso cabello rubio estaba extendido sobre la almohada, tenía las mejillas encendidas y los labios hinchados por mis besos, la piel enrojecida por el roce con la barba incipiente. Me invadió un feroz instinto protector y disfruté de la sensación, aceptando la vulnerabilidad emocional que lo acompañaba. Así

debía ser siempre. Bajé la cabeza y la besé en el cuello cuando lo arqueó sobre la almohada al tiempo que suspiraba mi nombre. ¡Dios, cómo me gustaba escuchar eso! Era el mejor sonido de todo el puto planeta.

Estaba duro como una piedra, mi polla palpitaba contra su estómago, casi a punto de eyacular. Había pasado demasiado tiempo. No iba a durar mucho en cuanto la penetrara. Esperaba que lo entendiera... Ya la resarciría la segunda vez... y la tercera, y la cuarta. Gemí contra su piel.

Capturé con la boca uno de sus pezones, y lo lamí y chupé hasta que empezó a mover las caderas contra mí y deslizó la mano entre nuestros cuerpos,

intentando que la penetrara.

—Espera, Grace —susurré—. Yo también quiero, pero...

Ella movió la cabeza a un lado y a otro.

—Por favor, no me importa. Solo quiero tenerte dentro. Lo necesito. Por favor.

Asentí y empecé a besarla de nuevo mientras me cogía el pene con la mano y lo situaba en su entrada. Me rodeó la espalda con una pierna y me sumergí dentro de su apretado y húmedo calor.

—¡Oh, Dios bendiga América! —gemí ante la exquisita sensación de estar rodeado por ella, que me ceñía firmemente con sus músculos internos—. Siento... ¡Oh, Dios!

Ella soltó una risita y me estrechó con más firmeza, haciéndome sonreír contra su boca. Volví a besarla y le mordí los labios; quería que estuviéramos unidos de todas las formas posibles, todas a la vez.

Me empecé a mover, siguiendo las exigencias de mi cuerpo.

—No podré ir despacio —balbuceé.

Ella sacudió la cabeza sobre la almohada.

—No quiero que vayas despacio.

Al oír sus palabras, comencé a moverme y saboreé la sensación, no solo del placer físico, sino de la realidad de estar conectado con ella de la manera más íntima posible.

Me hundí y me retiré de su interior

mientras ella me envolvía las caderas con las piernas, arqueando la pelvis para que llegara más profundamente con mis embestidas. Mi cuerpo se movía de forma automática, por voluntad propia, hundiéndose, empujando, clavándose para obtener el placer que le había negado durante tanto tiempo.

—Grace... —jadeé. Me sentía drogado y, al mismo tiempo, despejado. Vivo por completo. Cada una de mis terminaciones nerviosas canturreaba de placer.

—Carson, Carson... —suspiró, provocando que alcanzara una espiral superior de goce.

Sentí el cosquilleo que comenzaba en la base de mi columna cuando el

orgasmo se arremolinó en mi abdomen, y me moví más rápido para alcanzarlo. Se me puso la piel de gallina ante la intensidad que me reclamaba.

Cuando llegué al clímax y empecé a palpar en el interior de Grace, ella gritó y sentí sus latidos a mi alrededor mientras me corría, derramándome en su interior mientras seguía empujando hacia delante. Enterré la cara en su cuello sin dejar de gemir tan profundamente como ella.

Me quedé inmóvil durante varios segundos, hasta que nuestro mutuo placer retrocedió y se desvaneció.

Me derrumbé mientras fingía un ronquido contra su cuello y ella se rio haciendo que mi polla, todavía medio

erecta, saliera de su interior.

Levanté la cabeza y miré sus ojos, que brillaban de risa. Sonreí al ver su hermoso rostro y me incliné para besarla. Cuando nuestros labios se encontraron, se me ocurrió algo, así que me volví a echar hacia atrás con rapidez.

Cerré los ojos durante un instante, luego los abrí e hice una mueca.

—No he usado condón. Lo siento mucho. De todas formas ni siquiera tengo uno aquí. ¡Joder!, no preveía que...

Ella frunció el ceño, pero luego se encogió de hombros.

—No pasa nada. No es el momento adecuado. Terminé con el periodo hace

un par de días. Creo que estamos a salvo.

La miré.

—Vale —dije, rodando hacia un lado y tirando de ella hacia mí. Permanecí en silencio un rato. Durante todos los años que había mantenido relaciones sexuales, salvo en las películas, siempre había usado preservativo. Mientras reflexionaba sobre ello, no podía dejar de pensar que no me importaba que no hubiéramos usado uno en esta ocasión. Sabía que debería, pero no era así.

Poco después, sentí que su respiración se hacía más lenta. Tiré del edredón para cubrirnos hasta el cuello y sonreí al techo. Grace se había quedado dormida. Había viajado kilómetros y

kilómetros en mitad de la noche, atravesando una tormenta de nieve, en plenas Navidades, para llegar hasta mí. Me sentía pletórico de felicidad y gratitud, me envolvía una profunda paz que llevaba mucho tiempo sin sentir. Grace me tranquilizaba y relajaba, y me dejé llevar por un sueño tranquilo, con mi Botón de oro entre los brazos.

30

Grace

Desperté lentamente y me acurruqué en aquel nido caliente que me rodeaba. Estaba enterrada bajo un montón de mantas, envuelta en el olor de Carson. Suspiré de felicidad, presa de la alegría.

No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo porque las persianas estaban bajadas y la habitación a oscuras. Pero Carson no estaba conmigo.

Me senté y vi una bolsa de lona cerca del armario, así que me levanté de la cama y me acerqué para mirar dentro a

escondidas. El interior de la cabaña estaba frío, pero no helado, y me llegó un débil olor a fuego de leña.

En la parte superior de la bolsa de Carson había una camiseta térmica de manga larga, que me metí por la cabeza. Rebusqué un poco más y me encontré unos bóxers. Sonreí mientras me los ponía y me aseguraba la cinturilla de manera que no se me cayeran.

Cuando fui al cuarto de baño, utilicé el cepillo de dientes. Después me asomé por el pasillo. Él no estaba por ninguna parte.

Me dirigí al salón, donde estaba la chimenea, y la estudié más en profundidad. La cocina era americana, y estaba detrás de una barra, así que no la

podía ver en su totalidad. El fuego estaba encendido y los muebles eran de estilo rústico, con un montón de mantas en los reposabrazos y en el respaldo. Era una estancia donde daban ganas de acurrucarse y quedarse un rato.

Había grandes ventanales en todas las paredes y se disfrutaba de una hermosa vista de los pinos nevados que rodeaban la cabaña. Fuera, la nieve seguía cayendo suavemente.

—¿Has dormido bien, Botón de oro? —oí mientras Carson me rodeaba con sus brazos desde atrás. Me besó el lateral del cuello y ladeé la cabeza para que pudiera acceder mejor.

—Mmm... —suspiré—. ¿Por qué me llamas Botón de oro? —Sonreí e incliné

todavía más la cabeza, disfrutando de la sensación que provocaban sus labios en mi piel.

Se quedó quieto a mi espalda y detuvo el movimiento de sus labios, haciendo que lo mirara. Puse una expresión inquisitiva mientras sus ojos se llenaban de calidez. Me estudió pensativamente.

—Cuando era niño, solía recoger esa clase de flores en el jardín de mi abuela. Ella me acariciaba la mejilla con una y yo le hacía lo mismo; eran amarillas y brillaban como el sol.

Soltó el aire con una leve sonrisa en los labios. Contuve la respiración con el corazón acelerado resonando en mis oídos mientras bebía cada palabra.

—Cuando le pregunté por qué brillaban tanto, me dijo que cuando te gustaba algo o le entregabas tu corazón a algo, su brillo se convertía en parte de ti y también resplandecías. La primera vez que te vi, Grace, para mí brillabas; ni siquiera pensé que me gustabas —se rio con suavidad, mirándome con expresión tierna—, pero no podía negar que brillabas. Para mí, todavía sigues haciéndolo. Tantos años, Botón de oro..., y sigues brillando.

Se me escapó un pequeño sollozo y las lágrimas inundaron mis ojos al tiempo que lo atraía hacia mí para besarlo en los labios. Nos quedamos allí durante un buen rato, estrechamente abrazados, mientras él me limpiaba las

lágrimas que corrían por mis mejillas.

—Gracias —dije por lo bajo. Lo que me acababa de dar no venía envuelto en un papel elegante, no venía atado con un lazo, pero era un regalo. Algo que me había entregado con el corazón, un regalo de verdad.

Después de unos minutos, cuando conseguí tranquilizarme, me aparté un poco.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Solo son las doce. Has dormido menos de cinco horas.

Me giré entre sus brazos para mirar por los ventanales.

—Esto es precioso —susurré.

Carson asintió.

—Lo sé. Me encanta. Algún día me

compraré una cabaña por aquí. —Apoyó la barbilla en mi hombro—. ¿Vas a dejar que te lleve a hacer *snowboard*? ¿Quizá mañana? —Sentí la mueca que hacía contra mi cuello.

Me reí por lo bajo y me alejé de él para sentarme en el sofá de cuero. Me puse una manta sobre las piernas.

—Claro. Solo espero no superarte. He oído que se te da bastante bien, pero...

Se rio.

—Vale, ahora me has puesto nervioso. Quizá mantenga a salvo mi orgullo reteniéndote en la cama durante los próximos dos días.

Se sentó a mi lado y me cogió entre sus brazos de forma que pude apoyar la

cabeza sobre su pecho. Me reí.

—Mmm..., se te da bien. Lo cierto es que no es mala idea.

Sonrió y nos quedamos en silencio mientras jugaba con mi pelo y mirábamos caer la nieve.

—¿Tienes hambre? Hay café recién hecho.

—Tomar una taza de café me parece una idea excelente. Y me muero de hambre.

—Vale. Por cierto, me he acercado al coche de Dylan mientras dormías. Había una lata de gasolina en el garaje. Te he traído el equipaje. —Señaló con la cabeza mi maleta, que había dejado al lado de la puerta, junto con la bolsa de mano que había relleno

apresuradamente antes de salir de la ciudad.

—Gracias. Me da vergüenza haberme quedado sin gasolina, por lo general soy algo más competente. —Hice una mueca.

—No te preocupes, estabas concentrada en algo más importante —dijo en tono un tanto jocoso.

Lo miré.

—Muy concentrada —convine con una sonrisa.

Me besó con suavidad y me senté de nuevo en el sofá cuando se levantó. Observé su musculoso trasero embutido en los vaqueros mientras se dirigía hacia la cocina. Recordar cómo había sentido sus nalgas bajo las manos, con los

músculos en tensión cada vez que se clavaba en mi interior, me hizo estremecer. Sí, quizá quedarnos en la cama durante el resto de la semana no era mala idea.

Carson regresó diez minutos después con una taza de café y un plato de huevos revueltos con tostadas.

—Me acordaba de cómo tomas el café —comentó—, pero no sé cómo te gustan los huevos. Espero que así estén bien.

—Sí, así es como me gustan —aseguré con una sonrisa—. Gracias.

Él asintió y me concentré en la comida. No tomaba nada desde la mañana anterior, cuando había comido un plátano cuando salía para el

aeropuerto. ¡Dios! Parecía que había pasado toda una vida. Otra vida distinta.

Miré a Carson, que se había sentado en el extremo opuesto del sofá con la taza de café.

Dejé el plato sobre la mesita y le cogí la mano. Él puso la taza junto al plato y se deslizó, tirando de mí para que me acurrucara contra su costado.

Le acaricié el cuello después de acomodarme.

Sentí que me invadía una profunda satisfacción, sabía que había tomado la decisión correcta, y eso hacía vibrar mi alma.

—¿En qué estás pensando? —susurró, acariciándome el pelo.

—Mmm..., en ti, en mí, en nosotros.

—Sonreí.

—Un tema de mi agrado —aseguró—.
¿Qué pasa con nosotros?

—Estaba pensando en lo bueno que es esto. En lo mucho que siento no haberme dado cuenta antes.

Carson se rio entre dientes.

—Solo has tardado una semana,
Grace.

Sonreí antes de besarle el cuello.

—Demasiado tiempo.

Suspiró.

—Han sido muchas cosas de golpe.
Es normal que te asustaras por mi culpa.
Fui un poco avasallador.

—Me gusta cuando te pones
avasallador —susurré.

—Ya lo sé, Botón de oro —convino

con una sonrisa.

Levanté la cabeza y lo miré. Ahora que conocía el significado de mi apodo, me llenaba de calidez escucharlo.

—No te acostumbres —le advertí en broma.

Se rio.

—Por favor. Tú eres la jefa. ¿Te crees que no lo sé? —Me miró con ternura—. Haría cualquier cosa por ti, Grace. Hasta matar un dragón —añadió en voz baja.

Parpadeé ante la sinceridad que leí en sus ojos, ante la belleza de sus rasgos, ante la ternura de su expresión. Me incliné y besé sus labios con suavidad, chupándole el inferior con los míos antes de mordisquearlo con los dientes.

Sonreí y volvió a sentarme en su regazo.

Pasó solo un segundo antes de que me apartara para mirarlo a la cara mientras me cogía el labio entre los dientes. Necesitaba preguntarle algo. Había dicho el nombre de una mujer en sueños esta mañana. Me había despertado brevemente, aunque luego me había vuelto a dormir cuando se quedó en silencio. No era que me molestara: después de todo, él me había dicho que no se había acostado con nadie desde que estuvo conmigo. Sin embargo, sentía curiosidad.

—¿Qué pasa? —me preguntó con suavidad.

—Carson... —Hice una pausa—.

¿Quién es Ara?

Carson

Me quedé helado y el corazón se me aceleró.

—¿Dónde has oído ese nombre? —susurré.

Se echó un poco hacia atrás y me miró con el ceño fruncido. Me estudió la cara con sus grandes ojos azules.

—Lo has dicho tú mismo, en sueños, esta mañana —me respondió.

Cerré los ojos brevemente.

—Lo siento. No es... no es lo que parece —dije, preocupado de que ella pudiera pensar que estaba soñando con otra mujer con la que hubiera mantenido

una relación.

—No pasa nada. Hemos estado separados mucho tiempo y...

—No. No te mentí cuando te dije que no he estado con nadie más. No se trata de nada de eso.

Ella me estudió de nuevo y volvió a asentir. Se sentó con la espalda recta pero permaneció a mi lado, su cuerpo siguió tocando el mío. Se puso una manta en el regazo después de doblar las piernas y sentarse encima de ellas en el sofá.

Me apoyé en el respaldo y me pasé la mano por el pelo corto.

Me quedé en silencio durante un minuto, intentando organizar mis pensamientos mientras ella esperaba. No

estaba preparado para hablar de eso, pero si Grace y yo estábamos juntos, tenía que saberlo. Formaba parte de mi vida.

—Ara era una niña de catorce años que fue golpeada y violada por uno de los objetivos que nos enviaron a matar a Afganistán. La encontramos medio muerta por sus heridas, y estábamos con ella cuando murió.

Grace se llevó la mano a la boca mientras me miraba conmocionada y llena de tristeza.

—¿Estabais? —susurró, retirando la mano de la boca.

Asentí moviendo la cabeza.

—Sí, el resto de mi unidad y yo. Estábamos en plena misión, que

habíamos completado con un éxito rotundo. Pero cuando fuimos al sótano donde se había escondido nuestro objetivo, encontramos varias cosas que no esperábamos. Como una sala llena de mujeres y niñas en las condiciones más deplorables que puedas imaginar. —Me quedé en silencio durante un minuto, recordando el momento en el que abrimos la puerta y el olor nos golpeó con tanta intensidad que todos retrocedimos al unísono y alumbramos con las linternas aquellos ojos abiertos y asustados que nos miraban. No les habían dado acceso ni a cuartos de baño ni a agua. Las tenían allí dentro como si fueran ganado. Peor que ganado. Cuando me imaginaba el infierno, pensaba en

esa habitación.

—Eran tráfico humano. Había niñas de incluso seis años, destinadas a convertirse en el juguete sexual de algún puto enfermo.

Sus ojos llenos de lágrimas parecían enormes en su cara mientras me miraba en silencio.

—Una de las chicas, Ara, había intentado escapar cuando les arrojaron algo para comer. Los guardias la atraparon y la violaron, todos y por todas partes. La golpearon y la degradaron sin piedad. —Mi voz se apagó mientras me tragaba el nudo que se me formaba en la garganta siempre que pensaba en Ara—. La tomaron por turnos y luego la golpearon tan fuerte

que apenas estaba consciente. Por supuesto, no supimos todo eso hasta más tarde, cuando el traductor de la unidad habló con algunas de las demás mujeres.

A Grace le corrían las lágrimas por las mejillas, y se llevó la mano al corazón mientras yo seguía hablando.

—Después de matarlos, encontramos a Ara. La llevamos fuera para limpiar sus heridas lo mejor que podíamos con nuestros medios. Pero los daños internos eran demasiado... Necesitaba un hospital y no podíamos llevarla a ninguno. Le suministramos morfina y nos quedamos con ella toda la noche, turnándonos para cogerle la mano y contarle historias. Cuando me llegó el turno, le hablé sobre ti, de la forma en

que pensaba en ti cada mañana cuando salía el sol. Y, te lo juro, me sonrió, Grace. Me miró directamente a los ojos y sonrió. Luego murió.

Grace ahogó un pequeño sollozo.

—¡Oh, Dios...! —Respiró hondo.

Cerré los ojos, recordando aquella mañana en la que mi corazón se rompió al mirar los ojos de Ara, una chica desconocida, mientras moría.

—¿Cómo se vive con esos recuerdos, Carson? ¿Cómo se consigue? —preguntó Grace con un gemido.

Pensé sobre ello. Pensé en que te envían a luchar por tu país y nadie te habla sobre aquello que puedes ver y acaba filtrándose en tu alma y cambia todo lo que eres de forma irrevocable.

Nadie te dice que a pesar de estar a un millón de kilómetros de distancia, todo regresa a ti de repente: dónde estabas, lo que sentías, lo que has visto... Las imágenes se repiten una y otra vez.

—Nunca conseguiré olvidarlo. Nunca lo superaré. Y me parece bien. Ella lo vivió. Lo menos que puedo hacer yo es recordarlo.

Grace me estudió durante unos instantes y luego esbozó una sonrisa triste. Algo profundo e intenso brillaba en sus ojos cuando tomó mi cara entre sus manos y me besó con suavidad en los labios. Estuvimos allí sentados, muy juntos, durante un rato, mientras me besaba las mejillas y la frente, la nariz y los labios, siempre muy despacio. Luego

me agarró las manos y examinó las cicatrices que tenía en las palmas, recorriéndolas también con los labios al tiempo que cerraba los ojos con fuerza.

El corazón se me aceleró en el pecho cuando la emoción se apoderó de mí al ver que hacía eso. Sentí que me inundaba una oleada de paz.

—¿Qué les ocurrió a las otras chicas?
—preguntó cuando se echó hacia atrás.

Suspiré.

—Todas eran de aldeas pobres de las áreas circundantes. La gente del pueblo ayudó a localizar a sus familias y devolverlas a sus lugares de origen. A la mayoría les habían hablado de un trabajo como limpiadoras en otro pueblo cercano. Es la manera en que suelen

trabajar en el tráfico de seres humanos. En algunos casos, las familias venden a sus hijas porque piensan que tendrán una situación mejor de la que ellos les pueden ofrecer.

Grace asintió al tiempo que se mordía el labio.

—¿Y la familia de Ara? —preguntó en voz baja.

—Nos tuvimos que ir antes de localizar a su familia, pero la gente del pueblo creía saber dónde estaba y se comprometió a llevarles su cuerpo.

Grace apoyó la cabeza en mi pecho y me rodeó la cintura con los brazos, apretándome con suavidad. ¡Dios! Era un alivio poder hablar con ella de esto y dejar que mi corazón se serenara. Ya

había hablado al respecto con los chicos, pero no era lo mismo. Que Grace me rodeara con los brazos era como sentir que tomaba parte de mi dolor y lo hacía suyo. No quería que sufriera, pero compartir mis cicatrices con otro ser humano era un alivio que ni siquiera había sabido que necesitaba hasta que lo tuve.

Permanecimos en silencio durante unos minutos, consolándonos mutuamente.

—Grace, hay más —confesé al cabo de un rato—, y esa parte te concierne a ti también.

Ella levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Está bien —dijo.

Hice una pausa.

—Escucha, cuando te cuente esto que estoy a punto de decirte, entiendo que quizá necesitarás un tiempo para pensar en ello. Te ruego que no te subas al todoterreno de Dylan para volver a Las Vegas, pero si lo quieres hacer, lo entenderé.

—Carson, estás asustándome —
susurró.

Respiré hondo.

—El plan inicial era matar a nuestro objetivo, entrar y salir de allí, pero debido a la situación inesperada que nos encontramos, tardamos más de lo previsto en emprender camino hacia el punto de encuentro. Los hombres que trabajaban para nuestro objetivo

tuvieron tiempo para ponernos una emboscada. Ya sabes que resulté herido, pero no las circunstancias. Leland también fue alcanzado en la misma trampa.

Ella asintió, con los ojos tan abiertos que parecían charcos de preocupación. Le cogí la mano y se la apreté.

—De todas formas, después de eso, nos enviaron a casa para que nos recuperáramos. A Leland lo licenciaron y a mí me dieron la opción de quedarme o de irme. Cuando Leland me ofreció un trabajo, decidí dejar la Marina.

—Sí, me lo has contado.

—Lo sé, pero no te he contado toda la verdad sobre mi trabajo.

Frunció el ceño.

—¿No eres el jefe de seguridad del Trilogy?

—Bueno, sí. Pero no es mi único trabajo. El resto del tiempo planifico y ejecuto misiones con mis compañeros para rescatar mujeres que son objeto de tráfico sexual. Utilizamos la planta cuarenta y cinco del Trilogy para alojarlas mientras localizamos a sus familias y obtenemos la documentación necesaria para mandarlas a casa.

—¿Cómo? —jadeó, quedándose pálida.

Me volví hacia ella.

—Después de lo ocurrido con Ara, de lo que vimos en ese sótano, todos nos quedamos destrozados. Hablamos sobre ello y decidimos que teníamos que hacer

algo importante, algo que supusiera una diferencia, utilizando nuestras habilidades. Leland poseía los medios y la ubicación; podía ofrecernos una tapadera para las operaciones que acordáramos poner en práctica. Como SEALs éramos capaces de investigar y asaltar los lugares donde retenían a las mujeres. En Las Vegas, la mayoría de ellas provienen de países de América Latina. Todos estuvimos de acuerdo, y hemos rescatado ya seis grupos de mujeres en los dos meses que llevamos en Las Vegas. El último rescate fue la noche antes de que arrestaran a Josh.

Grace sacudió la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! No puedo... No sé ni qué decir. Espera, ¿esto está

relacionado con la detención de Josh?
—preguntó, abriendo mucho los ojos.

—A Josh le pusieron una trampa, Grace. En Las Vegas hay un hombre que se gana la vida vendiendo gente, mujeres y niñas, particularmente. Las mujeres que rescatamos son su mercancía. Lo que le ocurrió a Josh fue su manera de decirnos que no aprecia en absoluto que le estemos jodiendo el negocio.

Grace se dejó caer contra el respaldo con una mano en la frente.

—¡Oh, Dios mío!

31

Grace

Le creí sin dudar en el mismo momento en que me lo dijo. Sentí que se me rompía el corazón y que la cabeza me daba vueltas tras oír todo lo que me había contado. ¿Cómo era posible que Carson Stinger hubiera vuelto a poner todo mi mundo patas arriba, una vez más, en solo media hora? Me senté en el sofá con la mano en la frente, tratando de recobrar me lo suficiente como para hacer las preguntas imprescindibles. Pero solo me vino una a la mente:

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Miré a Carson, que me devolvió la mirada durante un par de segundos antes de esbozar la sonrisa más grande que le hubiera visto jamás. Me sorprendió un poco.

—¿Por qué sonríes? —dije, realmente confusa.

—Lo has dicho en plural —repuso él en voz baja, sin dejar de sonreír.

Parpadeé.

—Sí —confirmé—. Claro que lo he dicho en plural.

—¿Cómo es eso? —insistió mientras su sonrisa se transformaba en una expresión de vulnerabilidad.

Apreté los labios mientras lo estudiaba.

—Entiendo que no me lo dijeras antes... antes de saber que quería estar contigo. Pero ¿pensabas que no te creería cuando me lo contaras? —
Incliné la cabeza, esperando su respuesta.

Frunció el ceño.

—No, supongo que no se me ocurrió que dudarías de mi historia, solo me preguntaba si desearías formar parte de ella.

Suspiré y solté una risita carente de humor.

—No sé si quiero. —Hice una pausa—. Pero la cuestión es que se trata de ti. De lo que haces. Y Carson, no sé si alguien te ha dicho esto últimamente, pero eres un héroe.

Él se rio.

—No, Botón de oro. No soy un héroe. Negué con la cabeza.

—Sí, Carson, lo eres. Yo he trabajado en una gran cantidad de casos en los que están involucradas mujeres que han sido objeto de abusos sexuales de una manera u otra. He visto la mirada que hay en sus ojos. He visto su devastación. Sí, eres un héroe. Así que repito: ¿qué vamos a hacer?

Se me quedó mirando. En sus ojos había algo cálido y tierno a la vez.

—Dylan está trabajando en ello. Trata de localizar la ubicación del tipo que estamos buscando, del responsable de todo. Se llama Gabriel Bakos. El problema es que se mueve demasiado y

es difícil seguirle la pista. Si pudiéramos precisar dónde está, podríamos ir a por él y hacer que cante. —Dejó escapar un suspiro de frustración.

—Eso parece peligroso.

—Estamos hablando de la vida de un hombre. De la vida de un amigo. Un hombre que no solo no mató a una mujer, sino que ha salvado a cientos.

Suspiré y cerré brevemente los ojos.

—Lo sé. Está bien, ¿qué más? Cuéntamelo todo.

—Dylan está en ello. En este momento se trata de ver quién tiene más paciencia. Un puto juego que resulta muy frustrante.

Lo miré pensativa.

—Puedo conseguir tiempo aplazando el juicio —ofrecí.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Eso sería de ayuda —dijo por lo bajo—. Nunca te lo pediría si no supiera a ciencia cierta que...

—Lo sé. Y queda fuera de cuestión. La oficina del fiscal aplaza juicios todos los días.

—¿No afectaría a tu carrera? ¿A tu reputación? —insistió.

—No —dije al tiempo que negaba con la cabeza—. Al menos si se celebra en un tiempo razonable.

Asintió moviendo la cabeza.

Respiré hondo y me senté de nuevo, tratando de resolver aquel rompecabezas mentalmente, sopesando

todas las pruebas que yo sabía que acusaban a un hombre inocente. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—¿No puedes ir a la policía? — pregunté—. O sea, sin duda serían capaces de recabar pruebas... en alguna parte, o investigar a ese tal Bakos. No sé, algo... —Fruncí el ceño, pensando sobre mis palabras.

—No. En primer lugar, si fuéramos a la policía con esta historia y les dijéramos lo que hemos estado haciendo, podrían detenernos a todos, y Josh estaría en una situación realmente jodida. Además, la policía está restringida en cuanto a órdenes de registro y otras cuestiones. Nosotros disponemos de una tecnología punta que

la policía no tiene, y nos enfrentamos a dificultades para seguir a Bakos. Incluso si encontráramos su guarida y se lo dijéramos a la policía, en el momento en que llegaran, Bakos se habría largado con todas las pruebas. Tenemos que ser los primeros en llegar a él. Si queremos tener éxito, no podemos trabajar bajo las restricciones que tiene la ley.

Me mordí el labio durante un minuto mientras reflexionaba sobre sus palabras. Yo sabía cómo funcionaba el sistema legal mejor que la mayoría de la gente, y, por desgracia, él tenía razón. Los grupos como el suyo, incluso los que hacían un buen trabajo, no podían ser apoyados por la policía.

—He pensado en ello más de un

millón de veces —aseguró Carson—. No hay ninguna solución por el momento. Tenemos que esperar.

Suspiré. No me sorprendía que me hubiera leído la mente.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo es que no estás mordiéndote las uñas? —gruñí.

—Porque si lo hiciera, me volvería loco. Tengo que confiar en que trabajaremos juntos para poder resolver la situación. No puedo considerar otra alternativa. Hasta que no haya una razón por la que no ser optimista, prefiero quedarme con esa opción.

Resoplé y hundí los hombros, todavía llena de dudas sobre si podría hacerlo o no.

—Ve a darte una ducha, Botón de oro, y luego iremos a comprar provisiones. Ayer solo adquirí lo básico.

Suspiré, pero me puse en pie, con intención de hacer lo que decía. Cuando estaba casi fuera de la habitación, me di la vuelta y regresé junto a él. Esta vez me senté en el lado opuesto del sofá.

—Hace muchos años que me di cuenta de cómo eras —dije en voz baja cuando volvió su cara hacia la mía—. Lo sabía, te conocía. Gracias por demostrarme que tenía razón. —Luego me levanté y fui hacia la ducha.

Carson

Me quedé sentado en el sofá y escuché

cómo empezaba a correr el agua. No pude reprimir la sonrisa que se extendió por mi cara. Mi Botón de oro era realmente increíble. ¿Había llegado a dudar de ella de verdad? No. Esa era la razón por la que la necesitaba de vuelta en mi vida con tanta fuerza que me dolía en los huesos.

Grace había parecido sorprendida por mi historia, pero se había unido a la causa antes de que terminara de contársela. Y estaba orgullosa de mí. Había visto que sus ojos brillaban de orgullo y eso me había desarmado. Yo había cambiado mi vida, sí, pero Grace había sido el catalizador, y nunca podría negarlo. Que se sintiera orgullosa de mí, era..., bueno, era lo máximo.

Llevé los platos a la cocina y los metí en el lavavajillas; luego avivé el fuego y volví a sentarme en el sofá. En el momento en el que Grace salió del cuarto de baño completamente vestida, con el pelo suelto, me sentí relajado y jodidamente feliz. Ahora no había secretos entre nosotros. Éramos un equipo, estaba de mi lado y, a pesar de la difícil situación en la que nos encontrábamos, sentía una profunda serenidad en mi interior. Se apoderó de mí algo que no podía identificar, la sensación de que la pieza final del rompecabezas acababa de encajar en su lugar.

Se acercó a mí y se sentó a horcajadas en mi regazo antes de

rodearme con los brazos. Permanecimos así varios minutos mientras me llenaba de su refrescante olor.

Finalmente se echó un poco hacia atrás y me miró con el ceño algo fruncido.

—Grace —le dije—. Tienes que olvidarte de todo eso durante un par de días, mientras estemos aquí. Sé que toda esa información acaba de caer sobre ti como una losa, pero sé lo que te digo. Si te pones a darle vueltas, te volverás loca. Ahora no podemos hacer nada. Créeme, hemos revisado el asunto desde todos los ángulos posibles, y tenemos más información de lo que hacen en este momento el resto de los jugadores.

Miró por encima de mi hombro y se

mordió el labio. Por fin, respiró hondo.

—Lo intentaré —susurró.

La estudié.

—Vale. Por cierto, he salido mientras dormías, y tengo algo para ti. Ha nevado tanto que todo está cubierto. Por lo tanto, te he comprado unas botas nuevas y una cazadora impermeable, unos guantes y un gorro. Estoy seguro de que mi sentido de la moda deja mucho que desear, pero harán su trabajo. —Le entregué una bolsa.

Ella la cogió y miró lo que había en su interior, revisándolo todo.

—En realidad no está tan mal —dijo con una sonrisa.

—Bien. Póntelo todo y podremos salir. Miré el número de tu bota, así que

espero que estas te vayan bien.

Se puso aquellas botas negras para la nieve que tenían piel ecológica en la parte superior y la cazadora impermeable gris y me sonrió.

—Perfecto —aseguró.

—Pruébate también los guantes y el gorro. Quiero ver cómo te queda el *look* de conejito de nieve.

Arqueó una ceja, pero cogió los guantes y se caló el gorro. ¡Maldición, estaba preciosa! No pude evitar sonreírle.

Me miró a los ojos antes de cogerme de la mano para salir al exterior.

Antes incluso de que hubiera cerrado la puerta de la cabaña, volvía a lucir una expresión preocupada y se mordía el

labio.

—Carson —dijo cuando empezó a andar por delante de mí hacia la *pickup* —. ¿Qué pasa con la piedra que la chica...?

Hice una bola de nieve y se la lancé a la cabeza. Se detuvo, interrumpiéndose a media frase, y se volvió hacia mí con una mirada de incredulidad en la cara.

—¿Acabas de lanzarme una bola de nieve a la cabeza? —preguntó.

—Sí, lo he hecho —repuse con una expresión de aburrimiento fingido.

—Entiendo... —replicó ella antes de agacharse y coger un poco de nieve, con la que empezó a hacer una bola.

Me reí.

—Oh, Botón de oro, vas a tener que

hacer otra cosa si crees que puedes...
—No pude acabar la frase, me alcanzó con la bola de nieve en la cara y soltó una carcajada.

Cerré los ojos y me limpié la cara, parpadeando para deshacerme de la humedad que quedaba prendida en mis pestañas.

—La has cagado. Esto es la guerra — dije, cogiendo un poco de nieve y acercándome a ella.

Ella gritó y corrió tan rápido como le permitieron las botas para nieve, que era muy despacio. Me reí y la observé, dejándole ventaja. Era lo menos que podía hacer.

Se ocultó detrás de unos árboles y yo rodeé la arboleda para acercarme desde

atrás. La miré durante unos minutos mientras ella se asomaba delante de mí, y la vi trabajar en su arsenal. Había unas veinte bolas de nieve junto a sus rodillas.

Me quité la cazadora en silencio y la dejé en el suelo para echar tanta nieve encima como pude. Luego la recogí y me oculté entre los árboles, cada vez más cerca de ella. No me oyó llegar.

Cuando estaba lo suficientemente cerca, la abrí y me moví mientras ella formaba otra bola de nieve. El sonido de sus guantes cubría cualquier ruido que pudiera estar haciendo. Entonces, levanté mi cazadora y vacié el montón de nieve sobre su cabeza.

Soltó un grito y se dio la vuelta,

sacudiéndose la capa blanca. La abordé con suavidad y la tumbé en la nieve mientras se reía y gritaba.

—¿Quién es el ganador de la batalla de bolas de nieve? —pregunté, apretándome con fuerza contra ella.

Se rio con más fuerza, tratando de quitarme de encima.

—¿Quién, Grace? Dilo. Di «tú, Carson, tú eres el ganador de la batalla de bolas de nieve». El campeón de la tundra congelada. ¡Invencible ahora y siempre!

—¡Vale! ¡Vale! Lo eres, Carson, el ganador de la batalla de bolas de nieve... y lo que tú quieras. Ya lo he dicho. Has ganado.

—Lo sé —dije, riéndome. Sonreí de

nuevo, la besé en los labios antes de levantarme de un salto y ayudarla a ponerse en pie.

La tomé en mis brazos. Mi sonrisa se desvaneció mientras estudiaba su rostro.

—Ya sé que no es posible dejar de pensar en todo lo que está pasando con Josh, al menos todo el tiempo, y eso es bueno, pero sería una buena idea tomarnos un descanso. En este momento, deberíamos disfrutar el uno del otro, ¿de acuerdo? Se está haciendo todo lo posible, y no ganamos nada volviéndonos locos. Quiero que te relajes y confíes en mí, ¿vale?

Me estudió durante unos segundos y luego asintió.

—Vale.

—Vale —repetí.

Sacudí la cazadora y me la volví a poner. Solo estaba un poco húmeda por la parte exterior. Sacudí también la de Grace y nos dirigimos a la *pickup*. Unos minutos después estábamos camino del pueblo más cercano.

Saqué el teléfono y mientras conducía les envié un mensaje de texto a los chicos. Les dije que me escribieran en cualquier momento. Recibiría sus mensajes cuando tuviera cobertura y los llamaría si era necesario.

Conduje directamente al supermercado del pueblo y cuando llegamos fuimos hacia la tienda sin dejar de sonreír a Grace. Pensé que el día anterior, cuando acudí a ese mismo

negocio en busca de víveres para dos días. Menudo cambio en solo veinticuatro horas. Todavía me parecía surrealista que Grace estuviera allí conmigo.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Nada, es solo que... —Le agarré la mano—. Me haces feliz.

Me soltó la mano y me puso un brazo en la cintura para estrecharme con fuerza.

Media hora más tarde, nuestro carrito estaba lleno de todo lo necesario para los próximos días. Faltaban dos para Navidad, así que Grace insistió en comprar jamón y algunos platos diferentes, así como los ingredientes necesarios para realizar un postre que

era tradición en su hogar.

—Grace, ¿tu familia...? —pregunté tras leer la parte posterior de una lata. Mi voz se apagó porque no sabía cómo averiguar si estaban de acuerdo con que no fuera a su casa en Navidad por estar conmigo, alguien que no conocían y de quien, seguramente, no habrían oído hablar.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Mis hermanas están encantadas, Carson. Supieron que Alex no era el hombre adecuado para mí desde la primera vez que lo vieron. Mi padre..., bueno, eso es otra historia. Pero mis hermanas se guardan un par de ases en la manga y saben manejarlo. Todo irá bien.

—Se mostraba confiada y parecía sentirse bien al respecto, lo que hizo que yo también lo estuviera.

Nos acercamos al mostrador de *delicatessen* y pedimos varios artículos. Me quedé esperando a que me los dieran mientras Grace se alejaba unos pasos para mirar algo en un estante junto al mostrador.

Miré a dos jovencitas de unos veinte años que me sonreían y miraban. Les devolví una sonrisa educada y volví a mirar hacia delante.

—¡Qué bueno está! —le dijo una a su amiga.

Grace regresó, y vi que las miraba con rapidez. Era evidente que había oído lo que habían dicho, porque me

rodeó el cuello con los brazos y me besó en los labios.

Yo envolví su cintura y me reí contra su boca.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me encanta que me reclames, nena —susurré en broma—. Pero, para que lo sepas, lo hiciste hace mucho tiempo.

Ella sonrió y movió la cabeza.

—No era eso lo que... —Ladeó la cabeza y me miró, como si reconsiderara sus palabras. Sonrió—. Vale, era eso.

Solté una carcajada y la levanté del suelo para besarla con más fuerza.

Pusimos la compra en el carrito y luego nos acercamos a la parafarmacia que había en el fondo del supermercado.

Caminamos entre las estanterías donde estaban los preservativos y Grace me miró mordiéndose el labio mientras miraba a su alrededor. Cogió una cajita de forma furtiva y la escondió entre los artículos que ya llenaban el carro.

No pude evitar reírme de ella. Mientras lo hacía, se dio la vuelta, me miró y empezó empujar el carrito.

—Venga, vamos —susurró.

Me reí con más fuerza.

—Grace —le dije en voz baja—. No estamos robando nada. Vamos a comprar condones como adultos responsables que somos.

Se detuvo y meneó la cabeza; luego se acercó a mí con los labios curvados en una media sonrisa.

—Soy un poco tonta, ¿verdad? — preguntó—. No me cuesta hablar delante de un tribunal lleno de gente, pero, sin embargo, si tengo que comprar condones me transformo en una adolescente de dieciséis años y me pongo nerviosa. — Se rio.

Mientras la miraba, noté que se me calentaba el pecho por dentro.

—No. No eres tonta, sino hermosa y sorprendente. Venga, volvamos a casa.

—Vale —respondió en voz baja, sonriéndome.

Nos marchamos de allí y regresamos a la cabaña. La nieve caía con suavidad, cubriendo todo el paisaje de quietud, haciendo que pareciera que estábamos en un mundo que parecía solo nuestro.

Grace

Regresamos a la cabaña con la compra y empezamos a vaciar las bolsas. Dejé a un lado el queso y la lata de sopa de tomate para hacer el almuerzo después de que acabáramos.

Cuando estaba doblando la última bolsa, Carson se acercó por detrás y me rodeó con los brazos.

—Me encantan esos ruiditos que haces cuando colocas las cosas.

Me reí.

—¿Los hago? No me había dado

cuenta —repuse, volviéndome hacia él.

—Mmm..., mmm... Estoy deseando saber cada pequeño detalle sobre ti — dijo al tiempo que buscaba mis ojos.

—¿Incluso las cosas malas? — susurré, mirándolo.

Asintió moviendo la cabeza.

—Sí, incluso las pequeñeces que tú consideras cosas malas —replicó muy serio.

Posó los labios sobre los míos en un beso tierno que me excitó con rapidez. Frotó la lengua contra la mía y gemí contra su boca. Me encantaba su sabor, adoraba la forma en que me besaba y cómo se movía. Parecía despertar todos y cada uno de mis sentidos, y hacer el amor con él resultaba decadente y

delicioso. No creía que pudiera saciarme nunca.

Cuando pensaba en todo lo que me había revelado esa tarde, se me encogía el corazón. Ni siquiera había tenido tiempo para conciliar todos mis pensamientos y sentimientos. Me preocupaba por el caso, pero sabía que él tenía razón cuando me decía que se estaba haciendo todo lo que se podía hacer en este momento. Tenía que confiar en él, porque, si no, acabaría muriéndome prematuramente antes de Navidad.

No quería imaginar lo que estaba pasando Josh Garner. ¡Dios!, su caso parecía un cuento de terror. Había sido señalado por alguien tan malvado que no

solo vendía seres humanos, sino que asesinaba a una joven inocente y arruinaba la vida de un hombre sin parpadear. Estaba asustada y asqueada ante su negocio.

Pero Carson, mi valiente Carson... El corazón se me inflaba de orgullo cuando pensaba en lo que se había convertido, en el riesgo que corría por ayudar a los demás.

Me apreté contra él, arrancándole un sonido de satisfacción que vibró contra mi boca.

Metió las manos por debajo de la cinturilla de mi jersey y me reí contra sus labios cuando noté que sus manos viajaban por mi piel.

—¿Qué pasa? —murmuró en mi boca,

sonriendo y mordisqueándome los labios.

—Nada. Tienes un gran talento —
aseguré.

Él sacudió la cabeza, negándolo.

—No, solo soy muy decidido —dijo
al tiempo que frotaba su boca contra la
mía.

Me reí por lo bajo, pero mi risa se
desvaneció cuando llegó a mis pechos y
comenzó a frotarme los pezones por
encima del sujetador.

—Ahhh... —gemí, abandonando sus
labios y dejando caer la cabeza hacia
atrás.

Carson apretó los labios contra el
pulso en la base de mi cuello mientras
seguía trazando círculos con los

pulgares sobre mis endurecidos picos. Su movimiento lento y perezoso me hizo jadear con fuerza cuando noté una especie de estallido eléctrico en mi núcleo, que empezó a palpar con intensidad.

Bajé la mano para frotar su miembro endurecido por encima de los vaqueros. Él también gimió y se apretó contra mi mano. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos, que estaban llenos de ardor, mientras me contemplaba con los labios entreabiertos. Un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza ante su hambrienta expresión.

Se inclinó hacia mi oreja al tiempo que ponía la mano en mi cadera.

—Te deseo, Botón de oro —dijo, con

la voz ronca y algo tensa—. Nunca me sacio de ti.

Gemí. Eso me gustaba. Me encantaba.

—Yo tampoco —fue todo lo que pude decir.

—Dime que eres mía —susurró.

—Soy tuya. Siempre he sido tuya —suspiré.

Carson retiró una mano de mi pecho y la llevó hasta el botón de mis vaqueros al tiempo que se inclinaba hacia atrás. Me desabrochó la cremallera y luego me los bajó por las caderas arrodillándose ante mí.

Contuve la respiración cuando lo vi apretar la cara contra el encaje blanco de mis bragas inhalando mi olor. No pude reprimir un gemido; ya estaba

mojada.

Metió los pulgares por los laterales de las bragas y las deslizó lentamente hacia abajo. Por fin, las dejó caer al suelo mientras me miraba. Me deshice de los vaqueros y la ropa interior de una patada.

Durante un minuto, él se calmó y apoyó la mejilla contra mi estómago al tiempo que me agarraba la parte posterior de los muslos. Le pasé los dedos por el pelo corto y suave mientras lo miraba. Tenía cerrados los ojos y quise preguntarle lo que estaba pensando, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, vi nuestro reflejo en el espejo que había sobre la chimenea. Cuando contemplé la imagen

en la que yo aparecía sin pantalones y Carson estaba arrodillado delante de mí con la cabeza a la altura de la unión de mis muslos, gemí sin control.

Carson me instó a separar las piernas. Grité cuando sentí que sumergía la lengua en mi interior.

—¡Oh, Dios! —susurró—. Tu sabor es como una droga.

Luego, cuando me cogió el clítoris entre los dientes, haciéndome gemir por el placer, le apreté la cabeza contra mi sexo para que no se detuviera. Si lo hacía, me moriría.

En el momento en que empezó a mover la lengua lentamente sobre el pequeño nudo de nervios, tuve que agarrarme a la encimera de la cocina, a

mi espalda, y me impulsé hacia su cara, buscando mi propio placer.

—¡Oh, Carson! —suspiré al notar que me apretaba los muslos con más fuerza y me atraía hacia su boca.

El placer creció cada vez más, mientras miraba el espejo con los ojos entrecerrados. La combinación de placeres sensoriales era tan abrumadora que cuando alcancé el orgasmo fue muy rápido e intenso, y grité su nombre mientras me arqueaba hacia él.

Se puso de pie para quitarse los vaqueros lo más deprisa posible, y antes de que yo pudiera formar un pensamiento coherente, me había sentado en el borde de la encimera, había cogido un condón, se lo había

puesto y me había llenado por completo.

Puse las manos en la encimera, a mi espalda, cuando él comenzó a penetrarme sin descanso. Carson cogió mi cara entre sus manos y me besó, metiéndome la lengua en la boca con el mismo ritmo que se clavaba en mi interior.

Cuando retiró los labios de los míos para apretar la cara en el hueco de mi cuello, volví a vernos reflejados en el espejo. Me fijé en sus nalgas musculosas que se contraían cada vez que se impulsaba en mi interior. Era una imagen tan carnal y hermosa que no pude apartar la vista.

Se le entrecortó la respiración y empezó a jadear contra mi cuello,

gimiendo sin control cuando lo alcanzó el orgasmo.

Le rodeé las caderas lentamente, recreándome en su placer, y, cuando levantó la vista, había una sonrisa perezosa en su rostro.

«Es increíble».

Me besó de nuevo con profunda ternura antes de retirarse de mi interior para ayudarme a bajar de la encimera. Me llevó de la mano hasta el cuarto de baño, donde se deshizo del condón y lo anudó antes de tirarlo. Luego empapó una toalla con agua tibia y me limpió entre las piernas con suavidad antes de besarme rápidamente en los labios una vez más.

Quince minutos después, estábamos

vestidos, comiendo sopa y sándwiches en la cocina.

Hablamos mucho después del almuerzo, sentados con las manos entrelazadas. No lo hicimos sobre sus operaciones ni sobre el caso de Josh. Era como si hubiéramos hecho un acuerdo tácito de que eso podía esperar por el momento, y lo importante era que volviéramos a familiarizarnos el uno con el otro. Aunque solo fuera por esta noche, teníamos que centrarnos en nosotros. Solo en nosotros. Así que nos reímos y conversamos sobre lo que habíamos vivido mientras estábamos separados.

Ponernos al corriente de todo eso era necesario para lo que nos esperaba. No

sabía cómo, pero sabía que era así.

Después de un rato, nos trasladamos al sofá del salón y nos acurrucamos debajo de una manta para ver *Zoolander* en un canal de películas, sin dejar de reírnos y abrazarnos.

Carson

Hicimos juntos la cena, charlando y disfrutando una vez más de nuestra mutua compañía. No era tan feliz desde... Bueno, nunca había sido tan feliz. Sabía que en Las Vegas nos enfrentaríamos de nuevo a muchas dificultades. Y si hubiera algo, por pequeño que fuera, que pudiera hacer por Josh, lo estaría haciendo. Pero no

era así y, por el momento, me permití empaparme en Grace. Disfrutaba reencontrándome con ella, y permití que aquella sensación de estar haciendo lo correcto se asentara en mi alma. No me había equivocado cuando pensé que tenerla conmigo me haría más fuerte. Más fuerte para Josh y para todo lo demás. Estar con ella hacía que la sangre me fluyera más rápido en las venas, me daba fuerza y firmeza.

Abrí una botella de vino y nos la bebimos mientras cocinábamos, riéndonos y tocándonos a menudo. No podía mantener las manos alejadas de su cuerpo, y parecía que ella sentía lo mismo. Quizá estábamos intentando recuperar el tiempo perdido, o tal vez

solo me recordaba a mí mismo que estaba conmigo. Tocarla me reconfortaba, me hacía consciente del momento y el lugar.

Después de la cena, Grace sacó una sartén y me dijo que me sentara mientras preparaba un postre. Bebí el vino y la vi mezclar algunos ingredientes con plátanos picados. Unos minutos más tarde, cuando se acercó a mí y vi lo que había hecho, sonreí.

—Plátanos Foster —dije—. Mi abuela solía hacerme este postre.

Asintió con una sonrisa.

—Lo sé.

Fruncí el ceño sin apartar la vista de su dulce expresión, recordando lo que le había dicho en aquel ascensor hacía

tantos años.

—¿Recuerdas todo lo que hablamos?

—pregunté.

Asintió moviendo la cabeza.

—Recuerdo todo lo relacionado con ese fin de semana —confesó en voz baja, mirándome entre las pestañas.

Noté que el corazón se encogía dentro de mi pecho. Me incliné para encerrar su cara entre mis manos y la besé en los labios.

—Gracias.

Después del postre, nos metimos otra vez en el *jacuzzi* y volvió a ponerse a horcajadas sobre mi regazo. La combinación del vino con Grace desnuda me emborrachaba en más de un sentido.

Nos fuimos a la cama en un enredo de húmedas extremidades. Cuando se subió encima de mí, me perdí en ella. La observé mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás, ofreciéndome sus pechos. Los chupé y lamí, y sus gemidos fueron mi perdición. Me impulsé dentro de su apretado calor, corriéndome con tanta fuerza que pensé que iba a perder el conocimiento.

Después de deshacerme del condón que me había acordado de poner de milagro, nos abrazamos de nuevo. Sentí su sonrisa contra el pecho cuando se acurrucó a mi lado. Al oír su lenta respiración, supe que estaba ya en el mundo de los sueños y me dejé arrastrar con ella.

—Carson, cariño, despierta. Estás soñando —la oí susurrar.

Me senté en la cama.

—¿Qué...? —solté el aire al tiempo que miraba a mi alrededor, tratando de orientarme.

—Estabas soñando —repitió Grace, tirando de mí hacia la almohada.

Me hundí en nuestro cómodo nido y me pasé la mano por el pelo húmedo. Había vuelto a tener aquel puto sueño.

—¿Qué ha sido? —susurró Grace, apretándose contra mi costado y apoyando la mejilla en mi pecho.

Suspiré.

—Primero mi madre..., luego Ara. Es

una pesadilla que se me ha repetido últimamente. No sé muy bien por qué.

—Cuéntamela... —me invitó ella, apretando los labios contra mi torso antes de colocar las manos sobre ese mismo punto para apoyar en ellas la barbilla.

Solo pude hacer eso allí, en la oscuridad. Aunque sabía que aquellos ojos claros como piscinas azules bajo el sol estaban clavados en mí, yo solo veía las sombras sin fondo de la habitación.

Le conté mi sueño. Cómo me acercaba sigilosamente a la habitación de atrás y veía a mi madre «trabajar», y de qué forma se convertía de pronto en Ara.

Ella volvió a besarme el pecho de

nuevo, suspirando contra mi piel antes de volverse a colocar en la misma posición.

—Cualquiera de esas situaciones supusieron un trauma para ti, cariño —susurró por lo bajo.

—Sí —convine. Sabía que tenía razón. Sabía que esa era la razón de que se combinaran de esa forma en mi mente.

Nos quedamos en silencio durante un minuto. El mero hecho de contarle mi sueño y sentir que me apoyaba hacía que sintiera el corazón más liviano. Dejé que la paz y la alegría me invadieran.

—Es parte de la razón por la que no he estado con nadie desde que estuve contigo —confesé en voz baja.

Alzó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Hice una pausa.

—Cuando regresé a casa, después de haber estado contigo en Las Vegas, veía todo de forma diferente. Nunca había experimentado el sexo como algo más que una actividad física. Nunca había supuesto nada emocional. Tú lo cambiaste todo.

Me apretó con suavidad. Supe que estaba esperando a que continuara.

—Ocurría lo mismo que con mi madre; me sentía ferozmente protector, pero no podía hacer nada. Y la parte con la que no podía reconciliarme era con que ella misma se ponía en esa situación. Pero luego, cuando regresaba

a casa, estaba... rota. Cada puta vez. Hacía lo que hacía a expensas de su propia alma. No estoy diciendo que sea así para todo el mundo, pero, para ella, lo era. Yo lo veía, y no podía hacer nada para ayudarla. Era doloroso. Y yo, que era solo un niño, no lo entendía. Después, no sé, quizá me dediqué a lo mismo que ella como una forma de obtener algún tipo de control sobre algo que no había logrado controlar en el pasado. En ese momento me dije que no importaba, que era solo una forma de obtener algo de dinero fácil. Sin embargo, en el fondo era mentira. No sé. He pensado mucho sobre ello. Aunque no soy psicólogo, sentía que era necesario que le encontrara alguna

explicación.

Suspiré, ordenando mis pensamientos antes de continuar.

—De todas formas, después de estar contigo no podía mentirme a mí mismo sobre ello. Me di cuenta de que no quería seguir haciéndolo. Los polvos sin nombre, los rollos de una noche, no eran una opción. Ya no podía.

Me quedé en silencio durante un minuto, recordando la primera vez que lo supe a ciencia cierta. Había sido la noche que fui a Washington D. C. a ver a Grace y creía haberla pillado con su novio. Así que me fui a un bar, donde una mujer intentó ligar conmigo. No habría tenido problema para acabar en su cama, pero no estaba interesado.

Incluso en un estado emocional tan jodido como ese, no había tenido ganas de sexo casual. Dejé que desapareciera la desagradable emoción que había sentido aquella noche. Grace estaba aquí, otra vez entre mis brazos.

—De todas formas —continué—, después de que me destinaran al extranjero, estuve dos años en cuevas en el desierto... —Solté una risita.

Grace sonrió contra mi piel y frotó la nariz en mi pecho, besándome otra vez y mostrándome su apoyo sin decir una palabra.

—Lo que ocurrió con Ara... fue, de alguna forma, un detonante que despertó esos sentimientos de nuevo. Es difícil de explicar.

—Pues lo estás haciendo muy bien — susurró ella—. Te entiendo.

¿Podía haber dos palabras más hermosas y reconfortantes en el mundo? En ese momento supe a ciencia cierta que no.

—¿Hace mucho tiempo que no hablas con tu madre? —preguntó en voz baja.

—Ni siquiera creo que sepa que me alisté en el ejército. Tampoco es que le importe lo que hago. Dylan vivió en el mismo apartamento que compartí con él hasta que se mudó a Los Ángeles hace un par de meses, y ella jamás fue allí para ponerse en contacto conmigo...

Grace suspiró.

—No tiene ni idea de qué se está perdiendo. —Permaneció en silencio un

rato—. ¿Sabes lo que le ocurrió...? Es decir, ¿por qué hizo eso durante tanto tiempo?

Negué con la cabeza.

—No sé exactamente por qué. Mencionó una vez a su tío, con el que se acostaba. Me dio la sensación de que le había hecho algo, pero no entró en detalles. No lo sé. Quizá no había ninguna razón. Tal vez fue solo por las drogas. No lo sé.

Grace se mantuvo en silencio durante un minuto y luego volvió a besarme en el pecho, frotando los labios contra mi piel.

No podía ver su expresión, pero supe que su mente seguía girando.

—¿En qué estás pensando? —

pregunté en voz baja.

Ella siguió callada un rato más antes de apoyarse de nuevo en sus manos. Sus ojos brillaban en la penumbra.

—Lo que estaba pensando, Carson, es que tú también brillas. Para mí, brillas.

Sentí una cálida sensación en el pecho y emití un tembloroso suspiro al tiempo que le sonreía, pero no dije nada. Solo me acerqué y musité para mis adentros una silenciosa oración, agradeciendo que estuviera en mis brazos.

Nos apretamos el uno contra el otro mientras susurrábamos en la oscuridad hasta que noté que ella se quedó quieta. Unos minutos después, me quedé dormido. Esta vez fue un sueño reparador, sin pesadillas.

33

Grace

—Despierta, Bella Durmiente —oí que me susurraban al oído.

—Mmm... —gemí, girando la cabeza para alejarla de aquel sonido molesto y volver a acomodarla en la almohada.

Escuché una risita ronca y atractiva, que me aceleró un poco el corazón. Sin embargo, no fue suficiente como para arrancarme del sueño. Me gustaba aquel calor, y la cama olía muy bien. Moví la cabeza sobre la almohada y respiré hondo. «Carson». Sin embargo, esto era

una locura. Hacía años que no veía a Carson. Lo echaba de menos. Extrañaba su olor y su contacto. Así que prefería quedarme en el mundo de los sueños un poco más. Era donde él estaba, y no quería dejarlo.

Algo sacudió la cama de forma violenta, haciéndome chillar e incorporarme. Miré a mi alrededor parpadeando.

—Sigues sin ser una persona madrugadora, ¿verdad, Botón de oro? — Carson me sonrió desde el otro lado de la cama, donde estaba de pie sobre el colchón.

—¿Estabas saltando en la cama? — pregunté, aturdida.

—Sí. Despertarte a ti es como

despertar a un muerto —aseguró mientras se bajaba.

Suspiré y me dejé caer de espaldas sobre las sábanas.

—¿Qué hora es? —musité.

—Las cinco. ¡Venga, muévete! Quiero estar en las pistas cuando salga el sol, y todavía tenemos que alquilar tu equipo.

Me quejé un poco más, pero, finalmente, logré arrastrarme fuera de la cama y seguí a Carson al cuarto de baño, donde estaba preparándome la ducha.

Me lavé los dientes, y después me permitió un poco de privacidad para hacer mis necesidades.

—Voy a hacer café —dijo a mis espaldas. Algunas personas eran como apisonadoras por las mañanas. Era

difícil tratar con gente así.

Me metí bajo el chorro de agua caliente y me enjaboné el pelo. Sí, era difícil tratar con gente así a esas horas de la mañana. Incluso aunque tuvieran anchos hombros y duros abdominales. Incluso aunque poseyeran sonrisas capaces de detener los latidos de tu corazón y de hacerte sentir escalofríos. Incluso aunque les apareciera un pequeño hoyuelo en la comisura del labio, como si Dios hubiera firmado de esa forma la obra perfecta que era Carson Stinger.

Incluso aunque rescataran mujeres a escondidas.

Dejé de frotarme el cuero cabelludo y permanecí quieta durante un minuto,

dejando que la realidad se apoderara de mí.

«Rescata mujeres».

Mujeres destinadas a burdeles clandestinos, niñas que terminarían siendo el juguete sexual de algún turista enfermo en algún pequeño cuarto oscuro. Yo no era la persona más versada en el tráfico de seres humanos, pero sabía lo suficiente como para que se me revolviere el estómago al pensar en ello. ¡Dios! Todavía me estremecía cuando pensaba en lo que Carson y sus amigos estaban haciendo.

Me enjuagué el pelo, me extendí el acondicionador y sonreí para mis adentros. De acuerdo, lo cierto era que me gustaba bastante mi madrugador

particular. Era un ser excepcional. ¡Un héroe!

Salí de la ducha y me envolví en una toalla antes de quitarme la humedad del pelo con un secador de mano que saqué del neceser que había llevado al cuarto de baño. Cuando lo tuve seco, regresé a la habitación para ponerme unos vaqueros y un grueso jersey blanco.

Estaba tirando de los calcetines cuando entró Carson con una humeante taza de café.

—¿Estás más despierta? —preguntó con una sonrisa.

—Mmm... —dije. Estaba más despierta y era capaz de pensar, pero no así de mantener una conversación. Para eso iba a necesitar un poco de cafeína.

Me terminé el café en la cocina mientras Carson reunía lo necesario. Luego me puso las botas.

—Este es uno de mis defectos —indicé con una sonrisa—. Por la mañana soy muy gruñona.

—Eso ya lo sabía —dijo, riéndose entre dientes—. Y de todas formas aquí estoy.

Solté una risita. Él se incorporó y me rodeó la cintura con los brazos para levantarme del taburete.

Le rodeé el cuello con los brazos al tiempo que lo miraba a los ojos, esperando que pudiera leer en ellos todas mis emociones.

—Vamos a ver otro amanecer juntos, Botón de oro —susurró sin dejar de

mirarme con intensidad.

Asentí.

—Sí. —No dije nada más.

Rodeé la cintura de Carson con los brazos mientras esperábamos en lo alto de la pista a que saliera el sol. Él me cogió por los hombros antes de inclinarse para besarme con suavidad.

Lo miré. Si hubiera sabido que un hombre con un gorro y unas gafas de nieve podía resultar tan condenadamente atractivo, habría pisado las pistas de esquí hace mucho tiempo. Sonreí.

—¿Qué pasa? —preguntó con una sonrisa.

—Nada. Me gusta tu aspecto. No, en

realidad me encanta. En especial las gafas.

Arqueó una ceja.

—¿En serio? Porque podría ponérmelas más tarde, en la cama. Imagina, desnudo y con gafas.

Me eché a reír.

—En realidad, eso suena un tanto... espeluznante.

—Mmm..., no tienes ni idea —gruñó al tiempo que me estrechaba con fuerza.

Me reí de nuevo, pero un rayo de sol me golpeó en los ojos.

—Shhh... —susurré—. Empieza a amanecer.

Se inclinó hacia mi oreja.

—Botón de oro, estoy completamente seguro de que va a seguir amaneciendo

susurremos o no.

Le di un manotazo, muerta de risa.

—Solo quería decir que le otorgáramos el respeto que se merece.

Me besó con rapidez y me abrazó.

—Tienes razón —musitó.

Lo vimos hasta que el sol subió redondo desde el horizonte, y las colinas cubiertas de nieve que nos rodeaban quedaron bañadas por su luz amarilla. A continuación, Carson me cogió de la mano y empezó mi primera lección de *snowboard*.

Lo hice de pena. Sí, realmente de pena. Cuando fui lo suficientemente competente como para desplazarme por la ladera sin caerme, tenía un dolor de espalda insoportable y sentía los brazos

como de gelatina. Seguía allí solo porque estaba decidida a hacerlo.

Sin embargo, creo que nunca me había reído tanto. Carson se mostró paciente y divertido, y no me presionó... demasiado. Aunque, si era sincera, no me importaba. Era increíble verlo en las pistas. Estaba tan cómodo con los pies anclados a una tabla y deslizándose por la nieve como caminando por la calle. Subió un par de veces a la colina más alta y la bajó a toda velocidad mientras yo trataba de mantenerme en posición vertical. Finalmente se reunió conmigo para continuar la lección.

—Eres un buen soldado —me dijo al final, cuando mi cuerpo ya no podía aguantar más, cogiéndome la mano—.

Lo has hecho muy bien.

—¿Lo he hecho bien? —gruñí—. Lo he hecho fatal. He estado más tiempo sobre el culo que sobre los pies.

—Todo el mundo empieza de esa manera. Probaremos de nuevo.

Me negué con la cabeza.

—Ni hablar. Eres un as en esto y me gustaría volver algún día a verte. Pero paso del *snowboard*, solo quiero sumergirme en el *jacuzzi*.

Se rio.

—Ya veremos.

—Mmm..., sí, ya veremos. Oye, antes de que devolvamos mi equipo, quiero verte hacer un salto.

Él arqueó una ceja.

—¿Estás segura? Luego vas a tener

que volver a bajar.

Mis brazos gritaron en protesta.

—Me sacrificaré —dije.

—Está bien —sonrió—. Vamos.

Tomamos el remonte hasta la pista más larga y Carson me dijo que bajara hasta la mitad de la ladera por el camino de la montaña, que haría el salto a mi izquierda.

Hice lo que me dijo y me detuve junto a la pista de esquí para verlo. Había pasado ya la hora del almuerzo y me moría de hambre, ya que solo habíamos tomado un café en el desayuno. Pero no pensaba abandonar las pistas sin ver cómo Carson realizaba algunos de esos saltos que me había descrito cuando le pedí que me dijera qué era lo que más le

gustaba del *snowboard*. Había dicho que era «surcar el aire».

Al día siguiente era Navidad y las pistas estaban casi vacías, así que era fácil no perderlo de vista.

Tardé un minuto en verlo bajar la pendiente; con rapidez y seguridad se preparó para el salto cuando pasó a mi altura. El corazón se me aceleró en el pecho. «Dios, es magnífico».

Aspiré una bocanada de aire cuando voló por el borde, doblando las rodillas y haciendo un giro completo en el aire. Chillé y se me llenaron los ojos de lágrimas. Era uno de esos momentos en los que un ser humano hace algo tan notable, tan increíble y sorprendente que el corazón te da un vuelco y se te forma

un nudo en la garganta por la pura belleza de la acción. Uno de esos momentos en los que realmente podemos creer que estamos creados a imagen de Dios.

Carson aterrizó con las rodillas dobladas, absorbiendo el impacto a la perfección, con firme seguridad. Apenas podía distinguir su rostro cuando se dio la vuelta en la parte baja de la colina, pero supe que estaba sonriendo.

Me puse la mano enguantada sobre el corazón, por encima de la chaqueta de esquí.

—Y eso, señoras y caballeros, es todo lo que ella escribió —me susurré para mis adentros, sabiendo que yo era un fracaso. Sin embargo, de alguna

manera, no me importaba.

Carson

Enjaboné el pelo de Grace, frotándole el cuero cabelludo con la punta de los dedos para formar espuma con el champú.

—Mmm... —gimió ella, delante de mí en la ducha, lo que hizo que me palpitara la ingle. Ignoré mi excitación por el momento. Mi Botón de oro estaba tan dolorida que no podía subir las manos hasta su cabeza para lavarse ella misma el pelo. Por supuesto, no me importaba en absoluto ocuparme de ello cuando la cuestión implicaba a Grace desnuda y agua caliente. Pero me

arrepentía de haberla obligado a forzarse de tal manera que ahora casi no pudiera moverse.

Le di la vuelta, e inclinó la cabeza para aclararse el pelo bajo el chorro mientras me lanzaba una sonrisa perezosa.

—¿Estás mejor? —Me pregunté si la combinación de Ibuprofeno y agua caliente estaría funcionando con sus músculos doloridos.

Asintió moviendo la cabeza con los ojos cerrados mientras el agua caía sobre su pelo y su cuerpo.

Al salir de las pistas, habíamos ido al restaurante del albergue donde estaba la tienda de alquiler de equipos, y habíamos tomado una sopa caliente y

unos sándwiches.

Después, Grace insistió en que compráramos un árbol pequeño. Al día siguiente era Navidad, y había asegurado entre risas que a pesar de que cada uno era el regalo del otro y ya nos hubiéramos abierto, necesitábamos un árbol. A mí ese tema me daba un poco igual, pero estaba dispuesto a llevar a cabo cualquier cosa que la hiciera feliz, así que fuimos en busca de uno.

Preguntamos en el restaurante dónde podíamos encontrarlo, y nos dijeron que en las afueras del pueblo no tendríamos problema para hacernos con uno, así que allí fuimos. Tuvimos que conformarnos con lo que quedaba, pero cuando a Grace se le iluminaron los ojos como si

fueran los del dueño de *Snoopy* al ver uno cerca de la puerta, me reí y le señalé al chico con cuál nos quedábamos.

Nos detuvimos también en una tienda para comprar unas luces para adornar la cabaña. Todo lo que les quedaba eran un par de guirnaldas de luces para exteriores, así que tendríamos que conformarnos con esa decoración. Grace parecía feliz, y eso era todo lo que me importaba.

En ese momento, ella comenzó a estar más dolorida y se movía cada vez más lentamente, así que la llevé a casa y le di la pastilla de Ibuprofeno antes de indicarle que se metiera bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

Llevé el árbol y las luces al interior. Cuando estaba poniendo el abeto en el soporte, fue cuando oí su gemido de dolor. Al ir a ver lo que le pasaba, la encontré casi llorando por el esfuerzo que suponía levantar los brazos por encima de la cabeza para lavarse el pelo. Era evidente que necesitaba de mis servicios.

Una vez que le aclaré el cabello, le dije que se diera la vuelta de nuevo y le masajé los hombros y los brazos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué maravilla! — gimió moviendo el cuello.

Ante aquellos gemidos y suspiros, mi erección despertó. Ella dejó caer la cabeza hacia delante al tiempo que frotaba lentamente sus nalgas contra mí.

Contuve el aliento.

—Grace... —le advertí.

Se dio la vuelta hacia mí y alargó la mano para acariciarme con suavidad. Siseé por lo bajo.

—Grace, estás hecha polvo. No estaba tratando de...

—Lo sé. Pero no estoy tan mal como para no poder disfrutar un poco... Es decir, a menos que me digas que tengo que sostener mi peso con los brazos, entonces tendríamos un problema. — Sonrió.

Solté una risita que se convirtió en un gemido cuando ella comenzó a mover la mano con más rapidez. El agua servía de lubricante y sus dedos se deslizaban con facilidad de arriba abajo.

De pronto, se dejó caer de rodillas ante mí. Mi polla se estremeció. ¡Santo Dios, iba a chupármela! Me quedé sin respiración.

En el momento en que ella me miró con incertidumbre, supe exactamente lo que estaba pensando.

—Nena, hagas lo que hagas va a ser perfecto. Te lo prometo.

Ella curvó los labios un poco mientras movía el puño a la base de mi miembro. Entonces capturó la punta con los labios y giró la lengua sobre el glande.

—¡Oh, Dios! ¡Qué placer, Botón de oro! —gemí con abandono, haciéndole saber lo increíble que era sentir aquello.

Me introdujo por completo en la boca

y comenzó a moverse por mi longitud con los ojos cerrados. Yo no podía apartar la vista. ¡Santa madre de Dios! ¡Era increíble!

Cuando ella gimió, sentí la vibración de su garganta y mi polla se convulsionó contra su paladar, soltando un poco de líquido preseminal.

Le puse las manos en la cabeza y enredé los dedos entre sus cabellos con suavidad. Había empezado a jadear: sentir su boca caliente alrededor de mi polla era un placer tan intenso que sabía que no sería capaz de contenerme mucho tiempo.

A medida que mi respiración se hacía más entrecortada, ella incrementó la velocidad y la intensidad de la succión.

El sonido del agua corriendo, mis jadeos y los húmedos sonidos de su boca en mi pene me lanzaron por el borde con un largo gemido.

—Grace, Grace... ¡Oh, Dios! ¡Es increíble! Voy a correrme, nena.

Mis caderas se impulsaron hacia delante por voluntad propia al tiempo que ella movía un poco la cabeza, como haciéndome saber que debía correrme en su boca, lo que provocó que el orgasmo explotara, caliente e intenso. Gemí mientras ella seguía chupando, tragándose todo.

Cuando se levantó y me besó en la boca, me balanceé un poco.

—¡Joder! No sabía que eras una profesional. —Sonreí con suficiencia.

Frunció el ceño durante un instante antes de que sus ojos brillaran.

—Muy, muy gracioso —dijo, riéndose y dándome una palmadita en el culo.

—¡Ay! —me quejé, aunque no dejé de sonreír ni por un momento.

Terminamos de lavarnos y luego salimos de la ducha para decorar nuestro triste arbolito. Sin embargo, cuando nos sentamos en el sofá, acurrucados el uno contra el otro, ante el fuego de la chimenea, miré aquel árbol medio desnudo, decorado con luces para exteriores, y pensé que no había visto otro más bonito en mi vida.

Apreté a Grace contra mí. Sabía sin lugar a dudas que la amaba. Tenía a la

mujer que amaba entre los brazos. En aquel momento estuve tan seguro como que la nieve caía al otro lado de la ventana. Quizá llevaba mucho tiempo amándola. ¿Era posible? Ni siquiera me importaba cuándo había ocurrido ni por qué. Quizá el amor era complicado, aunque en ese momento parecía lo más sencillo del mundo.

Se movió contra mí y las palabras se me atascaron en la garganta.

—Feliz Nochebuena, Carson —me dijo, volviéndose hacia mí y mirándome con ojos somnolientos.

Yo sonreí.

—Feliz Nochebuena, Botón de oro —respondí.

34

Grace

Me despertaron el canto de los pájaros al otro lado de la ventana y los rayos de sol que se colaban por las cortinas cerradas. ¡Era Navidad! Me giré con pereza y me estiré antes de acurrucarme contra la cálida espalda de Carson. Cuando él se arqueó un poco hacia mí, le besé la suave piel de los hombros, demorándome en la cicatriz mientras respiraba contra él.

—Buenos días —oí que decía con voz somnolienta.

—Hola —respondí por lo bajo, con los labios todavía en su espalda—. Así que no siempre madrugas, ¿eh? —bromeé.

Se rio entre dientes.

—No, no siempre. Sobre todo si tengo a mi Botón de oro en la cama y puedo acurrucarme con ella debajo de las mantas.

Se volvió hacia mí y me abrazó durante unos minutos, moviendo las manos por mi cuerpo. Noté que se me endurecían los pezones, que me humedecía entre los muslos.

—¿Qué tal estás esta mañana? —susurró.

—Bueno, estoy mejor —musité. Todavía sentía cierta rigidez en los

músculos, pero ahora mis agujetas parecían fruto del trabajo duro y no de haberme arrojado debajo de un tren en marcha, que era como me sentía el día anterior.

Carson se puso encima de mí y me hizo el amor lenta y tiernamente, moviendo las caderas tan despacio que gemí de frustración. Él sonrió contra mi hombro antes de acelerar el ritmo.

Grité y Carson gimió contra mi cuello cuando alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo. Sentí que se me ponía la piel de gallina.

—Dios, me encanta oírte gemir — dijo, jadeando en mi oído de una forma tan ahogada que apenas pude distinguir sus palabras. Se retiró de mi interior

rodando hacia un lado.

Sonreí.

—Voy a tener que conseguir un sótano insonorizado —comenté.

Él se alzó sobre mí.

—De eso nada. Nos compraremos una casa en el campo, así no molestarás a los vecinos. —Sonrió.

—¿Una casa? —Jadeé; lo miré con expresión seria.

Me estudió detenidamente.

—Sí, algún día compraremos una casa. Quiero formar un hogar contigo, Grace. Quiero que tengamos nuestra princesita y nuestro Junior. —Se interrumpió mientras me miraba con calidez—. Te amo —dijo por lo bajo.

Me quedé paralizada entre sus brazos

mientras lo miraba parpadeando boquiabierta. Yo me había dado cuenta de que lo amaba ayer por la noche, cuando estábamos sentados frente al fuego mirando nuestro árbol de Navidad, que me parecía patéticamente hermoso. Y lo había confirmado un millón de veces más mientras miraba la expresión vulnerable que tenía ahora.

—Yo también te amo —susurré.

La sonrisa que apareció al instante en su rostro resultó impresionante.

—¿De verdad? —preguntó.

Asentí moviendo la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, de verdad. Lo sé. Te acuerdas de nuestra princesita y nuestro Junior —susurré.

Sonrió.

—Jamás me podría olvidar de nuestros hijos, Botón de oro.

Me reí y sollocé a la vez.

—Feliz Navidad, Carson.

—Feliz Navidad, Grace. Venga, vamos a levantarnos. Tengo algo para ti.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño para deshacerse del preservativo.

—¿Qué? —dije sentándome en la cama—. ¿Tienes algo para mí? ¿Cómo es posible? —Me sentía confundida.

—No te preocupes por eso —replicó desde el pasillo—. Límitate a levantarte y a venir aquí.

Salí de la cama y me puse unos bóxers de Carson y una de mis camisetas.

Pasé por el cuarto de baño antes de reunirme con Carson en la cocina, donde estaba haciendo café. Cogí los ingredientes para hacer tortitas y beicon, y empecé a cocinar.

Él se acercó por detrás, rodeándome con los brazos la cintura.

—Te amo, te amo, te amo —me susurró en el oído—. Me encanta decírtelo. —Sonrió contra mi cuello.

Volví la cabeza para besarlo.

—Mmm... —Curvé los labios—. Y a mí me encanta oírlo. Te amo.

Permanecimos así durante unos minutos.

—Me gustaría que todo lo de Las Vegas desapareciera como por ensalmo —susurré con tristeza—. Me encantaría

que pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

Él suspiró.

—Sí, pero, por desgracia, las cosas no funcionan de esa manera, Botón de oro. Sin embargo, tengo el presentimiento de que todo saldrá bien. Regresaremos aquí el año que viene a celebrar la Navidad e invitaremos a nuestros amigos y a la familia para celebrar que hemos dejado atrás todo eso.

Me di la vuelta para quedar frente a él.

—¿Me lo prometes? —pregunté mirándolo a los ojos.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, te lo prometo. —Me besó los

labios con suavidad—. Ahora, hazme el desayuno, mujer.

Lo empujé y le di una palmada en el trasero.

—Siéntate, Carson Stinger. Estás a punto de probar las mejores tortitas del mundo.

—Sí, señora —respondió antes de acercarse a la cafetera.

Cuando nos sentamos en la barra de la cocina para desayunar, los dos gemimos al unísono al probar el primer bocado.

—Por Dios, Botón de oro, lo tuyo es hacer tortitas.

Me reí.

—Has dado en el clavo. Lo mío son las tortitas. Todas las Navidades soy la encargada de hacerlas —informé

cogiendo un bocado de beicon y mojándolo en sirope.

Carson me miró.

—¿No te importa no estar hoy con tu familia? —preguntó.

—Los echo un poco de menos — confesé con una sonrisa—. Tengo que llamarlos, sí, pero ahora mismo no querría estar en ningún otro lugar.

Él me devolvió la sonrisa, aunque no añadió nada. Terminamos de desayunar y luego tomamos otra taza de café en el salón. Había un pequeño regalo debajo del árbol. Arqueé una ceja y miré a Carson.

—En serio, ¿cómo lo has hecho? — pregunté, señalando el paquete con la cabeza.

—Lo compré a la vez que las botas y la cazadora. —Sonrió.

—Mmm..., muy listo —dije poniendo los brazos en jarras. Fruncí el ceño—. Sin embargo, yo no tengo nada para ti. Me gustaría regalarte algo porque esta es la primera Navidad que pasamos juntos —dije con un mohín.

Carson se acercó y me atrajo hacia él.

—Grace, me has dado lo mejor. Has roto tu compromiso, has cambiado tus planes de pasar la Navidad con tu familia, has atravesado un aeropuerto para cambiar tu vuelo, has pedido prestado un coche que condujiste durante seis horas entre la nieve y prácticamente te has congelado para estar aquí conmigo. Y luego, cuando te

conté que estaba involucrado en algunas actividades que no eran exactamente legales, lo aceptaste sin pestañear. Te limitaste a preguntarme qué íbamos a hacer con Josh y a aceptar la situación sin dudar. —Sus ojos brillaban mientras me miraba. Lo contemplé boquiabierta.

—Bueno —repliqué en voz baja—. Creo que solo me queda preguntar: ¿eso es todo lo que tienes para mí? —bromeé mirando el solitario regalo que había debajo del árbol.

Él se rio.

—Sí. El año que viene trataré de hacerlo mejor.

Me soltó para encender el fuego en la chimenea mientras yo me quedaba sentada en el sofá bebiendo el café.

Luego me entregó el paquetito y le lancé una sonrisa mientras rompía el papel.

Era una cajita de una joyería. Miré a Carson, que me contemplaba con ternura.

Levanté la tapa y vi que había dentro una pulsera de plata. La cogí para examinarla con atención.

—Es preciosa —susurré.

—¿Tienes alguna? —preguntó.

—No, no tengo ninguna como esta —repliqué—. ¿Me la pones? —Le tendí la muñeca.

—Espera, creo que no has visto el detalle —dijo, girando el brazalete.

Al clavar allí los ojos vi una pequeña moneda de plata colgando de la pulsera. La miré un rato hasta que la luz se hizo

en mi cabeza. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras subía la vista hacia él.

—Un tanto por un secreto —susurré.

Él asintió.

—Ahí fue donde empezó todo. —

Sonrió y lo rodeé con los brazos, besándolo en la cara, los labios, las mejillas, los ojos, la frente.

—Me encanta. Es el mejor regalo del mundo. —Sonreí a pesar de estar llorando.

Se rio devolviéndome el beso.

—Bien. Me alegro de que te guste.

Venga, que te la pongo.

Asentí moviendo la cabeza entre sollozos mientras me la ajustaba alrededor de la muñeca.

Lo besé una última vez.

—Tengo que llamar a mi familia.

—Vale. Tenemos que acercarnos al pueblo para tener cobertura. Nos ponemos ropa de abrigo y hacemos la llamada desde la *pickup*.

Asentí con la cabeza, todavía suspirando. Volví a entrar en la habitación para ponerme los pantalones y me reuní con Carson en la puerta para completar el atuendo con las botas y la cazadora.

Unos minutos más tarde entrábamos en el pueblo. Saqué el teléfono del bolso y lo encendí para ver si tenía cobertura. Había hecho lo mismo las dos veces que nos desplazamos al pueblo, y les había enviado algunos mensajes de texto a mis hermanas para decirles que había

llegado sana y salva a Utah. Al encenderlo, me entró el mensaje de respuesta de Julia y un mensaje del buzón de voz también de su número.

Carson aparcó en la calle y se volvió hacia mí.

—¿Quieres que dé una vuelta mientras haces la llamada? —preguntó.

Sonreí, negando con un movimiento de cabeza. Marqué primero el número de mi padre y respiré hondo, mordisqueándome los labios mientras esperaba a que me respondiera.

—Feliz Navidad, papá —dije en voz baja con una sonrisa cuando escuché su voz profunda.

—¿Grace? —Su voz se suavizó.

—¡Hola, papá! —exclamé—. ¿Ha

sido una buena mañana? —Me mordí el labio.

—Bueno, sí, lo ha sido, aunque he echado de menos a mi hija mayor. Al parecer, has cambiado a tu viejo padre y a tus hermanas por un hombre.

Me reí por lo bajo.

—No, ya sabes que jamás haría eso. Pero se trataba de una situación de emergencia y tuve que proceder con rapidez. Recuerda que me enseñaste a actuar primero y a preguntar después. Así que, bueno, eso es lo que hice.

Hubo un momento de silencio en el teléfono.

—Bueno, supongo que no puedo argumentar contra eso. Lo amas, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí, papá, lo amo. —Me reí, echando un vistazo a Carson. No me estaba mirando, sino que tenía los ojos clavados en la pantalla de su móvil, ojeando los mensajes de texto. Sin embargo, me fijé en que le temblaron los hombros cuando dije que lo amaba—. Y creo que él también me ama.

—Bueno, si tú lo quieres, Gracie, imagino que valdrá la pena. ¿Qué ocurrió con el hombre con el que cenamos en Las Vegas? Ahora no recuerdo su nombre.

Me reí por lo bajo, sabiendo de sobra que no se había olvidado del nombre de Alex.

—Solo éramos amigos.

—Bien, mejor que os hayáis dado cuenta antes de casaros que después. Estupendo. —Hizo una pausa—. Te quiero, Gracie.

Suspiré de alivio.

—Yo también te quiero, papá. Feliz Navidad. ¿Has recibido el paquete que envié?

—Sí. Estaba a punto de abrirlo. Tú tendrás los tuyos en Pascua.

—Vale. —Me reí.

—Bien, Gracie. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, papá.

Colgué, hipando y sonriendo a la vez. Luego envié a mis hermanas un mensaje de texto al grupo que compartía con ellas:

«¡Feliz Navidad! ¡Os echo de menos!

¡Os quiero! ¡La semana que viene, una conferencia en grupo! Bss».

Apagué el teléfono y sonreí a Carson, antes de acercarme a él para acurrucarme a su lado. Él me abrazó.

—¿Va todo bien? —preguntó en voz baja.

—Sí, todo va bien —repuse con una sonrisa.

Él me devolvió el gesto, y justo cuando bajaba los labios hacia los míos, sonó su móvil.

Carson frunció el ceño, pero respondió al momento. Yo me senté derecha y me moví a mi asiento.

—¿Hola? —respondió.

Escuchó con atención durante un par de segundos.

—Vale. —De pronto, su voz era dura como el acero—. Salimos ahora.

A continuación, me miró con expresión de preocupación.

—Tenemos que volver a la cabaña, darnos una ducha rápida y hacer el equipaje. Hay una situación de emergencia en el hotel. Tenemos que regresar.

Carson me puso rápidamente al corriente de lo que estaba ocurriendo mientras nos duchábamos y hacíamos las maletas.

Al parecer, Dylan pensaba que estaba

a punto de localizar la ubicación del tipo que había puesto la trampa a Josh, y necesitaban que todos estuvieran cerca, por si acaso.

También había una emergencia en la planta cuarenta y cinco con una de las mujeres. Estaba embarazada, y, aunque ella no sabía cuándo salía de cuentas exactamente, el médico que la había examinado había calculado que estaba de ocho meses y medio largos. Todos habían pensado que podían llevarla a casa antes de que tuviera el bebé, pero se había puesto de parto por la mañana. Seguramente el embarazo estaba más avanzado de lo que pensaban.

Había dos médicos en nómina que realizaban aquella labor clandestina,

pero ambos pasaban las Navidades fuera de la ciudad. Irían al hospital si fuera necesario, pero podían hacer preguntas, y habían pensado que la mejor opción era que la atendiera Josh, ya que había sido sanitario, sabía de primeros auxilios y estaba cualificado para atender un parto.

Tendríamos que conducir de regreso a Las Vegas por separado, ya que habíamos llegado en dos vehículos distintos. Lo que era un fastidio, ya que quería aprovechar el tiempo para discutir la situación de Josh con más detalle con Carson. En su lugar, iba a utilizar el tiempo para tratar de tener lo más claros posibles en mi cabeza los detalles del caso contra Josh, y si había

algún hilo suelto que pudiera utilizar para soltarlo. Sopesé una a una cada pieza, pero no llegué a ninguna conclusión. Por desgracia, las pruebas contra él resultaban abrumadoras e incluían ADN. A los jurados les encantaban los exámenes de ADN, así que dictarían un veredicto de culpabilidad en diez minutos. Cuanto más pensaba en ello, más deprimida estaba. Lo único que podía hacer era defender tan mal el caso que Josh quedara absuelto por una cuestión técnica. Por supuesto, eso sería un suicidio profesional. Pero no podía permitir que un hombre inocente se pasara la vida en prisión. Gemí en voz alta. Era una situación imposible.

Entonces pensé en Carson y noté una opresión en el corazón cuando me di cuenta de lo peligroso que era el trabajo que había asumido. ¿Cómo me sentiría, sentada en casa, conociendo los riesgos que corría cada vez que salía por la puerta para una de sus operaciones?

Lo medité un rato hasta que, de repente, se me ocurrió que ya estaba acostumbrada a eso. A fin de cuentas, era hija de un policía. Sabía el riesgo que corría mi padre cada vez que se ponía la placa, y estaba muy orgullosa de él, igual que lo estaría de Carson. Eso me hacía imaginar que trataría con ello igual que lo había hecho con la profesión de mi padre, sabiendo que el hombre al que amaba hacía un trabajo

útil, que lo convertía en un héroe con los que lo necesitaban de verdad. El orgullo me inundó por enésima vez en los últimos días.

Carson me llamó cuando nos faltaban dos horas para llegar a Las Vegas y me dijo que lo siguiera fuera de la autopista, que íbamos a buscar un lugar donde comer algo.

Conduje el todoterreno de Dylan detrás de su *pickup* hasta el aparcamiento de un bar de carretera llamado Denny's y, cuando me bajé, él ya se acercaba a mí, sonriendo. Curvé los labios al tiempo que corría hasta que, cuando estaba a unos centímetros de él, di un salto y le rodeé la cintura con las piernas.

—Te he echado de menos —dije.

—Yo también —se rio.

Lo besé con tal intensidad que nos habrían detenido por escándalo público, o por lo menos nos habrían dicho que nos fuéramos a una habitación. Y no me parecía mala idea.

Dejé que mis piernas resbalaran hasta el suelo y lo besé por última vez.

—¿Nos da tiempo a comer algo?

—Sí, pero tenemos que darnos prisa.

Almorzamos con tanta rapidez que media hora después estábamos de nuevo en camino.

Cuando entramos en el aparcamiento del Trilogy, seguí a Carson hasta la parte posterior, donde abrió con un mando a distancia una puerta plegable que daba

acceso a una parte privada, que a primera vista parecía un almacén.

Introdujo allí la *pickup* y yo lo seguí. La puerta se cerró a mi espalda en cuanto pasé. Al bajarme miré a mi alrededor; se trataba de un área bastante grande que, en aquel momento, se encontraba prácticamente vacía. Solo había dos todoterrenos negros además de los vehículos que acabábamos de aparcar nosotros.

Carson se bajó de la *pickup* y me acerqué a él.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Es la zona privada en la que aparcamos. No puede entrar nadie más, y así no controlan nuestras matrículas. Dylan no suele aparcar aquí, sus datos

no interesan a nadie, pero el resto dejamos aquí todos los vehículos.

Asentí; de pronto, el hecho de que Carson estaba involucrado en una operación secreta se convirtió en algo muy real.

Atravesamos una puerta y subimos una escalera de servicio que comunicaba con un pasillo. Carson me cogió de la mano en cuanto doblamos la esquina y nos pusimos a esperar el ascensor.

Cuando entramos en la cabina, me atrajo hacia él y me dio un beso largo, profundo y con lengua. En el momento en el que se separó, me sonrió mientras yo me tambaleaba.

—¡Dios! Me encantan los ascensores

—dijo, guiñándome un ojo.

Me reí.

Las puertas se abrieron y seguí a Carson por una serie de lujosos pasillos hasta lo que parecía la puerta de un despacho. Llamó y la abrió antes de recibir ninguna respuesta.

Entrelazó nuestras manos para entrar juntos.

Tres hombres volvieron la cabeza hacia nosotros. No sabía quién era el primer hombre. Era alto, musculoso, de pelo oscuro y una expresión de profunda tristeza.

Reconocí a Dylan, aunque parecía un poco más descuidado que un par de días antes, como si hubiera estado manoseándose sin parar el pelo rubio.

También supe que el tercer hombre era Josh Garner por su ficha policial. Había pensado que era un tipo bien parecido cuando vi la fotografía por primera vez, pero la imagen no le hacía justicia. Era..., bueno, no era Carson Stinger, pero era también muy guapo. Llevaba de punta el pelo castaño, tenía la mandíbula firme y, sí, lucía unos hoyuelos encantadores. Lo supe porque se dirigía hacia nosotros con una sonrisa.

Le dio a Carson un puñetazo en el hombro, y este dio un paso atrás ante el impacto. Luego, Josh me tendió la mano.

—Hola, soy Josh —se presentó con los labios curvados en la que seguramente era su mejor sonrisa

mojabragas. No pude reprimir una risita.

Carson se acercó a mí y me rodeó con un brazo para atraerme hacia su cuerpo antes de que pudiera estrechar la mano de Josh.

—Sí, ya. Aléjate de ella, cabrón. Es Grace Hamilton, la fiscal que se encarga de tu caso. Está aquí para ayudarte, pero ahora mismo no recuerdo por qué permitirle tal cosa es una buena idea.

Josh se rio y dejó caer la mano.

—Tranqui, tío, solo estaba presentándome. —Me guiñó un ojo—. Además, creo que me interesa que me vea con buenos ojos.

—Ya me mira a mí con buenos ojos, y no esperes nada más —replicó Carson,

lanzando a Josh una mirada penetrante al tiempo que nos acercábamos a los otros hombres presentes. Sin embargo, le sonreí a Josh cuando pasamos junto a él.

—Grace, creo que ya conoces a Dylan —comentó Carson al tiempo que señalaba a su amigo con la cabeza. Luego se giró hacia el tipo más alto—. Te presento a Leland McManus. Es el dueño del Trilogy.

—Hola, Leland. Encantada de conocerte —dije, y él asintió, devolviéndome la sonrisa.

—El placer es mío. —Tenía los ojos azules más penetrantes que hubiera visto nunca. De repente, me di cuenta de que sí lo había visto antes. Era el hombre que se había presentado en el despacho

de Carson aquel día. Hacía menos de dos semanas, pero parecía que había pasado toda una vida.

Me volví hacia Dylan.

—Hola, Dylan. Gracias por prestarme el todoterreno. —Sonreí.

Él nos miró a los dos y esbozó una sonrisa enorme.

—No es nada. Por lo que veo, funcionó.

—Sí, eso parece —repuse mirando a Carson, que me sonrió con ternura.

—Ya vale, tortolitos, nos hacemos una idea. Parece que no habéis esquiado demasiado en el nidito de amor. Vayamos al grano —intervino Josh, que se acercó a nosotros con una mueca en la cara.

Dylan fingió que tenía tos y Leland reprimió la risa. Carson miró a Josh con el ceño fruncido, pero también parecía estar conteniendo una sonrisa.

En ese momento comenzó a sonar un móvil y Leland lo sacó del bolsillo.

—¿Sí? —respondió.

Asintió con la cabeza mientras miraba a Josh.

—De acuerdo, ahora baja.

Colgó la llamada y miró a Josh.

—Te requieren, Doc —informó.

—Vale. ¿Alguien puede echarme una mano? —preguntó.

Leland levantó los brazos.

—Yo tengo que dirigir el hotel.

—Y yo que revisar algunos programas que he dejado en

funcionamiento —se disculpó Dylan.

Josh puso los ojos en blanco.

—¿Grace?

—No me importa ayudarte —repuse, mirando a Carson.

—Ni de coña te vas a ir sola con él —intervino él al tiempo que estudiaba a Josh con los ojos entrecerrados.

—Carson, voy a ayudar en un parto. Estaré bastante ocupado.

—Nunca estás tan ocupado como para no intentar ligar —contestó Carson.

Josh fingió pensar sobre el tema.

—Cierto —reconoció con una sonrisa de orgullo.

—Venga, chicos, que parecía urgente —les interrumpió Leland.

Salimos apresuradamente del

despacho de Leland, y Carson me cogió de la mano mientras nos dirigíamos hacia el ascensor. Josh usó una llave antes de pulsar el botón de la planta cuarenta y cinco, que quedaba un par de pisos por debajo.

Había un guardia junto a la puerta del ascensor, que saludó con la cabeza al ver a Josh y a Carson.

—Parece que la situación se ha puesto intensa —comentó el hombre.

—Las situaciones intensas son nuestra especialidad —dijo Josh, arqueando las cejas.

El guardia se rio.

Recorrimos un pasillo mientras oíamos gritar a cierta distancia, desde una puerta a la derecha.

Josh sacó una llave para abrirla. La escena que apareció ante nuestros ojos me dejó impactada.

Carson

Había estado en esta estancia un centenar de veces durante los últimos dos meses, pero traté de imaginar lo que estaría pensando Grace. Maria estaba acostada de lado en la cama y se abrazaba con fuerza a una almohada mientras gemía en voz alta. Yoselin le estaba poniendo un paño húmedo sobre la frente y Gisella se había sentado en el borde de la cama para frotarle la parte baja de la espalda.

En la habitación había otras dos

chicas más, Deisy y Vanessa, las dos de doce años. Estaban acurrucadas en el sofá, viendo un programa de televisión, aunque sus ojos se movían hacia Maria cada pocos minutos. Miré a Grace y las señalé con la cabeza. Era evidente que estaban asustadas.

Todas aquellas jóvenes eran venezolanas, las únicas que no habíamos sido capaces de enviar a su casa antes de Navidad debido a problemas con el papeleo burocrático. Pero ahora todo estaba arreglado para que regresaran el día 27. Parecía que habría un pasajero extra.

Josh dejó encima de la cama el *kit* de primeros auxilios que había llevado y se dirigió al cuarto de baño, imaginé que

para lavarse las manos. Le pregunté a Yoselin cómo estaba Maria. Yoselin era la única de las chicas que hablaba inglés, por lo que la necesitábamos como traductora.

—He visto otros partos antes, señor Carson. Creo que se acerca la hora.

Asentí.

—Bien. Josh lo comprobará dentro de un segundo.

Miré a Maria. Tenía los ojos cerrados con fuerza y gemía de dolor.

—Maria, hemos venido a ayudarte a dar a luz. Todo irá bien. —Me sentí un poco idiota al decir eso. ¿Cómo demonios podía asegurarle que todo estaría bien? No sabía nada sobre partos ni sobre bebés.

Me volví hacia Grace, pero ella ya estaba sentada en el sofá con Deisy y Vanesa y les sonreía mientras les ofrecía unos caramelos que llevaba en el bolso. Al parecer, cuando se trataba de niños y dulces, las barreras idiomáticas se diluían.

Josh salió del cuarto de baño y comenzó a examinar a Maria. Me moví a un lado, dispuesto a ayudarlo si fuera necesario, pero no requirió mi asistencia.

—Está ya de diez centímetros —concluyó Josh después de un rato—. El bebé está colocado y todo parece correcto. ¡Vamos allá! ¿Me sigues, Maria? —preguntó.

Ella asintió al tiempo que hacía una

mueca.

Yoselin y Gisella sujetaron cada una de ellas una pierna de Maria y la joven comenzó a empujar. Me dirigí al cuarto de baño para enfriar otro paño y coger más toallas.

Cuando regresé al dormitorio, Maria estaba gritando con cada empujón, y las mujeres contaban en español. Me volví hacia Grace; estaba recostada en el sofá y había puesto los brazos sobre los hombros de las niñas, que apretaban la cara contra su pecho. Le brindé una sonrisa, que ella respondió al instante.

Veinte minutos después, tras un último alarido, el llanto de un bebé inundó la habitación y Maria se desplomó sobre la almohada.

—¡Es un niño! —anunció Josh, atando el cordón umbilical con un trozo de hilo y cortándolo con unas tijeras pequeñas. El bebé gritó un poco más antes de callarse. Vi que abría los ojos y miraba a su alrededor—. Bienvenido a este mundo loco, pequeño —dijo Josh en voz baja.

Miré a Grace, que observaba a Josh con el ceño algo fruncido, como si estuviera montando un rompecabezas en su mente. Seguramente estaba tratando de averiguar si aquel ligón impenitente, al que adoraban las mujeres, tenía otro lado más profundo. Una parte que lo hacía ponerse en peligro para rescatar a aquellas mujeres, que lo hacía entregar el bebé a Maria con sensible habilidad.

Volvería loca a una mujer algún día.
Casi solté una carcajada.

Llamé la atención de Grace, que me sonrió al tiempo que abrazaba a las niñas y les decía algo por lo bajo. Las dos sonrieron.

Ayudé a Gisela a limpiar toda la sangre y el desorden mientras Josh terminaba de atender a Maria. Yoselin se ocupó del bebé, que envolvieron en una manta del hotel. Ahora parecía muy tranquilo.

Grace, Deisy y Vanessa se acercaron sonrientes para mirar al bebé. Yoselin se lo ofreció a Grace, y ella lo cogió en brazos con una mirada soñadora. La observé mientras pasaba los dedos por el espeso pelo negro.

—Es un bebé precioso, Maria —
susurró.

Todos la miramos, pero ella había
vuelto la cabeza hacia la ventana con
una mueca.

—¿Quieres coger a tu hijo? —
preguntó Grace.

La chica se negó con un gesto de
cabeza, todavía sin mirarnos.

Grace, Josh y yo intercambiamos una
mirada.

—Yoselin, ¿puedes preguntarle qué le
pasa? —dije en voz baja.

La joven se acercó y se sentó junto a
Maria. Estuvo hablando con ella en
español durante más de un minuto, y
luego nos miró con una expresión triste.

—Dice que ese bebé es el engendro

del diablo y que no quiere tocarlo.

Grace abrió los ojos mientras apretaba al bebé contra su pecho.

—¿El engendro del diablo...? —susurró—. ¿Qué quiere decir con eso?

Yoselin la miró.

—Maria tiene solo diecisiete años. Su familia la vendió a un hombre que apareció en su pueblo, en Venezuela, y les dijo que ella se dedicaría a trabajar haciendo labores domésticas para familias ricas, y que podría enviarles una parte del dinero. En cambio, la violó y la usó para lo que quiso. Luego la trajo a Las Vegas para venderla a otros hombres. En ese momento la rescataron con el resto —explicó, agitando la mano para señalar a las otras

mujeres presentes.

Grace tenía una expresión triste en los ojos, y parpadeó para secarse las lágrimas. Aunque yo ya había oído todo eso, y cosas mucho peores, jamás dejaba de conmoverme ante aquella depravación. Nunca me había acostumbrado al horror de sus historias; pensaba que eso era bueno.

Maria empezó a hablar mientras Yoselin la escuchaba con una expresión cada vez más triste.

—Dice que su madre siempre le contó que las mujeres somos las guardianas del mundo. Tenemos la oportunidad de decidir qué genes se transmiten, qué hombres se convierten en padres. Y que hay que elegir con sabiduría. Dice que

este niño es el engendro de un hombre malo.

Miré de reojo a Grace, y noté algo feroz en su expresión.

Se acercó a la cama para sentarse a lado de Maria.

—¿Puedes traducir mis palabras? — preguntó con suavidad, mirando a Yoselin.

La chica asintió con la cabeza.

—Maria —dijo, haciendo que la joven se estremeciera, aunque siguió mirando por la ventana—. Estoy de acuerdo con tu madre. Pero también creo que, en este mundo roto, a veces ocurren cosas que no controlamos, o que no hemos planeado. También creo que las mujeres debemos ser las guardianas,

pero este mundo necesita hombres fuertes y buenos, hombres que son criados por madres que han visto lo que provocan los hombres débiles. En esos casos, deben conseguir que sus hijos hagan todo lo que sus padres no hicieron.

Yoselin tradujo en voz baja. Maria miró a Grace con rapidez, luego apartó los ojos y volvió a mirar a la lejanía.

Yo sentía una opresión en el pecho. Sabía que no era solo porque adorara a la mujer que hablaba con tanta ternura y convicción a otra que ni siquiera conocía. Era también porque yo mismo era el fruto de una historia similar: había sido un niño tan poco deseado como el que Grace sostenía entre los brazos.

También sabía que Grace era consciente de ello por la forma en que sus ojos se posaron varias veces sobre mí mientras hablaba, con aquel tono suave y lleno de amor.

A veces la terapia tarda años y años en funcionar, y otras veces puede existir un instante milagroso, un asombroso momento de amor que cura toda una vida de dudas y odio por uno mismo.

—Es medio suyo, de ese hombre — tradujo Yoselin cuando Maria dijo algo con cierta inseguridad.

—Y es medio tuyo —contraatacó Grace, indicando a Yoselin que lo repitiera.

Maria clavó los ojos en la cara de Grace y la estudió durante un rato.

—Es precioso, es un bebé hermoso —dijo Grace con ternura al tiempo que me miraba—. La belleza que surge del dolor. Un regalo. ¿Quieres cogerlo? —preguntó.

Cuando Yoselin lo repitió en español, Maria se negó con la cabeza y dijo algo en voz baja.

—Dice que quiere verlo.

Grace sostuvo el bebé dormido ante Maria para que pudiera mirarlo. La chica lo estudió durante un rato y luego habló en un tono más suave.

—Se parece al padre de Maria —tradujo Yoselin con una sonrisa.

Grace sonrió y le tendió el bebé. Después de un minuto, Maria lo cogió y lo sostuvo ante sus ojos. Lo miró durante

un buen rato, y luego lo acurrucó contra sus pechos mientras le resbalaba una lágrima por la mejilla. Yoselin y Gisela se sentaron en la cama, junto a ella, apretadas una a cada lado, y las niñas también se subieron a la cama, acomodándose a los pies de Maria para ver al bebé.

Al cabo de un minuto, Yoselin empezó a enseñar a Maria cómo cuidarlo.

Josh se dirigió hacia la puerta. Miré a Grace y ella se levantó para cogermela mano.

—Por ahora, envolvedlo en una toalla—aconsejó Josh—. Dentro de un rato vendrá alguien con pañales, ropa y otras cosas necesarias.

Las mujeres dejaron de mirar al bebé

el tiempo suficiente para mover la cabeza, pero al instante volvieron a mirar el pequeño rostro.

Una vez que estuvimos los tres en el ascensor para volver al despacho de Leland, Grace nos miró.

—¿Cómo lo hacéis? —preguntó con tristeza.

—¿Cómo podríamos no hacerlo? —repuse, mirando a Josh. Él asintió, pero no dijo nada. Fue el primero en salir del ascensor cuando se abrieron las puertas.

Dylan salió precipitadamente de la sala donde tenía los ordenadores con una expresión de emoción pura.

—Nos toca jugar, chicos —dijo—. Lo he pillado.

35

Grace

El corazón se me aceleró en el pecho cuando Carson y los otros hombres se precipitaron en el despacho de Leland. Me quedé en un segundo plano, sin querer interponerme en su camino. Sabía que todo se reducía a esto.

Leland me miró y Carson, que vio su gesto, asintió con la cabeza, indicando que podían hablar delante de mí. Sentí una oleada de amor por él. Confiaba en mí plenamente.

—Tenéis que moveros deprisa,

muchachos —fue lo primero que dijo Dylan—. Está en un almacén en Henderson, pero ya se sabe que este tipo no se queda mucho tiempo en ningún sitio. Imagino que el muy cabrón ha imaginado que estaríamos fuera de servicio porque es Navidad.

—¿Has localizado también a su familia? —preguntó Leland.

—Sí, la tengo localizada. El muy cabrón atraviesa la puerta de su finca en un camión de reparto. Solo que la empresa de reparto no hace entregas el día de Navidad. Un descuido. Sabía que debían de estar en el interior, así que lo he localizado de nuevo en Henderson. Y, atención, Bakos solo lleva consigo dos guardias, debe de haber dado el día

libre por Navidad a los otros tres. Es un buen jefe.

Todos soltaron el aire.

—¿Qué más? —presionó Josh.

—He descargado el plano del almacén y lo he cargado en las gafas de visión nocturna.

—Está bien. Espera... —dijo Carson —. Necesitamos al menos tres hombres para ir a por Bakos. Es lo mínimo para entrar en una habitación sin riesgos. Eso significa que te necesitamos para que filmes a su familia, Dylan.

—Entonces, ¿quién será el conductor?

—Dylan frunció el ceño.

Todos me miraron, y yo abrí mucho los ojos.

—De eso nada —intervino Carson

apretando los dientes—. Ni hablar. Conduciremos nosotros mismos — aseguró con la mandíbula tensa.

—Necesitamos a alguien que vigile —dijo Leland.

Carson negó con la cabeza.

—Esta vez renunciaremos al conductor y al vigilante. No dejaré que Grace se arriesgue. No sería bueno para mí saber que está sentada en el exterior, esperándonos —dijo, apretando los dientes.

Todos asintieron.

—Vale, en esta ocasión no tendremos conductor —confirmó Leland—. Capturamos a Bakos, y Josh puede esperar en el coche mientras lo interrogamos para conseguir lo que

necesitamos.

—¡Joder! ¡No! —intervino Josh—. Si alguien va a disfrutar del placer de hacer cantar a Bakos, ese seré yo.

Leland lo miró.

—Vale. Vamos a vestirnos. Ya es de noche. Tenemos que apresurarnos.

Uno a uno comenzaron a dirigirse hacia la puerta. Al parecer, ya tenían previsto algún tipo de plan más elaborado, solo les faltaba pulir los detalles. Al menos eso esperaba.

Cuando salimos por la puerta del despacho, me di cuenta de la leve cojera de Leland y recordé la historia que me había contado Carson sobre la emboscada que había sufrido su unidad. Para mí era un recordatorio de que los

dos tenían suerte de estar vivos, y el miedo que sentí ante lo que estaban a punto de hacer me bajó en forma de escalofrío por la espalda.

Carson me cogió de la mano y seguimos al resto de los hombres por el pasillo hasta otra habitación. Leland abrió la puerta y Josh lo siguió al interior. Al ver duchas y taquillas, pensé que debía de ser el lugar donde se «vestían», aunque no sabía exactamente qué querían decir.

Carson se detuvo delante de mí para abrazarme.

—Tengo miedo —confesé contra su pecho.

—No lo tengas, Botón de oro. No cometeremos el mismo error dos veces.

Lo que le ocurrió a Josh fue algo extraño, y vamos a averiguar lo que pasó. Mientras tanto, tienes que confiar en que se nos da bien nuestro trabajo y que somos un equipo perfectamente engranado. Sabemos lo que hacemos.

Asentí antes de estrecharlo con más fuerza.

—Ten cuidado, ¿vale?

Él me levantó la barbilla con un dedo para que lo mirara a los ojos.

—Tras encontrarte de nuevo después de tantos años, no voy a permitir que nada me impida disfrutarlo.

Curvé un poco los labios.

—Te amo, Grace —dijo solemnemente, casi con reverencia.

Cerré los ojos por un breve instante.

—Te amo demasiado —confesé.

Me miró a los ojos durante un par de segundos y luego sonrió.

—Ahora te voy a llevar a una de las habitaciones, donde podrás esperarme. Quizá puedas intentar...

Sacudí la cabeza.

—De eso nada. Si me quedo sola en una habitación del hotel, acabaré volviéndome loca.

—Nena, no puedes salir del hotel. No puedo preocuparme por ti cuando necesito estar centrado en lo que estoy haciendo.

—Te esperaré en el cuarto donde están las mujeres y las niñas. De todas formas, el bebé necesita pañales y algo de ropa.

—Está bien —claudicó después de estudiarme durante un segundo—. Voy a bajar a la tienda de regalos. Aunque está cerrado, Leland tiene la llave maestra. Luego te quedarás en la planta cuarenta y cinco. Y no saldrás.

—No saldré —convine.

—Está bien, vamos.

Diez minutos después, sostenía una bolsa de la tienda de regalos que contenía todo tipo de productos para bebés: pañales, toallitas húmedas, cinco sudaderas diminutas con el logo «I LOVE LAS VEGAS», un chupete y un par de baberos. Con eso llegaría hasta el día siguiente.

Carson me acompañó a la habitación donde estaban las mujeres y me besó una

última vez antes de irse.

Me senté en el sofá sin poder contener la lágrima que me resbaló por la mejilla. Yoselin me hizo un gesto para que me uniera a ellas, que seguían en la cama, donde dormían Maria y el bebé. Menos mal que era una cama de dos por dos metros.

Y allí fue donde esperé a Carson, rodeada por aquellas mujeres que habían sobrevivido a algo mucho peor que cualquier cosa que yo hubiera sufrido, pero que aún eran capaces de consolar a otra persona cuando lo necesitaba. Si eso no era algo mágico, no sabría decir lo que lo era.

Carson

Nos reunimos a la salida del aparcamiento. Dylan se fue en dirección opuesta para ir a por la familia de Bakos. Tenía la esperanza de que todo iría bien. Él no estaba entrenado para esta parte de la misión. Aunque no tenía que acercarse mucho, el riesgo siempre estaba presente. No podíamos permitirnos el lujo de bajar la guardia, sobre todo después de lo que había ocurrido en nuestra última misión.

Necesitábamos más hombres, pero, por el momento, tendríamos que arreglárnoslas con lo que teníamos. Eli Williams, el Predicador, se uniría a nosotros el año que viene. Estaba

dispuesto a trasladar a toda la familia para poder trabajar con nosotros. Noah también se agregaría al grupo en cuanto terminara su misión. Entonces, las operaciones serían mucho más seguras. Por ahora teníamos que utilizar lo que teníamos a nuestro alcance, no había otra elección.

Seguimos las coordenadas GPS que había localizado Dylan y aparcamos a un par de manzanas.

Nos desplazamos a pie entre las callejuelas hasta el almacén, pegados a las sombras de los edificios. El área era sobre todo industrial, y estaba desierta debido a las vacaciones de Navidad.

Como Dylan había dicho, no había guardias. Nos trasladamos hasta el

edificio en silencioso sigilo, agachándonos detrás de todo lo que nos podía ocultar.

Josh y yo observamos cómo Leland forzaba la cerradura, abriendo la puerta en menos de treinta segundos. Nos cubrimos los ojos con las gafas de visión nocturna y activamos la distribución del edificio que Dylan había descargado. La podíamos ver en la parte superior de los cristales.

Por suerte, disponíamos de un presupuesto suficiente para poder contar con los dispositivos de alta tecnología más avanzados.

Registramos varias habitaciones sin hacer ningún ruido, hasta que Leland, que encabezaba la marcha, se detuvo

frente a nosotros. Todos escuchamos con atención. ¿Era música lo que sonaba?

Avanzamos en cuanto Leland nos lo ordenó. Bueno, por Dios, era música. Acordes navideños. Íbamos a joderles la fiesta.

Miré a Josh y él puso el pulgar hacia arriba, sonriendo.

Nos acercamos un poco más e indiqué a Leland que se pusiera a la derecha de la puerta. Josh se situó a la izquierda. La puerta era de madera vieja, con una cerradura barata. Quien fuera que estuviera allí dentro no estaba preocupado.

Alcé los dedos, contando, y cuando llegué a tres, lancé una patada a la puerta con todas mis fuerzas para

abrirla. La madera se astilló y voló hacia el interior, sorprendiendo a las personas que estaban dentro.

El guardia más cercano a la puerta se volvió hacia nosotros, levantando el arma. Pero Leland cayó sobre él y le hizo una llave con la que lo inmovilizó por el cuello. Su pistola cayó al suelo antes de que los otros hombres se hubieran dado la vuelta. Podía ser que no fuera capaz de correr tan rápido como antes, pero Leland McManus seguía siendo un tipo duro.

Josh cogió la pistola del guardia para guardarla en la cinturilla trasera de los vaqueros y, con un rápido movimiento, levantó la rodilla y arrolló al otro hombre, que empezaba a ponerse en pie.

Este cayó al suelo, inconsciente.

Fui a por el tercer hombre, al que reconocí de inmediato por las fotos que había visto. Bakos. Estaba retrocediendo a través de la estancia, intentando recuperar algo que llevaba oculto en la cintura. Corrí hacia él y lo obligué a girar. Le quité la pistola de la cintura y le rodeé el cuello con un brazo al tiempo que apuntaba con mi arma a su sien. Gruñó al notar el cañón en su piel.

—¡Jesús! Esto ha sido demasiado fácil —comentó Josh, que ni siquiera respiraba con dificultad.

—Creo que no es necesario tomar el nombre del Señor en vano el día de su cumpleaños —intervino Leland.

Josh se detuvo delante del guardia

que yacía inconsciente en el suelo.

—No estaba tomando el nombre del Señor en vano, solo lo alababa. Permite que vuelva a decirlo: gracias, Jesús, por habérmelo puesto tan fácil —dijo, alzando los brazos al cielo.

Puse los ojos en blanco.

—Venga, tíos, ¿podemos centrarnos en esto? —pregunté—. Tenemos que separarlos. —Señalé a los dos guardias y a Bakos.

—Ataré a estos en la habitación de al lado para asegurarnos de que no se mueven —dijo Leland.

Asentí moviendo la cabeza y me enderecé. Bakos estaba inmobilizado. Lo cacheé con la otra mano y luego lo senté en el borde de la mesa.

—¿Podemos parar esa mierda? — preguntó Josh, refiriéndose a la música. Bing Crosby canturreaba *White Christmas* en el iPod que había en un estante.

Me acerqué y lo apagué mientras Leland arrastraba al segundo guardia fuera de la habitación. Su cojera se acentuaba bajo el peso del guardia.

Señalé con un gesto la botella de licor medio vacía que estaba acompañada de tres vasos de chupito.

—Esta es la razón de que haya sido algo tan fácil —le indiqué a Josh, moviendo la cabeza.

Josh se volvió hacia Bakos.

—Estoy decepcionado, viejo. Me esperaba algo más.

Bakos entrecerró los ojos y miró a Josh con disgusto.

Josh estaba ahora sentado en el borde de la mesa donde había estado el traficante un minuto antes, e hizo una pausa para estudiar al grueso hombre canoso que ahora estaba atado frente a él.

—Bien, Bakos, resulta que seguramente no vaya a ser una Navidad demasiado feliz para ti. De hecho, es probable que sea una auténtica mierda —soltó Josh con una expresión de aburrimiento.

Bakos permaneció en silencio, mirando a uno y otro.

—Esto es lo que va a ocurrir. Voy a poner aquí este pequeño dispositivo y

me vas a contar la historia de cómo me endilgaste un asesinato que no cometí.

Bakos se rio.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó—. No pienso hablar. Prefiero morir con la certeza de que pasarás el resto de tu vida en prisión por tratar de arruinar mi negocio.

—¿Tu negocio? —preguntó Josh con los ojos entornados.

—Sí, mi negocio. Donde hay pasta, hay negocio.

—Eres un pedazo de mierda humana, ¿lo sabías?

—Josh... —le advertí—. No pierdas el tiempo con él. Ya conseguiremos lo que necesitamos.

Josh se puso a estudiar a Bakos.

—No nos imaginamos que fueras a hablar por salvar tu culo, pero quizá esto te convencerá —dijo Josh, sacando el móvil del bolsillo.

«Vamos, Dylan», pensé. Si había tenido éxito, habría un vídeo en el teléfono de Josh en ese momento.

Se lo puso a Bakos, que palideció.

Y supe que tenía razón. Incluso un puto enfermo como Bakos, que vendía seres humanos para vivir, trataría de proteger a su familia. Estábamos tirándonos un farol, pero, por la expresión de su cara, aquello estaba funcionando. Y en ese momento, supe que habíamos ganado.

Josh siguió presionándolo.

—¿La reconoces? Es preciosa,

¿verdad? ¿Ves ese pequeño punto rojo que va donde va ella? Es el arma de nuestro francotirador. Empieza a hablar o se la carga en este mismo momento. El guardia que has puesto en la otra habitación no tendrá tiempo ni de parpadear antes de que nos encarguemos de todos.

Bakos entrecerró los ojos con una mirada de odio. Josh puso a funcionar la grabadora y después de una larga pausa, Bakos empezó a hablar.

—Estaba en el viejo almacén la noche en que llegasteis. Mis hombres y yo habíamos recibido la orden de enviar la mercancía por la mañana. Mientras os ocupabais de los guardias, yo llegué a una habitación donde había instalado

una trampilla oculta con una de las chicas como rehén. La zorra gritó al oír que os aproximabais. Te estudié por la mirilla hasta que te diste la vuelta, y entonces abrí la puerta y te golpeé la cabeza con una roca que había en el suelo. Sencillo. Te arrastré dentro, amordacé a la chica y esperé hasta que se fueron los hombres. Luego ejecuté a la zorrita con tu arma, manché tu ropa con su sangre y te puse la roca en la mano. Te dejé abandonado en la casa. Fácil. Ni siquiera sudé. —Bakos nos miró en silencio.

Josh apago la grabadora, sin apartar los ojos de Bakos. Envió el archivo a Dylan y su teléfono pitó unos segundos más tarde, indicando que Dylan lo tenía

y que el archivo era bueno.

Ninguno de nosotros se movió mientras Josh observaba a Bakos. En sus ojos brillaba la ira. Miré su mano y vi que la había cerrado en un puño, pero no lo detuve. Josh se impulsó hacia delante, rápido como un rayo, y le dio un puñetazo en la cara. La cabeza de Bakos fue hacia atrás antes de comenzar a sangrar por la nariz. Luego dobló el cuello hacia delante; estaba fuera de combate.

Josh se dio la vuelta con los dientes apretados y se frotó la mano.

—Mierda. ¿Habitaciones con trampillas secretas? Este tipo ha visto demasiados episodios de *Scooby Doo*. —Se pasó la mano por el pelo al tiempo

que soltaba una risita sin humor.

Sacudí la cabeza. Estaba seguro de que le había afectado oír que la chica que habíamos intentado rescatar había acabado con un tiro en la cabeza. Así que le di una palmada en el hombro.

—Venga, colega, déjalo ya. Creo que tenemos una entrega especial para la fiscal que lleva tu caso. Llama a la policía y dales la dirección donde podrán encontrar a este desperdicio humano. —Señalé a Bakos, ahora inmóvil, con la cabeza—. Vámonos —indiqué en voz baja.

Diez minutos después, estábamos doblando la esquina exterior mientras oíamos las sirenas que avanzaban hacia el almacén.

36

Dos semanas después

Grace

Me bajé el vestido hasta las caderas y sonreí a mi reflejo en el espejo. Las dos últimas semanas habían sido un torbellino. Un torbellino feliz pero intenso.

Después de presentar a Larry como evidencia la cinta de vídeo, se la mostramos al juez y el caso de asesinato contra Josh fue sobreseído un par de

días más tarde. Bakos estaba bajo custodia policial. A pesar de que trató de retractarse de lo que había dicho en la cinta, alegando que lo habían presionado y que se había visto obligado a mentir para salvar la vida de su familia, las pruebas que se encontraron en el almacén y en su sistema informático fueron abrumadoras. El asesinato que había intentado endosarle a Josh era solo uno de los cargos que habían presentado contra él.

Larry, el fiscal jefe, había venido a hablar conmigo al día siguiente. Me preguntó si podía presentarle a mis amigos para poder ponerlos en contacto con los responsables del departamento de policía.

Así fue que un domingo lluvioso de principios de enero, Carson, Josh, Leland y Dylan estuvieron reunidos a puerta cerrada con él mientras yo me mordía las uñas sin cesar y daba un respingo cada vez que sonaba mi móvil.

Por último, cuando pensaba que ya no podría esperar ni un segundo más, hubo un golpe en la puerta. Al abrirla, Carson estaba al otro lado, sonriente.

Chillé y me lancé a sus brazos, besándole una y otra vez.

—¿Habéis llegado a un acuerdo? — pregunté.

—Sí. Te encuentras no ante un miembro, sino ante el jefe de la unidad contra el tráfico sexual de Las Vegas. La primera que se crea.

Cogí una bocanada de aire con los ojos llenos de lágrimas. Le había contado a Larry la historia sobre cómo habíamos conseguido la cinta y, aunque no le había dicho que conocía los nombres de los hombres que trabajaban con Josh, él no me preguntó. Un par de días después, se acercó para preguntarme si podía ponerlos en contacto, porque cierta gente de su confianza quería hablar con ellos.

Resultó que el departamento de policía no tenía presupuesto para crear una unidad, pero estaba muy interesado en apoyar a una que se hiciera cargo de su propia formación y tuviera presupuesto privado. Aunque querían hacer más contra el tráfico de personas,

tenían las manos atadas. Por ello, Carson y sus compañeros contaban ahora con el apoyo de la policía, sin tener que trabajar bajo las estrictas directrices de la ley. Esta última parte no la habían puesto sobre el tapete todavía, aunque se sobreentendía.

Carson y los chicos seguirían centrándose en el rescate de las víctimas, que continuarían alojándose en la planta cuarenta y cinco del Trilogy mientras organizaban el traslado. Sin embargo, podrían concentrar más energía y esfuerzo en seguir el rastro de los traficantes y entregarlos a la policía, que no haría preguntas. Seguía siendo un trabajo peligroso, pero estaba más tranquila al saber que operaban de

forma legítima. Aunque estaban sometidos a muchos riesgos, una pena en prisión no era uno de ellos.

El tráfico de personas en Las Vegas ya era inferior a causa de su unidad. Había corrido la voz de que no era el mejor lugar para hacer negocios con la venta de seres humanos. Pero, por desgracia, no se detendría nunca por completo. Era una triste realidad que, cuando había dinero por medio, siempre había alguien capaz de vender su alma al diablo.

Sin embargo, mi corazón pertenecía a uno de los chicos buenos. Y el suyo me pertenecía a mí.

El caso también había supuesto un impulso para mí. Me habían encargado

el procesamiento de Bakos, mi primer asunto relacionado con un asesinato, o al menos el primero que sí llegaría ante el jurado. Una vez que los cargos por tráfico de seres humanos salieron a la luz, el caso se convirtió en un foco de atención, tanto local como nacionalmente. No era que me gustara estar involucrada en algo tan mediático, pero me alegraba de que el tráfico de personas estuviera siendo objeto de discusión. Era necesario conocer la realidad para ayudar a la causa.

Alex había decidido aceptar el puesto en San Francisco. Nos habíamos sentado a hablar y me había asegurado que no era solo por nuestra ruptura, y que le parecía lo mejor. Le deseé que fuera

feliz. Era un buen hombre, pero no era *mi* hombre.

Respiré hondo y terminé de maquillarme y peinarme. Cuando estaba poniéndome la pulsera, oí que llamaban a la puerta.

La abrí y allí estaba él, en toda su gloria masculina. Ladeé la cabeza y me apoyé contra la puerta abierta. Suspiré de forma apreciativa ante su aspecto: pantalones de pinzas grises, zapatos de vestir negros y una camisa azul.

—Estás preciosa, Botón de oro — dijo con una sonrisa.

—Gracias, agente Stinger —respondí curvando los labios.

Me guiñó un ojo mientras le abría más la puerta para que pasara.

Cuando la cerré, me tomó en sus brazos y me besó mientras yo enredaba los dedos en su pelo. Se lo estaba dejando largo, un corte parecido al que llevaba cuando lo conocí. Sentí la sedosa textura en mis dedos y pensé en la primera vez que me besó en aquel ascensor, hacía ya mucho tiempo.

Cuando interrumpí el beso, contemplé aquellos ojos color avellana, pensando en lo que era entonces y en qué se había convertido ahora. Una feroz oleada de orgullo inundó mi corazón.

—¿Qué pasa? —me preguntó estudiando mi expresión.

—Tú —dije en tono serio—. Estás impresionante. Pero, por muy guapo que seas, por dentro eres todavía mejor. El

mundo es un lugar mejor gracias a que tú estás en él, Carson Stinger —susurré.

Me miró con los ojos brillantes.

—Te amo, Grace Hamilton.

—Yo también te amo —repuse sonriente.

—¿Preparada para celebrarlo? —preguntó con una mueca.

Cogí el bolso del mueble de la entrada.

—Sí.

Veinte minutos después, entrábamos en el bar del Bellagio, donde había dejado plantado a Carson Stinger, actor heterosexual, hacía tantos años.

Josh estaba ocupado ligando con un par de rubias sentadas en la barra, y Leland y Dylan conversaban en una

mesa.

Cuando Carson se dirigió hacia allí, los otros hombres nos vieron y sonrieron, indicándonos que nos sentáramos con ellos.

—¡Hola, fiscal! —me saludó Dylan.

Llegó la primera ronda de bebidas y Leland levantó su copa mirando al resto.

—Por Ara —brindó—. Siempre.

—Por Ara —respondieron. Y todos chocamos nuestras bebidas en memoria de la niña cuya muerte había inspirado a un grupo de hombres buenos a llegar a unos extremos radicales para salvar a otras como ella. Era su legado, su último regalo al mundo. Y eso significaba que no había muerto en vano.

Esa noche nos reímos, hablamos y

celebramos todo lo que habían logrado, lo que habían superado y lo que intentarían reivindicar siempre.

Mientras Dylan estaba contando una historia, llamé la atención de Carson y sonreí. Cuando él me devolvió el gesto con una mirada cálida y feliz, recordé la conversación que habíamos mantenido en ese mismo bar, cuando había salido de allí pensando que lo odiaba. Miré a ese mismo hombre, que ahora tenía frente a mí, sabiendo que no quería volver a vivir sin él.

«La vida es salvaje», pensé para mis adentros.

Carson

Colgué el teléfono y permanecí detrás de mi escritorio pensando en la conversación que acababa de mantener. Había hablado con el jefe de policía de Houston. Quería organizar una unidad similar a la nuestra en su ciudad, pues allí el tráfico de seres humanos era un delito en crecimiento, y no tenían recursos suficientes para hacerle frente.

Tendría que hablar con Leland, pero pensaba que era una buena oportunidad para conseguir algo allí. Quizá no solo en Houston, sino también en otras ciudades. Él tenía un montón de contactos que contaban con medios suficientes para financiar una operación como la nuestra.

Leland pasaría el día fuera, así que

encendí mi ordenador para escribirle un correo que vería al día siguiente por la mañana, describiendo lo que pensaba sobre la propuesta y asegurándome de escribirlo todo mientras lo tenía fresco en la mente.

Veinte minutos más tarde, sonó un golpe en la puerta.

—Adelante —invité a pasar.

Grace asomó la cabeza y no pude contener una sonrisa.

—Hola, nena. Qué sorpresa más agradable.

—Te he traído el almuerzo. —Me mostró un par de bolsas de comida para llevar—. Perritos calientes.

Nos reímos.

—Dios, qué apetecible. ¿Cómo sabías

que tenía ganas de perritos calientes? — pregunté en broma mientras ella dejaba las bolsas en el suelo y rodeaba el escritorio para sentarse en mi regazo.

—Ah, es que lo sé todo sobre ti, Carson Stinger —aseguró ella con los ojos brillantes.

—Eso crees, ¿verdad? —pregunté, besándola en el cuello.

Soltó una risita mientras me hacía cosquillas en la oreja con la lengua.

—Mmm..., mmm... —respondió—. Pero... —hizo una pausa— tú no lo sabes todo de mí.

Me aparté arqueando una ceja.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

Asintió moviendo la cabeza.

—Sí. Tengo un secreto.

—¿Un secreto? Ah, bueno, ¿quieres que nos lo juguemos a «Un tanto por un secreto»?

Sonrió de medio lado.

—De acuerdo.

Se inclinó hacia delante y sacó los bolígrafos del portalápices para ponerlo en el borde. Luego metió la mano en el bolso, que había dejado junto a las bolsas con la comida, y buscó una moneda de diez centavos.

La levantó y me la puso en la mano.

—La última vez que marqué un tanto y me contaste tus secretos, toda mi vida cambió.

Me miró a la cara muy seria, pero luego sonrió y señaló el bote con la cabeza.

Arqueé una ceja. ¿Qué era lo que pretendía ella exactamente? Sin embargo, apunté y lancé la moneda. Entró limpiamente en el portalápices. Sí, todavía tenía el toque. Sonreí.

—Suéltalo, Botón de oro —le dije.

Asintió mientras se humedecía los labios, de nuevo muy seria.

—Bien, has encestado; era de suponer que tus muchachitos tuvieran la misma puntería —soltó por lo bajo sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Mis muchachitos? —pregunté, confundido. Ella no apartó la vista.

De pronto, lo entendí todo y me quedé paralizado.

—¿Estás embarazada? —solté abruptamente.

Asintió sin dejar de mirarme con cautela.

—¿Estás embarazada? —repetí, asimilando la información—. ¿Vamos a tener un bebé?

—Sí.

No pude reprimir la sonrisa que se extendió por mi cara. Me miró parpadeando.

—¿Te alegras? —susurró.

—Sí, Botón de oro —aseguré—. Soy feliz. Muy feliz.

Soltó una risita, pero me pareció que estaba mezclada con un sollozo ahogado.

—¿Creías que no me gustaría la noticia? —pregunté.

Ella movió la cabeza.

—Pensaba que sí, pero no estaba segura... Es muy pronto. Sé que tienes mucho que hacer y todavía estamos...

—Grace —la interrumpí, mirándola a los ojos—. Me hace feliz —repetí al tiempo que me inclinaba para que viera en mi cara que era verdad.

Cuando movió la cabeza, asintiendo, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Grace, casémonos. Cásate hoy conmigo. Vamos a una de esas capillas del Strip. Prácticamente estamos viviendo juntos. Vamos a hacerlo oficial.

Se rio entre lágrimas.

—No quiero que nos casemos porque estoy embarazada —alegó.

Fruncí el ceño.

—¿Crees que me casaría contigo solo porque estés...? Grace, llevo cinco años esperando para casarme contigo. Quizá no lo supiera, pero es así.

Su risa acabó convirtiéndose en una sonrisa.

—Vale —respondió después de tenerme en vilo un rato—, me casaré contigo. Pero no será en una capilla del Strip. Quiero que nos acompañen nuestros amigos y familia.

—Está bien. —Sonreí—. Lo que tú quieras, Botón de oro —acepté, estrechándola contra mi cuerpo.

Después de un minuto, me aparté de ella con el ceño fruncido. Se me acababa de ocurrir algo estremecedor.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Le puse la mano en la barriga.

—Tiene que ser un niño. No sé si estoy preparado para tener una niña.

Esbozó una tierna sonrisa, entendiendo mis razones.

—Si no recuerdo mal las clases de biología, es el hombre quien da el sexo del bebé.

Suspiré.

—Vale, entonces está controlado —aseguré. Me incliné hacia su vientre—. Hola, Junior.

Ella sonrió y me besó. Por segunda vez, un secreto suyo me había cambiado la vida.

EPÍLOGO

Un año después

Grace

—Es el árbol de Navidad más triste que he visto en mi vida —murmuró Audrey, ladeando la cabeza para mirarlo desde otro punto de vista.

Me reí mientras me detenía detrás de ella para admirar el árbol. Estaba inclinado y medio desnudo, envuelto en las largas guirnaldas de luces para exteriores, en medio de la cabaña.

—Me encanta —suspiré—. De todas formas, es una tradición para nosotros. La primera que tuvimos. No te metas con él. —Estaría más bonito después, cuando hubiéramos colgado los adornos de Andrew.

Audrey siguió mirando el abeto con expresión de desaprobación. Le di una palmada en broma en el culo.

Ella soltó un grito antes de escaparse de mí, riéndose.

—Vale, vale... Ya aprenderé a quererlo también —replicó mirando el árbol de medio lado.

Sonreí al tiempo que negaba con la cabeza. Cuando me dirigía hacia la cocina, donde estaba a cargo de la preparación del pavo de Nochebuena

que había en el horno, la puerta se abrió de golpe y las voces de los hombres inundaron la cabaña.

—Ya estamos de vuelta, señoras — gritó Josh—. ¿Quién está desnudo en el *jacuzzi*?

Me reí al ver que Audrey ponía los ojos en blanco. Noté que miraba más allá de Josh, clavando la vista en Dylan. Él la vio y se quedó inmóvil un segundo antes de ajustarse las gafas. Tendría que indagar sobre todo eso más tarde. Me había dado cuenta de que esos dos habían intercambiado muchas miraditas calientes durante la semana.

Como Carson me había prometido un año antes, nos habíamos desplazado de nuevo a Snowbird a pasar la Navidad.

Solo que, en esta ocasión, nuestra familia y nuestros amigos estaban con nosotros, y en vez de preocupaciones, teníamos mucho que celebrar.

Por desgracia, había una persona que no había podido unirse a nosotros: Abby. Pero tenía una buena disculpa; estaba embarazada de ocho meses y no podía subirse a un avión. Kyle, su primer hijo, y el bebé solo se llevarían trece meses de diferencia. Como había dicho la propia Abby, eso era lo que ocurría al tomar tres margaritas cuando te dan vía libre después del parto. Y servía de advertencia para los demás, aunque tanto Brian como ella estaban encantados.

Habíamos alquilado una cabaña

enorme con diez dormitorios y llevábamos toda la semana esquiando, haciendo *snowboard* y jugando en la nieve. Yo, concretamente, solo había hecho lo último. Mis músculos todavía recordaban la paliza del año pasado y no estaban interesados en volver a sufrir algo parecido. Todos teníamos un don; estaba claro que hacer *snowboard* no era el mío.

—Carson se ha perdido una tarde increíble en las pistas —anunció Leland, colgando su cazadora.

—Estaba ocupado haciendo algo mucho mejor —replicó Carson, que salía de la habitación con nuestra hija acurrucada contra su pecho—. He estado abrazando a mis chicas frente al

fuego —sonrió—, y hemos decorado el árbol. —Todos los hombres se volvieron hacia el pobre abeto al que Carson se refería y ladearon la cabeza al unísono. Resoplé, haciendo que Carson se acercara a mí y me pusiera un brazo sobre los hombros, besándome en la sien.

—¡Oh, Dios! Prefiere hacer manitas y decorar un arbolito que hacer deporte —murmuró Josh—. Carson, tío, estás convirtiéndote en una nenaza. —Josh sacudió la cabeza con una expresión de fingida tristeza.

Carson arqueó las cejas.

—Sí, ya, ya te llegará tu hora, colega. Recuerda mis palabras. Y cuando así sea, te voy a putear de tal manera que...

—Oye, cuidadito con esa boca, que todas mis chicas están en la sala — intervino mi padre, que salía en ese momento de su habitación, donde había estado echando una siesta.

—Lo siento, señor —repuso Carson, que parecía apropiadamente arrepentido. Pero curvó los labios cuando mi padre se acercó y le apretó el hombro.

Lo cierto era que mi padre y Carson no podrían llevarse mejor. Papá apreciaba a sus yernos, pero Carson y él habían desarrollado un vínculo especial. Quizá fuera porque Carson no había conocido al suyo, y mi padre tenía con él la relación «de hombres» que siempre había querido tener con un hijo. Fuera lo

que fuera, lo cierto era que se apreciaban y respetaban mutuamente. Eso me calentaba el corazón de una forma que me hacía contener las lágrimas cada vez que los veía juntos.

También habíamos invitado a mi madre para que viniera el fin de semana, pero había rechazado la oferta a pesar de que mis hermanas y yo le habíamos sugerido alquilar dos cabañas. Me hubiera gustado que nos lleváramos mejor, sobre todo ahora que tenía una hija, pero no podía hacer más de lo que hacía. Quizá alguna vez se daría cuenta de que había reaccionado ante una pérdida renunciando a todo lo demás, y trataría de solucionarlo. Tenía la esperanza de que así fuera, pero me

daba la impresión de que cuanto más tiempo pasaba, menos probable era. De hecho, era una de mis preocupaciones. Sin embargo, me prometía todos los días que eso me serviría para que cuidara más a los que tenía a mi alrededor, para que no los rechazara.

Carson también le había escrito una carta a su madre con una foto de nuestra hija, Ella, cuando nació. Una rama de olivo tendida a la mujer que le había dado la vida, pero que no había sido capaz de darle nada más cuando era un niño.

Ella le respondió, agradeciéndole las letras y la fotografía. Todavía faltaba mucho camino por recorrer, pero era un comienzo.

Sonreí a mi marido antes de mirar a nuestra hija y besar su rubia cabecita.

—Hola, señorita —dije—. ¿Cómo es que no estás durmiendo?

—Estamos en ello —respondió Carson. Se inclinó hacia mí bajando la voz—. Le estaba contando esa historia tan buena sobre una chica de la que me enamoré en un ascensor, entre la planta veintiuno y la veintidós.

—Ah... —Seguí mirando a nuestra hija—. No es de extrañar que quisiera escuchar el final. Es una historia fantástica. —Le toqué la nariz suavemente con el dedo índice, arrancándole una sonrisa desdentada. Sus ojos avellana brillaban de atención y el hoyuelo que tanto me gustaba ver

apareció en la comisura izquierda de sus labios.

—Sí —convino Carson con ternura—, lo es.

—Espero que le hayas contado la versión para todos los públicos —añadí al tiempo que le guiñaba un ojo.

Se rio por lo bajo, mirándome con calidez.

—Eh, hermanita, ¿vienes a ayudarme o qué? —gritó Julia desde la cocina. Evan y ella estaban ocupándose del puré de patatas, pero los golpes y las palabras procedentes de la cocina me hicieron arquear una ceja—. Parece como si me necesitaran de verdad. Mejor voy para allí. Duerme bien, nenita —deseé, besándola una vez más antes

de sonreír a Carson cuando se dio la vuelta para regresar a la habitación donde habíamos instalado la cuna.

Cuando ya me dirigía hacia la cocina, volví la cabeza para mirarlos. Mi marido y nuestra hija. Había algunas cosas que me conmovían en el mundo, pero pocas lo hacían con tanta intensidad como ver al hombre que amaba sosteniendo en sus brazos al bebé que habíamos creado juntos. No, no había muchas sensaciones como esa.

Carson

Sostuve a mi hija entre mis brazos mientras me balanceaba en la enorme mecedora que había en la habitación. La

amaba con tanta intensidad que casi era algo tangible. Acerqué la nariz a su cabeza y aspiré su dulce olor. Haría cualquier cosa para protegerla, para mantenerla a salvo, para asegurarme de que siempre se sentiría amada.

Rescatar a las mujeres del sufrimiento se había convertido en el trabajo de mi vida y, la mayor parte del tiempo, me sentía cómodo y competente al realizar la tarea. Pero cuando pensaba que debía proteger a la pequeña que tenía entre mis brazos durante toda mi vida, el corazón se me encogía de miedo. Supuse que era normal sentirse así.

Cuando mi hija se acurrucó contra mí, comenzando a cerrar los ojos, dejé que mi mente empezara a vagar...

Una vez, alguien había sostenido a Ara entre sus brazos de esta manera. Una vez, alguien había amado a una niña igual que esa. Y si no la habían querido, deberían haberlo hecho. Cerré los ojos, meciéndome una y otra vez... Mi hija emitía sus tiernos suspiros de bebé mientras me apretaba la camiseta con su mano regordeta.

Quería que se sintiera orgullosa de mí. Quería que viera que amaba y adoraba a su madre, y anhelaba que encontrara la misma clase de amor algún día. Que fuera amada por completo, en cuerpo, corazón y alma.

Algún día tendría una difícil conversación con ella sobre el camino que había seguido antes de darme cuenta

de qué era lo mejor. Me entristecí ante el pensamiento, pero la cuestión era que en Internet nada desaparecía y que sería mejor que se enterara por mí.

Pensé en lo que era cuando conocí a Grace, en todo lo que había conseguido desde entonces. A veces, ni siquiera te das cuenta de que algo no te conviene hasta que llega alguien y te cambia, te hace querer ser más. En mi caso, fue una hermosa muchacha con un rígido plan la que hizo añicos el mundo que creía conocer. Y cuando junté de nuevo las piezas, el resultado había sido algo diferente. Así era... Hasta que la conocí, nunca había considerado otras posibilidades.

En la vida existen personas que nos

hacen sentir libres de muchas maneras, a veces insignificantes. A veces eso significa que te liberan de una habitación oscura y sin ventanas, o que te sacan de una casa en llamas. Pero lo más frecuente es que signifique que te salvan de ti mismo, y que puedes creer, finalmente, que conseguir que alguien te ame no es una gran mentira, sino algo que debes esperar.

Grace me había salvado al escarbar por debajo de mi fachada y, acto seguido, escuchar los secretos que consideró que me hacían digno de ser amado, aceptado ante sus ojos. El regalo que me dio fue su resplandor, que brilló para mí con tanta intensidad, que hizo desaparecer mi oscuridad.

Besé de nuevo a nuestra hija, que ahora dormía pacíficamente sobre mi pecho, perdida en su propio mundo de sueños, a salvo y amada en mis brazos.

AGRADECIMIENTO

Un agradecimiento especial desde el fondo de mi corazón, una vez más, a mi consejo de edición particular: Angela Smith y Larissa Kahle. En esta ocasión también tuve la suerte de contar con un increíble grupo de lectores cero que no solo fueron exigentes, sino que estuvieron pendientes y se implicaron por completo en la historia de Grace y Carson, ofreciéndome valiosos comentarios: Elena Eckmeyer, Karleigh Lewis-Brewster, Kim Parr, Nikki Lazaro y Stacey Price. ¡Os adoro! ¡Muchas gracias!

Gracias también, como siempre, a mi familia, por aguantarme durante todo el proceso, especialmente a mi maravilloso marido por tomar el relevo en casa con la paciencia que le caracteriza. Soy afortunada de tenerte.

Esta historia es una obra de ficción, pero el tráfico de seres humanos, también conocido como esclavitud moderna, es real. Para obtener más información y saber de qué forma ayudar, puedes visitar:

www.fbi.gov/about-us/investigate/civilrights/human_trafficking
www.humantrafficking.org
www.polarisproject.org

